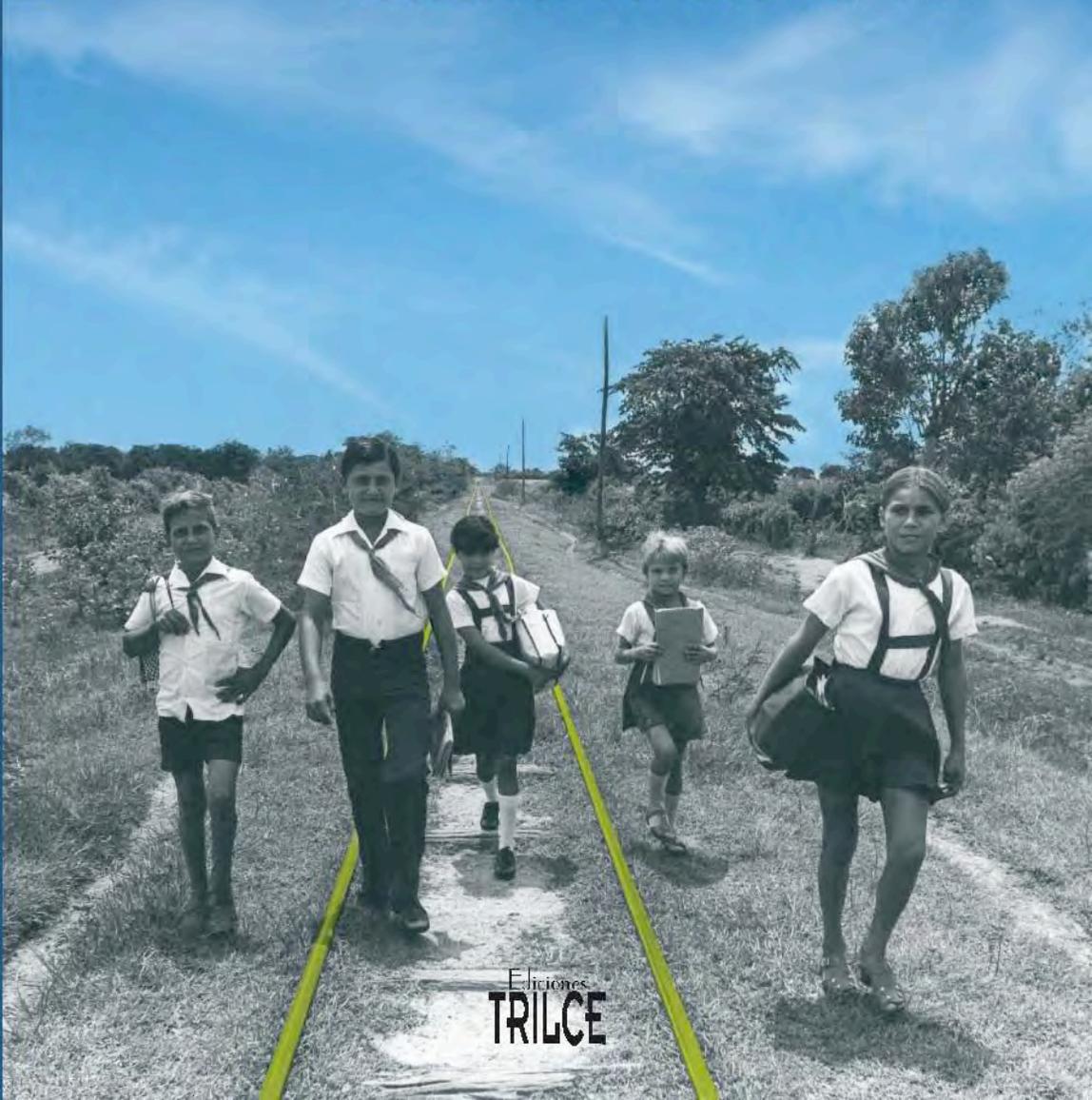


Gregory Randall

Estar allí entonces

Recuerdos de Cuba 1969-1983



Ediciones
TRILCE

Gregory Randall

Estar allí entonces

Recuerdos de Cuba 1969-1983

Ediciones
TRILCE

Diseño de portada: Andrea Améndola,
a partir de foto original de
Margaret Randall (Las Tunas, Cuba, 1980).

© 2010, Ediciones Trilce

Durazno 1888
11200 Montevideo, Uruguay
tel. y fax: (5982) 412 77 22 y 412 76 62
trilce@trilce.com.uy
www.trilce.com.uy

ISBN 978-9974-32-533-3

*Este libro es para mi madre, que siempre ha estado,
para mi compañera Laura por tanto compartido
y para mis hijos Lía Margarita, Martín y Daniel,
que asumirán su propio tiempo.*

CONTENIDO

Introducción	7
Lo previo	15
Cuando nos fuimos a Cuba	18
La beca	31
El quinquenio gris	44
La cuadra	48
La Lenin	58
Asambleas	70
Viajes y padres	75
El Destacamento Pedagógico	91
El Pre del Vedado	98
Los latinos	102
Mi cuarto	116
La Brigada	124
La CUJAE	132
El poder	142
El plan 78	159
Regreso en 2003	175

INTRODUCCIÓN

Be there when it happens; write it down!

Joel Oppenheimer

Tuve la suerte de vivir en Cuba entre 1969 y 1983. Llegué a ese país cuando tenía ocho años y me fui cuando tenía veintitrés. En esa isla empecé el cuarto grado de la escuela primaria y antes de irme terminé los estudios de ingeniería. Allí fui testigo y partícipe de una de las experiencias más interesantes del siglo XX y quizás de la historia de la humanidad. No es común que una sociedad intente realmente construir un mundo mejor, pensado en función de los intereses de las mayorías. Y más raro aún que esa experiencia dure tantos años. Con el paso del tiempo he aprendido a valorar lo excepcional de ese proceso. Cuba me marcó profundamente. Estoy orgulloso de ser un hijo de la Revolución cubana.

En 1983 salí de Cuba. No pensaba entonces que sería por tanto tiempo, pero lo cierto es que recién volví en 2003. Entre esas dos fechas el mundo cambió. El campo socialista se hundió en una crisis terminal y desapareció como tal. En América Latina las dictaduras dieron paso a regímenes democráticos, pero la revolución social que soñamos no tuvo lugar. A nivel global una crisis ideológica se apoderó de la izquierda y por muchos años nuestras certezas se convirtieron en dudas y luego en una crisis profunda. En los años sesenta y setenta parecía que éramos capaces de construir un mundo más justo y más bello. Hoy el pesimismo se ha apoderado de muchos. El individualismo es la fuerza más poderosa que mueve a la gente y nuestros sueños colectivos de antaño parecen imposibles.

Durante todos estos años con mi compañera Laura construimos nuestro nido con lo que Cuba nos aportó. Vivimos once años en Francia y desde hace dieciséis estamos en Uruguay. Las ideas que tuvimos en la juventud siguieron latiendo en nuestro corazón y nos han guiado en la travesía de las aguas un tanto turbulentas de la vida. Intentamos mantener vivos los mismos valores y las mismas esperanzas. En ese nido nacieron nuestros tres hijos: Lía, Martín y Daniel. Ellos llegaron con su ternura y su amor, con la mirada inquisitiva y fuerza de carác-

ter. Se convirtieron en espejos donde vimos reflejados los rasgos más descarnados y profundos de nuestro ser. Para mí una de las cosas más apasionantes fue descubrir que a través de ellos podía continuar construyendo esos sueños de juventud. Cuando yo era joven la obra colectiva primaba sobre lo individual e incluso sobre la familia. Ahora parecía que ellos eran nuestra utopía.

En 1994 Laura, los niños y yo nos radicamos en el Uruguay. Allí empecé a trabajar como profesor en la Universidad de la República. Durante todos estos años, tanto en Francia como en Uruguay, seguí diciendo públicamente lo que pienso. En los almuerzos, con colegas o con estudiantes, he contado muchas veces briznas de la historia de nuestra vida en Cuba. Mis opiniones sobre la actualidad internacional siguieron marcadas por esa experiencia. Con los años pude sentir cómo se iba desfasando la percepción de la gente respecto a la realidad que yo había conocido. En muchos se impuso la imagen de que la vida en Cuba era una copia de la vida en la Unión Soviética. Desapareció cualquier sofisticación en el análisis y el desplome de la URSS arrastró consigo toda posibilidad de imaginar un mundo alternativo al capitalismo que conocemos. Con el paso del tiempo me iba dando cuenta de que las historias que contaba se iban convirtiendo en leyendas. Muchos jóvenes de hoy ni siquiera habían nacido cuando yo me fui de Cuba.

Hace algunos años caminaba por la playa de Santa Lucía del Este con mi hijo Daniel. Zurdo, nuestro perro, corría feliz por la arena. Fue una conversación importante, de esas que dan gusto y quedan grabadas en algún rincón de la memoria. Daniel es una persona muy sensible, alguien que no soporta la injusticia ni contra un humano ni contra un pájaro. En un momento dado empezó a increparme. Me reclamó que no hubiera hecho nada para cambiar este mundo, me reclamó que siendo consciente hubiera sido pasivo. Me trató de pusilánime y de cobarde. Entonces me di cuenta de que había sido excesivamente discreto. En nuestra casa siempre hemos hablado sobre el mundo, sobre las injusticias y la necesidad de luchar contra ellas, sobre Cuba y sobre los diversos intentos transformadores que inundaron nuestro mundo durante el siglo XX. Pero los viejos hábitos me habían impedido hablar de cómo había participado yo en aquella gesta colectiva.

No es que yo hubiera sido importante, fui solo un militante más, pero las reglas de la discreción nos habían enseñado a ser muy cautos. Y ahora descubría que mis hijos de diez y trece años y mi hija de quince no sabían nada de mi pasado militante. Entonces conversé con cada uno de ellos y les expliqué que yo también había querido cambiar el mundo. Lo había hecho humildemente, como uno más entre muchos y sin mayores éxitos, pero no me había quedado mirando sin intervenir.

Desde hace siglos la humanidad lucha por un mundo mejor. Esa

rica historia está plagada de derrotas y pautaada por algunas victorias. Siempre se dio un proceso de transmisión de la experiencia acumulada. Los jóvenes de los sesenta habían aprendido de las experiencias de Argelia, Vietnam y China, de la Resistencia contra el fascismo, de la España revolucionaria. Aquellos habían aprendido de la Revolución de Octubre y de las luchas de los anarquistas. Más atrás están Garibaldi y la Comuna de París, la Revolución francesa y la del 48.

La conversación con Daniel me dejó pensando. ¿Será que la derrota que sufrimos nosotros es tan profunda que nos inhibe incluso de contarla? Me parece que rara vez se ha dado un corte tan abrupto de la memoria histórica. Los protagonistas de aquella época no les cuentan a sus hijos lo que vivieron. La historia la escriben los vencedores y la construyen a su conveniencia. Lo cierto es que lo que hacíamos entonces hoy parece absurdo. Pero es apenas una ilusión óptica. Aquellos sueños son absurdos sólo en tanto los miremos con los anteojos que impone la sociedad de hoy. Una sociedad que satisface a muy pocos y tiene profundas contradicciones. Hay una sensación clara de que el sistema no funciona, pero nos falta imaginación para construir una alternativa. La derrota nos ha dejado noqueados. Con más razón los jóvenes de ahora necesitan conocer la experiencia del pasado. Es esencial para construir el futuro.

Fue entonces que decidí escribir. No para hablar de lo que hice, que no fue muy importante, sino para contar cómo era vivir en Cuba en esos años para un niño o un joven como yo. Me propuse transmitir lo que sentíamos, lo que hacíamos, el ambiente que respirábamos.

Por cierto que al contar esta parte de mi vida cuento de Cuba y cuento de mí. Yo fui un puro producto de la época. Mis padres se involucraron en su tiempo, lo vivieron intensamente, fueron protagonistas. Y yo, como niño, viví en medio de ese torbellino. Luego de joven participé como uno más. Creo que al contar sobre mi historia personal, estoy transmitiendo cómo era efectivamente la vida de alguien de mi generación. De muchas historias como ésta estuvo formado ese tiempo. Me parece que este relato puede tener interés desde ambos puntos de vista: como el testimonio de un hijo de la generación de los sesenta y como el testimonio de alguien que vivió en Cuba en esos tiempos.

En 2003 retorné a Cuba por primera vez en veinte años. Muchas cosas habían cambiado entre tanto, pero desde que salí del aeropuerto empecé a conectarme con la Cuba que había conocido. Parecía que un hilo invisible seguía conectando el presente y el pasado. Me sentí en casa nuevamente. Caminé por sus calles llenas de árboles frondosos, con raíces que rompen las aceras, bordeadas por casas que parecen fosilizadas en el tiempo. Llené mis pulmones con el aire salado del mar Caribe y peregriné a los lugares de mi vida anterior. Cada noche le es-

cribía a mi compañera largas cartas con las impresiones del día. Cuando volví a casa tenía unas 20 páginas de impresiones. Pasaron años en que mastiqué los recuerdos lentamente. En numerosos almuerzos conté ante auditorios improvisados los pasajes que iba reconstruyendo. Observaba su reacción y sus preguntas. Esa fue la forma en que fueron condensándose los pasajes de este libro.

En 2006 mi amigo Guillermo Sapiro me invitó a la Universidad de Minnesota en Minneapolis. Fue un privilegio raro. Durante ese año sabático pude dedicarme simplemente a aprender a su lado, a estudiar y a vivir con mi familia. Fueron meses de vida íntima y relajada. Disfrutando de la belleza de esa ciudad y de la generosidad de tantos amigos. Allí Laura y yo asistimos alborozados al despertar político de nuestros hijos. Los tres se involucraron con pasión en la lucha contra la guerra en Iraq y en esos menesteres los vimos hacer sus primeras experiencias movidos por las mismas ideas que nos habían agitado treinta años antes. ¿Se estaba empezando a cerrar el círculo? Entonces llamé a mi madre y le propuse una aventura: que ambos escribiéramos nuestras memorias de Cuba. Podríamos hacer una obra a cuatro manos. Ella con su visión y yo con la mía. Mi madre empezó enseguida a escribir su parte, con la eficacia y el oficio que la caracteriza. Yo seguí rumiando mis ideas. Luego de trabajar más de un año en ese proyecto habían nacido dos libros separados, uno de ella y uno mío. Independientes pero complementarios.

En enero del año 2007 mi madre vino a visitarnos al Uruguay. Cuando me di cuenta de que quedaba un mes para su arribo no tuve más remedio que sentarme a escribir. El primer borrador salió en unas pocas semanas de trabajo intenso. De alguna manera llevaba ya unos 5 años madurando en mi cabeza y varios fragmentos los tenía prácticamente elaborados. Luego pasamos varios días compartiendo nuestros dos manuscritos, criticándolos, intercambiando ideas.

En febrero de 2007 mi papá Robert, mis hermanas Sarah, Ximena, Ana y yo nos reunimos en Nueva York un fin de semana. Yo tenía un primer borrador de estos recuerdos y se los envié unos días antes. El encuentro fue de una intensidad difícil de describir. Por primera vez en diez años estábamos juntos por un par de días. Había mucho acumulado y poco tiempo para expresarlo. La lectura de ese borrador se convirtió en el catalizador de un diluvio de recuerdos y emociones. En el avión que la llevaba de México a Nueva York, Sarah iba leyendo y los otros pasajeros debían preguntarse qué pasaba con esa mujer que reía y lloraba alternadamente. Algo había saltado a los ojos tanto de Robert como de Sarah y Ximena y a mí se me había escapado por completo: en ese centenar de páginas casi no aparecía la familia ni los juegos con mis hermanas. Quedé un tanto estupefacto. Había pasado

meses madurando y escribiendo esos recuerdos y esa capa esencial de nuestras vidas se resistía con todas sus fuerzas a salir a la superficie. Ni siquiera entonces —ante la evidencia— era capaz de recordar muchos detalles o anécdotas. ¿Habría borrado todo aquello o sería que lo guardaba como un tesoro íntimo y precioso?

Mis recuerdos no coincidían con muchos de los recuerdos de mis hermanas, los hechos se desfiguraban con el paso del tiempo y cada uno de nosotros los modulaba usando nuestra particular sensibilidad. Y sin embargo teníamos las mismas valoraciones generales, la misma nostalgia de la época y una historia compartida que en trazos gruesos era la misma. Teníamos también un amor intenso, casi doloroso de tan fuerte, que se expresaba en ese abrazo sin palabras en que nos habíamos fundido por largos minutos, apretados, silenciosos, llorando. Sarah y Ximena no entendían que la emulación familiar ni siquiera apareciera en todas esas páginas. Esa experiencia había sido particularmente traumática para ellas. Entonces decidí mencionarlo a pesar de que el extraño proceso selectivo que funciona en nuestra memoria lo había borrado casi por completo. La única explicación que tengo para entender un poco todo esto es que en nuestra familia coexistía a la vez un cierto extremismo de mis padres, que incluía cosas como esas reuniones de crítica y autocrítica, junto a un amor muy intenso que neutralizaba cualquier locura.

Así fui elaborando este libro, a través de este tipo de diálogo con mucha gente a quienes di a leer el manuscrito y que me dieron sus impresiones. Algunos son protagonistas de partes de esta historia, otros ni siquiera habían nacido entonces.

Dediqué los años 2007 a 2010 a afinar esa primera versión y en ello mucha gente me ha ayudado. A fines de 2008 mi madre tradujo el libro al inglés y en enero de 2009 me visitó en Uruguay. Entonces hicimos un ejercicio fascinante: durante varias horas al día ella leía en voz alta y yo iba corrigiendo la traducción. Escuchando la versión en otro idioma pude descubrir varias incoherencias y repeticiones. Finalmente he corregido aspectos de la versión en español a partir del trabajo en la versión en inglés.

Mientras escribía este libro la vida me dio una sorpresa más. A fines de 2008 el mundo se hundió en una crisis de proporciones raras veces vista. Lo que al principio parecía algo limitado al crédito inmobiliario, se fue expandiendo a toda la economía y se convirtió en una crisis planetaria. Conceptos que pocos meses antes parecían olvidados (control estatal de la economía, nacionalización de la banca) volvieron a ser respetables, y el llamado «pensamiento único» que dominó durante los últimos veinte años se convirtió en poco tiempo en algo despreciado. De repente parece que el «mercado libre» no es la «forma natural» de

organizar la economía, renace la noción de que la lucha de clases explica la historia y hasta el presidente de los Estados Unidos dice públicamente que los sindicatos no son parte del problema sino parte de la solución.

Creo que la crisis a la que asistimos expresa el profundo desajuste inherente a la sociedad capitalista: su funcionamiento natural optimiza la ganancia y no la satisfacción de las necesidades humanas. Su lógica es destructiva tanto del equilibrio interno de la sociedad humana como del equilibrio entre ella y la naturaleza. Uno tiene la sensación de que ésta puede ser la gran crisis que haga ver a la humanidad entera la necesidad de organizarse de otro modo. ¿Pero qué tenemos para ofrecer aquellos que soñamos con la revolución social? Los experimentos del siglo pasado mostraron algunos elementos de cómo sería un mundo centrado en el ser humano, pero nos mostraron también una enorme incapacidad para pensar integralmente una alternativa sostenible. Ante situaciones como éstas surge la necesidad de proponer alternativas. Son éstos los momentos más apasionantes de la Historia. Las crisis son enormes oportunidades, es frente a ellas cuando hay que inventar soluciones nuevas. Los jóvenes de hoy son los que tienen que pensar el camino y todos tenemos el deber de aportar la experiencia del pasado.

Quiero agradecer especialmente la lectura y la crítica de Margaret Randall, Robert Cohen, Ximena Mondragón, Sarah Mondragón, Sergio Mondragón, Martín Randall, Igor Paklin, Igor Leon, Daniel Viñar, Marcelo Bertalmío, Rafael Grompone, Laura Carlevaro, Lía Randall, Daniel Randall, Arturo Arango, Pablo Carlevaro, Emilia Carlevaro, Andrés Elena, Vivian Elena, Alex Fleites, Gadiel Seroussi, Nicolás Duffau, Alvaro Giusto, Omar Gil, Jules Lobel, Jane Norling, Pablo Musé, Marcelo Viñar, Maren Ulriksen, Julio Pérez. Quiero agradecer también la generosidad de Jean Michel Morel y de Guillermo Sapiro que me han invitado varias veces a trabajar con ellos. Esos viajes que me sacan de las tareas cotidianas y me permiten caminar por las calles de París, Barcelona o Minneapolis, han creado la atmósfera y los tiempos para poder concentrarme y escribir. Por último quiero agradecer a Pablo Harari de Ediciones Trilce, que aceptó acompañarme en esta aventura, aportó su crítica valiosa y me advirtió que un libro es como un hijo, tiene su propia vida.

Este libro está organizado en capítulos contruidos en torno a momentos y espacios que marcaron mis años en Cuba. No tiene una estructura claramente cronológica aunque varios capítulos se entienden mejor si se leen en el orden en que están dispuestos. He decidido referirme a ciertos temas desde diferentes ángulos y a veces a través de viajes en el tiempo hacia adelante y hacia atrás. Espero que al terminar la lectura cada cosa esté en su lugar.

Al escribir me encontré con varias tensiones: ¿debía contar lo que sentía entonces o analizar aquella realidad desde el hoy? Decidí posicionarme lo más posible en aquellos tiempos. Quisiera transmitir ese ambiente y lo que creíamos. Hay numerosas referencias a figuras o movimientos que marcaron los años sesenta y setenta. He mantenido en lo posible el lenguaje que utilizábamos entonces. Creo que no se puede transmitir realmente lo que se sentía en esa época con un lenguaje «políticamente correcto» tal como se entiende hoy. Por otra parte el tiempo pasa más rápido de lo que imaginamos, y conceptos que son de uso cotidiano dejan de serlo. En pocos años las palabras cambian su sentido. De alguna forma el lenguaje es el vehículo de la ideología dominante de la época. Muchos amigos a quienes he dado a leer este manuscrito me expresaron la necesidad de definir de manera muy básica algunos conceptos. Me señalaron que algunas personas simplemente no podrían entender lo que quiero expresar. Luego de pensarlo, decidí no cargar el libro y convocar a aquellos que se interesen a que lean otras obras que pueden dar luz sobre aspectos diversos de esta historia.

Hay solo un concepto que quiero re-posicionar: es el concepto de *Revolución*. En este libro el gran personaje es la Revolución cubana, pero las nuevas generaciones han crecido en medio del lenguaje que acuñó Reagan, que logró transfigurar completamente el sentido de algunas palabras. Hoy se asocia más este concepto con los avances tecnológicos o científicos o con los intentos neoconservadores para destruir las herramientas que la sociedad construyó para apoyar a los más débiles desde el Estado. Una *Revolución* es un proceso por el cual se cambian profundamente los fundamentos de una sociedad en un período breve de tiempo. En el contexto de este libro se usa la acepción más corriente en los años sesenta del siglo XX, es decir como referencia a la revolución social y más precisamente al intento por destruir la sociedad capitalista, basada en las diferencias de clases y la explotación de las mayorías por pequeños grupos de poderosos, y construir en su lugar una sociedad más justa, cuya organización tenga como objetivo la satisfacción de las necesidades humanas y no la ganancia. En ese contexto un *revolucionario* es alguien que promueve activamente la revolución, y muchas veces dedica a ello todas sus energías y un *contrarrevolucionario* es alguien que se opone activamente a la revolución. La *lucha* se asocia en ese contexto con el combate por la revolución social.

Una segunda tensión que encontré al escribir este libro tiene que ver con la profundidad con que se explican ciertos aspectos de la Revolución cubana. Muchas veces hay conceptos que son sencillamente incomprensibles para el lector de hoy. En esos casos me adentro en una breve explicación y al hacerlo emito algunas valoraciones críticas

desde el hoy. Es difícil hacer esto con ecuanimidad. No he vivido en Cuba por más de 25 años y desde lejos se hace difícil criticar. A la vez, cuanto más pasa el tiempo más aumenta mi respeto por lo que hicieron los cubanos. Es difícil analizar los hechos históricamente, es decir considerando el contexto preciso en que sucedieron, pero creo que esa es la forma real de entender las cosas. Más pasa el tiempo y más me convenzo de que tuve un privilegio extraordinario: estar allí entonces.

Una tercera tensión aparece entre el relato de Cuba y el relato de mi vida. Decidí abordarlo de manera un tanto mixta. El que cuenta soy yo. Alguien que tiene una vida muy particular que es puro producto de esa época y cuya visión de la experiencia cubana está profundamente impregnada por su experiencia personal. Cuba era entonces el centro de un espacio que iba mucho más allá de sus fronteras y yo era un habitante de ese mundo. Fui testigo de algo inaudito y raro: un pueblo construyendo un mundo justo y solidario, un pueblo feliz tocando el cielo con las yemas de los dedos.

Quisiera empezar por presentar someramente a algunos personajes de esta historia que ya estaban allí en el momento que he escogido como comienzo de este relato: nuestra ida a Cuba.

Mi madre, Margaret Randall, nació en Nueva York pero siendo aún niña su familia se estableció en Nuevo México. El mito familiar cuenta que iban en auto atravesando los Estados Unidos y que a mis abuelos les gustó Albuquerque. En 1947 debe haber sido algo más que un pueblo grande. La familia estaba formada por mi abuelo, que trabajaba primero como vendedor de ropa en una tienda y años después como maestro de música en las escuelas públicas; mi abuela, y sus tres hijos: mi madre, su hermana Ann y su hermano John. Tenían una costumbre que ya prefiguraba quizás una descendencia desperdigada por el mundo. Vivían ahorrando durante el año y aprovechaban las vacaciones escolares para irse en largos viajes a visitar algún lugar lejano.

Mi madre volvió a Nueva York siendo muy joven. Definitivamente quería ser escritora y era en esa ciudad donde vibraba el mundo bohemio que podía alimentar su vocación. Sobrevivió como pudo. Fue mesera, modelo para pintores, secretaria. Pero sobre todo fue creciendo como poeta. Allí entró en contacto con la vanguardia artística de ese tiempo. Fue entonces que decidió tener un hijo y escogió a Joel Oppenheimer para ese fin. Yo nací en octubre de 1960. Mi madre era entonces una joven poeta que buscaba su camino. Trabajaba en Spanish Refugee Aid, una organización que colectaba y enviaba fondos para los republicanos españoles, refugiados luego de la guerra civil en Francia y África del norte. Joel ya era un poeta reconocido y pasaba buena parte de su tiempo en la taberna The Lions Head, en el Village. Mi madre desde el principio decidió tener un hijo sin padre, de modo que ya desde entonces ella y yo estuvimos unidos por lazos muy especiales. Los lazos que se forman por estar solos en el mundo a pesar de los muchos amigos que siempre nos rodearon.

Es difícil imaginar qué percibe un bebé de meses sobre las características de la vida en que está inmerso. Yo he ido integrando las historias que mi madre me ha contado y casi puedo imaginar cómo era nuestra existencia entonces. Ella, llena de ideas y lidiando sola

con la responsabilidad de nuestras dos vidas. Fue entonces cuando fue despertando a la política y yo la acompañé a sus primeras manifestaciones. Mi madre pasaba muchas noches afuera: en una lectura de poemas, en una exposición de pintura o en un bar lleno de humo y alcohol. Allí estaba yo siempre, con un rollo vacío de *film* en las manos que se convirtió en mi objeto precioso. Era el niño mimado de todos. Desde mi pequeño refugio miraba ese mundo, respiraba ese aire y escuchaba esa música. Con mi madre fuimos construyendo una comunicación que no necesitaba palabras para expresarse. Nos fuimos fundiendo en una especie de ser común en el que juntos hemos recorrido estos casi cincuenta años.

La vida en Nueva York no era fácil para mi madre. Era una madre soltera que no había terminado sus estudios universitarios y debía trabajar duro para alimentar dos bocas y mantener vivas sus aspiraciones literarias. En algún momento pensó que quizás en México la vida sería menos difícil para nosotros y sin pensarlo demasiado se tomó un ómnibus y allá fuimos.

Así llegamos a México. Era 1961 y yo tenía entonces diez meses. Mi madre tenía algunos nombres de contactos recomendados por sus amigos de Nueva York. Con su bebe en brazos tocó a la puerta de Arnaldo Orfila y Laurette Sejourne y ellos nos recibieron con un cariño que nunca más se apagó. Al poco tiempo estaba integrada a la vida cultural de ese país. Mi madre tenía entonces apenas veinticinco años. Pensar en su temeridad me deja admirado.

Poco después conoció al poeta Sergio Mondragón, se casaron y en pocos años nacieron mis hermanas Sarah y Ximena. Vivíamos en la colonia Prado Churubusco, a un par de cuadras de un río que corría entre árboles y espacios verdes. Más allá del río se extendía un campo yermo y a lo lejos el Popocatepetl y el Ixtaccíhuatl se dibujaban majestuosos contra el cielo. Sin dudas nací escuchando inglés, pero mis primeros años crecí hablando español. Sergio era mexicano y ese era el idioma de la casa. Así que muy pronto el inglés quedó escondido en algún rincón de mi inconsciente y mi lengua fue el español. En ese idioma jugaba en el barrio y aprendía en la escuela y en ese idioma hablaba cotidianamente con mi familia.

Mi madre y Sergio fundaron una revista literaria bilingüe: *El Corno Emplumado*, que se convirtió muy pronto en un nexo importante entre las comunidades literarias del Norte y de Latinoamérica. Mis padres trabajaban mucho en casa. La revista era una producción esencialmente familiar. Nuestra casa bullía de actividad. Muchas noches nos visitaban amigos de mis padres, pasaban por casa poetas y pintores norteamericanos, latinoamericanos o europeos que visitaban México.

Mis recuerdos de esos años son los de una familia feliz. Vivíamos en una casa amplia, teníamos 2 empleadas que dormían en casa, la escuela era agradable. La vida parecía transcurrir suavemente por un camino trazado de antemano y a pesar de ello estaba llena de cosas interesantes y gente sorprendente. Laurette era arqueóloga y cada miércoles la acompañábamos a Teotihuacán donde estaba excavando el Palacio de las Mariposas. La madre de mi mejor amigo en la escuela era astrónoma y nos llevaba al observatorio a explorar el firmamento.

En 1967 mi madre y Sergio se divorciaron. Durante un tiempo vivimos solos con mi madre. A casa seguía llegando gente que se quedaba un día o algunas semanas. Una vez llegaron dos muchachos jóvenes que pretendían recorrer el mundo. Uno de ellos era Robert Cohen. Mi madre y Robert se enamoraron y ese fue el comienzo de su vida con nosotros. Poco después nació mi hermana Ana.

Mis hermanas Sarah, Ximena y yo íbamos a la escuela Bartolomé Cosío. Había sido fundada por republicanos españoles refugiados en México que desarrollaban el método Freinet, muy centrado en impulsar la creatividad de los niños. La mayoría de mis compañeros en la escuela eran hijos de universitarios. Buena parte de los padres de mis compañeros estuvo involucrada de una forma u otra en el movimiento estudiantil del año 68. Sergio y mi madre también. Los dos fueron participantes activos del movimiento y la revista tomó partido claramente por los estudiantes. La represión fue muy dura y golpeó a muchos de los que nos rodeaban. Pronto la revista dejó de existir. Varios amigos de mis padres se escondieron o fueron apresados. Nuestra vida dio un vuelco.

CUANDO NOS FUIMOS A CUBA

Era el año 1969. Una vez llegó a casa una pareja de jóvenes canadienses, Alice y Bob, que tendrían quizás veinte o veintidós años. Venían haciendo dedo desde Canadá con la intención de llegar a Tierra del Fuego. Se quedaron un par de semanas con nosotros. Alice y Bob me fascinaron de inmediato. Él sabía hacer sandalias: usaba pedazos de goma de auto como suela y tiritas de cuero que pegaba con unas herramientas que traía en un estuche. Me enseñó los rudimentos de ese arte. En pocos días estaba pidiéndole a mi madre permiso para irme con ellos un trecho del camino: traté de convencerla de que me dejara ir hasta Panamá. Mi madre lo pensó y por una vez no aceptó mi pedido: «Puedes ir, pero sólo hasta la frontera de México con Guatemala».

Me llené de energía. Inmediatamente empezamos los preparativos. Armamos una mochila con lo básico y en pocos días partimos. Nos llevaron en auto hasta una carretera en las afueras de la ciudad y empezó la aventura. Parecíamos una pequeña familia. Ella tenía el pelo largo y lacio y formaba una linda pareja con él. Con mis ocho años quizás estaba un poco grande para pasar por hijo de ellos, pero allá íbamos los tres, felices. Uno de los primeros que nos dio aventón fue un señor muy rico que andaba en un auto deportivo. Nos llevó a visitar su estancia y sus caballerizas y nos invitó a comer. Así fuimos avanzando varios días. Nos comunicábamos usando algunas palabras y muchos gestos; ellos no hablaban español y yo casi nada de inglés. A veces caminábamos al borde del camino. De repente alguien paraba y nos avanzaba un trecho.

Pasamos por la zona de los hongos alucinógenos que era una de las paradas que ellos tenían prevista. Recuerdo un terreno ondulado. Entramos a un bohío y vimos a varias personas allí. Todos comían esos hongos y algunos iban entrando en una especie de borrachera. Yo quería probarlos. Alice y Bob me dijeron que me quedara tranquilo en un rincón, que aquello era para los grandes y no para mí. Luego de insistir aceptaron darme apenas una mordida. Tengo el sabor grabado en el paladar y en mi memoria es similar al de cualquier hongo. La ínfima cantidad que me dieron no me produjo efecto alguno. Estuvimos algunas horas allí. Los vi reír y llorar y luego nos fuimos.

Un par de días después nos cayó la noche mientras andábamos caminando por una carretera en medio de las montañas. Las lluvias torrenciales de los días anteriores habían provocado un deslave que cortó la carretera. Muchos autos se agolpaban en la carretera sin poder pasar. A la izquierda subía la montaña y a la derecha corría un río más abajo. La situación no era agradable. No sabíamos muy bien qué hacer. La gente había bajado de los autos y charlaba intentando buscar una solución.

No sé cómo fue que aparecieron unas personas a ayudarnos. Venían desde el otro lado del montón de tierra y piedras que cortaba la ruta. Eran *hippies* que nos ofrecieron dormir en su campamento esa noche. Uno de ellos, grande y de barba amplia, me cargó y ayudado por cuerdas me atravesó al otro lado del deslave. Luego lo acompañamos a una pequeña cascada donde nos lavamos y finalmente al campamento: un conjunto de carpas y viviendas ligeras en medio del monte. Había allí mucha gente. Algunos estaban meditando con las piernas cruzadas. De repente pasaba alguno caminando desnudo sin ocuparse de nadie. Muchos tenían pelo largo y barba. Todos eran amables y simpáticos.

Nos dieron de comer. Los grandes charlaban. Yo observaba, escuchaba, absorbía aquello con todos los poros abiertos. A la mañana siguiente nos levantamos y tomamos el desayuno junto a esos nuevos amigos que nos habían acogido tan amablemente. Tenían la intención de acompañarnos a un pueblito cercano donde tomaríamos un ómnibus pero no fue posible. Todo el campamento estaba rodeado por hombres armados. Pienso que eran de la policía aunque en mi recuerdo parecen del ejército por las armas largas y los uniformes.

Sin violencia mayor, pues no hubo resistencia por parte de aquellos adeptos a la paz y el amor, nos subieron a unos ómnibus con diarios en los vidrios para ocultarnos. En doce horas hicimos el camino de regreso a la ciudad de México. Un camino que habíamos recorrido en cinco días como mochileros. Nos bajaron en una pequeña comisaría o algo parecido y nos dieron una colchoneta a cada uno, que cargamos hasta las celdas. En cada celda había un par de literas. Dormimos esa noche allí y a la mañana siguiente nos dejaron a todos salir al patio. Yo era el único niño. Los demás detenidos me trataron con cierta consideración especial: me contaban historias y alguno me regaló un juguete hecho con pedacitos de madera.

Yo pedía para llamar a mi madre por teléfono, intentaba explicar a los carceleros que mi madre vivía en la ciudad de México, que esos eran amigos y no mis padres. No me creían. En algún momento me llevaron a una oficina donde estaba Alice gritando en inglés. Estaba furiosa. Tengo la imagen de su pelo revuelto y sus gritos impotentes. Supongo que intentaba explicarles que yo no era hijo de ellos y que de-

bían dejarme ir con mi madre. Los policías me pidieron que tradujera lo que decía, pero yo era incapaz de hacerlo. No me creyeron cuando les expliqué que yo no hablaba inglés ni ella español.

Creo que estuvimos allí 36 horas en total. Ese es un número que me quedó grabado junto a muchas otras estadísticas que guardaba con cierto celo en la mochila de mi memoria. Finalmente nos subieron en un auto a los tres y arrancamos rumbo al aeropuerto. En el camino pararon en mi casa. Una mujer policía me bajó y tocó a la puerta. Mi madre abrió. La mujer policía me tenía agarrado por los pelos. Le dijo a mi madre que me cortara el pelo, me entregó y se fue. Yo subí corriendo a mi cuarto y me puse a llorar, había contenido las ganas por mucho tiempo. A mis amigos los deportaron esa misma mañana. Alice llamó por teléfono para saber si yo estaba bien y nunca más supe de ellos.

Esto era en junio de 1969. El año anterior había estado marcado por la movilización estudiantil del 68 con sus manifestaciones multitudinarias, sus conciertos de música y poesía, sus campus ocupados donde florecía la vida comunitaria y el amor libre. La melena era parte de todo aquello que había sido brutalmente truncado en la masacre de Tlatelolco y que yo había vivido intensamente a través de la participación de mis padres. Tanto Sergio como mi madre se involucraron mucho. Recuerdo una lectura de poemas ante masas de estudiantes, y reuniones al anochecer en casa donde mi madre conspiraba con sus amigos. Tengo grabada la imagen de los pies de los cadáveres saliendo bajo una sábana blanca en la escuela de medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) durante la toma. Los niños jugábamos en el campus tomado y de alguna forma llegué a ese lugar y vi las camillas.

Al día siguiente de la masacre mi madre nos llevó en el auto a explorar los alrededores de la plaza de Tlatelolco; se respiraba un aire tenso. Un compañero, que sobrevivió a la masacre escondiéndose entre los muertos, llegó como pudo a nuestra casa y nos contó su historia.

El 68 fue una explosión de alegría, de poesía, de vida. Y luego vino una chapa de plomo, el silencio y el miedo a la represión. *El Corno Emplumado* fue muy afectado por todo ello y dejó de publicarse unos meses después, víctima de la represión. Nuestra vida cambió por completo a partir de esos acontecimientos. En ese entonces mi madre y Sergio ya se habían separado y Robert era el compañero de mi madre y vivía con nosotros.

El pelo largo que acariciaba mi espalda cuando echaba la cabeza hacia atrás era una especie de símbolo que llevaba con orgullo. Unas horas después de que los policías me dejaran en casa, Robert me acompañó a la peluquería del barrio para que me cortaran el pelo. Lo sentí como una derrota, pero en ese momento era necesario. Muchas cosas habían pasado durante mi ausencia. Unos sujetos haciéndose

pasar por funcionarios de la seguridad social llegaron a casa denunciando una denuncia de que había allí un taller textil clandestino. Mi madre estaba en cama, enferma, de modo que Robert los atendió. Le pidieron la identificación de mi madre y salieron corriendo con los documentos en la mano. Mis padres empezaron las gestiones para recuperarlos, pero rápidamente sospecharon que esa había sido una maniobra para dejarla sin pasaporte e inmovilizarla. Quién sabe qué vendría después. Varios amigos iban cayendo presos o estaban escondidos en esos días. Unos años antes mi madre había solicitado y obtenido la ciudadanía mexicana y ese gesto se convertía ahora en una trampa.

Mis padres empezaron a mover todos los contactos que pudieron. Mi madre había visitado Cuba dos veces en los últimos dos años y tenía planes de ir a vivir allá por un tiempo a fin de conocer de primera mano esa experiencia. Ante los acontecimientos, ella y Robert decidieron acelerar la decisión y empezaron a empacar rápidamente. La embajada de Cuba ofreció su apoyo. Mi madre no tenía forma de comunicarse conmigo pues mientras eso sucedía yo estaba en algún lugar del sur viajando junto a Alice y Bob. El acuerdo original era que llegados a la frontera con Guatemala me pondrían en un bus y llamarían a casa para que me fueran a buscar a la terminal. Mientras mis padres esperaban noticias mías iban preparando lo más rápido que podían el viaje a Cuba.

Así es que cuando esa mujer policía apareció en la puerta de casa agarrándome por los pelos fue en cierto sentido un alivio. Ahora estábamos todos juntos que era lo más importante. A partir de entonces intentaríamos siempre mantenernos unidos. Mi madre tenía entonces treinta y dos años y era el centro de la familia. Sarah tenía seis, Ximena cinco y Ana era una bebé de tres meses —había nacido en marzo. Robert estaba ya integrado a la familia y a pesar de sus veintitrés años empezaba a cumplir en casa el rol de padre.

En esos días visitamos varias veces la embajada de Cuba. Tenía un gran jardín con un ciervo parecido a Bambi que correteaba por allí. Ese ciervo me fascinaba. Finalmente llegó el día en que viajaríamos a Cuba. Fuimos todos juntos a un lugar donde mi madre recogería su pasaporte, con la idea de seguir de allí rumbo al aeropuerto. Esperamos en el auto mientras mi madre hacía lo que parecía un trámite de rutina pero al rato apareció con la noticia de que no le darían el pasaporte. Volvimos a casa y al acercarnos vimos que había muchos policías en la cuadra. Seguimos de largo y ya no volvimos más. Nos fuimos a esconder en casas de amigos. Nos quedábamos en cada casa pocos días. A los niños nos tenían prohibido asomarnos a las ventanas o salir al jardín para evitar ser descubiertos.

Recuerdo la casa de Laurette y Arnaldo, enorme y siempre acogedora. Arnaldo había participado como estudiante en la gran huelga de 1918 en Córdoba, Argentina, la que dio nacimiento al concepto de Universidad Latinoamericana con sus características de compromiso social y gobierno autónomo ejercido por docentes, estudiantes y egresados. En 1969 dirigía la editorial Siglo XXI y era una figura mayor del ambiente intelectual mexicano. Laurette era arqueóloga y hablaba con un fuerte acento francés. No fue hasta muchos años más tarde que me enteré de que Laurette había estado casada con Víctor Serge, el revolucionario ruso. Laurette y Arnaldo tenían la costumbre de convidarnos con chocolates. Eran como hermanos mayores de mi madre y naturalmente nos dieron refugio.

También estuvimos unos días en casa de Maru Uhthoff, una amiga cercana que había sido mi maestra de inglés en la escuela. Era una casa más chica pero igualmente acogedora. Allí vimos en televisión el primer paso del hombre en la luna.

Mientras tanto mi madre y Robert buscaban una solución. Muchos amigos se movieron. Algunos llegaron a hablar con políticos muy importantes, pero no se veía una salida sencilla a la situación. Era claro que no podíamos seguir escondidos eternamente. Mi madre intentó que sus padres nos recibieran por un tiempo, pero la respuesta fue un «debiste pensar en esto antes de meterte en política». Sergio ofreció llevarnos donde su maestro de budismo zen, un japonés a quien él veneraba y yo había visto en varias ocasiones cuando lo acompañaba a meditar. Mi madre no quiso. Finalmente decidió enviarnos a Cuba donde seríamos acogidos mientras ella y Robert escapaban de México.

Al cabo de un mes escondidos, Robert —que podía andar libremente— nos acompañó al aeropuerto. No sé cómo logró subir hasta el avión con nosotros y darnos un beso cuando ya teníamos los cinturones de seguridad abrochados. Así partimos de México. Estábamos en un avión de «Cubana» y eso era ya un poco como estar en Cuba. Con mis ocho años me tocaba ser el responsable del grupo. Mis hermanas eran muy chicas, sobre todo Ana que era una beba de 4 meses, así que yo debía ser el soporte, «el grande». La tripulación del avión estaba al tanto y nos atendió con cariño, nos hizo pasar a la cabina y ver los controles; el piloto sentó a Ana sobre sus piernas y ella lo mojó. Las azafatas nos prodigaron toda clase de atenciones. En México quedaban nuestra casa, nuestros amigos, nuestra escuela, nuestra familia. No pudimos siquiera despedirnos bien de nuestros amigos y de papi Sergio. Lo peor era que no sabíamos si veríamos nuevamente a nuestros padres.

Pero en mi memoria ese viaje no es amargo. En esa época yo vivía intensamente cada momento como una gran aventura y me ocupaba de absorber cada detalle. El avión aterrizó en La Habana. Nos esperaba

un compañero cubano que nos llevó a una clínica en la calle 72, en el barrio de Miramar. Puede parecer curioso que llame compañero a ese funcionario de quien no recuerdo el nombre, pero eso tal vez sea el símbolo de que estábamos atravesando una especie de frontera ideológico-afectiva. Al llegar a Cuba entrábamos en un mundo donde todos eran «compañeros», que era como decir acompañantes fraternos en un camino compartido. En esos años en Cuba no se usaba el «señor» y «señora» sino el «compañero» y «compañera».

Era el 25 de julio de 1969. Todas las calles estaban engalanadas con carteles y adornos alusivos al aniversario del asalto al Cuartel Moncada que marcaba el inicio de la Revolución cubana, que se conmemora el 26 de julio de cada año. En la clínica nos tuvieron tres días haciéndonos un chequeo completo de salud. Estaba instalada en una vieja casona aristocrática con un jardín hermoso adornado con árboles frondosos y bancos de piedra. Ana se enfermó con una gastroenteritis que la mantuvo en la clínica por unos días. La subdirectora de la clínica se llamaba Hortensia. Esa mujer se encariñó con Ana y solicitó permiso para llevarla a su casa y cuidarla hasta que su madre llegara. Así se hizo.

Sarah, Ximena y yo fuimos trasladados a un campamento especial en la playa de Santa María del Mar, al este de La Habana. Había allí un campamento infantil formado por varias casas de playa dispersas. Entre casa y casa había amplios terrenos llenos de vegetación atravesados por trincheras y alguna casamata fortificada. Luego descubrí que buena parte de la isla está preparada para resistir una agresión de modo que ese tipo de construcciones militares abundan cerca de las costas. Para nosotros aquello era una maravilla donde podíamos jugar a las escondidas y a la guerra. Las casas eran antiguas propiedades confiscadas por la Revolución. No eran grandes y lujosas sino casas veraniegas de clase media. En ese campamento había niños y niñas procedentes de muchas partes del mundo, hijos de revolucionarios que por alguna razón habían debido enviar a sus hijos a Cuba. Esa era una de las formas prácticas en que Cuba expresaba su solidaridad: ofrecía un lugar seguro y de puertas abiertas que funcionaba como una especie de retaguardia de las luchas revolucionarias que se daban en diversos lugares del mundo.

Cuando llegamos allí mis hermanas y yo estábamos cargados con la angustia de que tal vez no veríamos más a nuestros padres. Pensábamos que nuestros problemas eran terribles, pero muy pronto los relativizamos. Allí encontramos chicos que realmente tenían problemas enormes. Recuerdo a unos hermanitos que venían de Guinea Bissau donde el PAIGC (Partido Africano por la Independencia de Guinea Bissau y Cabo Verde) combatía aún por la independencia. Uno de ellos

tenía una pata de palo —una mina le había volado la pierna. Otro tenía unas enormes cicatrices dejadas por el *napalm* en el cuello y el pecho. Había chicos de otros países de África y de América Latina. Varios sabían ya que sus padres habían muerto. De modo que nuestras angustias se disolvieron en una especie de sopa de horrores.

Sarah y Ximena estaban en un dormitorio para niñas. Nos juntábamos todos los días para jugar, ir a la playa y comer. Había actividades de todo tipo: campeonatos de ajedrez, competencias de bicicleta, juegos de grupo. Los cubanos habían organizado un verdadero campamento de vacaciones del que guardo recuerdos agradables más que angustias o terrores. Habían logrado crear un lindo ambiente para nosotros. Los africanos y los cubanos tienen una gran habilidad para la música. Bastaba que unos cuantos se juntaran bajo algún árbol y rápidamente armaban un grupo musical con alguna caja y unos palos y empezaba la música. Todavía resuena en mi memoria el estribillo de una canción que decía así: «mi limón, mi limonero, entero me gusta a mí...».

En las noches yo miraba las estrellas y me comunicaba mentalmente con mi madre. Habíamos acordado comunicarnos por ese medio y eso me permitía aparentar fortaleza en el día y dejar escapar mi angustia protegido por la noche. Quien sabe cuántos de mis compañeros hacían algo parecido. A veces nos llegaba un telegrama breve pero tranquilizante de mi madre o de Robert: «estamos bien, los amamos». Pasaban los días y nosotros íbamos descubriendo muchas cosas nuevas. El guao era una planta venenosa cuya sombra se decía que era suficiente para generar ronchas en los de piel sensible. Algunos niños se marcaban el nombre en el antebrazo con la hoja de esa planta. Las letras quedaban formadas por granos llenos de pus. Sarah y Ximena cayeron enfermas con impétigo y pasaron un par de días en la casa clínica. Yo nunca había visto alguien con tantos granos.

Un día mientras jugábamos al ajedrez y al *ping-pong* el alto-parlante anunció la muerte de Ho Chi Minh. Recuerdo el silencio y el nudo en la garganta. El tío Ho, como lo llamábamos, era una figura mítica, el líder del pueblo vietnamita que en aquellos años combatía contra la agresión yanqui. Todos allí lo admirábamos y lo asociábamos con una mezcla de sabiduría, eterna sonrisa y humildad. Parecía un abuelito frágil y sin embargo estaba liderando esa guerra en que se enfrentaba al país más poderoso del mundo. Todas nuestras guerras personales, las imaginarias y las reales, tenían en Vietnam un referente y en el «tío Ho» un símbolo.

Los chicos del campamento que tenían familiares o amigos podían salir el fin de semana «de pase». Naturalmente muy pocos allí tenían esa opción. Durante el mes y pico que estuvimos en ese campamento salimos de pase raras veces. Cuando lo hicimos fue porque nos fue a

buscar Tania Díaz Castro, una amiga de Sergio y de mi madre, periodista de la revista *Bohemia*, que nos llevaba a su casa y nos atendía muy bien. Recuerdo su sala y un ambiente familiar y cálido. Mis hermanas y yo escribíamos una pequeña «revista» con poemas, cuentos y dibujos y Tania lograba darnos el calor familiar que tanta falta nos hacía. Luego dejamos de verla y muchos años después supe de ella por los diarios: había caído presa por «actividades contrarrevolucionarias». Creo que hoy sigue en Cuba, luchando siempre por sus ideas.

He acá una carta que mandé en ese tiempo a mis padres. La reproduzco con la ortografía y la redacción de mis ocho años:

Querida mami y Robert -Espero que esten bien y Goyo me caí de una vicileta y me erí el vraso y la pansa. No te pongas triste pues no fue grave. Ximena se callo y le salió sangre tampoco fue grave. Y Sara no le pasó nada, a Anna no la e visto porque ella está en un círculo infantil con los amigos, Saris y Ximena en la Casa 18 de Internados y yo en la 9 de Internados de la escuela, que dijiste antes de venir, estamos bien aquí ai mucha hormiga volando que se te meten asta la naris, son mui molesta aquí y mis hermanas todos los días en la mañana vamos a la plalla yo y mis ermanas nos metemos al mar como 10 metros de la arena, yo goyo e estado tres días buscando plumon pero no encuentro y tube que aser la carta con colores. Así ves con que cariño te la escribo la carta. Por favor ben pronto todas las noches se lo pido a las estrellas. Yo tengo dos amigos un de Jinea y otro de Cuba. Se las escribe con mucho amor y casi lágrimas en los ojos, Goyo Saris Ximena y Anna.¹

Mientras nosotros estábamos en Cuba mi madre y Robert lograron escapar de México. Su periplo los llevó a través de la frontera con Estados Unidos, mi madre disfrazada y con documentos falsos, y con un trecho del camino en un camión frigorífico que trasportaba carne. Luego Robert pasó por Nueva York a ver a su familia y de allí se fue a Cuba pasando por Madrid. Mi madre viajó en bus hasta Canadá y abordó un avión a Francia. Sin salir del aeropuerto conectó con un vuelo a Praga donde finalmente pidió hablar con los cubanos. La estaban esperando. En esa época el mundo occidental y el llamado «campo socialista» estaban separados por una frontera difícil de atravesar. Praga era el punto en que se podía pasar más fácilmente «hacia el otro lado». El plan era que de Praga viajara a Cuba, donde nos encontraríamos. Pero había un solo vuelo por semana de Cubana de Aviación entre esa ciudad y La Habana y pasaron 19 días antes de que mi madre pudiera abordar el

1 Mi hermana Anna ha decidido ser llamada Ana desde hace varios años. He decidido respetar su decisión, pero en la reproducción de esta carta de infancia utilizaba aun la ortografía anterior.

avión. De modo que Robert llegó a Cuba antes y el reencuentro con él fue el comienzo del fin de nuestra angustiada espera.

No recuerdo bien la llegada de Robert. El gobierno cubano nos asignó una habitación en el Capri. Era un lujoso hotel que había sido propiedad y refugio de la mafia antes de la Revolución. Ahora estaba al servicio de un escaso turismo y era a la vez lugar de acogida para invitados de la Revolución. En hoteles como ése nos daban una habitación y derecho a comer en el restaurante, mientras nos buscaban algún apartamento o casa. Estuvimos unos cinco meses viviendo allí. A lo largo del tiempo iríamos a visitar en hoteles como ése a muchos amigos que iban llegando a Cuba como refugiados políticos. En ese mismo Hotel Capri vivió años después la familia del dirigente tupamaro Andrés Cultelli, cuyas hijas serían buenas amigas nuestras. En el Habana Libre estuvieron Antonio y Domingo, revolucionarios venezolanos que luego serían presencias importantes en nuestras vidas. En el Deauville se hospedaron Laura y su familia cuando recién llegaron a Cuba; Laura sería luego la compañera de mi vida. Cada hotel tenía su grupo de refugiados. Nosotros vivimos en el Capri a fines de 1969, cuando aún no había llegado la gran ola de latinoamericanos que inundó Cuba en los años setenta. Sin saberlo éramos como adelantados de esa migración forzada.

Una semana después de Robert llegó mi madre. No recuerdo los detalles físicos del encuentro: si la vi al abrirse el ascensor o si nos dio la sorpresa de llegar a la habitación. En mi memoria queda solo la intensa emoción de estar finalmente juntos de nuevo, luego de dos meses y medio de separación, del miedo y de tantas aventuras. Nosotros ya estábamos aclimatándonos a la Cuba revolucionaria. Mi madre y Robert habían logrado escapar de la represión en México y habían recorrido medio mundo. La alegría era enorme. Ahora empezábamos una nueva vida y no nos separaríamos más. Sentíamos que todo eso que nos había pasado en los últimos meses era como un rito iniciático. Ahora éramos parte de aquello que se estaba construyendo allí: la Revolución, el socialismo, un mundo nuevo.

El aire que respirábamos era salado y húmedo; la música era permanente; la alegría de los cubanos, contagiosa. Las paredes de la ciudad gritaban a los cuatro vientos consignas escritas con colores vivos: «El futuro pertenece por entero al socialismo, al imperialismo pertenecen la crisis y la derrota», «Los hombres mueren, el partido es inmortal», «Patria o muerte, ¡venceremos!». El Che había muerto menos de dos años antes en Bolivia, pero en toda América Latina cientos de combatientes seguían su ejemplo: Turcios Lima y Yon Sosa en Guatemala, Carlos Fonseca en Nicaragua, Hugo Blanco en Perú, Douglas Bravo en Venezuela, los hermanos Peredo en Bolivia, Raúl Sendic en

Uruguay, Miguel Enríquez en Chile, Roberto Santucho en Argentina, Carlos Marighela en Brasil. Hasta en el mismo corazón de los Estados Unidos actuaban los Panteras Negras, los *Weatherman*, los independentistas puertorriqueños. Nos parecía que la ola imparable de la Revolución avanzaba con fuerza y nosotros éramos parte de aquello. Las derrotas, aunque numerosas, parecían puntuales y momentáneas. Yo ya estaba sumergido en ese mundo y vivía lo cotidiano como parte de ese ambiente general.

Como dije, Ana había quedado a cargo de Hortensia durante los dos meses y medio que duró la travesía de mis padres. Esa mujer la cuidó con amor y se encariñó con ella. Cuando mi madre llegó, Ana había pasado casi la mitad de su vida con Hortensia de modo que no era sencillo recuperarla. Durante varios días hicimos visitas cada vez más largas para acostumarla de nuevo a nuestra presencia y finalmente volvió a la familia. Ana siguió visitando a Hortensia hasta muchos años después.

Mi madre llegó a Cuba a tiempo para festejar conmigo mi cumpleaños número nueve. A esas alturas las vacaciones habían terminado y yo estaba en una escuela donde nos quedábamos a dormir toda la semana. Me fue a visitar una tarde y llevó un pastel que comimos juntos en la placita que estaba frente a mi dormitorio. Esa plaza era un pequeño triángulo de tierra con un par de árboles donde había una parada de ómnibus.

Pocos meses después nos asignaron una vivienda. Era un bello apartamento en la calle Línea entre M y N. Estaba a un par de cuadras del malecón, en el barrio del Vedado. El apartamento era realmente formidable: ocupaba todo el noveno piso, tenía cinco cuartos y dos baños, además de un pequeño baño desafectado, cocina, sala y comedor amplios y una terraza vidriada con una magnífica vista al malecón y al mar. Cuando llegamos al edificio nos recibieron varios vecinos muy cariñosos y abiertos. Alicia, la vecina del cuarto piso, nos mostró su casa. En su cocina abrió la despensa. No había nada, ninguna lata ni paquete de comida, solo un letrero que decía con orgullo: «vacío pero con dignidad».

Los cubanos en esa época vivían tiempos muy duros. La guerra que se desarrolló en el Escambray y otras zonas montañosas del país había terminado hacía pocos años. La Revolución estaba política y militarmente estabilizada pero el bloqueo económico arreciaba y había muy pocos artículos en las bodegas. Cada familia tenía una libreta de racionamiento que garantizaba para cada cubano una ración básica de alimentos y de ropa, de jabón y de otros artículos de primera necesidad. Todo lo que se consideraba un lujo era inexistente. Y muchas cosas eran consideradas lujo: desde un reloj de pulsera a una máquina

de afeitarse, desde un pedazo de jamón a un auto. La filosofía general era la de buscar la igualdad ante todo. Cuando el gobierno decidía integrar un nuevo producto a la distribución masiva era porque tenía una cantidad suficiente como para poder distribuirlo a toda la población de manera igualitaria. De modo que en 1969 y 1970 había realmente muy pocos productos en los comercios.

La comida era escasa y se había calculado de manera de satisfacer los requerimientos mínimos en calorías. Ese año en la escuela recibimos la misma ración todos los días. El menú en el almuerzo y en la cena era siempre el mismo: arroz, chícharo y pescado —a veces simplemente sardinas enlatadas—; en el desayuno un café con leche y un bollo de pan. Poco tiempo después descubrí que en una escuela vecina, especializada en formación de deportistas, complementaban con un yogur cada comida. Fue un factor determinante para tomar la decisión de cambiarme a esa al año siguiente. No pasábamos hambre y no creo que realmente nos preocupara mucho la monotonía de la dieta, pero los chicos se interesaban por esos otros manjares que nunca habían saboreado y que sabían que existían por algún cuento de sus padres o por las películas. Así empecé a convertirme en contador de cuentos. Muchas veces tenía una rueda de compañeros alrededor y yo les contaba con detalles la forma, la textura y trataba de transmitir el sabor de esas cosas que yo conocía y ellos no: la mantequilla, el queso, la fresa. Ese año escribí una redacción en la escuela en la que relataba un banquete de la familia Rockefeller con lujo de detalles. El menú estaba formado por arroz, frijoles negros y pollo.

En esa época llegaban a Cuba personas de todas partes del mundo a contribuir solidariamente con la Revolución cubana. Técnicos rusos, de Alemania del este, búlgaros o checos. Compañeros de toda América Latina o de Europa occidental. Ingenieros, agrónomos, matemáticos, biólogos, médicos. Los cubanos decidieron crear una libreta especial para extranjeros. También era una libreta de racionamiento pero daba derecho a algo más que la libreta común. Los cubanos no querían someter a todos esos amigos que dejaban voluntariamente las comodidades de sus países de origen a los mismos sacrificios que estaban asumiendo ellos. Cuando llegamos nos ofrecieron esa «libreta para extranjeros» pero mi madre la rechazó. Siguió en eso el ejemplo y el consejo de Roque Dalton cuya familia llevaba ya un tiempo viviendo en Cuba. Así es que pedimos tener la misma libreta que el resto de los cubanos. Estábamos allí como ellos y como ellos queríamos vivir.

Esa decisión marcó la forma en que nuestra familia se integró a la vida cubana. El permanente contacto con amigos extranjeros que venían a visitar a mis padres y los viajes que luego haríamos de forma regular nos daban sin dudas una situación de privilegio. Así tuvimos

acceso a ropa extra o a un televisor. Pero de todas formas creo que nos integramos a la sociedad cubana de la manera más intensa que pudimos. Como al resto de los cubanos, y a pesar de los regalos, nos faltaban muchas cosas en la vida diaria, desde jabón hasta comida. Pocos años después ya hablaba como un cubano más y algún compañero de clase dudaba de mi sinceridad cuando le juraba que era norteamericano. Tuve que mostrarle mi pasaporte para convencerlo de que no mentía.

Roque Dalton fue muy importante para nosotros. Era un amigo entrañable de mi madre, un gran poeta y un revolucionario que terminaría por convertirse en leyenda no sólo en su país de origen, El Salvador, sino en toda América Latina y muy especialmente en la comunidad intelectual que tenía a La Habana como centro en esa época. Su coherencia entre pensamiento y acción fue una de las cosas que más nos marcó a todos. A principios de los setenta vivía en La Habana, pero poco tiempo después desapareció de la escena: se había marchado clandestinamente para entrenarse en Vietnam y luego se fue a luchar en su país. Fue asesinado por sus propios compañeros en El Salvador en 1975 a raíz de diferencias internas. Ese crimen fue uno de los más grandes desgarros que tuvimos colectivamente. Cuando nosotros llegamos a Cuba él vivía con su familia en un apartamento en el Vedado, no muy lejos del nuestro. Sus hijos, Juan José, Roquito y Jorgito, eran un poco mayores que nosotros. Los visitábamos y de alguna forma ellos fueron quienes nos recibieron en Cuba.

Nuestra precipitada partida de México impidió que trajéramos muchas cosas. Los niños no pudimos traer nuestros juguetes. Yo quería mucho tener una pistola de fulminante pero en Cuba en esa época estaba todo racionado. No sólo la comida y la ropa sino también los juguetes. Había un único día en el año en que los niños cubanos tenían derecho a la compra de tres juguetes: uno básico y dos adicionales (el primero se distinguía por un precio mayor). Desde días antes ya se iban llenando las vitrinas y se formaban colas inmensas para conseguir los primeros lugares para entrar a comprar. A cada quien le tocaba la tienda de su barrio. En cada una había una cantidad limitada de cada juguete. Todos los niños tenían derecho a tres pero no todos eran iguales. Había quizás treinta bicicletas en una tienda dada de modo que uno podía obtener un juguete grande como estaba estipulado pero no necesariamente la deseada bicicleta. Ser el primero en la fila era importante para poder escoger. A lo largo de los años inventaron todo tipo de métodos para evitar esos problemas: probaron otorgar los números alfabéticamente, aleatoriamente o por teléfono, pero siempre fue difícil conciliar escasez con justicia.

Nosotros habíamos llegado el 25 de julio y faltaba tiempo para el

próximo día de los juguetes. Mi madre le contó eso a Roque y casi de inmediato Roque le propuso a su hijo que me regalara su pistola. Lo dijo con esa forma mitad pregunta y mitad obligación que no le deja escapatoria a un niño. Así fue como Roquito me regaló su pistola de fulminante, copia de una calibre 45. Roque me aseguró que era una copia tan perfecta que podría secuestrar un avión con ella. Sólo mucho después, cuando la pistola había perdido pedazos en mis guerras infantiles y Roque ya había sido asesinado, me di cuenta del significado de ese regalo y lo guardé celosamente. Unos cuantos años después Roquito me confesó que ese día me odió profundamente, como un niño puede hacerlo en una ocasión como esa. Creo que el año siguiente fue cuando instituyeron el 6 de julio (el día internacional de los niños) como «día del niño»: el esperado día de los juguetes. Quizás escogieron para ello la fecha más lejana posible a los Reyes Magos y a la Navidad.

Cuando mi madre llegó a Cuba ya había empezado mi cuarto año de escuela primaria. No sé quién tomó la decisión sobre a qué escuela debíamos ir. Nos habían puesto en un internado quizás pensando que nuestros padres podrían demorar en llegar a Cuba. En ese tiempo el modelo ideal de las escuelas cubanas eran los internados (que llamábamos «becas»): los niños vivíamos en ellos de lunes a viernes y nos íbamos a casa el viernes de noche para pasar el fin de semana con la familia. En la beca nos repartían libretas y lápices y teníamos acceso a los libros necesarios. Nos daban comida y vestimenta gratis —el uniforme y «ropa de trabajo», incluyendo zapatos— y recibíamos una educación que se iba construyendo con la mejor intención del mundo y con los recursos que había. Muchos niños cubanos estaban «becados», especialmente aquellos que venían de familias más humildes o de zonas de difícil acceso. Esas escuelas eran un espacio colectivo donde se pretendía ir formando el «hombre nuevo» sin el cual no parecía tener futuro la Revolución. Las becas también permitían que los padres «hicieran la Revolución y el amor» mientras el Estado se ocupaba de los niños.

Siempre sentí en la Revolución cubana una devoción por los niños. En todos lados se leía una frase que ya parecía muletilla: «Los niños nacen para ser felices». Y uno tenía realmente la sensación de que se intentaba cumplir con esa consigna. De mil maneras nos llegaba el mensaje de que a los niños pertenecía el futuro y que todos los sacrificios presentes eran para ellos. Las becas eran una forma un tanto ingenua pero bastante eficaz de intentar llevar esa idea a la práctica. La economía de Cuba aún estaba fundamentalmente basada en el azúcar de caña. La zafra (la cosecha de caña de azúcar) era prácticamente la palabra más importante de la economía. En 1970 Fidel propuso realizar la mayor zafra en la historia del país y producir 10 millones de toneladas en vez de las 5 ó 6 que era lo máximo a lo que se llegaba regularmente. Para lograrlo se movilizaron todas las energías en detrimento del resto de la economía. Fue un esfuerzo voluntarista que dejó al país exangüe y que no alcanzó la meta aunque se logró la zafra más grande de la historia del país con 8 millones y medio de toneladas. Durante ese año todo el país tensaba sus fuerzas para «la zafra de los

10 millones», la economía estaba en ruinas y no había casi nada en las bodegas pero en las becas cada niño tenía comida, ropa y útiles escolares asegurados. Allí teníamos deporte y estudio, atención dental y médica, cine, ajedrez y *ping-pong*.

Pronto los cubanos (con esa autocrítica constante que los caracteriza) se dieron cuenta de que era muy duro para un niño de diez años separarse de la familia tanto tiempo. Entonces tomaron la decisión de limitar las becas a chicos de secundaria en adelante. Con el tiempo eso también pareció muy duro y en los años noventa las becas se limitaron a los chicos de quince años en adelante. Pero cuando nosotros llegamos ese proceso aún estaba verde y todavía existían becas en la educación primaria.

Fue así como en septiembre del 69, cuando terminó el verano y con él el campamento de Santa María del Mar donde pasamos nuestras primeras semanas en Cuba, nos pusieron en una de esas becas. Estaba en el aristocrático barrio de Miramar donde muchas casas habían sido expropiadas por la Revolución o abandonadas por sus dueños. Nuestra escuela funcionaba en varias de esas casas. Algunas eran dormitorios, otras estaban dedicadas a salones de clase o a oficinas administrativas. Mi dormitorio estaba en la esquina de la calle 10 con la 9.ª avenida. Un gran jardín rodeaba una casona de 2 pisos con una escalera señorial de mármol y una enorme araña de cristal en el centro de la sala. En cada cuarto se agolpaban varias literas. El jardín tenía algunos árboles y un cerco de piedra con pequeñas aberturas por donde veíamos los autos que pasaban por la calle. Recuerdo ver pasar por allí a Fidel en un jeep sin techo que en esa época usaba para desplazarse. Lo seguía otro jeep verde olivo con escoltas y una enorme antena que se balanceaba al viento.

Se contaban muchas historias sobre esas casas: que los dueños habían escondido un tesoro en las paredes antes de irse «para el norte» (los Estados Unidos) con la esperanza de recuperarlo al volver; que tal casa de la cuadra siguiente estaba habitada por fantasmas y por eso estaba siempre cerrada; que en aquella otra habían encontrado la mano cortada de un hombre asesinado y a veces se veía a la mano sola flotando por los aires... A veces en la noche en el dormitorio se formaba un grupo alrededor de un cuento y las historias de horror empezaban a hilvanarse.

Todos los niños éramos «pioneros», es decir miembros de la Unión de Pioneros de Cuba: vestíamos el uniforme y llevábamos con orgullo la pañoleta al cuello. En la mañana, luego del desayuno, formábamos en el patio y comenzábamos la jornada con una ceremonia en la cual respondíamos a la consigna de «¡pioneros por el comunismo!» con un grito colectivo: «¡seremos como el Che!». Yo traía desde México mi me-

lena larga pero en esa escuela me la cortaron. La regla era uniforme y brutal: a todos los varones nos cortaban el pelo estilo «malanguita». Así le llamaban a un corte que dejaba toda la cabeza rapada salvo un pequeño mechón en la parte frontal. Allí quedaba una especie de mata de pelo ridículamente larga. No sé de dónde sacaron esa idea pero así era. El estilo del corte me parecía propio de marines yanquis. Yo pensaba que era una de las muchas pequeñas cosas donde se sentía la sutil influencia de la cultura norteamericana junto a palabras como «parquear» o «jonrón» (para estacionar un auto o designar el «home run» del béisbol). La primera vez que me quisieron cortar el pelo protesté de todas las maneras que pude. Relaté nuestra historia de clandestinidad y huida en México y el simbolismo que asociaba a mi pelo largo. No hubo caso. Pasé por el sillón como todos. Me sentí humillado y nunca más tuve el pelo largo.

Nos cortaban el pelo quizás por medida higiénica contra los piojos o tal vez por alguna disposición simplemente estúpida. Pero no puedo dejar de relacionar ese gesto con el hecho de que en ese tiempo también le cortaban el pelo en la calle a cualquier melenudo, fuera becado o no. Mientras en el mundo los *hippies* y sus cabelleras eran símbolo de rebeldía anti sistema, en Cuba los mismos símbolos de rebeldía eran vistos con temor. Así conocí una faceta de las contradicciones de la Revolución cubana. Era la expresión de una clase de contradicción propia de toda Revolución: la institucionalización del proceso revolucionario se va convirtiendo en el nuevo marco regulatorio que algunos jóvenes quieren romper.

Además de las becas existían escuelas diurnas donde los chicos iban para recibir clases cada día y volvían luego a sus hogares. Eran pocas pero existían, de modo que efectivamente ambas opciones eran reales. Ana era muy chica y nunca fue a una escuela interna. Luego de unos años Ximena no quiso ir más al internado y la cambiaron a una escuela diurna. Mi madre nos preguntó a Sarah y a mí si queríamos cambiarnos. Sarah se dio cuenta entonces de que tenía otra opción pero estaba ya en sexto grado y quería postular a la Lenin: una escuela de élite que era el sueño de muchos. Decidió seguir en la beca. Yo tampoco quise irme de la beca en ese momento. Esa era la norma o al menos eso me parecía y no percibía entonces lo que me estaba perdiendo en cuanto a la vida familiar. Vine a darme cuenta mucho después y finalmente salí del internado luego de ocho años. Sarah hizo toda su educación en becas, desde primero de escuela primaria hasta entrar en la Universidad.

La beca tenía su ritmo. Cada día teníamos clases y un montón de otras actividades. Existía la idea, casi un dogma, de combinar el estudio con el trabajo. Uno debía hacer trabajo manual como parte de la

formación básica, al mismo título que las matemáticas o la historia. El dormitorio era colectivo y había reglas que cumplir como tenderse la cama o levantarse y acostarse a ciertas horas. Había mucho tiempo libre para jugar o leer. Los miércoles de noche teníamos cine. Íbamos en fila de dos en fondo hasta el enorme Teatro Chaplin que luego rezozarían y bautizarían Teatro Carlos Marx. Mientras caminábamos rumbo al cine o a otra actividad me cruzaba con otros grupos de becados, así veía de vez en cuando a Sarah y Ximena. Otras veces iba a visitarlas a su dormitorio o ellas venían al mío y podíamos charlar. Recuerdo a un amigo con quien conversaba a menudo en el jardín. Pasábamos largo rato explorando los meandros de ese espacio. Un día, mientras se comía las hormigas negras que aplastaba con el dedo, me contó que su madre estaba en la cárcel por ocupar una vivienda de manera ilegal. Lo decía con cierta naturalidad y sin dramatismo. Los amigos que uno hacía allí eran entrañables, la intimidad nos acercaba mucho. Y los enemigos eran peligrosos por la misma razón.

A veces me orinaba en la cama. Recuerdo la vergüenza y la bronca al despertarme en un charco cálido en medio de la noche. Me bajaba con sigilo de la cama intentando no despertar a nadie e iba a colgar mi sábana afuera. En la mañana me cubría de vergüenza pero no era el único en esa situación a pesar de que ya teníamos nueve o diez años. Siempre había algunas sábanas colgadas en largas cuerdas que atravesaban un rincón del jardín y más de un colchón secándose al sol. Una mujer vivía con nosotros en esa casa donde ocupaba un pequeño cuarto. A ella y en general a todas las funcionarias que limpiaban o nos cuidaban las llamábamos genéricamente «tías». No había llaves para guardar los objetos personales pero uno se inventaba sus lugares secretos. Yo escribía un diario íntimo del que me ocupaba en ratos de soledad y que no mostraba a nadie.

Al entrar en quinto grado me cambié de escuela. Mi nueva beca era una Escuela de Iniciación Deportiva Escolar (EIDE) que quedaba a pocas cuadras de la anterior. Se suponía que allí iban los jóvenes talentos deportivos que eran seleccionados como tales. Teníamos que escoger un deporte en el cual entrenarnos. Pedí natación y luego de una prueba logré entrar. Esa escuela estaba más cerca de la costa: entre la 1.^a y la 5.^a avenidas. El comedor estaba sobre la costa misma y los dormitorios se desperdigaban en torno al Cristino Naranjo, un antiguo club social que había sido muy exclusivo antes de la Revolución y que ahora se había puesto, como otros, al servicio de todos. El edificio tenía pisos de mármol y amplios espacios con arañas de cristal colgadas del techo que supieron ver fastuosas fiestas en tiempos pasados. Ahora centenares de niños atravesábamos corriendo esos enormes salones vacíos para ir al vestuario. Había una escollera y varias piscinas de

agua salada que se comunicaban con el mar a través de filtros. Había también un gimnasio y canchas de tenis entre otras instalaciones. Los funcionarios que mantenían esas instalaciones limpias me parecía que eran los mismos mayordomos de otros tiempos, solo que ahora su trabajo era otro. A ellos también los llamábamos «tíos». En las meriendas nos daban gofio y un vaso de malta.

Teníamos clases la mitad del día y deporte la otra mitad. Cada día nadábamos durante dos o tres horas. Era un entrenamiento muy fuerte. A lo largo del año había diversas competencias escolares. Participé en una sola competencia interescolar y logré un segundo lugar porque descalificaron al que llegó segundo. Mi tiempo fue insuficiente y no clasifiqué para la ronda siguiente. Al finalizar el año me dijeron que eso no era para mí y me ofrecieron probar otro deporte. Escogí tenis y lo practiqué todo mi sexto grado con la misma frecuencia cotidiana y con la misma suerte. Quedaba claro que el deporte no era lo mío pero ya había terminado mi escuela primaria y otros eran mis planes para secundaria.

De esos primeros años en las becas de Miramar tengo pocos recuerdos. Entré con casi nueve años y salí con once. Las canchas de tenis estaban al lado del gimnasio y en nuestros ratos de ocio nos íbamos a ver practicar a las gimnastas. Me gustaba una muchacha negrísima y espigada que hacía gimnasia olímpica. Pocos años después, Aida llegó a competir representando a Cuba a nivel internacional. No me correspondió.

Una de las primeras cosas que se hicieron luego del triunfo de la Revolución fue la campaña de alfabetización: en 1961 se movilizaron decenas de miles de jóvenes y en pocos meses enseñaron a leer y escribir a todo aquel que no sabía. La idea era dar un impulso inicial, eliminar el analfabetismo básico y luego seguir enseñando a todos. De modo que se produjo una ola de gente que iba avanzando en los estudios. Cientos de miles de personas estudiaban: niños en las escuelas y adultos en las noches luego de trabajar. La ola avanzaba y necesitaba salones, maestros y profesores. Pero a la vez muchos maestros y profesores, miembros de las clases medias, habían huido a Estados Unidos a lo largo de esos años. La solución para ese complejo problema fue que los mejores maestros y profesores que quedaban se concentraran en los años superiores en el rol de formar a los formadores mientras que miles de jóvenes se convirtieron en maestros o profesores de los más jóvenes. Parte del día aprendían y parte del día enseñaban. La urgencia no permitía esperar.

Así fue como la gran mayoría de mis maestros en la beca eran jóvenes inexpertos, llenos de buenas intenciones y con rudimentos básicos de pedagogía. Uno podía tener doce o trece años y su profesor quince.

Los maestros intentaban inculcarme la ortografía y la caligrafía que nunca había aprendido bien. Mis maestros en México eran más sofisticados y aplicaban métodos pedagógicos avanzados, que buscaban promover la expresión individual más que enseñarnos ciertas habilidades. Estos muchachos que eran ahora mis maestros estaban llenos de ganas, pero no tenían una gran preparación y debían lidiar a la vez con la compleja tarea del magisterio y con las dificultades de la convivencia cotidiana en el internado. Miro hacia atrás y me sorprende de aquello. El ambiente general era tan fuerte y estaba tan cargado de valores positivos que permitía experimentar soluciones como esas y evitaba desvíos muy grandes. Al final el resultado general era bueno. Esa es al menos la impresión general que tengo a la distancia.

A veces se castigaba a los niños como creo que en esos años se hacía en casi todas partes del mundo. Esos castigos coexistían extrañamente con el dogma revolucionario de que todo lo mejor era para los niños. De alguna forma esos excesos se compensaban. Había disciplina —sin la cual hubiera sido imposible manejar un internado— pero a la vez había un interés real en nosotros. La resultante era que el ambiente no se me hacía pesado.

A veces un maestro se salía de la norma y lo notábamos. Un día no aguanté más a la señora que cuidaba mi dormitorio. Para mantener la disciplina se apoyaba en un estudiante de origen alemán que aprovechaba la confianza para abusar de todos. Nos castigaban por cualquier nimiedad con castigos duros. Podían por ejemplo imponernos estar un rato con los brazos estirados y un libro en cada mano. A veces no sabían quién era el responsable de alguna travesura y decían —«entonces pagan justos por pecadores»— y el castigo era colectivo. Eso me molestaba sobremanera. Un día de castigo salí corriendo y no paré hasta la casa de unos amigos de mi madre a un par de cuadras. Desde allí llamé a mi casa por teléfono y me vinieron a buscar. Al día siguiente mi madre me llevó a la escuela y protestó ante el director por el maltrato. No recuerdo que se tomaran represalias conmigo por esa fuga y no recuerdo ninguna otra fuga de mi parte. Tampoco recuerdo otros castigos.

Sergio fue a visitarnos a Cuba justo antes de su viaje a Japón donde se internó en un monasterio budista por dos años. Fue a verme a la beca y salimos a caminar por las calles arboladas de Miramar. Salvo por situaciones excepcionales como esa, a nosotros pocas veces nos visitaba la familia en la beca. La mayoría de nuestros compañeros recibían visitas de abuelos o padres los miércoles de noche y compartían con ellos algún pastelito casero. Quizás por eso recuerdo tanto esa visita. Esa vez le pregunté si era cierto que masturbarse quemaba neuronas como me había dicho un maestro y me tenía un poco angus-

tiado. Sergio me explicó que masturbarse era natural, que me quedara tranquilo. Luego busqué información sobre el tema en un libro y le mostré al maestro que estaba equivocado. ¿Con quién consultar temas íntimos como ese? Los «adultos» que convivían con nosotros eran maestros muy jóvenes y con la familia estábamos poco. No sé si fue en esa visita o después que Sergio me contó su vida en el internado cuando era niño. Su madre había muerto cuando él era muy joven y su padre, que no lo quería, lo metió en un internado de tiempo completo. Eran razones muy distintas para ir a un internado pero de todas formas compartíamos algunas experiencias similares. Me contó cómo se fue de allí a la ciudad de México cuando tuvo catorce años.

Pronto se estableció una dinámica regular en nuestras vidas. Durante la semana Sarah, Ximena y yo vivíamos en la beca. El viernes de noche yo las recogía y nos íbamos a casa. Nuestro hogar era ahora muy distinto del que habíamos dejado en México. Ya no había sirvientas que se ocuparan de nuestras cosas y muchas comodidades materiales habían desaparecido de nuestras vidas aunque nuestro apartamento era amplio y estaba en un barrio bello y céntrico. No había agua salvo una hora al día durante la cual llenábamos frenéticamente todo recipiente existente incluyendo la tina de un baño que había quedado destinada a ese fin. El agua debía servir hasta el día siguiente. Los apagones eran frecuentes y ya estábamos habituados a bañarnos con agua fría.

Mis padres habían establecido ciertas reglas en casa. El trabajo doméstico estaba repartido de manera muy estricta e igualitaria. Cuando llegaba de la beca debía lavar mi ropa a mano pues no existía la lavadora. Mis hermanas también lavaban su ropa. Lavar los platos, limpiar la casa, todo estaba repartido de manera que el trabajo doméstico fuera colectivamente asumido. Me acostumbré rápidamente a ese nuevo régimen que parecía desprenderse naturalmente de la empresa en que estábamos todos: construir la nueva sociedad con nuestras propias manos. Miro hacia atrás y a veces me doy pena lavando esas sábanas gigantes con nueve o diez años. De vez en cuando mi madre o Robert nos daban la sorpresa de lavar algo de nuestra ropa y ese era como un regalo especial.

En casa teníamos una reunión familiar cada semana donde evaluábamos colectivamente el trabajo de todos. Mi madre preparaba unos diplomas que se otorgaban a quien fuera seleccionado como más trabajador o mejor en tal o cual cosa. Eran unas hojas de papel escritas a máquina con unas flores de colores dibujadas en las esquinas. Llamábamos a esas reuniones la «emulación familiar». Allí reproducíamos en la interna de la familia uno de los ritos sociales de la Revolución: la crítica y la autocrítica. Todavía tengo guardados algunos diplomas que gané en esas lides y puedo releer en mi diario de esa época las

explosiones furibundas de Sarah o de Ximena contra eso que sentían como una farsa. Creo que esas reuniones eran un síntoma de la época, del infantilismo de mis padres, de su ingenuidad. Hoy miro atrás y me cuesta ubicarme en ese contexto y sin embargo para mí aquello era natural y como parte del paisaje. Es cierto que muchas veces obtenía los diplomas en esto o en aquello. Ahora me doy cuenta de que era bastante fantasioso intentar ponernos en un supuesto plano de igualdad a niños y adultos. Quizás simplemente era una forma de organizar la vida familiar usando las relaciones tradicionales de poder entre adultos y niños, pero adaptándolas a los tiempos que corrían.

Los fines de semana eran también la oportunidad de estar con la familia en un sentido más clásico. Íbamos a comer arroz chino o a tomar helado en Coppelia. Esas eran salidas familiares rituales. Muchas veces íbamos a una lectura de poesía, a un espectáculo de teatro o a un concierto. A veces íbamos al cine. Recuerdo ir a ver *Billy the Kid* con mi madre en el cine «23 y 12». Al salir del cine mi madre me contó que Billy existió realmente y que vivió en la zona al sur de Nuevo México. Fue la primera vez en años que me sentí conectado con los Estados Unidos en forma positiva, hasta con un extraño orgullo. En esa época veíamos muchas películas japonesas de samuráis, rusas de guerra o *westerns* norteamericanos. Mi madre y yo empezamos a frecuentar el cine de la Rampa o la cinemateca donde podíamos ver películas francesas e italianas y ciclos de Sanjinés o de Wajda.

El domingo era el día más feo de la semana. Desde la mañana ya empezaba a sentir que se acababa el tiempo familiar. Alrededor de las 2 de la tarde estaba planchando mi uniforme y preparando mi bolso para volver a la beca. A las 6 debía estar en algún parque donde un bus nos pasaba a recoger. Esas horas eran una lenta agonía. Los domingos de tarde me oprimían el pecho.

Cuando estaba en sexto grado quería ser doctor y como era mi costumbre busqué la forma de investigar lo que me interesaba. No sé como convencí a una doctora para que me llevara a ver una autopsia. Ella trabajaba en Pinar del Río, una ciudad a unos 200 km de La Habana. Luego de varios intentos nos pusimos de acuerdo. Mi madre me dio permiso como siempre. El día acordado tomé el ómnibus yo solo y fui para allá. La doctora me esperaba en la terminal y pasamos el día juntos. Me llevó a un anfiteatro del hospital y me permitió observar desde la distancia la autopsia de un bebe de pocos meses que había muerto de gastroenteritis o algo así. Desde lejos parecía un muñeco. Luego fuimos al laboratorio de anatomía patológica y pude observar varios tejidos al microscopio. No me impresionó demasiado y quedé orgulloso de mi aventura. La doctora me regaló un feto de poco menos de un centímetro que flotaba dentro de un frasco con formol. Fue un

trofeo que llevé a la beca y mostré orgulloso a todos mis amigos. Tuve ese fracaso por años junto a mis tesoros más preciados. Mucho después se lo regalé a mi cuñada Ana cuando estudiaba medicina.

Ese primer éxito me motivó a buscar más de lo mismo. Me acerqué a un brasileño amigo de mi madre que era médico forense. Le conté mi experiencia previa y le pedí que me llevara a su trabajo. Luego de insistir y señalar que ya había visto una autopsia, logré su consentimiento y el de mis padres y acordamos una fecha. Fui a dormir la noche anterior a su casa para acompañarlo en la mañana al trabajo. En la cena su tema de conversación eran los muertos del día. Esa noche hablaba de una mujer a quien le había entrado la bala de tal forma que cayó en el esófago y siguió avanzando por el sistema digestivo hasta la muerte de la señora. Encontraron la bala en los intestinos. El hombre contaba aquello con pasión mientras cenábamos. Yo escuchaba sin decir palabra. En la mañana nos fuimos juntos a su trabajo en el Instituto Médico Legal. Era una pequeña construcción en un descampado. Afuera unos muchachos jugaban al béisbol. Cuando entramos a la sala de cadáveres quedé impactado. Había trece esa mañana: varios accidentados de la ruta, un ahogado que parecía muy gordo, un quemado. Caminamos entre las camillas hasta que mi amigo me señaló una señora que sería la primera autopsia del día. Me recosté en una camilla mientras a menos de un metro el doctor cortaba el vientre y me iba mostrando los diferentes órganos. Yo sentía el olor a formol y estaba paralizado por el terror. Él me iba explicando con pasión cada detalle. Cortó el cuero cabelludo y lo dio vuelta como una media naranja dejando al descubierto parte del cráneo. Entonces me dijo: «¿estás pálido, por qué no sales a tomar un poco de aire fresco?» Salí y no volví más. Tuve que esperarlo el resto de la jornada en una sala pequeña que había a la entrada. En las paredes un tablero mostraba diferentes nudos usados por ahorcados con un dibujo explicativo al lado. Otro muestrario exponía balas extraídas de los cuerpos, deformadas por el impacto, con cortas explicaciones. Había un muchacho esperando allí. Su familia lo había designado para asistir a la autopsia de su hermano muerto en un accidente de moto. Después de esa experiencia tuve pesadillas durante años en las que veía las camillas con los cadáveres salir de las paredes mientras me duchaba. El olor a formol de ese lugar se me quedó pegado por mucho tiempo y mis intenciones de ser médico se volatilizaron para siempre.

Mi madre trabajaba en el Instituto del Libro y Robert en Radio Habana Cuba. Escribían y militaban y la casa seguía siendo punto de encuentro de mucha gente interesante. Frecuentemente teníamos visitas en la noche. A mí me gustaba integrarme a esas conversaciones de adultos y sentía que estaba como tocando con las manos parte de

la Historia. Muchos de los que llegaban a casa eran militantes que estaban en Cuba, expulsados momentáneamente de frentes de batalla en diversas partes del mundo. La prensa hablaba de una guerrilla en tal lugar o daba cuenta de un evento en tal otro. Poco tiempo después alguno de los protagonistas de esas mismas noticias aparecía en mi casa y yo podía charlar directamente con él o con ella y escuchar sus historias.

Recuerdo a los compañeros que empezaban a llegar del Brasil. Gabeira era un miembro del grupo guerrillero Movimiento Revolucionario 8 de Octubre (MR8) que había participado en el secuestro del embajador norteamericano en Brasil. Con esa acción habían logrado la liberación de un numeroso grupo de presos políticos que llegaron a Cuba junto al comando. Varios de ellos se hicieron buenos amigos de mis padres y compartíamos algunas veladas. Con ellos fui a aprender el tiro al blanco un par de veces. Entre los visitantes asiduos de casa recuerdo también a Ceferino y un amplio grupo de mexicanos que eran los restos de las guerrillas que lideraron Genaro Vázquez y Lucio Cabañas en el estado de Guerrero. Alguna vez nos invitaron a comer sopa de caracoles, una rareza. Eran campesinos de rasgos recios que cargaban sus recuerdos y parecían estar allí definitivamente, sin grandes posibilidades de volver a México.

Había unos cuantos militantes norteamericanos de los Panteras Negras que era la organización revolucionaria más importante entre los afroamericanos en esos años. Había algunos compañeros que militaban en otros grupos cuyas siglas no recuerdo. Hacía poco habían matado a George Jackson y Ángela Davis estaba presa. La campaña por su libertad resonaba por todos lados. Se había formado la Asociación de Norteamericanos Residentes en Cuba. Nos reuníamos unas decenas de personas de vez en cuando. Algunos eran refugiados políticos, otros simples delincuentes que habían secuestrado un avión y pedido refugio en Cuba. Eran huéspedes momentáneos que aprovechaban una coyuntura especial. Durante años el gobierno norteamericano había impulsado todo tipo de agresiones contra la isla. Si alguien quería irse a los Estados Unidos le rechazaban la entrada legal pero si llegaba secuestrando un avión cubano lo recibían como a un héroe y le daban la residencia. De ese modo el gobierno norteamericano promovía el secuestro de naves cubanas. La reacción de Cuba fue jugar de igual a igual. Comunicó públicamente que recibiría con los brazos abiertos a todo aquel que secuestrara un avión y fuera a la isla. Al poco tiempo hubo tantos secuestros hacia Cuba como había hacia el norte y no quedó otra opción que negociar. Ambos gobiernos firmaron un acuerdo migratorio por el cual los Estados Unidos darían un número limitado de visas legales y devolverían a Cuba a los secuestradores aéreos en el

futuro. Los cubanos se comprometieron a hacer lo mismo. A partir de entonces disminuyeron notoriamente los secuestros.

Pero los cubanos tenían aún ese fardo incómodo: el grupo de secuestradores que ya había llegado y vivía en Cuba, varios de ellos delincuentes comunes. Vivían en una casa de Marianao donde los tenían bajo una especie de libertad vigilada. Un tiempo después de los acuerdos migratorios los cubanos pusieron en un avión a los que no deseaban y se deshicieron de ellos. Creo que los mandaron a Jamaica. Pero eso fue después; por el momento nos codeábamos con varios de ellos en la Asociación de Norteamericanos Residentes en Cuba. Era una mezcla extraña que iba desde Huey Newton, cofundador y líder de los Panteras Negras, hasta algún delincuente común con barniz de político.

Nunca supe realmente quién era Bill, un negro norteamericano alto y fornido, amigo de mi madre, que un día se instaló a vivir en casa por un tiempo. Era la etapa en que mi madre y Robert practicaban el amor libre y luego supe que Bill era amante de mi madre. Nunca me cayó muy bien pero no me di cuenta del asunto en ese momento. Es cierto que entre semana no estábamos en casa. Menciono esto porque creo que refleja el espíritu de los tiempos. Mis padres vivían totalmente sus convicciones. Si creían en el amor libre entonces llevaban sus convicciones hasta el final. Y eso significaba que en casa viviera el amante de mi madre junto con nosotros. Robert por su lado tenía también sus aventuras. A pesar de ello se mantenía claramente la noción de familia nuclear. Para nosotros no había dudas en ese sentido. Pero de Bill hablaré después en otro contexto.

Tendría unos diez años cuando un sábado escuché en la radio a la que presentaban como «la única astrónoma cubana». La entrevistaban en directo sobre detalles de un eclipse que sucedería pronto. Bajé a la calle y corrí como loco las seis o siete cuadras hasta los estudios de la radio. Llegué a tiempo para encontrarla. Se llamaba Adriana Esquirol y quedó encantada de ver a ese niño interesado por la astronomía al que sus palabras habían traído hasta la radio. Nos hicimos buenos amigos y durante varios años fui con ella a mirar las estrellas en el observatorio en que trabajaba. Recuerdo haber pasado toda una noche en el observatorio aprovechando el espectáculo de una lluvia de estrellas o de un eclipse. Adriana me tomó aprecio y no entendió cuando años después decidí no estudiar astronomía. Robert tuvo que ir a hablar con ella y explicarle que yo tenía derecho a decidir por mí mismo esas cosas.

A una cuadra de nuestro apartamento, en el edificio FOCSA, estaba el Teatro Nacional de Títeres. Sarah, Ximena y yo empezamos a visitarlo y nos hicimos amigos de los actores y de todo el personal. Al poco

tiempo íbamos regularmente. Nos metíamos en los talleres de utilería y construíamos nuestros propios títeres. También en esa época me hice amigo de un tornero. Me llevó a su taller y me permitió trabajar en el torno una pieza de metal y sentir la magia de transformar un cilindro de hierro aparentemente anodino en una forma que había salido de mi imaginación y de mis manos, convertida en una pieza igualmente inútil pero con curvas suaves.

A principios de los setenta aparecieron en nuestra vida los argentinos Corita Sadosky y su esposo Daniel Goldstein. Ella era matemática y él biólogo. Lo acompañé más de una vez a su laboratorio en la Universidad de La Habana. Allí me mostraba los cultivos que tenía en placas de Petri y me fascinaba con el mundo de la investigación biológica. Un día vinieron los padres de Corita a visitarlos: Manuel y Cora Sadosky. Manuel conversaba mucho conmigo y se convirtió en un mentor que aguzaba mi ingenio con adivinanzas matemáticas y trampas visuales. Me regaló un libro que me impresionó mucho sobre la vida del matemático francés Evaristo Galois. Era una historia romántica que contaba la vida de ese genio y su muerte prematura a los veintiún años en un duelo.

Mi vida estaba llena de encuentros de ese tipo. Gente interesante que me ofrecía su tiempo, con quienes charlaba y muchas veces compartía sus pasiones conmigo: desde mirar una autopsia hasta el uso del torno, desde observar una lluvia de estrellas hasta contarme los detalles de una operación guerrillera. Personas que me proponían lecturas interesantes o me enseñaban a hacer algo con mis manos. Eran tiempos muy felices e inmersos en una especie de río incontenible. Sentíamos que éramos parte de una especie de movimiento general. Nosotros estábamos en Cuba y nos tocaba estudiar entre semana o ir al trabajo voluntario el fin de semana. Otros peleaban por la Revolución en otras partes del mundo y a ellos nos sentíamos profundamente conectados. Algunos llegaban para curarse o para descansar al «Primer Territorio Libre de América», como llamaba a la isla la propaganda oficial. La historia parecía ir en un sentido claro a pesar de los avances y retrocesos que seguíamos en la prensa. Nos enojábamos con lo mal hecho o con las arbitrariedades, discutíamos sobre la táctica o sobre la estrategia, pero nadie ponía en duda el curso general de la historia.

A pesar de mi juventud, desde los diez u once años leía el diario todos los días. Seguía con atención la guerra en Vietnam. Un día nos enterábamos de bombardeos indiscriminados sobre tal población civil y otro el diario daba cuenta de que ese día había sido derribado un avión bombardero norteamericano y era, digamos, el número 1452. Se sucedían los sentimientos de bronca y de festejo. Frente a casa estaba la embajada de Vietnam del Norte y veíamos por la ventana a las viet-

namitas con su pelo larguísimo, lacio y negro. Me parecían muy bellas. Mi madre empezó a enseñarle inglés a Phuc, un compañero vietnamita que trabajaba en «La Voz de Vietnam» (un espacio radial que Cuba ofreció a los vietnamitas para emitir en onda corta hacia los Estados Unidos). Sarah hizo un dibujo alusivo a la guerra de Vietnam y los niños cruzamos la calle para entregar ese dibujo a manera de gesto solidario. A partir de entonces fuimos visitantes regulares de la embajada: nos daban clases de vietnamita. Con orgullo contaba hasta 10 en ese idioma. Me sabía de memoria los nombres de las batallas y de los héroes vietnamitas como el general Giap. Iba llevando en la cabeza el avance de las hostilidades. Yo era un niño pero esa guerra me marcó como a la generación de mis padres.

La Revolución cubana tuvo la virtud de mantener siempre vivas varias líneas. Tendencias que luchaban y generaban distintas correlaciones de fuerzas en un juego donde nunca una fue totalmente vencida. A veces era más fuerte una tendencia pero de alguna forma todas seguían existiendo y mantenían cuotas de poder y espacios de expresión. Este fenómeno se daba en dos planos: por un lado había períodos sucesivos en que una tendencia aparecía como más fuerte y otros en que predominaba una visión diferente. Por otro lado aun en los momentos en que predominaba una tendencia, su dominio nunca era total y seguían existiendo espacios donde podían expresarse personas que pensarán distinto.

La maravillosa explosión creativa y cultural que acompañó a la Revolución cubana pudo desarrollarse en el seno de esa realidad política. El ambiente invitaba a soñar y a crear, florecían la música y el cine, la pintura y el teatro, el diseño de pósteres y la poesía. La Revolución era un potente impulso a la creatividad y al arte. Es interesante observar que esa explosión creativa estaba dentro de la Revolución, casi se podría decir que era una expresión de la Revolución misma. Y ello a pesar de que a veces los artistas se enfrentaban a limitaciones de su libertad expresiva o al efecto nefasto de los burócratas.

A fines de los años sesenta y principios de los setenta, en el período que se conoció después como «el quinquenio gris», una tendencia dogmática había ganado cuotas importantes de poder en el terreno cultural. Fue simbolizada por Luis Pavón que dirigía el Consejo Nacional de Cultura. Se perseguía a los homosexuales y a todo lo que oliera a influencia cultural «occidental». Fue en ese contexto que se les cortaba el pelo a los jóvenes melenudos. Ese sector dogmático dominaba la radio y la televisión y censuraba a Silvio Rodríguez y a Pablo Milanés a quienes eran incapaces de entender. En ese tiempo Silvio se fue a cantar en un barco de pesca en alta mar por largos meses y corría la voz de que esa había sido una forma de sacarlo de circulación. Otros decían que él mismo había pedido ese destino. A Pablo lo mandaron a un campo de trabajo por un tiempo, supuestamente para reeducarse. Por suerte Silvio volvió más revolucionario que antes y pudo decirlo sin

traicionarse cantando esa canción maravillosa en homenaje al «Playa Girón», el barco donde estuvo esos meses. Pablo también se mantuvo fiel a sí mismo. Ellos y otros intelectuales mostraban que en la Revolución cabía mucho más que lo que creían las mentes dogmáticas.

Al mismo tiempo otras zonas de la vida cultural eran espacios de libertad. El Instituto Cubano de Cine e Industria Cinematográfica (ICAIC), liderado por Alfredo Guevara, era uno de ellos. El ICAIC formó el Grupo de Experimentación Sonora donde Silvio Rodríguez, Pablo Milanés, Sara González y Noel Nicola, fundadores de la Nueva Trova, encontraron refugio para seguir produciendo y cantando. La Casa de las Américas siempre fue otro de esos espacios, protegido por la enorme autoridad que Haydée Santamaría había ganado durante la lucha revolucionaria. En la pequeña sala que estaba en la planta baja de la Casa de las Américas escuché cantar a Silvio y a muchos otros. La existencia de esos espacios de libertad cultural permitieron que incluso en los períodos más oscuros se mantuviera viva una comunidad creativa con ideas propias, dentro del contexto cultural de la Revolución.

Aquel período de oscurantismo cultural duró unos cuatro o cinco años y luego fue revertido con la ascensión de Armando Hart al recién creado Ministerio de Cultura. No fue el único vaivén de ese tipo. A lo largo de la Revolución se sucedieron períodos de florecimiento y de silenciamiento cultural según la correlación de las fuerzas en pugna. Ese fenómeno tuvo efectos muy nocivos, el principal fue promover la autocensura en mucha gente. Pero la existencia de los espacios de libertad que mencioné antes, aunque a veces estuviera reducido a esas «ciudadelas», y la naturaleza cíclica de esos fenómenos (que siempre permitieron que unos pocos años después se expresaran las energías acumuladas) explican quizás en parte la vitalidad extraordinaria de la vida artística y cultural dentro de la Revolución cubana. No se dio allí el fenómeno de hegemonía total por parte de los dogmáticos que hizo tanto daño en Rusia y en otros países. Tal vez esta sea una de las razones de la relativa longevidad de la Revolución cubana.

Creo que todas las revoluciones genuinas llevan aparejado un florecimiento cultural. La ruptura de las viejas estructuras culturales junto a ese sentimiento generalizado de que se está construyendo un mundo nuevo provoca una explosión de creatividad. Se expresan por todos lados los talentos que estaban escondidos. Aparecen como por arte de magia los poetas y los pintores que estaban dormidos en gente que en otras circunstancias quizás no habría salido de la mediocridad general. De repente el arte y la cultura son muy valorados socialmente y ello se expresa en que muchos pueden vivir de cultivarlas. Incluso es difícil darse cuenta de cuál fenómeno va primero: la explosión de creatividad cultural o la Revolución misma. Las revoluciones son procesos difíciles

de encasillar en fechas y ellas mismas son expresión de esa «tormenta cultural». La Revolución triunfa y empiezan los cambios de las estructuras sociales: la liberación sexual, el nuevo cine, la nueva poesía o la nueva canción se convierten en sus símbolos. Al mismo tiempo se va consolidando una nueva estructura social con sus nuevos poderosos y sus nuevas reglas. Poco a poco aquello que fue contestatario se va convirtiendo en expresión de la nueva cultura hegemónica y con ello va perdiendo la capacidad de expresar las contradicciones más sentidas por la gente.

Pero hay más: los constructores de esa historia son seres humanos. Incluso dejando de lado los intereses mezquinos, los celos y los egoísmos, es patente que algunos protagonistas son creativos y otros más temerosos, que algunos son personas mediocres y otras brillantes. El proceso lleva un tiempo y para los que lo viven es muy difícil percibir los cambios más profundos que se van produciendo a una escala casi microscópica. La dureza de las luchas por el poder o la brutalidad de la guerra dejan muchas veces poco lugar para que sigan creciendo esos espacios de libertad. Cada quien va tomando partido en un sinfín de situaciones particulares que mirados a la distancia conforman un camino cuyo sentido general se ve claro a posteriori pero que no siempre es percibido en el momento mismo.

¿Cuánto tiempo duraron los períodos creativos de otras revoluciones en el mundo? La Revolución de Octubre tuvo su Maiakovski y su Eisenstein, tuvo a la Kollontai y a Víctor Serge, ¡tuvo a tantos! Y sin embargo a fines de los años veinte todo eso ya se iba agotando y la derrota de Trotsky en el congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) de 1927 marca quizás el momento del fin de ese período: fueron apenas unos diez años. No creo que ese período llegue mucho más allá de 1800 en la Revolución francesa. A diferencia de la Revolución francesa y de la rusa, en Cuba las contradicciones internas raramente implicaban la muerte de una de las partes. No sé de dónde los cubanos sacaron la sabiduría para lograr que siempre se mantuvieran vivas todas las tendencias en su seno. Un dirigente era «tronado» —o sea que perdía una lucha política— y eso significaba ser enviado a otro puesto de menor importancia. Quizás lo mandaban a cortar caña, pero no era fusilado o enviado a Siberia. Hasta en los momentos de mayor oscurantismo cultural siguieron existiendo espacios, como la Casa de las Américas o el ICAIC, donde encontraban refugio *dentro* de la Revolución los que pensaban diferente. Y su existencia nos permitía a muchos seguir sintiendo que esa seguía siendo nuestra Revolución. ¿Tendrá eso que ver con la personalidad de Fidel y con el hecho de que no murió en los primeros años? Seguramente Fidel tiene que ver con ambos aspectos del proceso.

En esos años nosotros interpretábamos cualquier problema que afectaba la vida cotidiana como errores circunstanciales, atribuibles a debilidades humanas de los ejecutores, rezagos del pasado o falta de experiencia. Entendíamos como necesaria una cierta limitación a la libertad para alcanzar el objetivo supremo de la libertad y la justicia para todos. Pensábamos que el tema de que nos cortaran el pelo o nos dificultaran escuchar a Silvio Rodríguez eran problemas ligados a grupos equivocados, no a la esencia de la Revolución. Debíamos combatir esos errores, hacerles entender a los burócratas que estaban equivocados, demostrar que nosotros éramos tan revolucionarios como ellos o más y que no había una sola forma de apreciar el mundo. Poco a poco se iba construyendo en nuestras cabezas una forma de pensar donde permitíamos ciertas cosas que no nos gustaban a fin de salvar lo que creíamos esencial. El efecto profundamente nocivo de esa manera de abordar las cosas nos era por el momento invisible.

Cuando llegaron a Cuba, Robert empezó a trabajar en Radio Habana y mi madre en el Instituto del Libro. Durante unos 5 meses vivimos en el hotel Capri, hasta que nos mudamos al apartamento que el trabajo de Robert nos asignó.

Nuestro edificio estaba en la calle Línea, a unas 3 cuadras del malecón que bordea y marca tanto esa ciudad. El Vedado era un barrio céntrico y agradable. A pocas cuadras estaba la zona de la Rampa, una calle en pendiente que desemboca en el malecón y que estaba siempre llena de jóvenes atraídos por sus cines y restaurantes. Podíamos caminar en unos minutos a los hoteles Nacional, Habana Libre o Capri. Muy cerca estaba Coppelia: una heladería gigante que ocupaba una manzana entera y que además de ofertar helados deliciosos era un punto de encuentro muy popular entre los jóvenes. Los fines de semana la zona hervía de gente.

En temporadas de carnaval el barrio literalmente se saturaba. Era una masa que se hacía más compacta a medida que uno se acercaba al malecón. La cerveza corría a raudales y no era raro encontrar algún borracho tirado en la entrada de nuestro edificio. A través de la ventana abierta de mi cuarto se escuchaba la música que subía desde los estrados: «era la piragua, era la piragua, era la piragua de Guillermo Cubillo, era la piragua, era la piragua...». El estribillo se repetía sin parar por horas.

Cada apartamento ocupaba un piso entero. El nuestro era el noveno. En el décimo piso vivían Ambrosio Fornet y su familia. Sus hijos tenían edades similares a las nuestras y poseían un tesoro: la colección completa de las historietas de Tintín. También me hice muy amigo de los hijos de Tomás y Alicia, los vecinos del cuarto piso. Él era arquitecto y ella ama de casa. Con ellos fui varias veces de vacaciones a la playa.

En el segundo piso vivían Mercy y Roberto con dos hijas. Él era periodista y ella economista, ambos militantes revolucionarios de muchos años. Trabajaban en el Centro de Estudios sobre América anexo al Comité Central del Partido Comunista de Cuba (PCC). Eran inteligentes y sofisticados y formaban parte del grupo de profesionales que

contribuía a pensar la línea del Partido. Ella había estado casada con Juan Carretero, uno de los contactos entre el Che y la isla durante la guerrilla en Bolivia. Junto a él, Mercy estuvo vinculada al apoyo que Cuba brindaba al movimiento revolucionario latinoamericano y que se canalizaba a través del Departamento de América del Comité Central del PCC. En esas vueltas había estado también en Chile durante el período de la Unidad Popular.

Al principio yo veía a Mercy y a Roberto como amigos de mi madre pero poco a poco fuimos construyendo nuestra propia relación. Iba a visitarlos y charlábamos largas horas de política o de historia. En algún momento me tomaron aprecio y nos hicimos amigos. Ellos estimularon mi interés y mi inconformismo. Recuerdo el día especial en que me llevaron por un largo pasillo hasta el fondo de su apartamento y abrieron la puerta de su biblioteca «secreta». Allí estaban los preciados libros que no era bueno exponer en la sala para evitar que un ojo indiscreto sospechara alguna «desviación ideológica». La suposición de que una mirada sobre las cosas podía catalogarse de oficial o verdadera y la descalificación subsecuente de las otras debe haber sido uno de los peores dramas de la izquierda en el siglo XX. Nos hizo un daño enorme porque osificó el pensamiento y anuló la reflexión profunda y crítica, precisamente el tipo de reflexión que permite el desarrollo de todas las revoluciones auténticas. Lo cierto es que a principios de los setenta mucha gente como Mercy y Roberto prefería precaver que tener que lamentar. De sus tesoros escogieron un libro que me mostraron con emoción: *La Historia de la Revolución rusa* de Trotsky. Estaba dedicado y firmado por toda la Comisión Política del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) de Chile.

Trotsky era un apestado en la historia oficial que aprendíamos en los manuales rusos. Sencillamente no aparecía por ninguna parte, a pesar de haber sido uno de los máximos líderes de la Revolución de Octubre. Creo que fueron Mercy y Roberto los que me hicieron descubrir a Isaac Deutscher. Leerlo me permitió conocer otra forma de ver la historia. Una manera también parcial y comprometida pero mucho más crítica, analítica y llena de reflexión que la mayoría de los libros que había leído sobre el tema. Leí su *Stalin* y una monografía en la que analizaba críticamente la deriva de la Revolución de Octubre. En una época en que leía todo lo que caía en mis manos sobre la Revolución rusa ellos me mostraron que había otras opiniones dentro de la izquierda.

Años después Mercy se suicidó. Unos años antes se había suicidado Osvaldo Dorticós, quien fuera Presidente de Cuba durante los primeros veinte años de la revolución. También en esos tiempos se quitó la vida Haydée Santamaría que era una de las figuras legendarias de la Revolución cubana. Cuando Mercy murió recordé a Roberto cada mañana

volviendo del mercado con su java llena de botellas de cerveza y la impresión que me causaba verlos tomar tanto. Esos suicidios llegaron bastante juntos y se mezclan en mi memoria con los de Beatriz y Laura Allende, la hija y la hermana de Salvador Allende, que vivían refugiadas en Cuba. Siempre sentí que esos suicidios estaban relacionados de alguna forma. Quizás porque se trataba de personajes importantes de la Revolución. O tal vez porque el acto de quitarse la vida era mal visto (la vida de los militantes pertenecía a la causa) y en consecuencia eran «castigados» con un homenaje menos importante del que merecían.

En el sexto piso vivía Esther. Era una señora agria que se dedicaba a buscar la forma de obtener alguna ventaja material cada vez que podía. Levantaba chismes contra buena parte de los vecinos. Era el tipo de gente molesta que no falta en casi ningún grupo humano. Un día de carnaval su vida cambió. En la elección de la reina de carnaval de ese año su hija fue seleccionada «lucero»: una de las muchachas escogidas para acompañar a la reina. Esa noche escuchamos las sirenas de las motos de la policía que acompañaban a las felices seleccionadas de vuelta a sus casas. Salimos todos al balcón a verla entrar triunfante. Pero lo verdaderamente importante que pasó esa noche es que el comandante Ramiro Valdés se fijó en la chica. A partir de allí empezó su noviazgo con el comandante, un hombre mucho mayor que ella.

Ramiro era uno de los mitos vivientes de la Revolución. Había sido uno de los compañeros del Che en la guerra y era famoso por su coraje. Fue miembro del Buró Político del Partido y Ministro del Interior durante muchos años, conocido por su dureza. Lo cierto es que la muchacha del sexto piso y Ramiro Valdés terminaron viviendo juntos por muchos años, quizás siguen casados hoy. A partir de ese día Ramiro se hizo asiduo del edificio. Venía de visita a la casa de la suegra. Alguna vez subí el ascensor junto a él. Lo recuerdo con la pistola en la mano. Iba solo y sin escoltas pero tomaba sus medidas precautorias de todas formas. La presencia de Ramiro en la vida de la señora del sexto piso implicó un aumento de sus aires de importancia y de su capacidad de molestar. Dudo de que Ramiro interviniera en ello, se trataba más bien del uso de su nombre por parte de la señora.

Miles de personas huyeron de Cuba al triunfo de la Revolución y sus propiedades fueron expropiadas y otorgadas a los que se habían quedado. Muchas de esas viviendas se convirtieron en oficinas públicas. Otras se convirtieron en las becas de Miramar donde estuvimos los primeros años. Otras fueron entregadas a los centros de trabajo para que vivieran allí sus empleados. Así fue como llegamos a ese apartamento. Como toda familia cubana después de la Ley de Reforma Urbana aprobada al principio de la Revolución, pagábamos por concepto de alquiler el 10% del principal ingreso familiar. Cuando Robert se fue

y el apartamento quedó a nombre de mi madre, pasamos a pagar 21 pesos por mes de alquiler, pues su salario era de 210 pesos.

Años después fue aprobada una ley que otorgaba esas viviendas en propiedad a los inquilinos que hubieran pagado durante veinte años. Así es como miles y miles de viviendas cubanas tienen ahora legalmente varios dueños: aquellos que se fueron del país y que seguramente esperan algún día tomar posesión nuevamente de esos bienes y los que se han quedado viviendo allí, pagando su mensualidad y finalmente adquiriendo los títulos de propiedad. Mi hermana Sarah siguió allí. Luego de cumplir veinte años en esa vivienda pagando la mensualidad correspondiente —y aprovechando las regalías que le pagaron los cubanos a mi abuela por traducir a José Martí al inglés— se acogió a esa ley y ese apartamento pasó a ser propiedad de la familia a fines de los años ochenta.

A veces tocaba la puerta de nuestra casa un muchacho mal vestido y sucio. Un auténtico loco. Se decía que había sido habitante de nuestro apartamento. En ocasiones le abríamos la puerta y le hablábamos, pero cuando podíamos lo evitábamos. Nunca supe realmente quién era pero me daba la impresión de ser un fantasma del pasado. ¿Sería realmente el hijo de los antiguos dueños? ¿Y quiénes serían los antiguos dueños? ¿Quizás gente que se fue del país al principio de la Revolución y su casa fue expropiada? Pero en ese caso ¿por qué el hijo no se había ido con ellos? Los locos son mensajeros extraños. En Cuba había pocos en la calle. En todo caso se veían menos que en otras partes del mundo donde he vivido. El hospital psiquiátrico de La Habana era uno de los orgullos de la Revolución. Se decía que allí se les daba un trato digno. La gente contaba toda clase de bellas historias sobre el trabajo que estaba haciendo un veterano combatiente de la sierra para humanizar ese hospital. De todas formas había algún loco suelto que vivía en la calle.

No muy lejos de casa tenía su campamento el Caballero de París. Era un hombre que me impresionaba por la solemnidad de su pelo blanco que conformaba una larga mata intrincada y dura de mugre. Vivía entre diarios viejos y comía lo que le regalaban en alguna cafetería de la zona de 23 y 12. Se decía que dominaba muchos idiomas y que era muy culto. Cada cierto tiempo lo recogían, lo bañaban y curaban y al poco rato allí estaba de nuevo, reinando en su barrio. Hoy hay en algún lugar de La Habana una estatua en bronce que lo representa y dicen que la mano brilla por el lustre que le han sacado las miles y miles de manos que la estrechan.

En nuestra cuadra como en todas las cuadras de todos los barrios de Cuba existía el Comité de Defensa de la Revolución (CDR). El CDR era básicamente la organización de los vecinos. No era obligatorio per-

tener a él y algunos ostensiblemente no formaban parte. Algunos porque no estaban de acuerdo con la Revolución y otros porque no les interesaba participar. Pero la mayoría estaba en el «comité», como lo llamábamos cariñosamente. Fue pensado originalmente como una estructura de defensa de la Revolución: células de organización y encuadre barrial; pero con el tiempo fueron asumiendo tareas diversas que muchas veces eran esenciales para la simple convivencia ciudadana. El «comité» organizaba la limpieza colectiva de la acera y de la plaza en algún domingo de «trabajo voluntario». Se encargaba de la colecta de materias primas. En muchos lugares cortaba la calle los domingos y organizaba reuniones de convivencia de los vecinos con juegos infantiles. Se ocupaba de las campañas masivas de vacunación y se preocupaba si algún muchacho andaba de vago y no iba a la escuela. El comité también promovía la colecta de sangre. El nuestro llegó a destacarse en ese rubro gracias a mi madre que donaba su propia sangre cada vez que podía y convencía a muchos visitantes ocasionales de hacer lo mismo. Fui muchas veces a donar la mía, solo o junto a mis hermanas.

El CDR podía ser un horror o una bendición, todo dependía de la gente que lo formaba y muy especialmente del presidente del «comité» de la cuadra. En algunos lugares el CDR se había convertido en el refugio ideal de los chismosos que nunca faltan y se pasan la vida interesándose por la de los vecinos. Hay gente así en todos los países del mundo. La diferencia es que en el CDR esas personas tenían poder, aunque no fuera más que un pequeño poder, y ese poder era capaz de hacer daño. En otros lugares el «comité» era realmente una forma de potenciar la convivencia del barrio. Nosotros tuvimos una gran suerte: el presidente del nuestro era Maza. Antes de la Revolución fue trabajador en la industria azucarera y militante sindical. Viejo militante comunista, había nombrado a su hija Krupskaia, en homenaje a la revolucionaria bolchevique y esposa de Lenin. El detalle era que esta Krupskaia era negra como el azabache. El viejo Maza era una excelente persona, siempre afable y sencillo, que le dio a nuestro CDR el carácter adecuado. Era un lugar de organización y de encuentro y no de inquisición o espacio para chismes y arribismos.

Un día, a principios de los ochenta, se comentó que Maza tenía un cáncer de pulmón y le quedaba poco de vida. Me encontré con su esposa y le di mis condolencias por la situación. Su respuesta fue tajante: «qué cáncer ni cáncer! Mi viejo está entero. Esos doctores no saben nada!». Lo cierto es que más de veinte años después visité Cuba y fui a verlo. Allí estaba el viejo Maza con la misma voz ronca de siempre y su risa amplia y sonora.

En las reuniones regulares del CDR se discutían los problemas que nos aquejaban a todos: los baches en las calles o el mal funcionamiento del supermercado. También discutíamos asuntos de la política nacional. Recuerdo una discusión cuando empezó de nuevo el turismo en el país. A mediados del siglo XX Cuba se había convertido en destino privilegiado del turismo norteamericano y la Revolución había sido en cierto sentido una reacción visceral ante la «Cuba burdel». El turismo en sí mismo no era malo. Era un recurso que podía darle de comer a muchos. Pero la imagen más fuerte de los años cincuenta era el juego, la prostitución y el uso indigno de la isla por millones de turistas norteamericanos que venían a buscar putas, ron y el sol de sus playas. Había varios hoteles construidos por los grandes capos de la mafia. Se decía que había más de cien mil prostitutas en una población de 5 millones de personas. La reacción popular fue extrema. La Revolución prohibió el juego y la prostitución, los hoteles fueron nacionalizados y millones de cubanos pudieron aprovecharlos para ir de vacaciones a esos lugares que por fin sentían como propios.

Hoteles y clubes que antes eran exclusivos se convirtieron en centros de veraneo popular. Un programa especial se montó para recuperar a decenas de miles de prostitutas. Se les enseñó un oficio y se les instaló en otras partes del país para empezar una vida nueva. En los años setenta el turismo prácticamente había dejado de existir y sólo se veían extranjeros que llegaban por razones solidarias o como refugiados políticos. Nosotros pudimos percibir un aspecto fundamental de la Revolución cubana: el renacimiento moral de un pueblo que había vivido años como servil empleado del turista y que ahora se dignificaba y estaba orgulloso de ir a la playa como cualquiera o de pasar una semana en un hotel de primera. El poema «Tengo» del gran poeta cubano Nicolás Guillén era simplemente un reflejo de la realidad:

*Cuando me veo y toco
yo, Juan sin Nada no más ayer,
y hoy Juan con Todo,
y hoy con todo,
vuelvo los ojos, miro,
me veo y toco
y me pregunto cómo ha podido ser.*

*Tengo, vamos a ver,
tengo el gusto de andar por mi país,
dueño de cuanto hay en él,
mirando bien de cerca lo que antes
no tuve ni podía tener.*

Zafra puedo decir,
monte puedo decir,
ciudad puedo decir,
ejército decir,
ya míos para siempre y tuyos, nuestros,
y un ancho resplandor
de rayo, estrella, flor.

Tengo, vamos a ver,
tengo el gusto de ir
yo, campesino, obrero, gente simple,
tengo el gusto de ir
(es un ejemplo)
a un banco y hablar con el administrador,
no en inglés,
no en señor,
sino decirle compañero como se dice en español.

Tengo, vamos a ver,
que siendo un negro
nadie me puede detener
a la puerta de un dancing o de un bar.
O bien en la carpeta de un hotel
gritarme que no hay pieza,
una mínima pieza y no una pieza colosal,
una pequeña pieza donde yo pueda descansar.

Tengo, vamos a ver,
que no hay guardia rural
que me agarre y me encierre en un cuartel,
ni me arranque y me arroje de mi tierra
al medio del camino real.

Tengo que como tengo la tierra tengo el mar,
no country,
no jailáif,
no tennis y no yatch,
sino de playa en playa y ola en ola,
gigante azul abierto democrático:
en fin, el mar.

Tengo, vamos a ver,
que ya aprendí a leer,
a contar,
tengo que ya aprendí a escribir
y a pensar
y a reír.

*Tengo que ya tengo
donde trabajar
y ganar
lo que me tengo que comer.
Tengo, vamos a ver,
tengo lo que tenía que tener.*

En los años ochenta se empezaba a abrir el país de nuevo al turismo. La dirección de la Revolución percibía que allí había una importante fuente de recursos económicos. Entonces se dio una gran discusión sobre si convenía o no autorizar nuevamente el turismo. El asunto tenía sus riesgos. En nuestro CDR seríamos quizás unas veinte personas en esa reunión. Nos juntamos al atardecer en el *hall* del edificio de Maza. Buena parte de los viejos eran renuentes a aceptar de nuevo el turismo como actividad económica normal. Habían conocido lo que era aquello y explicaban su opinión de que el turismo inevitablemente llevaría a la prostitución y a la corrupción de tantas cosas. Otros dudaban. Creo que fue Maza el que dijo esa frase que muchas veces oímos en circunstancias similares: «bueno compañeros, la verdad es que esto está complicado... pero si el Comandante lo dice por algo será, tengamos confianza en él».

Más de veinte años después de aquellas discusiones el turismo es la principal fuente de recursos del país. Millones visitan Cuba por año. La inversión extranjera llenó de hoteles de lujo varias zonas especialmente hermosas de la isla. Y con el turismo llegó el esperado dinero pero también la corrupción como temían varios compañeros en aquella reunión. De nuevo las prostitutas se agolpan en el malecón y miles de extranjeros van a Cuba, muchos para encontrar jóvenes que satisfagan sus fantasías. De nuevo hay playas prohibidas para el común de los cubanos y los negros sienten el racismo ofensivo de no poder entrar a los hoteles o playas de su país sin levantar sospechas.² Las propinas que en aquellos años un mozo de restaurante rechazaba indignado se han convertido en elemento esencial del sustento de muchos cubanos. El turismo ha traído los recursos que permiten mantener vivas algunas de las conquistas más simbólicas de la Revolución (un sistema de salud y de educación para todos por ejemplo) pero a la vez ha significado el fin simbólico de otras conquistas igualmente importantes: de alguna forma dejó de ser totalmente cierto aquel poema de Guillén.

El CDR tenía entre sus tareas principales la vigilancia del barrio. Cada noche los «cederistas» montaban guardia en turnos de dos horas.

2 En 2008, mientras escribía este libro, el Presidente Raúl Castro levantó esta restricción tan ofensiva para el pueblo cubano y representativa de los cambios ocurridos en los últimos veinte años.

En mi cuadra nos tocaba alrededor de una vez por mes. Uno tenía un simple brazaete que decía CDR y eso era todo. La guardia consistía en sentarse a mirar la cuadra en una silla de madera o en caminar para no quedarse dormido. En la cuadra de al lado otro hacía lo mismo. Las guardias de este tipo eran más que nada preventivas pero bastaban para crear un ambiente de seguridad en el vecindario. Era muy raro el robo en aquellos tiempos. Mis hermanas salían de noche y volvían muy tarde y nadie se angustiaba por ello.

Una noche, a principios de los años ochenta, yo estaba haciendo guardia en mi cuadra. Eran como las 2 de la mañana de un sábado y no se veía un alma en toda la calle. A veces pasaba un auto. De repente apareció un grupo de cinco o seis muchachos muy jóvenes, evidentemente algo bebidos. Me rodearon en actitud agresiva. Alcancé a señalarles mi condición de guardia cederista antes de que me cayera el primer golpe. Respondí como pude. Estaba consciente de que si caía al piso podía sufrir una golpiza tremenda. La trifulca duró unos segundos, quizás un minuto. Yo intentaba mantenerlos alejados a golpes. Tiraba puñetazos en todas direcciones sin saber bien a quién le pegaba. Rápidamente se acercaron un par de compañeros que hacían guardia en las cuadras vecinas y los muchachos salieron corriendo en varias direcciones. Antes de irse me tiraron un par de pedradas. Una me rompió la cabeza a la altura de la oreja y la otra me lastimó el brazo.

Los compañeros que hacían la guardia en la otra cuadra lograron atrapar a dos de los agresores. Enseguida estuvo allí una patrulla de la policía. Expliqué lo que había pasado pero ante la duda nos llevaron a todos. Primero fuimos al hospital donde un médico me curó e hizo un informe. De allí fuimos a la estación de policía. Nos tomaron declaraciones. Conté lo que había pasado. Unas horas después volví a casa.

Ximena había visto todo desde la terraza. Inmovilizada por el susto observaba pero no podía hablar. Recién le avisó al resto de la familia cuando vio partir la patrulla de la policía con nosotros adentro.

Pocos meses después se hizo el juicio oral y público en un juzgado del barrio. Los dos muchachos detenidos no quisieron dar los nombres de los otros y pagaron por todos. Vinieron sus madres a pedirme clemencia. Me suplicaron que retirara los cargos contra ellos. Me hicieron dudar pero sentí que era mi deber llevar el asunto hasta el final. Me parecía que había que parar ese tipo de comportamiento patotero que estaba empezando a aparecer. Lo sentía como una forma de responsabilidad ciudadana. Se hizo el juicio y declaré en él lo que había pasado. Los muchachos fueron condenados a seis meses de prisión. Por un tiempo tuve miedo: pensaba que quizás al salir de la cárcel vendrían a pedirme cuentas. Nunca más supe de ellos. En el CDR la gente me

felicité. Todavía hoy el viejo Maza se acuerda de aquel asunto con un cierto orgullo que no logro entender completamente.

En 2003, cuando visité Cuba luego de veinte años de estar fuera, fui a mi edificio preguntándome qué encontraría allí. La emoción fue tremenda. En buena parte del edificio vivían las mismas familias. Visité a varios y recordamos juntos muchas cosas. Algunos mantienen los mismos sueños. Otros no ocultan su desilusión. Sobreviven. No pocos rentan algún cuarto a los turistas y de eso viven. Antes de irme me detuve en el *lobby* y exploré las piedras que forman la pared del ascensor. Recordaba que una de ellas estaba suelta y los niños del edificio acostumbrábamos a guardar allí mensajes secretos. Localicé la piedra y la saqué. Exploré con los dedos el lugar vacío. No había ninguna carta esperándome.

Poco a poco los cubanos fueron construyendo un sistema escolar diversificado. Había escuelas secundarias en la ciudad, a la que los chicos iban durante unas 4 horas al día, y existían también las llamadas «Escuelas al Campo» que estaban esparcidas por todo el país. En algunas regiones cada dos o tres km había una, rodeada de plantaciones donde trabajaban los estudiantes. El «principio de la combinación del estudio y el trabajo», que impregnaba todo el sistema escolar cubano, significaba en ese caso que los chicos estudiaban media jornada y trabajaban en la agricultura la otra mitad del día. En general eran jornadas de 3 ó 4 horas, no muy exigentes pero que iban formando la disciplina y nos enseñaban ciertas habilidades. Había también escuelas deportivas donde los jóvenes con mayores potenciales atléticos se iban formando con más rigor como deportistas de alto rendimiento y escuelas artísticas dedicadas a la danza o a las artes plásticas. Los principales cuarteles militares del país habían sido convertidos en ciudades escolares. Florecían las escuelas por todos lados.

Cuando estaba terminando la primaria me enteré de que existía una escuela «vocacional» llamada Vento. Era algo así como una escuela con mayor rigor académico a la que se accedía por expediente y donde se suponía que los niños podían desarrollar mejor sus respectivas vocaciones. La entrada era muy selectiva: había un número pequeño de lugares por región y se concursaba según las calificaciones de primaria para lograr el ingreso. Sarah, que entró un par de años después, fue la única que lo logró en su escuela. Conseguí entrar allí. Era el primer año de mi educación secundaria y seguía becado. Esta escuela estaba también en casas recuperadas como las de mi beca anterior, pero en la zona de Marianao.

Había algunos cambios en la vida cotidiana. Ahora teníamos varios profesores en vez de un maestro y el trabajo manual se convertía en una actividad cotidiana. Me tocó trabajar produciendo artículos deportivos. Ese año hice redes de baloncesto y pelotas de béisbol. Las redes las tejíamos con una cuerda gruesa enrollada en una agujeta que utilizábamos con habilidad para hacer los nudos. En los ratos libres intercambiábamos con algún amigo un nuevo punto de macramé. Las

pelotas de béisbol tenían un corazón de trapo que apretábamos con fuerza entre nuestras pequeñas manos mientras enrollábamos una cuerda fina en todas direcciones. Un molde y un martillo de madera nos permitían darle una forma lo más esférica posible antes de coser algo parecido a una piel que las cubría. En los dormitorios había una disciplina cercana a la militar. A veces marchábamos en formación y cantábamos al paso: «¡sólo los cristales se rajan, los hombres mueren de pie y nosotros los pioneros moriremos como el Che!».

En la televisión pasaban en esos días una serie cubana que nos fascinaba. Se llamaba *Los comandos del silencio* y estaba basada en las acciones de los Tupamaros en Uruguay. La música de fondo era una canción compuesta por Sara González e interpretada por Silvio Rodríguez. Mientras un combatiente se preparaba para salir a un contacto o a una acción de guerrilla urbana se escuchaba la canción de fondo: «un hombre se levanta, temprano en la mañana, se pone la camisa y sale a la ventana, un hombre simplemente...». Cada episodio narraba una acción real que había sucedido poco antes en el Uruguay.

Ese año estuvimos en Vento mientras se construía nuestra futura escuela: la escuela Lenin, que sería el buque insignia de la educación cubana. Fue equipada por la URSS que donó laboratorios y mobiliario. En realidad era una verdadera ciudad escolar para 4.500 alumnos, todos becados. Había además cientos de profesores y funcionarios, muchos de los cuales también dormían allí. Estaba formada por numerosos edificios dedicados a dormitorios y un conjunto de instalaciones deportivas y culturales impresionante: decenas de laboratorios de física, química, biología e idiomas; salas acústicamente acondicionadas para el aprendizaje de la música, dos piscinas olímpicas de 50 metros, un tanque de clavados, terrenos de baloncesto y vóleybol, canchas de béisbol y de tenis, pista de atletismo, tres museos, varias salas de teatro, un gimnasio formidable. La escuela estaba ubicada cerca del nuevo jardín botánico que incluía zonas con plantas típicas de los distintos continentes y cerca también del Parque Lenin formado por 50 hectáreas de pasto ondulado con restaurantes, juegos infantiles, palmeras y bambú y que se iba convirtiendo en uno de los lugares de esparcimiento preferido de los habaneros.

La escuela Lenin incluía a estudiantes desde séptimo hasta terminar la educación media. En ella funcionaban decenas de círculos de interés: desde espeleología hasta astronomía, pasando por química o televisión. Cada círculo de interés poseía equipamiento para que los niños pudieran aprender experimentando. Los que estábamos interesados en periodismo teníamos nuestro propio periódico, el *Juventud de Acero*, que escribíamos, editábamos y publicábamos nosotros mismos. Los muchachos de vela tenían acceso a un velero para navegar en él y

los de espeleología tenían el equipamiento necesario y salían en expedición a explorar cavernas.

Para cumplir el principio de la combinación del estudio y el trabajo la escuela contaba con varias facilidades: estaba rodeada de campos sembrados con cítricos, papa, tomates y otras hortalizas que eran cultivados y cosechados por los alumnos. El producto de esas huertas formaba parte de nuestra dieta. Se levantaba también una verdadera zona industrial al lado de la escuela donde los alumnos producíamos pilas, radios, centrales telefónicas y las primeras computadoras cubanas, las llamadas CID-201-B.

La construcción de la Lenin era una obra importante y una de las que Fidel seguía de cerca. Luego, ya inaugurada, aparecía a cada rato con algún visitante ilustre para mostrarle con orgullo las instalaciones. Así vi al líder soviético Leonid Brézhnev, que la inauguró durante su visita a Cuba, y a François Mitterrand, que era aún candidato socialista a la presidencia de Francia. Toda clase de personalidades nos visitaba, incluyendo muchos artistas que venían a Cuba a conocer el proceso revolucionario y solidarizarse. Frecuentemente teníamos algún concierto gratuito en la escuela por parte de músicos o cantantes de primera: desde Los Van Van y los Iraquere hasta Paco de Lucía, Joan Manuel Serrat y Roy Brown entre muchos otros. Recién terminados los edificios nos mudamos a vivir allí y pudimos ver a varios de los mejores pintores cubanos haciendo murales gigantes en las paredes de la escuela. Era un privilegio verlos trabajar y luego correr por esos pasillos y estar rodeados por esas obras.

Mientras cursaba mi séptimo grado, aunque estábamos viviendo en Vento, los futuros estudiantes de la Lenin ayudamos a construir la nueva escuela con nuestras propias manos. Recogíamos piedras, trasladábamos cosas en largas cadenas humanas, pintábamos. Cada uno hacía lo que podía bajo la dirección de los albañiles. Luego inauguramos la escuela y fuimos los primeros en ocuparla, eso nos daba un sentimiento de pertenencia muy especial y un gran orgullo.

La escuela era un monstruo difícil de manejar. ¿Cómo controlar la disciplina de 4.500 alumnos internos?, ¿la extensión física ya era un problema, qué decir de las hormonas juveniles y la disciplina? Había además un equipamiento material que era precioso y que había que cuidar. La piscina, por ejemplo, tenía baldosas que se suponía no debían ser pisadas con zapatos. Atravesar por la piscina evitaba un rodeo de cientos de metros para ir de los dormitorios a las aulas, así es que muchos pasábamos igual. Muy pronto pusieron un cuidador cuya función principal era evitar que cruzáramos con zapatos. Le decíamos Olivito por su ropa militar verde olivo. Era un típico guajiro, de los que había ganado todo con la Revolución. Seguramente había aprendido a

leer y escribir ya adulto, durante la campaña de alfabetización, y con gran dificultad escribía en una libreta los nombres de quienes atrapaba cruzando por la piscina con zapatos. En la lista de transgresores que entregaba a la dirección nunca faltaban los Shakespeare. Esas burlas quizás simbolizaban la diferencia entre la generación que hizo la revolución y la que disfrutaba de sus beneficios.

Las autoridades intentaron de todo para mantener la disciplina: desde llamados a «la conciencia que todo joven revolucionario debía tener» hasta intentos de introducir una disciplina casi militar. En un momento decidieron darnos unos carnés que había que llevar siempre encima. Por cada falta cometida nos ponían un reporte en el carné. Cada cierto tiempo los que habían acumulado un cierto número de faltas pasaban a «consejo de disciplina». Una vez un profesor me encontró conversando con Dulce, que en ese tiempo era mi novia. Estábamos tomados de las manos en los bajos de su albergue. El profesor nos regañó y ordenó que la chica subiera a su dormitorio. Yo la acompañé a la escalera y le di un beso de despedida. Eso fue suficiente para garme un reporte en el carné.

Los edificios eran de 4 pisos y tenían dormitorios reservados para muchachos o para muchachas. En cada piso había una pequeña sala de estar con algunos asientos y un televisor y luego un largo espacio rectangular donde las camas se organizaban en 6 hileras de 5 literas cada una. Dos hileras enfrentadas formaban un espacio que podría llamarse un «cuarto» para diez personas. No había separación material con el resto del dormitorio, simplemente las literas de las filas 2 y 3 estaban muy pegadas, así como las de las filas 4 y 5. Uno podía caminar por el «pasillo» que se formaba entre las hileras 1 y 2, 3 y 4, 5 y 6. Cada litera tenía al lado un mueble con un espacio para colgar ropa y un pequeño cajón para guardar los objetos personales. Al fondo del dormitorio teníamos un amplio baño con varias duchas en un espacio común, así como lavamanos y excusados. Un sistema de tuberías comunicaba una fábrica de vapor que alimentaba los comedores con los baños de modo que teníamos un lujo raro en la Cuba de entonces: agua caliente.

En los albergues dormíamos solamente alumnos. Los profesores encargados de la disciplina aparecían a veces. Un sistema de audio ponía música indirecta o pasaba anuncios. A las seis de la mañana nos despertaban con música y teníamos algunos minutos de ejercicios matinales. Cuando apagaban la luz para dormir, a las 10 de la noche, no faltaba quien seguía charlando con algún amigo. A veces uno escuchaba un verdadero murmullo de los que hablaban dormidos. Varios se iban al baño a jugar dominó mientras alguno vigilaba para ver si se acercaba algún profesor. En tiempos de intentos disciplinadores esas

pequeñas faltas podían tener consecuencias importantes. Cuando descubríamos que en el albergue había barullo no faltaba algún imbécil que nos levantaba de madrugada, nos hacía formar en el patio y preguntaba quién era el que estaba hablando. Ante la ausencia de respuesta aparecía la conocida frase: «¡pagan justos por pecadores!» y nos ponía a marchar: «¡uno, dos, tres, cuatro; uno, dos, tres, cuatro!». Nosotros cantábamos por lo bajo: «¡uno, dos, tres, cuatro: comiendo mierda y rompiendo zapatos!». Esos excesos de disciplina iban provocando acumulación de bronca y a la vez nos iban enseñando ciertas cosas. No eran realmente brutales pero molestaban bastante.

Nuestro tiempo estaba reglado por las numerosas actividades que teníamos pero no estaba saturado por ellas. Teníamos clases unas 4 horas al día y otras 3 eran de trabajo. El resto del tiempo quedaba bastante libre y había muchas actividades para hacer: leer en la biblioteca, participar en los campeonatos de ajedrez o de *ping-pong*, practicar deportes, participar en las actividades propias de los círculos de interés, simplemente jugar o sentarse a tomar sol y a pensar.

En lo que respecta al trabajo a mí me tocó trabajar en los cítricos, deshierbando con guataca o con machete. Durante dos años fui designado a trabajar en la escuela misma. Primero formé parte de la cuadrilla que ayudaba a los plomeros en los arreglos de los baños y luego me tocó limpiar una sección de la zona de salones de clases. La norma que nos imponían nunca era exagerada. La idea no era explotarnos sino que aprendiéramos a trabajar. Me di cuenta rápidamente de que podía hacer mi parte en una hora y dedicar el resto del tiempo a lo que quisiera. Convencí de ello a mis amigos y a partir de entonces nos dedicamos a terminar la limpieza rápidamente para ir a leer a la biblioteca. Ese año estuvo marcado por lecturas de novelas de aventuras, de horror y policiales: Salgari, Verne, Simenon, Conan Doyle, Maurice Leblanc y Poe.

Al año siguiente me tocó trabajar en la cocina de uno de los dos comedores. Era una verdadera industria que producía 3.000 raciones en cada turno. Yo era el ayudante del pinche del cocinero encargado del arroz. Luego de un tiempo cada uno de los tres se ocupaba de una marmita gigante, que producía varios cientos de raciones de arroz. El vapor pasaba por el doble fondo de la marmita antes de seguir camino hacia los baños en los dormitorios. Otros amigos pelaban papas o separaban las piedras de los chícharos o del arroz.

El deporte estaba siempre presente. Cuba empezaba ya a perfilarse como potencia deportiva mundial. Recuerdo las Olimpiadas de 1972. Todos mirábamos en los televisores a boxeadores como Garbey, Correa o Stevenson que ganaban campeonatos mundiales y olímpicos y cuando Silvio Leonard corría los 100 metros todo el mundo vibraba con él.

Tiempo después Cuba invitó a la selección de vóleybol del Japón, que era campeona del mundo, para que pasara una temporada. Estuvieron practicando unos días en el gimnasio de nuestra escuela formando a las cubanas en ese deporte y nosotros nos asomábamos a mirarlas trabajar. Años después Cuba desbancaría a Japón, sería campeona mundial y comenzaría un largo periodo de supremacía cubana en ese deporte.

Era nuestro despertar sexual y estábamos en un internado mixto. Las revoluciones han sido siempre períodos de libertad sexual, las convenciones explotan y los jóvenes juntan el romanticismo de la construcción cotidiana del «mundo nuevo» con los placeres del amor y la alegría de la vida. A eso hay que agregar que estábamos en Cuba, tierra de sexo desaforado y música omnipresente y que los años sesenta y su onda de amor libre estaban en el aire. De modo que el ambiente general era más bien proclive a una cierta libertad sexual. Al mismo tiempo sobrevivían convenciones sociales —algunas bastante anticuadas— y las familias esperaban que las escuelas se hicieran responsables de nuestro comportamiento.

El día de los enamorados una rubiecita de mi clase llamada Vicky me regaló un pañuelo y un perfume. El mensaje estaba dado. Yo no la correspondía pero eso no importaba, si una chica se insinuaba era de rigor tomarla o arriesgarse a ser calificado de «maricón», «cherna» o «pájaro» que eran tres maneras diferentes de designar a los homosexuales y tenían una enorme carga peyorativa en el ambiente machista de la época. No quise seguir la regla. La chica no me gustaba ¿por qué debería estar con ella? Vicky entonces empezó una campaña con sus amigas que se propagó como reguero de pólvora por la escuela. En poco tiempo la situación era irresistible y no pude menos que estar un mes de «novio». Con nuestros doce o trece años eso significaba básicamente darnos las manos, besarnos y tocarnos. Pronto rompí con ella con el gusto amargo de haber sido forzado a hacer algo que no quería.

Un tiempo después me enamoré de Dulce. Charlábamos largas horas en los pasillos de la escuela y poco a poco íbamos intimando. Se iba estableciendo ese equilibrio difícil entre ser un buen amigo o algo más. En ese entonces se suponía que éramos los varones quienes «nos declarábamos». Ellas esperaban. Pero yo no me atrevía pues tenía miedo de perder esa amistad que me permitía estar cerca de ella. Cada domingo en el ómnibus que me llevaba de regreso a la escuela iba pensando qué estrategia seguir. Robert me daba consejos que servían para darme ánimo pero cuando me acercaba a ella se me aflojaban las piernas o me daba dolor de panza. Finalmente tuve una conversación con mi propio cuerpo y le aseguré con rabia que no me iba a dejar engañar con dolores de panza o artimañas de esas. Ese domingo de noche al llegar a la

escuela hablé con Dulce. No recuerdo bien qué le dije pero estaba clara mi intención y más clara estaba su respuesta: una sonrisa amplia en su cara redonda. Resultó que vivía a unas pocas cuadras de casa. Yo la invitaba al cine Yara y pasábamos una hora y media sin atender realmente a la película, descubriéndonos y besándonos. Me invitó a su casa y me presentó a sus padres. El viejo era un antiguo militante comunista. No sé cómo llegó la conversación al tema del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) argentino. Él lo descalificaba por trotskista mientras yo defendía a una guerrilla que admiraba mucho. La presencia de la política en nuestras vidas cotidianas era tal que ¡con mis trece años estaba discutiendo sobre el ERP argentino con mi «suegro»! Ese romance duró unos tres meses. Luego aquello terminó no recuerdo bien cómo, quizás esa conversación con su padre tuvo algo que ver.

Los niños pueden ser muy brutales. El comportamiento en grupo es muy distinto al individual y muchas veces salen a flote los peores instintos. Uno tiene la impresión de que se establece una competencia de sadismo para ver quién es más irónico o abusivo. Yo nunca pude entender eso. Me dedicaba a sobrevivir y para defenderme tenía mis propias armas. Sabía contar historias, hacer amigos, no meterme con la gente peligrosa. Había códigos que uno aprendía a respetar: no «chivatear» (es decir no delatar), no actuar con dobleces, ser coherente.

De modo que no tenía mayores problemas por ese lado. Pero al mismo tiempo sufría por lo que íntimamente consideraba una incoherencia muy fuerte: no soportaba el abuso a que sometían a algunos pero era incapaz de evitarlo por cobardía o debilidad. Manuel era un muchacho gordito y blando, un típico candidato a la mofa y el destrato. Creo que cada dormitorio debía tener al menos un muchacho designado para ser soporte de las burlas y el sadismo. Manuel era un excelente dibujante y pintor. Con unos pocos trazos hacía caricaturas que retrataban la esencia de la gente. Yo estaba maravillado por su destreza y nos hicimos amigos.

A fines de 1974 cayó en combate Miguel Enríquez en Chile y su figura de líder de la Resistencia chilena contra Pinochet nos conquistó a todos. Recorté una foto suya en el diario y convencí a Manuel de que hiciera un óleo a partir de ella. Durante varios días, quizás semanas, se esmeró haciendo la obra. Pasamos mucho tiempo en el taller de pintura. Al final terminó un cuadro que me parecía muy bien logrado y que regalamos a los compañeros del MIR chileno con toda la pompa de que fuimos capaces.

Manuel y yo intimamos bastante. Creo que mi forma de solidarizarme con él era compartir tiempo y proyectos. Pero en el albergue no era capaz de defenderlo cuando le pegaban o se burlaban de él. Con varios amigos le propusimos que si se defendía lo acompañaríamos. Pero

cuando empezaban los golpes él se quedaba parado, recibiendo inmóvil la andanada. Nuestra cobardía se satisfacía con una explicación estúpida: si él no era capaz de levantar una mano para defenderse ¿por qué lo haría yo contra todos esos, arriesgando una golpiza?

Una vez denuncié el abuso ante los profesores. Vinieron al cuarto y nos dieron un discurso sobre el compañerismo revolucionario y lo horroroso de ese maltrato pero no tomaron ninguna otra medida. Luego en la noche quedábamos solos de nuevo. Yo sufría por lo que le hacían a él y por mi cobardía que no atinaba a llamar por su nombre. Al final de ese año Manuel se fue de la escuela, quizás fue lo mejor. Lo encontré años después en un ómnibus y parecía feliz. Estaba estudiando en la escuela de arte. Luego, muchos años después, lo busqué en Google y lo encontré. Es pintor y vive en Canadá con su familia.

Un par de años antes había tenido otra experiencia importante. Un día estábamos bañándonos en la piscina y un compañerito se divertía metiéndole la cabeza a otro bajo el agua. Era algo que yo no podía entender. ¿Cómo alguien podía divertirse con el sufrimiento de otro? Se lo dije y le señalé que no me parecía «una actitud digna de un revolucionario».

«¿Cómo dices?» —me preguntó ofendido— «¿Que no soy revolucionario?». No sé cómo empezamos a conversar. Lo interesante es que me escuchó y lo convencí de que realmente esa no era una «actitud revolucionaria». Argumenté que un revolucionario es ante todo un humanista, alguien que sufre frente a cualquier injusticia que afecte a otro ser humano, alguien que es capaz de rebelarse por ello al punto de entregar su vida si es preciso.

A partir de allí nos hicimos amigos y empezó una especie de carrera contra el tiempo. Para mí era importante «rescatar» a mi nuevo amigo. No sé realmente qué esperaba él. Poco a poco empezó a «enderezar su camino»: faltaba menos a clases, hacía menos trastadas. Por mi parte hice algunas en un intento por acercarme a él. Yo lo había tomado como un reto personal, consideraba que estaba inmerso en una obra de recuperación humana. Hacía poco había leído el *Poema pedagógico*, un libro de Antón Makarenko en el que cuenta cómo rescató a decenas de delincuentes en los años veinte, la mayoría huérfanos de la guerra civil rusa. Andábamos juntos todo el tiempo e incluso nos visitábamos los fines de semana. Pronto sus antiguos amigos se pusieron celosos. Empezaron a molestarlo y lo azuzaron contra mí. Un día no aguantó más y me atacó por la espalda. Terminamos a los piñazos enredados en el piso rodeados por un círculo de chicos vociferando a favor de uno o de otro. Fue el fin de mi experiencia como «asistente social». Años después supe de él. Parece que un día se paró en el centro del dormitorio a pegar gritos contra Fidel. Eso era una especie de locura en aquella época, más por el enorme aprecio del que gozaba Fidel entre la gente

que por alguna acción represiva del Estado, aunque ello también podía ocurrir.

La relación de los cubanos con Fidel se asemeja a la que uno puede tener con un padre, era adorado y odiado a un tiempo. Sentíamos admiración y orgullo por sus acciones y actitudes, aunque nos dolieran a veces sus consecuencias. Nos sentíamos con derecho a criticarlo duramente pero cerrábamos filas en torno a él si era atacado. Los errores siempre los atribuíamos a gente incapaz o a mandos intermedios, nunca al «Comandante». Uno podía criticar casi cualquier cosa pero no atacar al «Caballo» como le decíamos. El que lo hiciera se arriesgaba a una reacción de rechazo masivo por parte de sus compañeros. No sé bien que le pasó a ese muchacho luego de aquello. Algunos años después supe que estuvo en Etiopía como soldado internacionalista.

En ese tiempo empecé a escribir poesía y llevaba un diario personal. A pesar de la vida colectiva siempre encontraba el tiempo para mi intimidad, sin molestias o intromisiones. Mis poemas eran racimos de consignas. Eran muy pobres pero algunos expresaban de una forma torpe pero honesta lo que era nuestra vida.

Hay costumbres que son estos momentos.

*A veces caminando en el albergue encuentro un grupo de gente
/muy compacto
es tan hermoso compañeros estar allí
en ese grupo inmenso de cinco o seis amigos que cantando
medio cuerpo fuera de las ropas
demuestra la alegría que se siente
después de un día entero de trabajo.*

*Casi siempre al centro hay un muchacho
que toca la guitarra y guía el canto
los demás lo acompañan con el coro
cruzándose sonriendo las miradas
o tocando con ritmo en una lata.*

*A veces la atención no está en el canto
sino en los cuentos que hace alguno
o en la historia de amor que hace aquel otro.
Esa es la reunión más franca de la vida
allí la sinceridad inunda a todos
y allí, ya porque vivimos juntos,
ya porque nos conocemos palmo a palmo
casi sin darnos cuenta lo decimos todo
y opinamos de todo sin pensarlo tanto.*

Con algunos amigos fuimos encontrando el tiempo para juntarnos a compartir nuestras creaciones literarias. Recuerdo a Gustavo Fernández Larrea que llegaría a ser un muy buen cuentista. Algunos de sus cuentos trataban del tema del elitismo en la escuela o de las contradicciones entre el discurso y la realidad. Íbamos tomando conciencia de las imperfecciones de ese mundo.

Pasaba bastante tiempo en el periódico *Juventud de Acero*. Estábamos orgullosos de nuestra obra. Como ya dije lo hacíamos todo, desde los artículos hasta las fotos, la diagramación y la impresión. El diario no era muy bueno pero nos permitía experimentar y aprender. Nadie nos censuraba previamente lo que escribíamos pero el contenido de todas formas no era muy crítico. Todos estábamos inmersos en el mismo proceso y las críticas que aparecían eran más bien referidas a temas menores como la calidad de la comida.

Allí me hice amigos entrañables que seguí viendo después. Recuerdo especialmente a Raúl que era el director del *Juventud de Acero*. Junto a él y a otros cinco amigos decidimos hacer un viaje en bicicleta alrededor de Cuba en el verano de 1975 para el que nos preparamos todo el año. Entrenábamos y juntábamos vituallas y contactos. Finalmente logramos armar un circuito que abarcaba la mitad de la isla: La Habana, Guamá, Playa Girón, Cienfuegos, Trinidad, Sancti Spiritus, Villa Clara, Matanzas y La Habana. El viaje duró trece días. Conseguimos lugares para dormir en casi todos los pueblos: unas veces eran casas de compañeros de la escuela, otras nos quedábamos en «la casa de la juventud» del pueblo. Pedaleábamos toda la jornada y llegábamos felices y cansados a un nuevo lugar cada día. Fue una linda experiencia. Yo era el más joven de los seis. A veces me quedaba atrás y en general se solidarizaba conmigo y me acompañaba justamente el más forzado de todos. Unos años después supe que enloqueció.

Raúl siguió siendo un amigo entrañable. Su familia era del interior del país de modo que tomó nuestra casa como hogar secundario y a veces nos visitaba el fin de semana. Mi madre terminó por ser muy cercana a él, algo así como su adulto de referencia en La Habana. Años después Raúl entró a la Universidad de La Habana y estudió veterinaria. Era un joven revolucionario, despierto, honesto. Fue en ese tiempo que Fidel lanzó la campaña contra el fraude escolar. Explicó largamente, en su estilo pausado y claro, que un estudiante que copia se engaña a sí mismo y engaña a todos, que un profesional que obtiene el título de ese modo es una trampa. La campaña incluía un exhorto a que reflexionáramos todos y desterráramos esa práctica. Poco tiempo después empezaron las «asambleas de la conciencia comunista». El grupo estudiantil se reunía en una sesión de crítica y autocrítica que nos debía purificar. La asamblea podía decidir sanciones contra los

culpables. El premio para un grupo que había sido capaz de desterrar el fraude era hacer los exámenes sin vigilancia, confiando en la pura conciencia del propio colectivo.

Este tipo de asambleas era un arma de doble filo. Por un lado contribuía a formar conciencia y era una herramienta poderosa de control social que debía promover valores más elevados. Pero también era terreno fértil para los oportunistas que siempre encuentran la forma de acomodar el cuerpo y a veces son capaces de manipular una asamblea. Las asambleas tenían un enorme poder pues sus decisiones eran soberanas: sólo la asamblea podía revertir las decisiones por ella tomadas. Esto las hacía muy peligrosas. A raíz de la campaña contra el fraude escolar se sucedían las asambleas por clase y luego las de curso, de Facultad, de Escuela.

Un día Raúl llegó angustiado a casa, se apoyó en el regazo de mi madre y se puso a llorar. Mi mamá no sabía qué hacer. Pensó que quizás Raúl se había descubierto homosexual y temía decirlo (en el ambiente homofóbico de entonces eso podía ser un enorme problema) o quizás le había pasado alguna otra cosa muy grave. Al rato Raúl se calmó y le contó lo que le pasaba. Hacía años que él copiaba. Nadie salvo él sabía esto pero ahora su conciencia lo estaba torturando. ¿Y en esas condiciones cómo podía dirigir la asamblea de la Facultad? Como Secretario de la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC) de su Facultad estaba obligado a hacerlo. Hablaron largo rato.

Esa semana fue la asamblea de su centro. Raúl la dirigió como le correspondía. Entonces pasó algo tremendo. Antes de dar la palabra al resto Raúl confesó su secreto. Ante la mirada atónita de todos dijo que él había copiado y no se sentía capaz de dirigir la asamblea. Creo que este tipo de anécdotas expresan a la vez la belleza y el horror de la Revolución, que muchas veces van juntos. Raúl era un muchacho sencillo, sincero, profundamente bueno: un puro producto de la Revolución. Pero la asamblea encontró allí el chivo expiatorio que necesitaba para ser formalmente «exitosa» y evitar males mayores a quien sabe cuántos que temblaban. Por suerte no expulsaron a Raúl de la Universidad. Pero lo expulsaron de la Juventud Comunista. Así la UJC perdió a un militante de gran valor.

La Lenin funcionaba como una escuela de elite que formaba a la futura clase dirigente del país. La escuela era una mezcla extraña. Por un lado excelentes instalaciones materiales y seguramente la mejor educación a la que se podía aspirar en ese momento en Cuba. Por otro lado un sentimiento de pertenecer a una elite. A la escuela se entraba por expediente donde lo determinante eran las notas aunque estaba claro que no era ese el único mecanismo de ingreso. La concentración de autos durante las reuniones de padres indicaba la cantidad de hijos

de jerarcas y profesionales. Seguramente algunos entraban por «palanca» (es decir por el favor de alguien con poder) o quizás era el efecto natural del bagaje cultural que se transmite a los hijos. Había chicos de origen humilde que venían en ocasiones del interior del país y había también unos cuantos «hijitos de papá», que a veces eran los más abusivos e impunes.

Entre los alumnos había dos hijos de Fidel a quienes protegía un par de guardaespaldas. Recuerdo también a un compañero cuyo padre estaba preso por haber realizado un atentado contra la vida de Fidel. En un famoso proceso le habían conmutado la pena de muerte por una condena de treinta años de prisión. El hijo de ese preso político iba a la escuela Lenin y era uno más entre todos nosotros.

Cuando tenía unos quince años entré en crisis y empecé a cuestionarme muy fuertemente si seguir o no allí. Mis críticas se concentraban en el carácter elitista de la escuela. Me molestaba el sadismo de los chicos y sentía que de alguna forma algunos eran impunes quizás por ser privilegiados. También puede ser que simplemente quisiera irme de la beca y vivir un poco más la vida familiar que no tenía. Tal vez me fuera difícil expresar ese sentir con naturalidad. Quizás sentía que si pedía salir de la beca para ir a la escuela diurna me estaba «rajando», como decíamos cuando alguien abandonaba. No sé realmente cuál fue el cúmulo de aspectos que me afectó en ese momento pero la vida en la escuela Lenin se me fue haciendo asfixiante y quería salir de allí.

Así es que al terminar el décimo grado pedí ingresar al Destacamento Pedagógico que se había creado para suplir la falta de profesores de secundaria. En vez de seguir una formación preuniversitaria era posible entrar al Destacamento a partir de undécimo grado y empezar a estudiar para profesor de enseñanza media inmediatamente. En cinco años obtenías el título y a la vez estabas colaborando en uno de los tantos frentes en los que la Revolución se estaba llevando a cabo.

Cuando opté por ese camino, ¿estaba asumiendo un «sacrificio revolucionario» en un frente de la Revolución o huyendo hacia adelante para irme de la Lenin sin perder la cara? Muchos intentaron disuadirme. Mi madre fue convocada: ¿cómo iba a permitir que yo cambiara esa escuela maravillosa y la perspectiva de entrar a cualquier carrera universitaria en un par de años, para ir a una carrera intermedia de ese tipo? ¿No era una decisión apresurada? Pero mi decisión estaba tomada y, como siempre, mi madre me apoyó en el camino que había decidido.

Los cubanos tuvieron una forma peculiar de construir el Partido Comunista (la fuerza dirigente de la Revolución). El Partido no era «de masas» como en otros países socialistas sino «de cuadros» y su rol dirigente se suponía que debía expresarse en el ejemplo cotidiano de sus militantes. Para ser miembro había que cumplir 3 requisitos: querer serlo, ser aceptado por el Partido y que el colectivo social donde estaba inserto el candidato lo aprobara. Los dos primeros requisitos parecen naturales y forman parte del ritual clásico de cualquier partido del mundo. Lo interesante es la tercera condición que daba una especie de «poder de veto» al conjunto de la sociedad sobre quiénes integraban el Partido. Era un poder de veto que funcionaba al menos en teoría y muchas veces en la práctica. Al respecto fui marcado por una experiencia amarga.

Una vez por año se hacía la «Asamblea de Jóvenes Ejemplares» en la que el colectivo seleccionaba a los que consideraba como tales. Para ser militante de la UJC era condición indispensable ser seleccionado por la asamblea. Ese era el mecanismo para cumplir la tercera condición. Yo era un buen estudiante, me sentía un revolucionario y quería como casi todos mis compañeros ser un militante de la Juventud Comunista. Se trataba de uno de los honores más altos a los que podía aspirar. El Comité de Base de la UJC también me quería incorporar, de modo que durante un año estuve estudiando y asistiendo a los cursos del «Plan de Preparación para el Ingreso» junto a otros candidatos. Esperaba ansioso la asamblea, que al fin llegó. Creo que fue a principios de 1974, yo tenía entonces trece años.

Alguien propuso mi nombre y se dio la palabra a la asamblea. Un militante de la UJC habló favorablemente según un libreto que ellos habían acordado previamente para promover a sus candidatos. Pero entonces una mano se levantó y alguien argumentó en contra de mi calidad de ejemplar. Me acusó de autosuficiente, de mirar a los demás por encima del hombro, de crearme superior. Me quedé helado. Cuando vino la hora de votar la mayoría no me apoyó y sentí que el mundo se derrumbaba sobre mi cabeza. El desastre me sumió en una profunda tristeza. Masticaba con furia esa derrota ¿Qué significaba aquello?

Algunos amigos me dijeron que esperara al año siguiente. Yo meditaba y meditaba. Al tiempo entendí que la asamblea tenía razón. Era cierto que me creía superior. A partir de allí empecé a trabajar duro para superar ese problema, un trabajo interior que aún sigue. Esa asamblea me ayudó mucho en la vida. Realmente así lo sentí siempre. Sufrí, pero aprendí a buscar la verdad que se oculta aun en la más dolorosa de las críticas. Quizás ese fue un momento de bifurcación en mi vida. Si en esa época hubiera entrado a la Juventud Comunista poco después habría solicitado la ciudadanía cubana y mi vida hubiera sido la de un revolucionario cubano. Pero luego de ese fracaso lo cierto es que ya nunca más intenté ser militante de la UJC y mi vida tomó otros caminos que finalmente me llevaron fuera de la isla.

Cuando recuerdo esa experiencia saltan ante mis ojos dos aspectos interesantes de cómo se hacían las cosas en esa época en Cuba. Por un lado la noción que teníamos de lo que era un militante revolucionario. Por otro la capacidad para hacer participar a todos, sean militantes o no, en temas de esa trascendencia.

La idea básica era que el Partido era el conjunto de la mejor gente. Ese concepto incluía ser buena persona, sacrificado, generoso, trabajador. No era esencial conocer la teoría marxista a fondo. Los aspectos humanos eran considerados centrales por la gente que esperaba luego de los militantes una actitud coherente. Era posible, aunque no muy común, que el administrador de una empresa o el director de una escuela no fuera militante. Pero el Secretario del Núcleo del PCC o del Comité de Base de la UJC en la empresa o escuela debía tener el respeto de todos. Podía ser un empleado o un obrero, eso no importaba mucho. Su poder se expresaba de manera difusa, casi como un poder moral. Cuando la gente pensaba haber encontrado un caso de corrupción no lo denunciaba ante el Estado sino ante el Partido que se ocupaba de investigar y tramitar la queja. Y muchas veces ese método funcionaba. Era como si la gente fuera los oídos y los ojos del Partido que de ese modo controlaba el funcionamiento del Estado. Por supuesto que había de todo y no faltaban en el Partido los corruptos y los oportunistas. Pero siempre me pareció claro que el Partido concentraba a la mejor gente y que en este asunto los cubanos habían logrado un mecanismo que quizás explique en parte la larga vida que ha tenido la Revolución cubana.

El sistema se sustentaba en una mezcla de ingredientes diversos. Primero la fuerza moral de la Revolución, que se basaba en la convicción generalizada de que el proceso estaba genuinamente animado por valores compartidos. La generosidad, la solidaridad, el altruismo y la entrega al bien común eran valores positivos que florecían en un ambiente favorable. El egoísmo o el oportunismo estaban allí también pero la sociedad los entendía como negativos y eran socialmente recha-

zados. Un militante del Partido o de la Juventud debía ser portador de esos valores o al menos simular serlo. Al mismo tiempo la presencia de la agresión imperialista (allí estaba el bloqueo y algún atentado de vez en cuando para recordarlo) convertía en tema de vida o muerte mantener la unidad. En ese contexto disentir era peligroso.

Disentir «desde adentro del proceso», como lo hacía Silvio Rodríguez en sus canciones o Tomás Gutiérrez Alea en sus películas, tenía su riesgo. Ellos supieron ganar ese derecho y la Revolución tuvo la virtud de mantener esos espacios abiertos a pesar de todo. Pero si alguien en su disenso cruzaba «para el otro lado» arriesgaba mucho. ¿Quién definía la línea divisoria? Eso era una cuestión circunstancial. El consenso social era entonces muy grande. La gente sentía que ésa era «su» revolución y que lo que se ponía en peligro era «su» proceso. Todo eso hacía que un disidente no se enfrentara solo con un Estado autoritario sino que lo hacía con todo un pueblo. Y lo segundo es mucho más difícil que lo primero.

A través de cosas como esas asambleas para elegir a los futuros militantes del Partido o de la Juventud, uno tenía la sensación de ser realmente parte del proceso y no una mera víctima de las decisiones de otros. A esto se sumaba el estilo de Fidel en sus discursos. Eran largas reflexiones en voz alta donde iba analizando los problemas que enfrentábamos y buscando caminos por donde avanzar. En esos años se pusieron muchas cosas en discusión, desde temas menores hasta los más trascendentes.

Recuerdo la discusión sobre el uniforme escolar, que prácticamente fue diseñado tomando en cuenta la opinión de los chicos que íbamos a usarlo. Se discutía desde el color y el tipo de tela hasta el corte de la ropa. Las niñas exigieron que las faldas tuvieran un cierto largo, no recuerdo si arriba o abajo de la rodilla, y así se hizo. Pero luego cambió la moda y los nuevos uniformes ya estaban siendo distribuidos. No era sencillo conciliar la moda con la democracia participativa en un contexto de escasez.

En esa época también discutimos durante un año el nuevo Código de la Familia que regularía temas como el matrimonio y la crianza de los niños. El código era progresista en temas que tocaban la vida íntima de la gente: promovía un reparto igualitario de las tareas domésticas y mayor igualdad del hombre y la mujer. La gente respetaba mucho a Fidel, y él respaldaba públicamente esos aspectos del nuevo código, pero tratándose de temas que afectaban las relaciones de poder dentro de la familia muchos resistían las propuestas.

Hay una película documental de la época, creo que de Idelfonso Ramos, que muestra bien esas discusiones. Las propuestas que surgían de las asambleas en los centros de trabajo y estudio o a nivel de barrio, como la de nuestro CDR, se iban recogiendo en otras asambleas a nivel



Margaret Randall, fines de los años cincuenta.
(Foto: archivo familiar).



Antes de partir rumbo a la frontera guatemalteca con Bob y Alice, junio 1969.
(Foto: archivo familiar).



Con Ximena y Sarah días antes de partir hacia Cuba.
(Foto: Margaret Randall).



Con Ana jugando con una marioneta construida a partir de residuos. El corte de pelo corresponde a la «malanguita».
(Foto: archivo familiar).



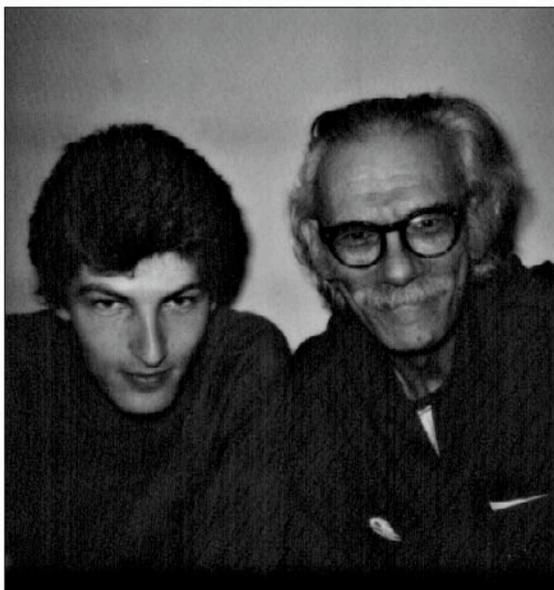
Con Sergio durante una de sus visitas a La Habana. (Foto: archivo familiar).



La familia (Ana en brazos de Robert).
(Foto: Mayra A. Martínez).



«No hay fronteras en esta lucha a muerte.»
(Foto: Mayra A. Martínez).



Con Joel Oppenheimer. (Foto: archivo familiar).



El presidente de nuestro CDR, Maza, su hija Krupskaya y su esposa Elena.
(Foto: Margaret Randall).



La escuela Lenin, 2002. (Foto: lalenin.com).



CUJAE, 2009.
(Foto: Habana archi.group).



Miembros de la Brigada Internacional Juvenil de la Amistad, preparándose para el trabajo, Moa.
(Foto s. d.).



Roque Dalton en un ómnibus de La Habana.
(Foto: Chino Lope).



Junto a mis hermanas Sarah, Ana y Ximena poco antes de que mi madre partiera a Nicaragua, 1980.
(Foto: Margaret Randall).



El lugar donde cayó José Benito Escobar, Estelí, Nicaragua. (Foto: Margaret Randall).



Mi madre y Mauro (Jacinto Suárez) en una actividad de solidaridad con el FSLN. (Foto s. d.).



Ana, miliciana en Nicaragua, 1983.
(Foto: Margaret Randall).

regional, provincial y finalmente se convertían en modificaciones a las leyes que eran redactadas por comités de expertos buscando ciertos equilibrios. Creo que eran más importantes esas miles de reuniones que todas las nuevas leyes juntas. Se trataba de una especie de escuela intensiva de ciudadanía. El nuevo Código de la Familia se aprobó luego de más de un año de intensa discusión. Cuando Laura y yo nos casamos algunos años después, la jueza nos leyó cuatro de sus artículos como parte formal de la ceremonia. Eran cuatro artículos de una ley en cuya elaboración habíamos participado.

Siempre tuve la percepción de que la Revolución la estábamos haciendo todos. Sentía que a veces nos equivocábamos, como un ciego que va tanteando el camino, pero que íbamos analizando críticamente lo que se hacía y corregíamos el tiro. Era una empresa colectiva, en el acierto y en el error.

En esos años también discutimos la nueva Constitución que finalmente fue aprobada por referéndum y entró en aplicación en 1975. Entre 1959 y 1975 Cuba fue gobernada por un «gobierno revolucionario» que asumió a la vez los poderes legislativo y ejecutivo. Fue la etapa más creativa y transformadora pero también la más llena de decisiones arbitrarias. A partir de 1975 la Revolución se «institucionalizó», lo cual es casi un contrasentido pero se había convertido en una necesidad. Quizás de cierta manera esa fecha marca el fin de la Revolución como tal, es decir como proceso profundamente transformador de las estructuras económicas y sociales.

La nueva constitución declaró formalmente que Cuba era una «República Socialista» y creó una estructura legislativa sui géneris: el Poder Popular, que debía institucionalizar la democracia participativa. Primero las asambleas del barrio proponían a los candidatos que debían ser al menos dos. Luego en una jornada electoral nacional eran electos los delegados al Poder Popular local por el voto secreto de todos los ciudadanos de la circunscripción. Tenían derecho a voto los ciudadanos a partir de los dieciséis años. El sistema era indirecto: los delegados locales elegían de entre sus miembros las Asambleas Provinciales del Poder Popular y estas a su vez la Asamblea Nacional del Poder Popular que era el Poder Legislativo y tenía entre sus funciones elegir el Presidente de la República.

Estos «delegados del Poder Popular» tenían un poder nominal importante. La economía era casi totalmente estatal de modo que de ellos dependían las industrias locales, la red comercial, las escuelas y policlínicas y unas cuantas cosas más. El sistema incluía la obligación de que los delegados rindieran cuentas regularmente a sus electores y daba la capacidad a la asamblea del barrio de revocarlos a mano alzada si no cumplían sus funciones a satisfacción. En ese caso se convocaba a nuevas elecciones locales.

El sistema político incluía elementos muy interesantes para dar participación a la gente y a la vez mantenía en su interior la obsesión del control. ¿Esa obsesión sería la hija maldita de una Revolución agredida o vendría ya en las ancas de la guerra revolucionaria? A la distancia se puede ver la misma contradicción en la forma de construir el Partido y el Poder Popular. El sistema tenía algunas ideas interesantes para promover el control de los representantes por las bases pero a la vez algunas limitaciones importantes que se fueron expresando con los años. La extrema vulnerabilidad de los delegados limitaba su independencia del mismo modo que la elección indirecta facilitaba el control del sistema por parte del Partido. Pienso que esas características fueron buscadas por el diseño original. Era una forma de garantizar el rol dirigente del Partido y que el sistema no se saliera de control. Pero esa es precisamente su debilidad. Para poder desarrollarse sanamente el sistema necesita un verdadero control desde abajo que entra en contradicción con el rol que se arroga el Partido.

Creo que no se puede analizar el ciclo de revoluciones del siglo XX sin pensar de otra forma el problema del poder e incorporar allí los aportes del anarquismo. Quizás fueron ellos quienes mejor percibieron los peligros del «poder» aunque no encuentro en ellos propuestas claras para resolver ese problema. Por otro lado el marxismo menospreció la capacidad corrosiva derivada de no atender este tema. Me parece que el siglo XX demostró que es posible derribar al capitalismo pero las nuevas generaciones deberán encontrar la forma de construir una nueva sociedad que sea sustentable en el tiempo.

Recuerdo las primeras elecciones para el Poder Popular en 1976. Las fotos de los candidatos junto a una pequeña reseña biográfica de una página cubrían los murales del barrio, todas del mismo tamaño. El día de las elecciones, las urnas estaban escoltadas por pioneros orgullosos con sus uniformes y sus pañoletas al cuello y la gente muy alegre hacía largas colas para votar.

La madre de una conocida resultó electa Delegada del Poder Popular en su barrio. Eso la convirtió en un elemento importante del poder a nivel local. Un día su hija fue a hacer las compras y cuando regresó a casa la madre se dio cuenta de que había traído un litro de leche. A ellos, como a toda familia con más de 5 miembros y ningún niño de menos de siete años, les tocaba un litro de leche cada dos días. Ese día no les tocaba. Evidentemente había un error. Envié a su hija a devolverlo. En la tienda le dijeron que no se preocupara por esa «bobería». Finalmente la compañera tuvo que ir personalmente. No quería ceder ni un poquito en su resistencia al asedio de los pequeños regalos potencialmente corruptores.

En 1973, cuando tenía casi trece años, mis padres decidieron que Sarah y yo iríamos en el verano a Estados Unidos y a México. Mi madre, que estaba indocumentada, sólo podía viajar con papeles especiales y a ciertos países que los aceptaban. Así visitó el Vietnam que resistía aún la agresión yanqui, el Perú de Velasco Alvarado y el Chile de la Unidad Popular.

Era la primera vez que salíamos de Cuba luego de nuestra huida precipitada de México y lo hacíamos solos. En Nueva York visitaríamos a la familia de Robert, en Albuquerque a la familia de mi madre, en México a Sergio y esperábamos encontrar algunos de los tantos amigos que habíamos dejado allí.

Nos preparamos con gran excitación y empezamos una lista de potenciales visitas. Entre mis tesoros infantiles iba acumulando ciertos *récords* personales: el número de veces que había tomado un avión, los países que había pisado, los monumentos que había visitado. Yo tenía mil planes: quería visitar el Empire State y la Estatua de la Libertad, el Greenwich Village y Harlem. Tenía ganas de conocer muchas cosas sobre las que había leído o escuchado. Mi madre me preguntó si quería conocer a mi padre. Le dije que sí y lo puse en la lista.

Como ya conté, a fines de los años cincuenta la que sería mi madre era una joven poeta que sobrevivía en Nueva York como podía. Decidió tener un hijo. No quería un marido o una familia. Quería un hijo para ella sola. Buscó entre sus amigos y escogió a Joel Oppenheimer, supongo que por ser buen hombre y buen poeta aunque realmente no lo sé. Se embarazó y luego le dijo que esperaba un hijo suyo pero que no debía preocuparse pues el hijo sería sólo de ella. Joel lo tomó mal y se dejaron de ver. Luego supe que a esas alturas de su vida, Joel sufría aún por la separación de sus dos hijos mayores que su primera mujer se había llevado al separarse. Yo nací en un hospital público de Manhattan. Joel fue a verme una vez y luego no nos vimos más. Unos meses después mi madre se fue a vivir a México. Allí conoció al poeta Sergio Mondragón y se casó con él. Entonces se fue construyendo la única mentira que recuerdo entre mi madre y yo: crecí creyendo que Sergio era mi padre.

Nacieron mis hermanas Sarah y Ximena. Éramos una familia feliz. Sergio me trataba como a un hijo más y nunca sentí trato diferente de su parte. Los recuerdos que tengo de mi infancia en México son hermosos y tranquilos. Un ambiente agradable. Paseos por el borde del río Churubusco que aún corría al aire libre cerca de nuestra casa. Visitas a un parque infantil. Picnics en familia. Visitas a Cuetzalan, un pueblo indígena cerca de Puebla que todavía mantenía poco contacto con el mundo moderno. Un largo viaje a la costa oeste de Estados Unidos en un pequeño Volkswagen. Era del modelo que llamábamos cucaracha y yo iba jugando con un autito en el espacio que había detrás del asiento trasero.

Vivíamos en Triángulo 121, Colonia Prado Churubusco, en una casa de 2 pisos y jardín a la que luego agregamos dos estudios en la azotea. Tuvimos varias mascotas: pájaros, tortugas, un conejo que obtuve prometiendo limpiar regularmente su jaula pero que murió en medio de su mugre. Tuvimos un chivo que se comió parte de la pared de nuestro jardín. Por quince días vivió con nosotros una tarántula en un recipiente de cristal en la mesa de la sala. Y tuvimos varios perros. Recuerdo especialmente a Sofía, una gran danesa color canela que fue mi mejor amiga.

La calle que pasaba frente a nuestra casa terminaba en un «llano» con sus casitas de madera y cartón. Un típico producto de la pobreza mexicana. Nosotros jugábamos descalzos en la cuadra con los niños del barrio. Éramos muy amigos de los hijos de «la viuda», como le decíamos a la señora que tenía un pequeño almacén al lado de casa. Las señoras del llano venían corriendo a casa a buscar a mi madre para atender algún parto. Allá salía ella con su maletín de partera *amateur* y yo la acompañaba a veces.

Sergio y mi madre fundaron la revista *El Corno Emplumado* y lo hacían prácticamente solos. Recuerdo la sala llena de ejemplares en pequeñas pilas, los viajes al correo para enviarlos a diversos lugares del mundo, las largas reuniones con todo tipo de artistas que llenaban las tardes y noches en casa.

La planta baja tenía una cocina donde comíamos y una gran sala que permitía mirar el jardín a través de amplias ventanas que se extendían del piso al techo. El jardín me parecía enorme. En ese viaje de 1973 lo visité nuevamente y descubrí que era más bien chico. Un solo árbol se alzaba en su centro. De niño me puse el paracaídas de un muñeco, ridículamente chico para mí, y me tiré de ese árbol. Por suerte no me lastimé. Las paredes estaban llenas de pinturas o dibujos, casi todos originales, que los autores habían regalado a mis padres. En el segundo piso estaban los cuartos: el de mis padres, los de los niños, uno para visitas que casi nunca estaba vacío y el de las empleadas donde vivían Concha y Elena que se ocupaban de todo en casa.

Mis recuerdos de nuestra vida en esos años están llenos de calma y no se parecen en nada a nuestros años cubanos. Sergio es un poeta que emite paz. En esa época iba derivando cada vez más hacia el misticismo budista. En algún momento los caminos entre mi madre y Sergio se separaron definitivamente. Fue un proceso paulatino que nosotros casi no percibimos hasta el momento mismo de la separación. Un día nos llamaron a la mesa y nos comunicaron el divorcio: el *shock* fue tremendo.

Mi madre me cuenta, aunque esa parte la he borrado de mi memoria, que entonces también me comunicaron que Sergio no era mi padre biológico. Así supe que Joel existía. De modo que me cayeron las dos noticias a un tiempo: la separación y descubrir que tenía dos padres. Luego entendí que la noción de padre es mucho más compleja y que la relación biológica es sólo un aspecto, pero entonces tenía menos de ocho años. Me fui corriendo al jardín y me refugié a llorar en la casita de mi perra Sofía que me acompañó todo el día.

Sergio se fue a vivir a pocas cuadras y a partir de entonces empezamos a visitarlo regularmente. Allá íbamos Sarah, Ximena y yo caminando y tomados de la mano. Sergio era nuestro padre y lo siguió siendo siempre.

Un tiempo después mi madre regaló a Sofía. Ese fue otro desgarró. Creo que en realidad era Sergio el que amaba a los animales. A nosotros nos explicaron que la perra era muy cara por la carne que comía. La dieron a unos amigos que vivían lejos, en otro sector de la enorme ciudad de México. A los pocos días apareció por casa. Se había escapado y milagrosamente encontró el camino de regreso en medio del tráfico y los millones de olores de los millones de habitantes de esa ciudad. ¡Los amigos de la cuadra vinieron corriendo a avisarme que el perro famélico que estaba pidiendo carne en el puesto de la esquina era nuestra Sofía! La recuperé feliz pero la alegría no duró ni un día. Mi madre la devolvió a sus nuevos dueños y ya nunca más la vi.

Mi madre nos dijo que no se juntaría con otro hombre sin nuestro permiso. La pusimos a prueba y la primera vez que nos preguntó si nos gustaba ese hombre con quien había salido a cenar le dimos un rotundo «no». Allí quedó la cosa y nos gustaba pensar que algo habíamos tenido que ver en esa decisión.

Pasó el tiempo. Siguieron llegando visitantes a casa como siempre. Algunos por una tarde y otros por quince días. Una vez aparecieron dos muchachos norteamericanos que andaban recorriendo el mundo y se quedaron un tiempo con nosotros como tantos otros. No notamos nada extraño en ellos. Estuvieron un par de semanas y se fueron. Unas semanas después llegó mi madre muy excitada a la escuela a recogerlos. Nos subimos al auto y partimos todos rumbo a Acapulco. «¿Recuerdan

aquel muchacho que estuvo en casa? Alquiló una casita en la playa y nos invita a pasar unos días con él». Allá fuimos todos felices. La casa tenía una piscina y una bella vista al mar que se extendía azul bajo unos acantilados casi a los pies de la casa. Al llegar notamos que nos pusieron a los niños en un cuarto y ellos se metieron en el otro. No nos sorprendió mucho. Pasamos unos días espléndidos jugando en la piscina y bañándonos en la playa. Cuando mi madre nos preguntó qué pensábamos de ese nuevo novio nuestra respuesta fue un sí muy claro. Así llegó Robert a casa. No hablaba español y «su viaje tras las huellas del Che» quedó truncado allí, atrapado en la telaraña del amor con una mujer nueve años mayor que él.

Volvimos a la ciudad de México y empezamos a vivir inmediatamente como familia. Robert se fue convirtiendo en «papi Robert» y Sergio en «papi Sergio». Robert se integró a la dinámica familiar, aprendió a hablar español y empezó a buscar trabajo. Al poco tiempo mi madre estaba embarazada de Ana y luego vino el 68 con el movimiento estudiantil y el 69 con la clandestinidad y la huida a Cuba y el comienzo de nuestra vida allí. Supongo que Robert nunca imaginó el rumbo que tomaría su vida cuando decidió quedarse en México apenas comenzado su viaje alrededor del mundo. Su amigo Gordon Bishop siguió solo. Luego de un periplo de meses llegó a Indonesia y allá conoció a una princesa con quien se casó. Tuvo una vida extraordinaria de aventura y tragedia. Años después los vi a él y a su princesa en Nueva York. Nos recibieron en su pequeño apartamento lleno de telas hermosamente pintadas, incienso y cojines en el piso.

Pero volvamos a 1973. Vivíamos en Cuba, y Sarah y yo nos aprestábamos a viajar por primera vez al extranjero desde nuestra llegada hacía cuatro años. Íbamos a ver de nuevo a nuestras familias. Esas familias lejanas que esporádicamente aparecían en nuestras vidas a través de alguna foto o en una visita corta.

Viajar desde Cuba a Estados Unidos en esos años era difícil. Pocos países de América Latina mantenían relaciones con Cuba de modo que no había muchas conexiones aéreas con la isla. Esa vez tomamos un avión hasta Lima, Perú. Allí mi madre había arreglado las cosas para que nos ayudaran. Nos recibió el embajador cubano, Antonio Núñez Jiménez, que nos atendió muy bien. Nos llevó a su casa. Recuerdo que me impresionaron dos cabezas humanas, reducidas por los indios jíbaros, que estaban expuestas en su estudio como adornos. Sarah aprovechó para comer manzanas, un manjar que hacía tanto que no saboreaba. Unas horas después nos pusieron en el avión rumbo a Estados Unidos.

Había que cambiar de avión en Miami. Yo era el responsable del viaje y llevaba en un bolso todos los documentos con la recomendación

mil veces repetida de no perderlos bajo ningún concepto. La imagen que me había construido sobre los Estados Unidos en esos años era la de un país brutal, agresivo, lleno de delincuentes y asesinos. Y ahora estábamos allí, Sarah con diez años y yo con trece, esperando la salida del próximo avión. Yo tenía apretado contra el pecho el bolso con los documentos y la manita de Sarah agarrada con fuerza y miraba a todos lados un poco asustado. Le decía a mi hermana que no hablara mucho pues podía ser grabada por los micrófonos que seguramente estaban en todas partes. Fue entonces cuando Sarah me anunció que tenía que ir al baño —«¿Coño, Sarah, no puedes esperar?», —«No, me estoy haciendo...». La acompañé a la puerta del baño de damas. No me gustaba nada eso de soltarle la mano a mi hermanita: ¿y si desaparecía? La vi entrar al baño y salir enseguida con cara compungida —«Hay que poner una moneda para que se abra la puerta del escusado»— ¡No puede ser! ¿Cómo es posible? Tener que pagar para ir al baño era algo inaudito en Cuba... y además no teníamos monedas... Entonces fuimos al baño de hombres y entramos sigilosos a ver si alguna puerta allí estaba abierta. Oímos un ruido y se abrió la puerta de uno de los escusados. Un negro enorme salió y, muy amable, nos mantuvo la puerta abierta para que pudiéramos entrar. Sarah entró y yo esperé y la tensión se fue yendo de mi cuerpo suavemente de la mano de la sonrisa amplia de ese negro norteamericano. Con un gesto sencillo nos estaba mostrando que fuera de Cuba las cosas eran más humanas y más complejas de lo que pensábamos.

Ese viaje fue importante por muchas razones. Compartimos días con Irving y Sylvia, los padres de Robert, que nos acogieron en su casa de gruesas alfombras y nos dieron ese amor sencillo de abuelos al que no estábamos acostumbrados. Los pudimos conocer un poco más y acercarnos a ellos. Nos llenaron de atenciones. La abuela había perdido su pierna por un cáncer muchos años antes. Cuando entraba a saludarla al cuarto veía la pierna de madera recostada contra la silla. Eso me impresionaba mucho pero luego su sonrisa y sus abrazos despejaban completamente el ambiente.

Recuerdo una anécdota de un viaje posterior que refleja cómo era la abuela Sylvia. Una joven amiga de Robert acababa de enterarse de que tenía un cáncer. Robert y yo fuimos a visitarla y la encontramos en la cama deprimida y asustada. Todos le recomendaban seguir las indicaciones del médico: tomar los remedios y hacer reposo. Entonces llegó abuela Sylvia que a esas alturas era una experta en el tema. Ya había sobrevivido a un segundo cáncer que le costó un pulmón. Sylvia le recomendó simplemente vivir su vida, no quedarse acostada, no encerrarse: «Si te vas a morir entonces aprovecha el tiempo que te queda y vive plenamente. Si sobrevives, mejor». Así era abuela Sylvia.

Estuvimos con el tío George —el hermano de Robert, que siempre andaba con su cámara al hombro— y con su compañera Susan. A través de cosas como la guardería comunitaria donde trabajaba Susan íbamos conociendo otro aspecto de la sociedad norteamericana. Visitamos con ellos Nueva York, esa ciudad que desde entonces me fue conquistando y que siento de alguna forma mía. En ese viaje visitamos también Albuquerque y disfrutamos a los abuelos maternos, John y Eli, y a los tíos Johnny y Joanna y su hijo Shanti. Mi tío nos llevó a repartir volantes afuera de una fábrica de jeans que estaba en huelga. Él era miembro de un pequeño partido de izquierda y se convirtió en una especie de modelo para mí. No solo era un dedicado militante sino también una excelente persona. Con el tiempo conocí a muchos militantes norteamericanos de izquierda pero Johnny siempre fue para mí un ejemplo de pureza. Muchas veces me pregunté por qué parece haber más gente como él en la izquierda norteamericana que en las de otros países y llegué a la conclusión de que tiene que ver con la muy escasa posibilidad de que en Estados Unidos la izquierda tome el poder a corto plazo.

En el camino de retorno visitamos México y pudimos encontrarnos con Sergio. Fue una especie de reconexión con nuestras vidas anteriores que habían quedado atrás, en otro mundo. La familia era algo que sabíamos que existía pero que no veíamos con frecuencia. Fue también el descubrimiento de una realidad distinta de la que nos pintaba la propaganda en Cuba. Entramos en contacto con otro Estados Unidos: el de los luchadores, los disidentes, la gente simple que caminaba o vivía o jugaba en sus parques. Todo eso fue muy importante, pero hay algunos aspectos de ese viaje que marcaron muy especialmente mi vida para siempre.

Conocer a Joel Oppenheimer, mi padre biológico, fue una de las cosas importantes que me sucedieron en esa ocasión. Los padres de Robert localizaron a Joel y arreglaron un encuentro. Joel era un poeta conocido que escribía una columna regularmente en el *Village Voice*. Llamaron por teléfono allí y lograron dar con él. Recuerdo nítidamente algunas imágenes de ese primer contacto. Joel estaba acompañado de Nick, su hijo mayor, que hacía el servicio militar y portaba su uniforme de *marine*. Eso me impresionó sobremanera pues yo venía de Cuba y el uniforme yanqui era sinónimo de agresión y muerte. Creo que simplemente Nick estaba de día libre y antes de regresar a su guarnición acompañó a su padre a ese encuentro que podía ser difícil.

Joel no hablaba español ni yo inglés. Me acompañaron tío George, Sarah y la abuela Sylvia. La reunión debe haber durado poco más de una hora. No recuerdo lo que hicimos salvo contemplarnos mutuamente. ¿Qué habrá pensado Joel mirando ahora a ese muchacho de casi

trece años? ¿Qué habré pensado yo? Balbuceamos lo que pudimos. Me invitó a almorzar y me compró ropa y un helado y creo que eso fue todo. Había «conocido» a Joel. ¿Lo había conocido? En todo caso ahora había un rostro tras ese nombre, una barba rala, una sonrisa amplia y una nariz gigante como la mía.

A partir de entonces fui a Nueva York cada uno o dos años en el verano. Cada vez me encontraba con Joel. La segunda vez fui con Sarah y Ximena y nos invitó a pasar todo el día con él. Conocimos su apartamento en el Village y nos llevó al Museo Metropolitano. La tercera vez, en 1976, llegué y lo llamé como siempre pero él estaba fuera de la ciudad. Se había mudado a un pequeño pueblo de pescadores en el norte del estado de Maine donde daba clases en un Liberal Arts College. Me propuso pagarme el pasaje e ir a verlo. Unos días después sobrevolaba en una avioneta un paisaje muy bello formado por bosques de pinos salpicados de lagos y pequeños poblados.

Joel me estaba esperando junto a sus dos hijos menores, Nat y Lem, y un pequeño diccionario de bolsillo con el que les había enseñado una sola palabra en español: «hermano». Pasamos juntos unos días maravillosos. Fue quizás esa vez cuando empezamos realmente a conocernos un poco. Joel era un apasionado por el deporte y justo esa semana se realizaban los Juegos Olímpicos de Montreal. Buena parte del tiempo estuvimos encerrados frente a la TV. Vimos a Nadia Comaneci hacer sus secuencias perfectas: era la primera vez en la historia que una gimnasta obtenía 10 puntos en los juegos olímpicos. Vimos al boxeador cubano Stevenson ganar en pesos pesados su segunda medalla de oro. Vimos al gran atleta cubano Juantorena correr como una gacela y ganar los 400 y los 800 metros, otra primicia.

A veces intentábamos hablar. Él me preguntaba de Cuba y de la Revolución. Yo intentaba explicar en un inglés imposible apoyándome en gestos inútiles para transmitir ciertas ideas políticas. Le pregunté por sus ideas y se declaró anarquista. Para mí eso fue un descubrimiento. Yo nunca había conocido alguien que se autodenominara anarquista. En la historia oficial que había aprendido los anarquistas eran denostados por inútiles en el mejor de los casos y contrarrevolucionarios en el peor. Así descubrí una complejidad más del mundo. De a poco lo fui queriendo. Guardo de ese viaje fotos y una navaja suiza que me compró y que se convirtió en compañera de toda la vida, otra pieza más de mis tesoros personales.

A partir de entonces comencé a considerarlo un buen amigo. Tenía a papi Sergio y a papi Robert y en mi cabeza no cabían más padres que esos. Pasaron los años. Cuando Laura era ya la compañera de mi vida lo visitamos juntos. Joel estaba casado en ese tiempo con Teresa, una mujer que era contemporánea de Laura y nos cayó muy bien. Su vida

me parecía tranquila y simple comparada con el torbellino revolucionario de tanta gente que rodeaba a mi familia en Cuba. Cada vez que lo visitaba descubría algo nuevo y querible en él.

Años después, cuando Laura y yo ya vivíamos en Francia, nació nuestra hija Lía Margarita y Joel se puso muy feliz. Era la primera mujer en su familia en tres generaciones. A esas alturas él ya estaba muy enfermo. Un cáncer le había destruido un pulmón cinco años atrás y ahora la metástasis le había tomado el cerebelo. Le quedaba poco de vida. Lía tenía 10 meses cuando fuimos a verlo en un viaje que era a la vez comienzo y despedida. En ese tiempo Joel y Teresa vivían en Henniken, New Hampshire, un pueblito en torno a un pequeño Liberal Arts College. La casa de madera donde nos recibieron estaba al borde de un bosque y cerca de un lago. Joel ya estaba muy débil. Apenas se levantaba de la cama. A veces daba unos pasos pequeños y se sentaba en una mecedora. Tenía sólo cincuenta y ocho años pero los había consumido en una vida intensamente bohemia. Sabíamos que esa visita sería la última. Joel estaba radiante con Lía sentada en sus piernas, feliz de conocerla. Pasamos largas jornadas muy agradables allí, a pesar de la presencia silenciosa y segura de la muerte.

Yo necesitaba saldar algunas cuentas. No había más tiempo. Laura me impulsó a hablar con él. Entonces le pregunté «¿Qué pasó durante todos esos años? ¿Por qué nunca me buscaste?». Joel me miró con una suave calma. Le pidió a Teresa que le alcanzara una caja de zapatos que estaba arriba del librero y la abrió ante mí. Allí tenía decenas de fotos donde aparecía yo: cuando era un bebé, cuando apenas caminaba, cuando era un niño. Cada vez que un amigo suyo viajaba a donde estábamos nosotros le traía alguna foto tomada abiertamente o a hurtadillas. Joel me había seguido de lejos. «¿Pero por qué nunca te acercaste?, ¿Por qué?», insistí. «Yo no sabía qué te había dicho tu madre —me respondió— no sabía y no quería imponerme. Sabía que alguna vez la vida pondría las cosas en su sitio».

La visita siguió su curso tranquilo. Recogimos *blueberries* silvestres en un campo cercano. Joel me regaló algunas pocas hojas en que había recopilado información genealógica. Me contó que el primer Oppenheimer fue un alemán que llegó a Norteamérica como mercenario al servicio de los británicos en la guerra de independencia. Aprovechó para cruzar así el océano y llegando desértó para escaparse a la montaña donde se casó con una indígena. Me gustó la historia y quise creer que podría ser cierta.

Un mes después, en París, recibí un telefonazo de madrugada. Teresa había llamado a mi madre y ella ahora me pedía que yo le hablara a Joel que quería despedirse. Lo llamé. Con su voz pausada y ya muy delgada me dijo que me había amado, que no estaba sufriendo, que

había sido feliz de conocerme y me dijo adiós. Cuando colgó supe que nunca más escucharía su voz y a la mañana siguiente lloré como hacía años que no lo hacía. Descubrí finalmente que Joel también era mi padre, como lo eran Sergio y Robert. Lo había visto poco en mi vida, quizás quince o veinte veces, y en ese poco tiempo me enseñó unas cuantas cosas de esas que un padre le enseña a un hijo. Cómo pararse ante la vida y ante la muerte, cómo ser feliz con cosas simples, una cierta forma de coherencia. Lía me vio llorar esa mañana y con sus pequeñísimas manitas me consoló.

Luego supe por mis hermanos cómo fue esa última noche. Convocó a todos los suyos en torno a su cama. Allí estaban su compañera Teresa y sus hijos Nick, Dan, Nat y Lem. El único hijo que faltaba era yo. Pidió que me llamaran por teléfono y se despidió de mí. Luego pidió que pusieran una cinta que había preparado para la ocasión. En ese registro magnetofónico cuenta —con una voz quebrada por la fiebre— anécdotas de su infancia, recuerdos de su padre, la primera vez que vio a una mujer desnuda por el hueco de una cerradura. La grabación dura apenas 20 minutos. Cuando el magnetófono calló todos siguieron en silencio. Sabían que Joel ya estaba muerto. Se había despedido a su manera, suavemente y con gracia. Otra de sus lecciones de vida.

En ese primer viaje de 1973 cuando pasamos por México busqué a Concha y a Helena. Mi infancia mexicana está indisolublemente ligada a esas dos hermanas que vivían y trabajaban en nuestra casa, y a Serafina, su madre, que lavaba la ropa. Ellas se ocupaban prácticamente de todas las cosas cotidianas. Las recuerdo haciendo comida y sirviéndonos en la mesa de la cocina, persignándonos al acostarnos en la noche o llevándonos a una iglesia alguna vez. Sabían que éramos ateos pero no soportaban la idea de que fuéramos al infierno. Nuestra relación con ellas era muy buena. Yo era amigo de su hermano menor y con él jugué muchas veces descalzo en el barro.

Uno de los recuerdos más lindos que atesoro de mi infancia mexicana fue cuando Concha se casó y nos llevó a su boda. Era en un pueblito en medio de la montaña. Fuimos en una avioneta que mi imaginación infantil asoció para siempre con la aventura. Me parecía que nunca podría aterrizar en esa minúscula pista en la punta de un cerro. El pueblo estuvo de fiesta varios días. Había música y fuegos artificiales y un montón de estructuras diferentes de bambú hechas por las manos expertas de los artesanos. A los niños nos hicieron unos escudos y unas espadas y con ellas combatimos en guerras imaginarias. Fueron dos o tres días de magia pura.

Tiempo después nos cayó la represión y ya nunca más volvimos. Luego fue esconderse y huir a Cuba. Todo mi mundo cambió. De repente todo eso era el pasado y en mi nuevo mundo tener una empleada

parecía algo vergonzante. Aprendimos a trabajar y hacernos todo con nuestras propias manos. Puedo aún ver la imagen de la pequeña Ana lavándose su ropa a mano y me recuerdo en los mismos trajines. En mi memoria ese tránsito entre tener empleadas en casa y hacernos las cosas nosotros mismos no parece ni brusco ni dramático. Era natural para esos tiempos y lugares.

Tengo la impresión de que nuestra relación con Concha y Helena fue particularmente buena y respetuosa. Pero siempre estaba allí presente la relación de poder. Ellas eran las empleadas y nosotros los patrones. Ellas tenían rasgos indígenas y nosotros éramos «güeros». En mis años en Cuba llegué a prometerme a mí mismo que nunca más tendría empleada. Me parecía algo injusto e indigno y sentía una cierta vergüenza por haber tenido empleadas alguna vez en mi vida pasada.

Ahora estaba de nuevo en México por primera vez luego de nuestra partida precipitada. Parecían siglos de distancia. Me fui con ocho años y ahora tenía trece. Entre la gente que quería ver estaban naturalmente ellas. Nosotros no habíamos tenido ningún contacto en todo ese tiempo, pero Sergio había seguido visitándolas, de modo que cuando le pedí verlas me llevó a su casa. Vivían en una de esas villas miseria que abundan en México. Allí estaba Helena, su mamá y algún otro pariente. El niño con quién jugué de chico había muerto ahogado en una correntada años atrás. De Concha no se sabía nada. ¿Qué había pasado después de aquel día en que nosotros desaparecimos de repente? La represión les cayó a ellos. La policía les rompió su casa de madera y cartón. Les robó los pesos que tenían. Por suerte ellas no sabían dónde estábamos ni tenían información alguna. Miré ahora su humilde casa y noté que tenían fotos de nosotros en las paredes. Nos seguían recordando con cariño a través del tiempo. No supe qué decir. Creo que lloré. Nos abrazamos y nos ofrecieron tortillas y quesadillas.

Durante los años de mi infancia en México mi mejor amigo se llamaba Juan Cristián. Su madre era astrónoma y solía llevarnos al observatorio. Nuestra amistad era de esas que uno jura indestructibles: cada semana uno de nosotros dormía alguna noche en la casa del otro. Compartíamos todos nuestros sueños y nuestros juegos. La precipitada salida de México impidió que nos despidiéramos. Esa era una de las espinas que yo llevaba clavadas en el alma. Durante años le escribí cartas que nunca fueron respondidas. En esa primera visita quise verlo. Muchas cosas habían quedado pendientes y reencontrarme con Juan Cristián era la más importante de todas. Llamé por teléfono y fui a su casa. Me atendió su madre y me explicó que él estaba fuera de la ciudad de vacaciones y no podría verlo. Me invitó a acompañarla a explorar el cráter de un meteorito. Sería un largo viaje. Fuimos ella y yo solos en el auto. Un magnetófono reproducía sin fin *Carmina Bu-*

rana. Esa música me quedó para siempre asociada al paisaje árido e interminable de ese viaje. Mi carné de aventuras se agrandó con esa expedición pero no vi a mi amigo esa vez.

Años después fui de nuevo a México. Ya éramos muchachos de dieciséis años y pensé que no tendríamos nada más en común luego de ocho años sin comunicarnos, así que le reservé sólo unas horas en mi agenda. Su madre ya había muerto. Cuando nos encontramos y empezamos a hablar, descubrimos alborozados que habíamos mantenido vidas paralelas: nos gustaba la misma música, nos emocionaba la misma política, teníamos las mismas ideas. Supe que su madre había impedido la comunicación epistolar, al parecer para evitar «problemas». Me emocioné al darme cuenta de que a pesar de ello nuestra amistad seguía allí. Desde entonces cada vez que voy a México intento verlo. Juan Cristián y Marcos, otro amigo de infancia, fueron luego a Cuba y me visitaron.

En esa visita de 1973 también pude hablar largamente con Sergio. En esos años nuestras vidas habían divergido mucho o al menos eso creía yo. Sergio se metió mucho más en el budismo Zen. Estuvo un par de años en un monasterio en Japón y volvió a México cargado de ideas nuevas sobre cómo ayudar al prójimo. Quería enseñar a los campesinos el cultivo de la soja, además de la acupuntura y la meditación. Yo veía todo aquello como puras bobadas pequeñoburguesas y así se lo decía. Me parecía que esas cosas ayudaban al campesino a sobrellevar su vida pero no a cambiar su condición social. Además rechazaba instintivamente la religión. Le reprochaba que no estuviera con las armas en la mano, luchando por la revolución social y lo hacía en un lenguaje dogmático y cargado de consignas.

Llevaba aún pocos años en Cuba y ya era el producto de su ambiente. Sumaba a esto mi inmadurez infantil. Sergio fue siempre paciente conmigo, guardó mis ataques en su bolsa de lastimaduras y reproches y le dio tiempo al tiempo. Nos visitó en Cuba. Nos recibió en México. Llevaba aún abierta la herida de nuestra partida intempestiva que fue decidida a sus espaldas por mi madre y Robert. Yo tenía otros reproches para hacerle, también. Le reclamaba especialmente lo que sentía como un trato diferente de él para con Sarah y Ximena. Nuestra relación en esos tiempos era una mezcla de tensión y amor. Yo le reprochaba esto o aquello, él soportaba con paciencia mis ataques y me prodigaba simplemente amor.

Lo cierto es que a partir de nuestro viaje a Cuba yo había asumido el rol de padre y lo hacía como podía. Como es natural, cometía miles de errores. A Sergio le reclamaba cuentas que eran de mi madre con él. Luego, cuando Robert se fue de vuelta a Estados Unidos, le reclamé otras cuentas que también me eran en cierta forma ajenas. Regañaba

mucho a mis hermanas. Mezclaba el amor de hermano con la autoridad de «padre postizo», con tratar de apoyar a mi madre, con una enorme inexperiencia de vida y con las limitaciones de mi situación. Era yo muchas veces quien hacía el papel de «hombre de la casa» y no fue hasta muchos años después que entendí que sencillamente no podía hacerlo. Pero entonces ya era tarde. Me di cuenta justamente porque ya empezaba a ser un verdadero adulto. Habíamos crecido y la beca se había llevado buena parte del tiempo que podíamos haber compartido mis hermanas y yo como niños, jugando o peleando. El poco tiempo de los fines de semana se había ido también entre trabajos voluntarios, actividades políticas grandiosas y algún regaño mío. Ellas me decían «el general». Yo amaba a mis hermanas enormemente y hacía lo que sentía que tenía que hacer, pero a los tumbos. Llevo siempre en la garganta un nudo bien atado que siento crecer cuando pienso en ese aspecto de nuestra relación.

Durante esa visita Sergio me llevó a los paseos que en México hacemos siempre: Teotihuacán, el Museo de Antropología, Coyoacán. La mayor parte del tiempo estuvimos simplemente juntos, como padre e hijo. Me explicó el trabajo que estaba empezando a hacer. Con otros compañeros habían fundado una comunidad donde compartían buena parte de la vida de los campesinos. Hacían trabajo de organización y educación. Sergio era el responsable del periódico del grupo. Mirando retrospectivamente no puedo más que apreciar lo que hacían. La vida me ha enseñado que hay mil maneras de contribuir al cambio social y a la mejora de la vida humana y la forma que ellos habían escogido era sin dudas una más y de las buenas. Hoy se puede constatar que buena parte de los experimentos socialistas fracasaron. La Revolución sandinista vivió diez años y se hundió. Sucumbió no sólo por los horrores de la agresión imperialista sino también carcomida por numerosos errores propios. Los zapatistas mexicanos van mostrando un camino distinto que tiene bastantes cosas en común con las que hacían Sergio, Fito (que sería luego por muchos años el compañero sentimental de Ximena) y sus amigos en esos tiempos. Pero entonces no lo sabíamos y pecábamos de esa pedantería que da el creerse dueños de «la verdad».

Años después, en otro viaje, Sergio me mostró algunas de las cartas que yo le enviaba en esos tiempos. Me da vergüenza leerlas. Están cargadas de eslóganes y reproches. A pesar de ello nunca dejé de quererlo y de hacérselo saber y siempre seguimos siendo muy cercanos. Algo profundo nos ataba que resultó indestructible aun ante el poder corrosivo del dogmatismo infantil.

Vinieron otros veranos y otros viajes. Poco a poco iba adquiriendo mayor madurez y la exposición a la diferencia que esos viajes permitían era parte muy importante de ese proceso. Me gustaba decir en

Cuba que era norteamericano y en Estados Unidos que era cubano. Me era difícil convencer de lo primero pues hablaba como cualquier cubano, pero lo lograba. En Estados Unidos provocaba casi de inmediato un diálogo interesante. Generalmente me tomaban por un cubano de Miami y empezaban a criticar a Fidel. Entonces yo les contestaba con naturalidad que vivía en Cuba y que estaba de visita. Ante los ojos de sorpresa empezábamos a hablar. Aprovechaba para contar sobre la Cuba que conocía. Trasmitía una verdad compleja y vivida. Recuerdo una visita en que tomé un tren entre Miami y Nueva York. Hice el mismo truco de siempre y varios pasajeros estuvimos hablando unas cuantas horas sobre Cuba. Me gustaba creer que estaba haciendo a mi manera un trabajo político, de educación popular.

Llegaba la edad en que debía inscribirme en el servicio militar como cualquier ciudadano norteamericano. No quería bajo ningún concepto servir en las fuerzas armadas del imperio pero tampoco tenía ganas de buscarme un problema gratuito. Después de la debacle de Vietnam el servicio militar había dejado de ser obligatorio pero sí lo era inscribirse al llegar a cierta edad y eventualmente uno podía ser convocado. Mi madre me recomendó consultar a un abogado amigo suyo y en una de las visitas a Nueva York fui a verlo. Me recibió en su despacho en un edificio de Manhattan. Le expliqué mis dudas. Me sugirió inscribirme como cualquier persona y me dijo que era casi imposible que me convocaran, pero que si lo hacían respondería afirmativamente a la pregunta de si era comunista. Seguramente con esa respuesta y el antecedente de vivir en Cuba sería suficiente. No tenía muchas ganas de quedar marcado como comunista, más aún cuando nunca milité en el Partido Comunista, pero no fue necesario. Me inscribí y nunca me convocaron.

El viaje que hice en 1976 a Nueva York fue importante no sólo porque pasé varios días con Joel, Nat y Lem en esa visita a Maine que marcó el verdadero comienzo de nuestra relación. Ese viaje me marcó también porque conocí en Nueva York a un grupo de compañeros que militaban en el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) argentino y que estaban intentando organizar allí la solidaridad con las víctimas de la dictadura argentina. Me impactó especialmente Madeline, una norteamericana de ojos negros de la que me enamoré totalmente. Ella tenía unos veinticinco años y su compañero sentimental, el cineasta y revolucionario argentino Raymundo Gleyzer, había desaparecido en el torbellino de muerte que se tragaba tanta gente en la Argentina de entonces.

Las películas de Gleyzer son poderosas y bellas y transmiten la energía y la visión que teníamos en la época. Madeline trabajaba a fondo en una campaña para encontrar a Gleyzer que era a la vez un desaparecido más y un intelectual conocido. La presencia invisible de

Gleyzer se sumaba a la importante diferencia de edades entre nosotros para convertir aquello en una locura total. Pero las hormonas son implacables. Yo quedaba simplemente embobado ante su presencia. Madeline estaba llena de energía y su amplia sonrisa me cautivaba como me cautivaba su cuerpo o su largo pelo negro. Quedé prendado y ella seguramente se dio cuenta. Hay una foto que hizo el tío George y que nos muestra en un ómnibus en Manhattan. Esa foto es como una evidencia.

La visita en la ciudad duró pocos días de los cuales pasamos muchos juntos. Leí todo el material político que me dieron. Aprendí sobre la historia del ERP... y la miré y la miré y la miré. Una noche acordamos que yo iría a visitarla a su apartamento. Mis abuelos estaban furiosos con esa «depravada ladrona de cunas». Estaban preocupados pensando a dónde llegaría aquello. Lleno de temor, no sólo por los nervios del encuentro sino también porque era la primera vez que viajaba solo en el metro en la noche neoyorquina, fui a su apartamento. Pasamos una velada agradable, escuchamos música, no me atreví a besarla. No sé cuál era su juego. Yo era un juguete dócil e inexperto y temía cometer una locura que me alejara de ella para siempre. Era un amor imposible. La próxima vez que estuve en Nueva York ya fue distinto. De pronto se había establecido una distancia. Quizás ella tenía un compañero o había entendido que no se debía jugar así con mis sentimientos. No la vi más por muchos años. Mientras estuve en Cuba ella estuvo en la pared de mi cuarto. Me miraba desde un par de bellos retratos que había hecho tío George. Había sido muy importante en mi despertar sexual aunque nunca nos rozamos siquiera. Supe de vez en cuando de su vida. Se casó con un italiano. Encontré otros amigos que también se prendaron de ella quizás con mayor suerte que yo.

Muchos años después supe que Madeline iba a ir a Argentina de visita por primera vez luego de la desaparición de Gleyzer. Yo ya vivía en Uruguay, con Laura y mis tres hijos, y tenía entonces un trabajo que me hacía viajar a Buenos Aires cada cierto tiempo. Me las arreglé para estar en la ciudad ese fin de semana y le pedí vernos. Era una cuenta pendiente que me llamaba a grandes gritos desde el fondo del tiempo. Me propuso ir a una reunión que unos amigos habían preparado para ella un sábado de noche. Todo el día estuve trabajando y pensando en ese encuentro inminente. Estaba algo enfermo, tenía fiebre y mareos. En la tardecita fui a verla. Llegué al lugar en un taxi. Subí al apartamento y ella me abrió la puerta. Era ahora una mujer madura, bastante avejentada incluso, que guardaba sin embargo la misma sonrisa generosa. Esa noche hablamos un buen rato, recordamos aquellos años, le conté esta historia y nos abrazamos. Volví a Montevideo más tranquilo y comenté con Laura cómo había cerrado esa historia.

En 1976 Robert se fue a vivir a Estados Unidos. Ese fue otro enorme desgarró en nuestras vidas. Mi madre tiene la capacidad de escoger gente maravillosa de modo que cada nuevo padre era pura ganancia y luego sufríamos más con la separación. Se cerraba un ciclo. El silencio era pesado. Las lágrimas se agolpaban en los pómulos y en la garganta. Cierro los ojos y veo la imagen de mi padre en su cuarto metiendo libros en cajas. Se mudó a vivir con su amigo Ramos, un cineasta que vivía en una pequeña casa construida por él mismo a unas 15 cuerdas de la nuestra. Muchas veces lo visitamos allí. Luego de separarse, Robert decidió volver a Estados Unidos. Ana y yo fuimos con él ese verano. Robert estaba adaptándose a su nueva vida. Estaba lleno de energía. Su optimismo desbordaba. Esa era tal vez una forma de tapar la amargura que tenía. Me mostró su ciudad, su familia, sus proyectos. Se iba de Cuba porque ya no tenía lugar en la familia y a la vez se incorporaba al trabajo político en el corazón de los Estados Unidos. En ese tiempo escribí un poema que deja ver un poco ese desgarró. Escondido tras las consignas afloraba el amor.

Papi

*Tu partida excita cada partícula de mi cuerpo,
me alegre y me entristece,
mi orgullo crece,
sé por lo que luchas y te apoyo,
cuando triunfes
la gente amará el amor y odiará el odio.
Por otro lado
Mi amor me grita desde el fondo
¡coño! ¡que no parta!
Si siguiera escribiendo como arriba le dijera:
egoísta,
pero no, hay que comprenderlo,
no es tan fácil separarnos,
tal vez por mucho tiempo.
éramos juntos, ahora somos separados,
es un cambio muy brusco y sé que tú lo entiendes.
Lo que nos unirá será luchar por lo mismo en cualquier parte,
por lo demás,
que el amor al hombre y a la vida te den la alegría y el valor
para seguir juntos.*

Robert y yo siempre tuvimos una comunicación telepática. Con una seña sabíamos lo que el otro estaba pensando. Anduvimos juntos de

noche en esa ciudad que nunca duerme. A veces íbamos a comprar el *New York Times* recién salido de la imprenta. Eran las 3 de la mañana y me sorprendía cómo la vida en esa ciudad no paraba nunca: los taxis y la gente en la calle, los boliches donde entrábamos a esa hora a tomar un café y comer un bizcocho, el humo que se escapaba de las grietas del piso como si la ciudad fuera una bestia durmiendo que respira y deja escapar los vahos de su aliento. Mirábamos muchachas en la calle y como dos colegiales comentábamos sus bellezas. En realidad somos casi contemporáneos: él me lleva apenas catorce años. Ese año fuimos hasta Albuquerque. Esa fue en cierta forma la despedida de Robert para con los padres de mi madre y su despedida de la familia. Tengo la imagen de Robert, Ana y yo abrazados, mirando el mundo desde las montañas Sandía, cantando canciones cubanas, gritando de amor y de pena.

Robert se convirtió en una presencia lejana. Siempre estuvo allí pero ahora constantemente lejos. Casi nunca escribía y muchas veces mis cartas eran reclamos furiosos sobre temas económicos. Hizo su vida, conoció a Rachel y se casaron y nació Dan. En alguna visita lo acompañé a la Liga Nacional de Abogados donde trabajaba en proyectos de apoyo a la causa de la independencia de Puerto Rico. En otra visita, años después, lo acompañé a las Naciones Unidas donde representaba a la Agencia Nueva Nicaragua. Una vez lo ayudé a redactar un artículo a las apuradas en su pequeña oficina del mítico edificio. Siempre los momentos que compartimos fueron bellos y felices. Robert tiene la extraña capacidad de estar presente con la palabra o el gesto justo en el momento apropiado y así fue conmigo. Todos estos años, a pesar de la distancia y de su pereza para escribir y de esa dejadez que a veces exaspera, siempre apareció rebosante de vida y de optimismo en el momento oportuno.

Yo seguí visitando a mis padres cada verano o dos. Era una especie de peregrinación que ahora me llevaba regularmente a ver a Joel, a Robert y a Sergio. Con el tiempo supe construir con cada uno una relación entrañable y distinta. La fuimos despojando de elementos extraños. Tal vez encontramos la esencia. Logré incluso que mi madre y ellos se hablaran nuevamente. Fue quizás en ese trájín que me fui convirtiendo en constructor de puentes. Puentes entre la gente, sanador de heridas. En ese devenir sentía a veces que Nazim Hikmet me soplabla algunos versos de ese poema que dice «cuando chico yo quería ser cartero, tocar a la puerta de una casa en medio de la tormenta y entregar el telegrama tan esperado...», uno de esos poemas que Robert me enseñó a amar.

EL DESTACAMENTO PEDAGÓGICO

El Destacamento Pedagógico era un mecanismo de formación acelerada de profesores que se inventó para dar respuesta a la ola de estudiantes que crecía y avanzaba.

La enseñanza estaba organizada en ciclos. La escuela Primaria abarcaba de primero a sexto grado. La Secundaria Básica iba del séptimo al noveno grados. Los tres últimos años de la enseñanza media formaban lo que llamábamos preuniversitario —o simplemente Pre— que habilitaba la entrada a la Universidad. Se podía entrar a una escuela de formación de técnicos medios con la Secundaria Básica terminada. Los miembros del Destacamento Pedagógico seguían un camino diferente a partir de undécimo grado. En vez de seguir el preuniversitario general empezaban a estudiar directamente para profesores de educación secundaria. La mitad del día estudiaban la carrera de profesor y la otra mitad daban clases a los estudiantes de sexto o séptimo grado. Al cabo de cinco años obtenían el título de profesor.

Terminando el décimo grado había leído bastante. Me interesaba mucho la historia de América Latina, leía toda la prensa que me caía en las manos y seguía cotidianamente las noticias del mundo. Cuando decidí incorporarme al Destacamento opté sin dudarlo por ser profesor de Historia.

Por alguna razón nuestro grupo de recién ingresados no dio clases desde el primer año. Éramos unos 500 jóvenes de ambos sexos, la mitad futuros profesores de Historia y la otra mitad futuros profesores de Inglés. Nos mandaron a Río Seco II que era una «escuela en el campo» ubicada a unos 60 km al sur de La Habana. Así llamábamos a un tipo específico de escuela donde los muchachos vivían toda la semana durante el año escolar, combinando cada día 4 horas de estudio y 4 de trabajo agrícola. Generalmente se trataba de estudiantes de enseñanza media, aunque a veces, como en nuestro caso, las edificaciones eran ocupadas por otro tipo de estudiantes. Las instalaciones eran las de una típica escuela en el campo: un módulo con dos edificios para dormitorios y otro dedicado a salones de clase, además de un edificio de una planta con el comedor y un par de canchas deportivas. Todo

rodeado por varias hectáreas de cultivos de plátanos donde debíamos trabajar pues ese año no dictábamos clases aún.

Muy pronto choqué con la realidad y me di cuenta de que el Destacamento era a la vez un medio para paliar la falta de profesores y también un refugio para mucha gente que no iba a poder ir a la Universidad y que encontraba allí una manera de hacer una carrera corta y tener una salida laboral. Había bastantes muchachos cuyas edades mostraban que habían repetido varios años o que por alguna razón no les había ido bien en sus estudios. Algunos eran simplemente pequeños delincuentes. Parecía como si Río Seco II estuviera llena de lumpen. Yo no me explicaba cómo de esa materia humana iban a salir profesores de secundaria y mis ilusiones románticas en cuanto al Destacamento Pedagógico y mi participación en esa «trinchera de la Revolución» se disolvieron rápidamente.

Las diferencias eran grandes entre esa escuela y la Escuela Lenin que había dejado. Los dormitorios eran similares pero acá no había círculos de interés, museos o piscinas. Al mismo tiempo comparaba ese ambiente con el que había dejado en la Lenin y me parecía que en Río Seco II los muchachos eran más brutales pero en cierto sentido más sinceros. Había códigos de conducta un tanto primitivos pero allí un «amigo era un amigo» y no sentía los dobleces y mezquindades de los «niñitos bien» que había dejado en mi anterior escuela. Había dos grandes bandas: la de los que estaban estudiando para profesorado de inglés eran en su mayoría «pepilllos». Estos eran admiradores de la cultura norteamericana, escuchaban rock, vestían con jeans e intentaban copiar el estilo de los jóvenes norteamericanos. Se sentían sofisticados y algunos de ellos hablaban abiertamente de «irse para la Yuma» (o sea para Estados Unidos) como de un sueño. Los que estudiaban para ser profesores de Historia eran en su mayoría «guapos»: cuidaban con esmero la limpieza de sus zapatos blancos y planchaban con almidón sus ropas (o más bien las lavaban con jugo de arroz y las ponían abajo del colchón que era lo que teníamos como sucedáneo). Les gustaba la música cubana y se peleaban por cualquier estupidez. Apreciaban el coraje por encima de todas las cosas. Yo imaginaba que sus códigos eran los mismos que los que existen en una cárcel o en una banda de delincuentes comunes: el honor, la valentía, el castigo a la traición o a la debilidad.

Mi situación era especial. Era estudiante de Historia y por tanto dormía en el albergue de los «guapos» y era considerado naturalmente miembro de su grupo. No comulgaba ni con sus valores ni con sus estilos pero nunca me peleaba con nadie. Por otro lado mi origen norteamericano generaba admiración en los estudiantes de Inglés que veían en mí una parte de ese mundo con el que siempre habían soñado.

Un domingo de noche, al principio del año escolar, iba en el bus que nos llevaba de vuelta a la escuela. Se sentó a mi lado el jefe de la banda de los guapos: un muchacho negro, grande y musculoso. «¿Conoces a Bill?» —me preguntó— le respondí afirmativamente y su cara se iluminó con una sonrisa. Sacó un caramelo de su bolsillo y me lo dio. «Los amigos de mis amigos, son mis amigos —me dijo—. Este caramelo sella nuestra amistad. Si tienes cualquier problema me avisas». Aquello parecía un delirio pero aparentemente conocer a Bill me protegería.

Aprendí a sobrevivir allí. Un domingo de noche subí al ómnibus que nos traería de regreso a la escuela luego del fin de semana en casa. Había un solo asiento libre, en el fondo. Avancé y me senté allí. Un muchacho corpulento que estaba sentado unos asientos más adelante se paró y me gritó: «levántate de ese asiento que lo tengo reservado para un amigo». No quise levantarme, ¿qué era eso de asientos reservados? Se trataba de un «guapo» que quería mostrar su poder. Mi situación era delicada pero no me achiqué. Le dije que no me levantaría, que el asiento estaba libre y tenía derecho a sentarme allí. Los otros chicos me miraban con cara de susto y me aconsejaban dejar el asiento y no meterme en líos. El tipo siguió exigiéndome que me levantara, amenazándome a los gritos desde su asiento, pero yo no me moví. El viaje duraba una hora. Se me hizo larga pensando en lo que me esperaba. Al fin llegamos a la escuela y bajamos del bus. Nos fuimos a los dormitorios. Yo dormía en el mismo albergue que el tipo con el que había tenido el altercado. Al poco rato me vinieron a buscar: «Fulano te está esperando en el baño para resolver un problema». Allí estaba el muchacho del bus acompañado de dos amigos en calidad de testigos. Había un machete apoyado en una esquina. Cerraron la puerta. Tuve miedo. Sabía que las reglas eran claras y no me atacarían los tres. Se peleaba de uno a uno como en un duelo, sin traiciones. Pero él era mucho más fuerte que yo y además se notaba que sabía pelear bien. Era de esos que pasan su tiempo cuidando sus músculos. Yo realmente no sabía pelear, eso no era lo mío. Acercó su rostro a mi cara y me exigió: «¡Pégame, dale, pégame!». Le respondí con una calma que me sorprendió a mí mismo que no le iba a pegar pues no tenía ninguna razón para hacerlo. Lo desconcerté. Me exigió de nuevo que lo golpeará y me mantuve en mi posición: yo no le pegaría, que lo hiciera él si quería. No sé qué código exigía que debiera ser yo el que pegara primero. Quizás interpretó que me había ganado la pelea por abandono, no lo sé. Me dejó ir sin tocarme un pelo. Salí temblando y sin entender bien qué había pasado. Estaba extrañamente seguro de que había ganado un pequeño espacio de respeto con una actitud inverosímil.

La escala de valores que allí reinaba era increíble para mí. Entre muchos de los que estudiaban Inglés el fervor revolucionario era relati-

vo. Entre los que estudiábamos Historia era de buen tono ser «revolucionario». Pero ¿qué quería decir eso? Una vez en la pausa del trabajo empezó una de esas discusiones colectivas sobre cualquier tema que muchas veces amenizaban nuestro tiempo. Esta vez se trataba de calificar de alguna manera a los líderes históricos de Cuba. No estaba en dudas la admiración y el aprecio por Fidel, Raúl o el Che. La cosa era saber cuál era «mejor». Uno decía que «los verdaderos cojonudos eran Camilo, el Che y Fidel. Esos sí se batían parados y no le tenían miedo a nadie. No como Martí que el primer día que fue a pelear lo mataron como a un imbécil». Las opiniones eran primitivas y acudían a ciertos «valores» que estaban profundamente impregnados en la mentalidad de esos muchachos: el arrojo personal y un cierto machismo junto a otros atributos que también eran populares como ser generoso o inteligente. En esas ocasiones yo participaba de la discusión y creía íntimamente que mis opiniones, que sentía más sofisticadas, impresionaban a la audiencia.

Muchas veces escuchando ese tipo de charlas pensaba en algo que me parecía interesante: la Revolución se hace para cambiar esos valores pero a la vez acude a esos mismos valores para movilizar a la gente y acudiendo a ellos se definen muchos momentos críticos. El chovinismo y el machismo eran flagelos que por un lado se combatían y por otro se usaban. Fidel repetía una y otra vez en sus discursos que el internacionalista era un combatiente desinteresado y que Cuba estaba devolviendo a los pueblos del mundo la solidaridad de la que tanto nos habíamos beneficiado. Levantaba la figura del Che como un «puro», como un hombre desinteresado y generoso. Todo eso iba dejando una huella en nuestras mentes. Pero luego llegaba el momento de la verdad. ¿Cuántos jóvenes cubanos fueron a combatir a Angola o Etiopía y en su fuero interno estaban mostrando su hombría o su «cubanía» más que ese gesto desinteresado del que se hablaba? En conversaciones como esas uno veía la punta del *iceberg* de ese problema. A veces aparecía el tema de la guerra en Angola o en Etiopía (donde decenas de miles de cubanos combatían mientras nosotros hablábamos a la sombra de los bananos) y entonces no faltaba quien señalara que «los combatientes cubanos sí eran cojonudos de verdad, no como esos africanos incultos y primitivos que no tenían siquiera noción de nación». El chovinismo y el racismo estaban justo debajo de la piel y revivían en cualquier momento.

Varios copiaban en los exámenes. Me molestaba escuchar las respuestas que alguno le soplabo a otro pues prefería sentir que el resultado era realmente reflejo de mi trabajo. Yo había optado por una regla: no copiaba y prefería que no me copiaran, pero no denunciaba a nadie. Era bien visto tener tus propias reglas y ser coherente con ellas pero

era imperdonable y grave ir a contarle a un profesor. La regla era vivir y dejar vivir. De modo que en general la mayoría silenciosa, entre la que me encontraba yo, podía sobrellevar la situación. Pero en ocasiones uno era arrastrado a participar de cosas contra su voluntad. Muchas veces temprano en la mañana alguien robaba todo el pan del desayuno recién salido del camión que lo traía. Si el ladrón era de tu dormitorio despertabas con un bollo de pan al lado de la cama. Si era de otro dormitorio te quedabas sin desayuno. La opción era comerte tu pan y callarte o pasar hambre. No pasaba por la mente de nadie denunciar la situación a los profesores.

Había en Río Seco II sólo dos estudiantes extranjeros. Uno era un joven de Guinea Bissau. Había luchado con el PAIGC por la independencia de su país y ahora lo habían enviado a Cuba para que se formara como profesor y conociera la experiencia del sistema educativo cubano. El otro era yo. Nos hicimos amigos. Él había vivido la guerrilla en su país y lo menos que esperaba encontrar en la admirada Cuba era el ambiente de ese lugar. Al poco tiempo me decía que quería irse de allí y volver a su país cuanto antes.

Yo me refugiaba en mi mundo interior. Recordaba aquella asamblea un par de años antes cuando me acusaron de autosuficiente y me decía que efectivamente me sentía diferente y superior a buena parte de esos muchachos. No podía evitar mirar todo aquello con cierta condescendencia. El ambiente me parecía surrealista. Decidí aprender Historia y sobrevivir. Me dediqué a organizar la solidaridad con la Resistencia contra la dictadura chilena en las escuelas vecinas. Cada 2 ó 3 km había una escuela en el campo. Todas parecían salidas del mismo molde desde el punto de vista arquitectónico, pero las otras estaban llenas de chicos de secundaria y no de estudiantes del Destacamento Pedagógico. Empecé a recorrerlas y encontré oídos receptivos en varias de ellas. Al poco tiempo había empezado a formar Comités de Solidaridad con Chile en varias escuelas vecinas y pronto tenía una pequeña red. Organizábamos actividades culturales o mesas redondas y en cada una había un pequeño mural con noticias sobre la Resistencia chilena. Ese trabajo político me enorgullecía y me salvaba la vida.

Con quince años yo era uno de los más jóvenes en Río Seco II. Muchos tenían cerca de veinte años o incluso más. Las trifulcas eran frecuentes y violentas. En algunas peleas aparecía el machete. Allí vi incluso una pistola, algo inaudito en toda mi experiencia anterior en las escuelas cubanas. La policía venía regularmente a llevarse detenido a alguno. Una vez se pelearon los jefes de las dos bandas. Una pelea violenta y sangrienta. Vino la policía y los dos fueron presos. El director nos reunió en el anfiteatro y nos dijo que no aceptaría a esos dos de regreso en la escuela. No podía asegurar la seguridad del resto. Pronto

se corrió la voz sobre la decisión tomada por los amigos de los dos campos: empezaría una huelga de hambre y no se bajaría a comer a partir del día siguiente hasta que los dejaran volver a la escuela. Me escapé ese mismo día para una escuela vecina y volví un par de días después cuando la tormenta ya había pasado.

Puede parecer un ambiente horroroso y sin embargo en mi memoria no lo es tanto. En realidad éramos niños. Jugábamos, mirábamos películas los miércoles, estudiábamos (recuerdo un curso específico sobre Egipto antiguo en el que íbamos recorriendo dinastía por dinastía), trabajábamos en el campo. Los platanales eran lugares especiales. Las hojas eran tan grandes que uno podía hacerse una cama con una sola y dormir la siesta. Muchos aprovechaban esos nidos para ir con sus novias. El sexo comenzaba a ser parte cotidiana de nuestras vidas. Un día un amigo me contó en detalle cómo era hacerle sexo oral a una muchacha, él acababa de practicarlo en el campo cercano. Otra vez desperté de madrugada y vi que la litera que tocaba con la mía tenía una sábana que cubría completamente la cama inferior. Yo no podía creer aquello. Reconocí a la muchacha por sus gemidos. ¡Estaba allí en medio de un dormitorio con 60 hombres! Cerré los ojos e intenté dormir pero era imposible. Escuchaba ese espectáculo que sucedía prácticamente en mis narices y en el silencio de la noche era casi capaz de ver con el oído. Normalmente estaba prohibido todo aquello pero al caer la noche empezaba el trasiego de un dormitorio al otro. La gente se pasaba de un lado al otro caminando por el alero que bordeaba las ventanas con cuatro pisos de vacío a los pies. Un día el director nos reunió a todos en el anfiteatro. Había traído a una enfermera para que nos explicara el uso del preservativo. Era 1976 y estábamos en Cuba y ese director había entendido que más valía precaver que tener que lamentar.

A unos 2 km de la escuela los presos habían construido una nueva escuela en el campo. Un ejemplar más de idéntica arquitectura. Durante unos meses el lugar estuvo cerrado con alambres de púa y garitas elevadas con guardia policial. Nosotros trabajábamos en el platanal y veíamos, a través del alambrado, a los presos trabajando en la construcción. Cuando terminaron la escuela, sacaron los alambrados y se fueron casi todos. La escuela nueva estaba reluciente. Quedaron allí dos presos cuidándola hasta que empezaran las clases unos meses después. No había guardia alguno. Estaban sólo ellos dos con la orden de ir cada día por un camino preciso hasta nuestra escuela a buscar la comida para ambos. Los veíamos llegar, recoger la comida y volver por el camino señalado. Luego de algunos días empezamos a hablar con ellos. Hablamos sobre todo con uno de ellos. Estaba purgando una condena de veinticinco años de cárcel por un delito que nunca quiso revelarnos. Me regaló un libro sobre Camilo Torres y nos dijo que apro-

vecháramos la Revolución: «todo lo que se está haciendo es para ustedes». Era increíble escuchar una frase así saliendo de la boca de ese preso. Siempre pensé que era un preso político de algún tipo. ¿Sería quizás alguien que había cometido un error o estaría acusado de traición? Era claro que mantenía ciertos principios, una cierta coherencia consigo mismo. Eso pasaba en Cuba en ese tiempo. Había presos que cuidaban una escuela recién terminada y que no escapaban. Quizás habían asumido que esa situación era la mejor para ellos dadas las circunstancias. Allí estaban tranquilos y sin que nadie los molestara. A veces sus familias iban a visitarlos. Si escapaban era casi seguro que serían atrapados y perderían esos privilegios.

Pasaba el año y me iba dando cuenta de que ese no era el Destacamento Pedagógico que yo había soñado. Por alguna razón que no entendí caí en ese lugar que era una especie de concentrado de problemas sociales, violencia y estrés. Al final no quería más que terminar el año e irme de allí. Decidí salir del Destacamento Pedagógico y volver a la educación normal, intentar hacer una carrera universitaria y reencauzar mi vida por esa vía. No era sencillo. Había asumido el compromiso del Destacamento y ahora en cierta forma «me estaba rajando». Pero ya había tomado la decisión. Había empezado a militar con los jóvenes del MIR de Chile y mi vida se encaminaba ahora hacia América Latina. Debía estudiar una carrera universitaria que me permitiera trabajar fuera de Cuba algún día y estaba claro que el Destacamento no era el camino más sencillo para ello. Así es que pedí salir y volver a la educación normal. Tuve que ir a hablar a una oficina en el Ministerio de Educación. Un amigo de mi madre me recibió. Finalmente obtuve el pase. Empezaría en septiembre en el Pre Universitario Saúl Delgado, el llamado Pre del Vedado. Era el liceo diurno que nos correspondía por el barrio en que vivíamos.

Así es que a fines de 1977 había salido del Destacamento Pedagógico y también de las becas. Desde mi llegada a Cuba había vivido ocho años en becas. Allí había aprendido mucho y me había habituado a sus códigos y ritmos. Pero cuando Robert y mi madre se separaron y él se fue de la casa descubrí de repente cuánto me faltaba la familia. En cierta forma ya era tarde. No volveríamos a vivir en la misma casa. Había perdido la oportunidad de compartir con él la vida cotidiana. Me dolía mucho. Me di cuenta de repente que el tiempo se iba volando, que en pocos años tampoco estaría con mi madre ni con mis hermanas. Decidí salir de la beca y vivir en casa. Creo que desde mi salida de la escuela Lenin ya estaba en cierta forma saliendo de la beca. Quizás lo estaba haciendo de manera inconsciente y por un camino algo tortuoso.

El Instituto Pre Universitario del Vedado Saúl Delgado que correspondía a mi barrio estaba en un edificio que ocupaba toda una manzana cerca de la calle 23. Tenía un amplio patio cuadrado rodeado por los salones de clase y los laboratorios. La construcción, sin dudas previa al triunfo de la Revolución, era mucho más antigua que la de las escuelas en el campo. Un parque con grandes árboles y una fuente en el centro separaba a la escuela de la calle 23 con su tráfico, sus comercios y sus cines. Era un lugar céntrico que se llenaba de bullicio a la entrada y salida de clases.

Durante el año que había pasado en el Destacamento Pedagógico estudié algunas asignaturas del programa normal de bachillerato pero muchas otras no. En cambio había cursado asignaturas más específicas de Historia o de Pedagogía pensadas para formar un futuro profesor de Historia. Al volver al bachillerato normal luego de un año en otro sistema tenía dos opciones: cursar el undécimo grado completo o intentar dar los exámenes de undécimo en calidad de «libre». Opté por la segunda opción pues no quería «perder» un año. Una vez que tomé la decisión no tenía más que un par de meses (las vacaciones de verano) para la fecha en que rendiría todos los exámenes. Debía estudiar la materia de un año en muy poco tiempo y por mi cuenta. Me hice un plan de estudios muy fuerte. En el Instituto Pre Universitario la direc-

tora me recibió con mucha amabilidad y me puso en contacto con una muchacha que había sacado muy buenas notas y que estuvo dispuesta a ayudarme. Ella me prestó sus cuadernos, muy prolijos, e incluso se tomó algún tiempo para explicarme detalles que no entendía. Creo que fue entonces que aprendí a estudiar. Me levantaba a las 5 de la mañana y aprovechaba la mañana fresca y silenciosa. Iba avanzando metódicamente, leyendo, haciendo los ejercicios, con una disciplina que no me conocía. Finalmente rendí los exámenes y aprobé todo. Estaba radiante. En septiembre podría empezar mi último año de preuniversitario.

El ambiente en el Pre del Vedado era muy distinto al de la beca. Sentía una gran libertad. Nadie tocaba la diana a las 6 de la mañana para levantarme ni controlaba si había tendido mi cama haciendo rodar una moneda por la sábana. Debía ocuparme de todo por mí mismo. Hacerme la comida, preocuparme por los horarios, ir cada día desde mi casa al instituto. Los profesores del Pre eran más adultos que en las becas, algunos incluso eran viejos profesores como sucede en otras partes del mundo. Para mí era una novedad tener profesores tan mayores.

Teníamos clases de mañana. Luego salíamos y caminábamos hasta casa por las calles arboladas del Vedado, sorteando las grandes raíces que levantaban la acera con la fuerza de los años. A veces me metía a la librería de libros viejos o usados de la calle L o me tomaba un helado en Coppelia. En la tarde frecuentemente teníamos alguna actividad, podía ser una reunión política o una salida con los amigos. En las noches íbamos al cine o al teatro, una vez por semana o más cuando había festival en cinemateca. La Habana bullía de actividades culturales. El cine y el teatro costaban un peso y la cinemateca organizaba regularmente ciclos de buen cine: Bergman, Hitchcock, Eisenstein. Había mucho cine comercial europeo (recuerdo las películas de Pierre Richard y las de Louis de Funès, entre las cómicas) y poco cine norteamericano debido al bloqueo. Los cubanos, siempre ingeniosos, se las arreglaban para que la población viera las últimas novedades. Simplemente copiaban la película y la pasaban en TV. Así vimos *El Padrino* y unas cuantas más. Todo el mundo al mismo tiempo mirando la película en alguna tarde calurosa de domingo.

Había mucho teatro: el Grupo Escambray, el Teatro Estudio, el Teatro Bertolt Brecht. La ciudad estaba llena de todo tipo de música, desde conciertos muy baratos en el Teatro Nacional o en el Teatro Carlos Marx hasta conciertos gratuitos en el parque Almendares o en la Casa de las Américas. Escuchábamos a Silvio Rodríguez, Pablo Milanés, Sara González, Noel Nicola, Pedro Luis Ferrer, Leo Brouwer, los Van Van o el grupo Iraquere.

Cuando pienso en ese año lo que menos recuerdo son los estudios. Despertaba a la vida política que me llenaba por completo y a la vez

nuestras hormonas hervían. La vida cultural, la militancia y el coqueteo estaban todos íntimamente mezclados en un sabor que sólo esos años de la vida tienen. El medio en que me movía era múltiple: la comunidad de jóvenes latinoamericanos hijos de refugiados políticos, algunos de ellos nucleados en torno al MIR chileno; los amigos cubanos del Pre; los poetas y fotógrafos que se reunían en casa en torno a mi madre.

El Comité Cubano de Solidaridad con Chile funcionaba en donde había estado la embajada de ese país antes del golpe de Estado y quedaba relativamente cerca del Saúl Delgado. A veces tenía alguna reunión allí. Me hice muy amigo de un grupo de latinoamericanos que frecuentaba mi Pre o el Pre Universitario Guiteras que quedaba a un par de cuadras. Entre ellos estaban los uruguayos José Enrique y Gonzalo y los chilenos Javier y Pancho. Empezamos a organizar un grupo de «jóvenes latinos» para realizar actividades de solidaridad.

El principio de combinación de estudio y trabajo se cumplía en ese tipo de liceo de manera muy diferente a las becas. En vez de trabajar todos los días media jornada como en las «escuelas en el campo», el programa escolar de estas instituciones urbanas incluía una vez al año una pasantía de 45 días en el campo. Durante ese período llamado «escuela al campo» trabajábamos ocho horas diarias. Para nosotros era una verdadera aventura. Había tradiciones asociadas: las fogatas nocturnas y las canciones, no bañarse ni afeitarse.

Mientras nos preparábamos para ir a nuestra «escuela al campo» hicimos gestiones para que los «latinos» de ambos institutos pre universitarios fuéramos al mismo campamento. Invocamos que formábamos un grupo y que queríamos hacer trabajo político de solidaridad además de trabajar en el campo. Nos fue concedido el permiso y allá fuimos todos juntos en lo que llamamos Brigada Roque Dalton. Organizamos alguna actividad político cultural sobre la situación en América Latina, haciendo honor a nuestro nombre, pero sobre todo nos divertimos.

Nos tocó trabajar en el tabaco en la provincia de Pinar del Río. Los campos de tabaco estaban llenos de rocío en las mañanas. A intervalos aparecía una casona grande construida de madera y paja. Allí había que llevar las hojas de tabaco que cortábamos con cuidado. Otros las colgaban de largos palos y quedaban allí curándose por un tiempo. Cada vez había que cortar ciertas hojas y sólo esas. A mí me tocó cortar las más grandes y que crecen más cerca del piso. El rocío nos dejaba los pies empapados y el sudor se encargaba del resto del cuerpo. Era un trabajo delicado y que nos obligaba a estar agachados todo el tiempo. Al cabo de una jornada al rayo del sol uno terminaba cansado.

De regreso al campamento aún teníamos energía para jugar a los guerrilleros escondiéndonos entre los árboles y luego en las noches para juntarnos en torno a un fuego y conversar, cantar, abrazarnos.

La gente que tenía novia en el mismo campamento aprovechaba ese tiempo de libertad total. A otros venían sus novias a visitarlos. El fin de semana, durante las visitas, veía a muchas madres cubanas que traían comida y la compartían con sus hijos. Mi madre no fue a visitarme en todo ese período pero yo ya estaba acostumbrado a eso.

Al terminar el año debíamos optar por nuestras carreras universitarias. El sistema era el siguiente: cada uno debía escribir en un formulario las 10 carreras universitarias que quería en orden decreciente de interés. Había una veintena de universidades e institutos de estudios superiores en el país y una planificación de la economía que supuestamente permitía prever el número de profesionales que necesitaría el país en unos años más. Las autoridades estimaban la proporción de jóvenes que se graduarían según las estadísticas de «mortalidad académica» y a partir de allí definían un cupo de ingreso a cada institución. Luego para cada carrera e institución asignaban a los estudiantes con los mejores promedios en las notas de los años de bachillerato que hubieran puesto esa carrera en sus prioridades personales.

Yo había querido estudiar muchas cosas en mi vida. Había querido ser arqueólogo (quizás desde cuando con mi madre acompañábamos a Laurette a sus excavaciones en Teotihuacán y yo correteaba entre las ruinas). Había querido estudiar medicina en la época que exigí y logré asistir a las autopsias. Durante muchos años me gustó la astronomía, primero con la madre de Juan Cristián y luego con Adriana Esquirol. Ahora me gustan la historia y la economía política y me apasionaba Latinoamérica.

Mis calificaciones eran muy buenas en historia y en matemáticas así que tenía grandes dudas entre escoger historia o ingeniería. Me decidí por la segunda. Reflexioné que ella me daría herramientas más útiles para colaborar con la Revolución donde quiera que fuera y que siempre podría estudiar la historia por mi cuenta. A la distancia, y ya con casi cincuenta años, creo que me equivoqué. En ingeniería no me fue mal, pero la historia fue siempre mi pasión y creo que hubiera sido mejor historiador que ingeniero. Ahora sé que uno debe realizar su pasión si quiere aportar lo mejor de sí mismo.

Me recuerdo a mí mismo escribiendo ese maldito formulario con las carreras universitarias que prefería. Puse ingeniería en telecomunicaciones, ingeniería en control automático e ingeniería electrónica, en ese orden. Luego puse historia y finalmente economía política. No puse más. No quería ni pensar que podrían no darme la carrera que yo había pedido en primer lugar. Entregué el formulario y pasaron las semanas. Un día llegó la respuesta. Me aceptaban en el Instituto Superior Politécnico José Antonio Echeverría en la carrera de ingeniería en telecomunicaciones. Tenían un cupo de 12 para la ciudad de La Habana y fui el número 11. Había tenido un promedio de 96,11 sobre 100 en el bachillerato.

La Revolución cubana se consolidaba y eso se notaba cada día. Las condiciones de vida progresaban regularmente y uno sentía que se iba construyendo algo sólido. Sin embargo sufríamos el aislamiento y para todos parecía claro que a largo plazo la sobrevivencia de la Revolución dependía de su avance continental. Por otro lado los beneficios de justicia social y la alegría cotidiana que vivíamos contrastaban con la miseria y la represión que abundaban en el continente y que nos llegaba tanto a través de la prensa como por boca de los numerosos visitantes latinoamericanos que llegaban a la isla. No importaba mucho si la realidad en el continente era más compleja, esa era la imagen que teníamos.

La prensa en Cuba era muy pobre. El *Granma*, que era el diario principal, tenía sólo seis páginas, pero su sección internacional estaba dedicada casi íntegramente a dar cuenta de los avances de la lucha revolucionaria en el mundo y cuando no había más remedio mencionaba algunos retrocesos. Sobre la realidad nacional era casi siempre un recuento aburrido de los logros de la Revolución. Contaba por ejemplo que el día anterior los trabajadores de tal provincia habían establecido un nuevo récord histórico en el número de litros de leche producidos o de toneladas de papas recogidas. A veces reproducía documentos importantes para entender la realidad que vivíamos: podía ser un discurso de Fidel o un documento del Partido.

En esos años había guerrillas activas en casi todas partes que contaban con el apoyo abierto de Cuba o al menos con su simpatía. Nosotros las sentíamos como nuestras hermanas en el mismo combate. El apoyo oficial podía ser político y diplomático o llegar al entrenamiento de combatientes, la entrega de información o de armas. La solidaridad se expresaba de mil maneras oficiales y no oficiales.

Cuba era «el primer territorio libre de América». Ese concepto lo sentíamos con fuerza y tenía sus consecuencias. Cuando un militante de alguno de esos grupos revolucionarios caía herido podía contar con atención médica en la isla. Si eran derrotados sabían que Cuba era un refugio. Muchos enviaban a sus hijos a Cuba como lugar seguro. Ese había sido nuestro caso. Por las calles pululaban compañeros de todo el

continente. Algunos se quedaban meses y otros años. Algunos se integraban a la sociedad cubana, como nosotros. Otros venían por períodos más o menos cortos y vivían en casas colectivas, a veces clandestinas. A fines de los años setenta, por ejemplo, uno encontraba muchos centroamericanos víctimas de las minas anti personales. Andaban en muletas por el barrio de Miramar. Los cubanos —y los que como nosotros vivíamos allí y nos sentíamos cubanos— los mirábamos con gran cariño y les dábamos todo lo que teníamos. Dada la escasez ambiente no podíamos ofrecer mucho y por eso mismo el gesto era más significativo aún.

Las luchas revolucionarias en los diferentes países de América Latina iban mostrando problemas o limitaciones. Desde esa especie de retaguardia que era Cuba, la lucha que se desarrollaba en algún país nos parecía la manifestación de una misma lucha mayor y global. Perdíamos de vista el contexto y el sabor local. Nos trabábamos en discusiones sobre la táctica y la estrategia a partir de la información parcial que poseíamos. Cada experiencia aportaba su granito de arena al debate. Los intelectuales elaboraban tesis sobre el «foquismo» o sobre la relación entre «trabajo militar» y «trabajo de masas». Escribían libros o participaban en las reuniones de la Organización de Solidaridad con los Pueblos de Asia, África y América Latina (OSPAAAL). La gente común sentía simplemente simpatía y admiración por esos jóvenes que luchaban en todo el continente.

En sus discursos, Fidel era capaz de explicar la relación profunda entre todos los fenómenos e iba enseñándonos el internacionalismo como valor supremo, «el escalón más alto al que puede aspirar un revolucionario». Así es que yo, como muchos de mis amigos, soñaba con eso: llegar a ser algún día un combatiente internacionalista que participara de esa epopeya.

Cada cierto tiempo un discurso de Fidel ponía las cosas en perspectiva. Hablaba por horas, explicando, hilvanando las ideas en medio del silencio atento de cientos de miles de personas que llenaban la Plaza de la Revolución. Fidel tenía la capacidad de dialogar con la multitud. Uno estaba allí en medio de tantos y sentía que te estaba hablando casi personalmente. Iba exponiendo las ideas con palabras sencillas pero nunca vulgares. Iba construyendo el razonamiento. Ciertos silencios puntuaban el discurso. Parecía esperar a que todos entendiéramos. Poco a poco las cosas iban cobrando sentido. Sus discursos podían versar sobre problemas internos que nos afectaban cada día: la marcha de la economía, los problemas de la burocracia o de la corrupción o podían dedicarse a los problemas del mundo.

En la Primera Declaración de La Habana Fidel había lanzado estas palabras al viento: «Esta gran humanidad ha dicho basta y ha echado a andar y sus pasos de gigante ya no se detendrán hasta conquistar

su definitiva y verdadera independencia». Nosotros sentíamos que éramos parte de esa avalancha humana. Un día el Che desapareció de la vida pública. Un tiempo después Fidel leyó la carta de despedida del Che ante una multitud emocionada. Luego contó los pormenores de la muerte del Che ante una multitud enmudecida que colmaba la Plaza de la Revolución. Habían recuperado el diario y sus manos cortadas. Nunca olvidaré el silencio cargado de dolor de cientos de miles de personas. En esos momentos de extraordinaria emoción miles prometimos ante nuestras conciencias, silenciosamente y tragándonos las lágrimas, intentar seguir su ejemplo.

En otra ocasión escucharíamos sus explicaciones sobre Angola, agredida por el régimen racista de Sudáfrica, y su convicción de que Cuba debía estar al lado del pueblo africano. Nos dijo que aquello era como volver a las raíces del pueblo cubano. Pocas eran las personas por las que no corría sangre de antiguos esclavos. Ahora había que sumarse a la lucha contra el Apartheid y por la independencia africana. Y lo escuchamos hablarnos sobre la Revolución en Nicaragua acompañado por los comandantes sandinistas victoriosos. Y nos habló esperanzado acerca de las transformaciones revolucionarias que estaban produciéndose en Granada, esa pequeña isla del Caribe. Cada asunto tomaba su lugar en el enorme rompecabezas del mundo. Y nosotros teníamos un lugar, un pequeño lugar. Cada uno de nosotros era parte, si quería, de esa marcha de la humanidad por cambiar al mundo para bien.

A principios de los setenta el ascenso de las luchas populares en América Latina (que había llevado a Allende al gobierno en Chile) se combinó con algunos golpes de Estado dados por militares nacionalistas que de alguna forma se incorporaban a la gran corriente progresista. El general Velazco Alvarado en Perú impulsaba la reforma agraria y declaraba el quechua lengua oficial. Omar Torrijos en Panamá echaba a Estados Unidos del Canal —una vieja aspiración de todo el continente. La dictadura había caído en Argentina en medio de una movilización popular sin precedentes. Pronto vendrían los pocos meses del gobierno de Cámpora y una euforia que se parecía a un ambiente pre revolucionario. La gente se volcó a las calles de Buenos Aires y sacó a los presos políticos de las cárceles.

Salvador Allende y la Unidad Popular llegaron al gobierno de Chile por la vía electoral. Aquello era inaudito, no parecía caber en las posibilidades. La teoría nos enseñaba que si se intentaba de verdad cambiar las estructuras sociales, la burguesía resistiría con todos los medios a su alcance, incluso el terrorismo y la guerra. La «vía pacífica» parecía imposible. La experiencia nos mostraba en todo el continente que efectivamente las clases dominantes destruían cualquier intento genuinamente transformador, bastaba recordar lo que había pasado en

Guatemala en 1954 y en Brasil en 1964, donde sendos golpes de Estado habían derrocado a los gobiernos progresistas de Arbenz y Goulart, respectivamente. Pero ahora estaba Allende mostrando ante el mundo la posibilidad de llegar al gobierno con un programa socialista por la vía electoral. Seguimos atentamente cada etapa de ese proceso: las nacionalizaciones, la reforma agraria, las huelgas patronales.

Luego vino el golpe de Estado del 11 de septiembre a poner las cosas en su lugar. Por días nos sumimos en el silencio. No se oía una mosca. Todos estábamos atentos a las noticias. Se contaban las historias del horror. Aquello golpeó fuertemente la ilusión de ampliar de manera estable a otro país hermano la noción de «territorio libre de América». ¡Tantas esperanzas morían allí! Llorábamos. Yo tenía entonces casi trece años. Luego Fidel en la plaza nos explicó el desastre, relató el horror y llamó a la solidaridad con la Resistencia chilena. Comenzaba con los golpes de Estado en Bolivia, Uruguay, Chile y Argentina el período negro de los años setenta en el continente.

Empezaron a llegar por miles los refugiados chilenos. Se sumaron a los refugiados brasileños, bolivianos, uruguayos, argentinos. Venían en oleadas pautadas por los golpes de Estado y las derrotas. Los cubanos ofrecieron naturalmente todo lo que tenían. Su generosidad era sólo comparable a su alegría de vivir, aunque para alguien que venía de otra realidad pudiera parecer escasa en términos materiales. Hay una historia que creo que refleja bien esa contradicción pero exige una explicación previa.

La población cubana pasó de cinco a diez millones de habitantes en pocos años. Parece que los pueblos hacen hijos cuando son felices. La Revolución intentaba construir una economía centrada en el ser humano y no en la ganancia pero para ello no había recetas. Daba tumbos buscando un camino entre los incentivos materiales (el salario vinculado a la producción y las desigualdades salariales) que eran mecanismos eficaces pero convertían al «hombre en lobo del hombre» y los incentivos morales (el trabajo voluntario, el reconocimiento social, los salarios poco diferenciados) que pretendían construir una sociedad más igualitaria y contribuir a la formación de ese «hombre nuevo» del que nos había hablado el Che. Era él quien, luego de visitar Europa del Este, había advertido de los peligros inherentes a la orientación económica que allí predominaba.

Algunas cosas funcionaban mejor que otras pero en general todo estaba impregnado de un gran voluntarismo. Uno de los problemas que empezaba a agudizarse era el de la vivienda. Los escasos recursos se invertían en nuevas escuelas, carreteras y hospitales, pero no se reparaban las casas y no había capacidad para construir nuevas viviendas de manera masiva. Una de las principales razones era la falta de mano

de obra. El desempleo era casi inexistente y pocos querían ir a trabajar en la construcción.

Fidel recorría permanentemente el país y aparecía de repente en cualquier lado. Bajaba de su jeep y enseguida comenzaba una animada conversación con la gente. En una de esas visitas los empleados de un centro de trabajo le plantearon a Fidel el problema de la vivienda. Uno de ellos propuso una solución. La idea era simple: cada centro de trabajo seleccionaría un grupo de personas que construiría un edificio de apartamentos destinados a todos los empleados de ese centro. Mientras unos construyeran el resto los supliría en sus tareas normales de modo que todos harían un esfuerzo suplementario. El Estado pondría la dirección técnica y los materiales. Así se hizo y el que propuso la idea quedó encargado de ponerla en práctica. Se formaron miles de «microbrigadas», cada una formada por 25 personas. De ellas sólo 19 se dedicaban a construir su edificio, los otros 6 se incorporaban a brigadas que construían las obras de interés común de los barrios que así iban surgiendo: calles, círculos infantiles, supermercados, escuelas.

La gente sentía claramente que ese edificio era de ellos y eso se expresaba de manera muy clara: iban a trabajar allí los fines de semana, en las noches, a toda hora. Cuanto antes se terminara el edificio antes podrían ocuparlo. Los apartamentos terminados eran repartidos en una asamblea y otorgados a aquellos que más habían aportado al esfuerzo colectivo y que más necesidades tenían. Los beneficiados pagaban 5% de su salario durante veinte años y luego el apartamento era de ellos en propiedad.

Años después conocí a un hombre que trabajaba en una de esas microbrigadas. Era un negro bajo y fornido que componía poemas a pesar de que apenas sabía leer y escribir. Cada vez que terminaban un edificio la asamblea le proponía ocupar uno de los apartamentos nuevos. Todos valoraban su trabajo y su entrega. Él siempre rechazaba la oferta aduciendo que otros compañeros con familia e hijos tenían más necesidad que él de una vivienda. Así había construido ya varios edificios pero seguía viviendo en un cuchitril. Fui una vez a su «casa»: un pequeño cuarto en La Habana Vieja donde apenas cabía su pequeña cama y una mesa. Gente así me hacía amar la Revolución cubana.

El modelo se propagó por todo el país en medio de un gran entusiasmo. Un día los microbrigadistas decidieron en asamblea aumentar su jornada laboral a 10 horas diarias sin aumento de salario como una contribución más a la Revolución. Para significarlo decidieron pintarse en el casco blanco la estrella tupamara de 5 puntas con la T en el medio que identificaba al admirado Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T) del Uruguay. No sé qué habría pensado un obrero

uruguayo si le decían que en Cuba ser Tupamaro era trabajar 10 horas diarias cobrando el salario de 8. Era una fiebre constructiva. Por doquier se veían los cascos blancos con la estrella tupamara. Y fueron surgiendo por todos lados los barrios de microbrigadas. Eran barrios de viviendas humildes pero hechas con amor.

Pero volvamos a donde estábamos en el relato. Los refugiados latinoamericanos —«los latinos» como los llamábamos— iban llegando. Al principio eran pocos y espaciados, como Roque Dalton y su familia o como nosotros. Pero luego fueron grupos más numerosos. Entre 1973 y 1976 llegaron a Cuba varios miles. Muchos llegaban directamente desde la prisión o de estar meses refugiados en alguna embajada solidaria. A veces eran compañeros liberados sacados de la cárcel gracias a un secuestro o por una fuga organizada por alguna organización revolucionaria. Huían de las dictaduras que empezaban a cubrir de oscuridad y muerte a casi todo el continente. El grupo más numeroso era el de los chilenos. Como antes habíamos vibrado con cada victoria que sentíamos también nuestra, nos invadía ahora la solidaridad con esos hermanos. Entonces los cubanos decidieron en asambleas ofrecer un apartamento de cada edificio de microbrigadas para un refugiado latinoamericano. Una vez más los cubanos se arrancaban lo poco que tenían y lo daban generosos como antes habían entregado el azúcar y luego sería la vida de tantos en Angola, Etiopía, Granada o Nicaragua.

Así se fue poblando de latinos Alamar, un barrio que se convertía en ciudad al este de La Habana, salido de las manos ya expertas de los microbrigadistas. Algunos de los refugiados no estaban acostumbrados a las privaciones cotidianas de Cuba. Procedían de familias acomodadas, quizás habían vivido siempre con empleadas domésticas y agua caliente. Los 40 ó 50 metros cuadrados de esos apartamentos humildes sin ascensor ni agua caliente eran equivalentes a viviendas populares en cualquier país del continente. Lo que era una aspiración para tantos cubanos era sentido quizás como una miserable limosna por algunos refugiados latinoamericanos.

Un día un grupo de chilenos organizó una marcha de protesta frente al Hotel Presidente porque no estaban satisfechos con lo que recibían. Los cubanos no lo entendieron. Un murmullo de rabia nos recorrió susurrado de boca a oreja «¿Qué se creen?, ¿les damos lo que tenemos y lo desprecian?». A ese grupo lo pusieron en un avión y los expulsaron. Creo que los enviaron a Europa. Allá tuvieron seguramente mejores condiciones materiales pero no sé si el calor humano del pueblo cubano.

Pero la enorme mayoría de los refugiados chilenos y latinoamericanos se integró sin mayores problemas. Nosotros éramos como veteranos. Cuando llegaron esas oleadas de refugiados ya estábamos allí hacía unos cuantos años. Muchos visitaban a mis padres, y sus hijos

se hicieron amigos nuestros. Nos encontrábamos en los trabajos voluntarios organizados por el Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos (ICAP), que era el organismo que nos atendía. O en alguna peña, de las que empezaban a abundar, con empanadas chilenas, música y poesía a viva voz.

Mi madre había visitado Chile por unas semanas durante el gobierno de la Unidad Popular. Allí se hizo amigos entrañables, recorrió, conversó, se impregnó del espíritu que flotaba. A su regreso nos transmitió la energía y la euforia de esas jornadas. Cuando empezaron a llegar los refugiados chilenos muchos empezaron a venir a casa. Algunos de ellos fueron cruciales en mi vida.

De Chile llegaron Jaime Wheelock y Gladys Zalaquett. Él era nicaragüense y ella chilena, sandinistas ambos. Se hospedaban en el Hotel Nacional y frecuentaban mucho nuestra casa. Se convirtieron en amigos entrañables. En largas conversaciones me explicaban su visión del mundo y me aconsejaban lecturas. Les pedí enrolarme con los sandinistas pero suavemente me rechazaron aduciendo que debía estudiar, que todavía era un niño. Los admiraba enormemente. Años después Jaime fue uno de los nueve Comandantes de la Revolución sandinista y como ministro dirigió la reforma agraria. En aquellos años de Cuba era un militante más que estudiaba con ahínco la estructura económica de su patria.

También en ese tiempo llegó Hernán. Era un militante del MIR de Chile al que la polio le había dejado un brazo atrofiado. También con él tenía largas charlas. Me propuso leer *El Estado y la Revolución* de Lenin y lo usó para explicarme la derrota de la Unidad Popular. Usaba el ejemplo chileno para mostrarme que la burguesía no dudaría en usar toda la fuerza del Estado para resistir al cambio social. Miguel Enríquez se había quedado en Chile liderando la Resistencia. Todos estábamos pendientes de las noticias. Pendientes de los compañeros que iban cayendo. Cuando llegó la noticia de la muerte de Miguel fui con Hernán al cine Yara a ver el noticiero ICAIC que esa semana estaba íntegramente dedicado a su caída en combate. Un tiempo después le pusieron su nombre a uno de los grandes hospitales de La Habana y en el acto solemne Armando Hart dio un discurso donde lo calificaba como uno de los líderes revolucionarios más importantes del continente.

Entre los refugiados que llegaron de Chile estaban el cineasta boliviano Jorge Sanjinés y su familia. Ellos también pasaron por casa. Desde que vi a su hija Paula quedé totalmente prendado de ella. Hay una foto de esa reunión: las dos familias en la sala y yo mirándola embelesado. Tenía una extraña combinación de ojos verdes y facciones ligeramente indígenas. Miraba su pelo largo y lacio y quedaba envuelto en la música del altiplano. Me atrapó totalmente. Unos días después

quise buscarla pero no tenía su dirección. Sólo sabía que vivía en Alamar como tantos otros refugiados, en alguno de esos departamentos de un edificio construido por alguna microbrigada. Allá fui y caminé entre decenas de edificios idénticos, buscándola sin suerte. Luego la encontré en las reuniones habituales y nuestras vidas se cruzaron varias veces. Nunca me prestó atención. Fue un amor platónico de esos que marcan la adolescencia.

Un día fui convocado junto a otros jóvenes latinoamericanos a una reunión en el Comité Cubano de Solidaridad con Chile. Éramos una decena de muchachos originarios de diversas partes de América: mexicanos, chilenos, brasileños. El MIR de Chile nos proponía organizarnos y trabajar en la solidaridad con su lucha. Para mí esas palabras eran un canto dulce que esperaba hacía tiempo. Durante años había visto pasar a los compañeros. Casi todos venían cargados de historias heroicas. Algunos partían de nuevo, sigilosos, para reincorporarse a la lucha, como Roque Dalton que había sido asesinado en el Salvador pocos meses antes de esa reunión que yo tanto había esperado.

A esas alturas ya se había formado una verdadera comunidad de refugiados latinoamericanos y nos encontrábamos en reuniones de diverso tipo. Entre los chicos de mi generación estaban los sobrinos del Che, lo que quedaba de la familia Santucho (el dirigente del ERP argentino), los hijos del tupamaro Raúl Sendic y los de Roque Dalton, las hijas de los Peredo (los hermanos que lideraron el Ejército de Liberación Nacional de Bolivia), entre muchos otros de familias menos conocidas pero que cargaban también con apellidos de míticos combatientes revolucionarios. Jugábamos y crecíamos y cada uno de nosotros sentía claramente la presencia de un destino. Yo pensaba que no iba a quedar combate que librar cuando fuera grande y que no iba a tener la oportunidad de participar en aquella epopeya. Un día mi madre tuvo que consolarme: apretado contra su regazo lloraba pensando que todo acabaría antes de que yo fuera grande. Mi madre me tranquilizó explicándome que había lucha para mucho rato y que no debía de preocuparme...

Ahora estábamos allí sentados en esa sala, convocados por los compañeros de Miguel Enríquez y de Luciano Cruz, de Bautista Van Showen y de Dagoberto Pérez, entre muchos otros militantes del MIR que admirábamos tanto. No cabía de contento y no lo dudé mucho. Me metí en ese grupo con toda la energía de que era capaz. Nos dirigían muchachos que tenían quizás dos años más que nosotros: Hugo, Águeda, Alejandro. Eran jóvenes, pero me parecieron sabios a pesar de que seguramente ellos habían empezado su propio camino en ese mundo poco tiempo antes. La primera tarea que tuve fue recopilar información sobre Manuel Cabieses, el dirigente del MIR y director de la revista *Punto Final*, que estaba preso en Chile y por cuya libertad se organizaba

una campaña internacional. Trabajé en ello con toda la seriedad de que fui capaz y con el corazón henchido de orgullo.

Creo que el MIR tuvo el mérito de aprovechar nuestra energía y darle un sentido. Toda esa muchachada había nacido en el caldo de cultivo de la Revolución latinoamericana y estábamos algo frustrados por no poder participar en ella. Nuestros padres, hermanos, tíos o amigos habían sido presos o torturados o asesinados. Nos sentíamos parte de esa ola que avanzaba a conquistar el mundo nuevo y a la vez éramos víctimas. Cada uno tenía alguna razón personal, una fractura, una bronca contenida. El MIR nos permitió juntarnos, estudiar, sentirnos útiles y canalizar nuestra energía. Rápidamente formamos un grupo unido y alegre. Combinábamos el romanticismo con la seriedad. Las tareas que nos daban, ínfimas quizás, eran para nosotros una responsabilidad enorme y un camino para ser más felices y más plenos. Esos muchachos me parecieron sobre todo buenas personas.

Alejandro era uno de los jóvenes chilenos que nos dirigía y rápidamente se convirtió en mi mejor amigo. Durante un par de años compartimos con intensidad la vida, las historias políticas y las conquistas amorosas. Hasta que un día desapareció como tantos otros que se preparaban para irse «al frente», ese lugar misterioso que estaba siempre presente. Eso era natural y pasaba con cierta frecuencia. Alguien desaparecía y nadie preguntaba mucho. Uno suponía que estaría entrenándose por un tiempo y que luego viajaría clandestinamente a ocupar su lugar en la lucha.

Me fui involucrando cada vez más. Hacíamos todo tipo de actividades de solidaridad. Organizábamos peñas para recaudar fondos. Armábamos murales y actos culturales en escuelas y centros de trabajo. Estudiábamos desde los clásicos del marxismo hasta las ediciones del periódico *El Rebelde* que se publicaba clandestinamente en Chile y nos traía historias sobre la Resistencia. Estar allí me permitió estudiar el marxismo con mente más abierta. Leíamos a Lenin y a Marx y discutíamos apasionadamente. Evitábamos los manuales soviéticos que nos parecían pesados y dogmáticos. Muchas veces consultábamos a algún adulto y a veces la respuesta venía acompañada de mucho más: experiencias vividas o formas de pensar iconoclastas. Estábamos al tanto de lo que pasaba en Argentina, Uruguay, Nicaragua, Puerto Rico. Éramos a la vez parte de Cuba y de América Latina. Teníamos un pie en cada lado.

Había otros latinoamericanos que encontrábamos en las fiestas, peñas, trabajos voluntarios o escuelas. Estaban los Guevara que eran todo un clan de primos y hermanos. Entre ellos la familia Chávez-Guevara cuyos hijos eran amigos míos. Uno de ellos me pasaba los materiales de la Juventud Guevarista que el ERP de Argentina intentaba organizar en esos años.

En 1978 se hizo en Cuba el Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes. A la reunión vinieron decenas de miles de jóvenes del mundo entero. El país los recibió con todo lo que tenía a su alcance. Hubo fiestas masivas y cerveza a raudales. Miles se albergaron en los edificios de la Escuela Lenin y de otras que estaban disponibles durante las vacaciones de verano. Hubo música, debates y discusiones interminables. Era una oportunidad única para conocer de primera mano la experiencia de tantos hermanos en sus diversas luchas. Uno podía conversar con un saharauí o con un palestino, con un vietnamita o con un chileno, con un nicaragüense o con un norteamericano. Entre los miles de visitantes vinieron varios viejos conocidos, incluyendo a Robert. Fue una oportunidad más para encontrarnos con él y revivir nuestra vida familiar de antaño al menos por unos días. Robert consiguió un auto y nos fuimos con él a la playa de Varadero. En la radio del auto se escuchaba la canción *Hotel California* interpretada por The Eagles. Me quedó grabada esa música asociada a nuestras risas y al viento en la cara mientras Robert conducía el auto rumbo a la playa.

El control ideológico era difícil entre tanto relajó y con miles de seres de pensamiento muy diverso que inundaban el país de repente. Recuerdo que había personas encargadas de ir recogiendo el «material diversionista»: las ideas de autogestión del mariscal Tito que repartían los yugoslavos o el libro verde de Gadafi que los libios distribuían por todos lados.

Tuve entonces una experiencia amarga. Unas semanas antes del festival me convocaron a las oficinas provinciales del Partido. Llegué a la reunión sin saber de qué se trataba el asunto. Allí me hicieron pasar a un pequeño cuarto y un par de burócratas me explicaron que no podía seguir organizando esos comités de solidaridad por mi cuenta. Les expliqué de qué se trataba. Intenté mostrarles que lo que hacía era promover expresiones de conciencia revolucionaria en las escuelas. No entendía dónde estaba el problema. Me explicaron que no aceptaban intentos divisionistas ni trotskistas. No atiné a entender de qué hablaban, yo no tenía ninguna intención de ir más allá que lo que estaba haciendo, mucho menos crear divisiones de ningún tipo. Me dijeron que en Cuba había un Partido único. Intenté convencerlos. No fueron agresivos pero sí firmes y me pidieron un informe completo sobre lo que hacía. Volví a casa. Pensaba aún que todo eso era una lamentable equivocación y así lo expliqué en mi informe donde mostraba con orgullo el trabajo desplegado en esos meses en todas esas escuelas en el campo que rodeaban a Río Seco (donde estudiaba como parte del Destacamento Pedagógico). Poco después me convocaron de nuevo para decirme que habían leído el informe y que mantenían su posición: debía detener esas actividades. Informé a mis compañeros del MIR. No sé si ellos habrán hecho alguna

gestión. A pesar de que no hubo otro llamado de atención hasta allí llegaron mis actividades organizativas en las escuelas. A partir de entonces mi militancia fue más interna dentro del MIR.

En ese tiempo un uruguayo, José Enrique, y otros amigos decidieron armar un grupo de música folclórica y política: el Itacumbú. Eran unos cinco muchachos con guitarras, charango y percusión que no tenían dónde ensayar. Les ofrecí mi casa. Llegaban un par de veces por semana y llenaban el apartamento con su música. Las tardes de ensayo eran momentos deliciosos. Los acordes inundaban el aire junto a los chistes y las risas.

A través de ellos conocí a Laura. José Enrique la invitó al ensayo y le dio las coordenadas. Tocaron el timbre de casa y yo abrí la puerta. Allí estaba Laura con una amiga. Las dejé pasar y al rato llegaron los del grupo musical. La había visto antes pero esa fue la primera vez que me fijé realmente en ella. Poco después hubo una fiesta en Alamar. Laura me invitó a bailar. Yo no sabía y me daba vergüenza. Mis hermanas eran eximias bailadoras y no dejaban pasar un sábado de noche sin irse a alguna fiesta, pero yo era más tímido en esos temas. Prefería salir con amigos o quedarme charlando en casa que ir a bailes. Laura era estudiante universitaria y sabía que yo estaba por entrar a ingeniería: «tienes que saber bailar para ir a la Universidad, si quieres yo te enseño». No bailé con ella esa noche. Era patético bailando pero quizás mis pasos no eran lo más importante en ese momento. Poco a poco Laura me iba conquistando.

A mediados de 1978 hubo una peña organizada por los chilenos. Eran frecuentes esas peñas. Algunos músicos animaban la fiesta y grupos de compañeras vendían empanadas y refrescos. También era en Alamar y allá fuimos todos. Al rato le ofrecí media empanada a Laura que estaba a mi lado con sus ojos hermosos, su pelo negro y su sonrisa. Una fuerza suave pero permanente me atraía a su lado. Empezamos a vernos un par de veces por semana.

En ella encontraba una mezcla especial. No era solo que me gustaran su sonrisa y sus ojos, o la curva de su cuello. Laura me atraía físicamente pero además reunía otros atributos que no eran comunes. Su actitud desprendía alegría. Compartía conmigo los mismos valores y las mismas esperanzas, pero la vida le había enseñado a actuar con discreción y naturalidad. Era capaz de ser feliz y de expresarlo como cualquier joven sin por ello perderse en trivialidades. Desbordaba una alegría y una generosidad sencillas. Todo en ella parecía el fluir natural de las cosas. Al mismo tiempo era una mujer fuerte, que sabía lo que quería y no era sumisa. Eso también me gustaba mucho. Pocos días después la llamé «mi amor» y me paró en seco. Me explicó que eso no era amor todavía, que el amor se construía. Nos fuimos enamorando

a medida que nos conocimos. Cada uno mantenía sus amigos y nos gustaba que eso fuera así. Fuimos dándonos tiempo y administrando el que compartíamos. No fue un amor a primera vista ni uno que supusiéramos definitivo, simplemente lo fuimos cultivando y fue creciendo.

Laura es uruguaya, hija de exiliados como tantos otros. Vibraba con la misma música y soñaba los mismos sueños, era bella y alegre como una flor que se abría en primavera. Por mi parte yo sentía que tenía el destino trazado: en algún momento me iría a luchar por la Revolución en alguna parte del continente. Eso no se discutía ni parecía algo inaudito. Muchos amigos se habían ido ya y otros se irían después. De modo que intentábamos vivir intensamente nuestra vida juntos cada día, sin pensar demasiado en el futuro.

El verano de 1978 fuimos a trabajar con la Brigada Internacional Juvenil de la Amistad en Moa, un lugar en el oriente de la isla donde miles de trabajadores construían una gran planta procesadora de níquel, y allá fuimos felices. En septiembre empecé a estudiar ingeniería en telecomunicaciones en la CUJAE. Allí también estudiaba arquitectura «la flaca» —como empecé a llamar a Laura. Compartimos muchas horas y muchas pequeñas cosas. La esperé en el parque Coulomb, frente a Arquitectura, innumerables veces. Compartimos el almuerzo que yo preparaba de mañana y llevaba en una bolsa: mezclaba arroz y frijoles y a veces agregaba lechuga, un par de huevos me permitían solidificar todo eso en un bloque sólido. Esos «ladrillos» nos salvaban la vida al mediodía cuando no lográbamos colarnos en el comedor.

Laura empezó a quedarse en casa, en mi cuarto-refugio. Y fuimos intensamente felices. Nunca me pidió sacar las fotos de Madeline (aquel amor platónico de mi adolescencia). Esas fotos eran ahora mudos testigos de nuestro amor. Ana con sus nueve años desbordaba creatividad y ternura. Sarah llegaba los fines de semana y se aprontaba para sus infaltables fiestas del sábado de noche. Ximena andaba con sus amigos. Nuestra casa era más que nunca un centro de reuniones. Los poetas y los fotógrafos caían a toda hora y eran parte del paisaje de la casa.

Mi madre escribía todo el tiempo y yo escuchaba el tecleo veloz e interminable de su máquina de escribir. Sus dedos me parecían tan rápidos que los creía capaces de atrapar el pensamiento mismo en tiempo real y ponerlo en el papel. Nos integramos naturalmente en el medio de esa danza colectiva. Imperceptiblemente Laura empezó a ser parte de mi vida, de nuestra vida.

A su vez Laura me integró en su mundo. Su familia me acogió enseguida como uno más. Su hermana Ana llegó a ser entrañable. Su padre se convirtió rápidamente en otra de esas figuras extraordinarias que me rodeaban por todos lados. Pablo estaba exiliado en Cuba luego de haber sido por años un militante universitario en el Uruguay. Había

sido dirigente estudiantil y luego profesor y decano de la Facultad de Medicina. Me impresionaba por su gran cultura, por su extraordinaria capacidad como pensador y orador y sobre todo por ser una excelente persona. Compartíamos el amor por la ciencia y por la política. Me aconsejaba sobre los estudios y con los años se fue convirtiendo en uno de mis más importantes mentores.

En el verano de 1979 fui de visita a los Estados Unidos. Allí me golpeó la nostalgia por mi flaquita y me di cuenta de que estaba enamorado como nunca antes. Pasaba horas en casa de Robert en Nueva York escuchando una cinta con la música de Daniel Viglietti o de Numa Moraes. Mi padre se dio cuenta y charlamos con esa cercanía que siempre tuvimos. Antes de irme de regreso me dio un regalo: *The Joy of Sex*. Era un libro ilustrado que Laura y yo leímos juntos y que luego pasó de mano en mano entre muchos amigos.

De la mano de Laura fui conociendo a la comunidad de uruguayos en Cuba. Gente excelente que me recibió como a uno de los suyos sin pedir nada a cambio. La familia Elena fue paradigmática en ese sentido. Judith y Ricardo Elena vivían en Alamar donde ocupaban uno de esos apartamentos para refugiados latinoamericanos. Ricardo era militante tupamaro, había estado preso en Chile y luego de un tiempo había logrado salir al exilio junto a Judith y sus hijos: Vivian, Andrés y Mariana. Constituían una familia muy unida que además de compartir la ideología y los sentimientos políticos, conservaba el ambiente familiar más tradicional que tanto necesitábamos. A su apartamento íbamos los fines de semana, Judith preparaba unos raviolos caseros o cualquiera de sus exquisitos platos y creaba un verdadero ambiente familiar como por arte de magia.

En 1980 Pablo, su mujer y sus dos hijos chicos se fueron a vivir a México y en Cuba quedaron Laura y su hermana Ana. Más o menos al mismo tiempo se fueron mi madre y mi hermana Ana a Nicaragua. Laura y yo quedamos entonces casi solos. Teníamos a nuestras hermanas con nosotros pero era como si de repente nuestra generación hubiera quedado sola. Entonces la familia Elena se convirtió en una nueva familia para nosotros. Allí encontramos calor y confianza, amor y compañía. En realidad tanto mis hermanas como yo necesitábamos una familia más «normal». Necesitábamos un tiempo y un espacio que escapara de las «grandes cosas», llámense revolución o poesía. Mis hermanas también visitaban a veces a Judith y Ricardo. Ellas también buscaron ese espacio que les faltaba en casa y lo encontraron cada una a su manera y con familias distintas que se convirtieron en ese «complemento» necesario. Judith y Ricardo jugaron para mí ese rol y se convirtieron en una parte entrañable de mi vida.

Poco a poco fuimos construyendo nuestra historia, que venció todas las apuestas de aquella primera noche en el apartamento vacío de Gonzalo. Juntos descubrimos el amor y nos llevamos de la mano mutuamente. Juntos empezamos a recorrer el resto de nuestras vidas. Compartimos el privilegio de vivir en Cuba en esos años. Fue un raro privilegio que me sigue sorprendiendo: ¿estar allí en ese lugar y en ese preciso momento!, ¿cuántos lugares y momentos como ese hay en la historia de la humanidad? Momentos donde un pueblo entero toma en sus manos el destino y construye colectivamente sus sueños. No creo que sean muchos. Nosotros tuvimos la suerte de estar exactamente allí y de vivirlo. Y compartimos las mismas convicciones y las mismas decisiones. Cuando le dije que me iría a luchar y que ella era libre de hacer su vida, que no me esperara, me besó y no dijo nada. Cuando le propuse seguirme me siguió. Siempre mantuvo esa extraña lucidez que poseen las mujeres, esa capacidad de ver más allá de las apariencias. Cuando escribo esto ya hace casi treinta años de ese día en que me atreví a rozarle el brazo y besarle la nuca y rompí la barrera del sonido y todas las barreras del mundo. Hoy tenemos tres hijos y una mochila llena de historias en la espalda. Miro hacia atrás y veo todo lo bello que hemos construido juntos y me siento privilegiado y feliz. ¿Quién hubiera dicho que esas caricias serían el comienzo de todo esto?

Nuestro apartamento era muy amplio. El ascensor daba a un pequeño *hall* con la puerta principal que abría a una sala amplia. Frente a la sala se extendía una terraza cubierta con una estructura de aluminio y vidrio que no funcionaba muy bien debido al salitre pero protegía de vientos y de las frecuentes tormentas tropicales. Desde esa terraza se podía observar el malecón y el mar azul e infinito, que junta y separa. Veíamos enfrente la embajada de Vietnam del Norte, más atrás la Oficina de Intereses de Estados Unidos (en el edificio de la antigua embajada norteamericana) y a la derecha los restos del monumento al Maine. Allí se elevaban dos columnas que alguna vez sostuvieron el águila imperial. En la euforia del triunfo revolucionario la gente arrancó el águila de bronce y sus alas fueron encontradas en pedazos en alguna parte de La Habana. Ahora sólo quedaban unos hierros retorcidos en lo más alto de las columnas. El monumento quedó así por años. Ya no homenajeaba al Maine, ese barco norteamericano hundido en la Bahía de La Habana y que justificó la entrada de los Estados Unidos en la guerra de Independencia. Una intervención que escamoteó la independencia de Cuba y fue el comienzo de la época imperial norteamericana. ¿Ese monumento representaba ahora algo distinto o simplemente era una muestra más entre los tantos detalles de esa ciudad barroca que iba siendo comida por el salitre poco a poco? Nuestra terraza estaba siempre llena de salitre. Las manivelas que alguna vez supieron abrir esas ventanas habían olvidado el movimiento hacía mucho tiempo.

Un juego de sofás viejos pero acogedores llenaba la sala. En seguida estaba el comedor con una gran mesa de madera y luego la cocina, amplia y funcional. La cocina se comunicaba por detrás con un patio donde estaba el fregadero y unas cuerdas para colgar la ropa. Había allí también un ascensor de servicio y un pequeño cuarto que debió ser ocupado por la empleada en otros tiempos. Por muchos años Sarah vivió en ese cuarto, que ocupaba durante sus visitas a casa los fines de semana. Era un lugar un poco más privado que el resto del apartamento.

Un largo pasillo unía la parte frontal de la casa a la zona de los dormitorios. El pasillo nacía en la sala y pasaba por un pequeño cuarto previsto para estudio o sede del televisor pero que yo ocupé por varios años. A medio camino entre la sala y los cuartos estaba «el baño gris»

con su ducha y sus dos puertas: una que daba al pasillo y otra al estudio de Robert. Ese cuarto era muy amplio y tenía también dos puertas: la que comunicaba con el baño y la que daba al pasillo ya en su tramo terminal. Allí convergían el amplio cuarto de mi madre y el cuarto que compartían Ximena y Ana, así como «el baño rosado» con su tina.

Cuando Robert se fue de casa yo me quedé con su estudio y cuando salí definitivamente de la beca ése se convirtió en mi espacio. Los libros llenaban toda la pared lateral. En un clóset guardaba mis más preciados tesoros: un anillo construido con el fuselaje de un avión yanqui derribado por los vietnamitas que mi madre me trajo de su viaje a Vietnam; varios restos arqueológicos que me regaló Laurette; la pistola de juguete que me regaló Roque; el feto humano en su frasco de formol que me regaló aquella doctora con quien vi la autopsia en Pinar del Río; un manuscrito de poemas que dejó conmigo un compañero boliviano antes de irse a su patria a luchar. Las paredes se fueron cubriendo de fotos de personas que admiraba: Miguel Enríquez, Fidel, el Che, George Jackson, Albert Einstein y fotos de mujeres que había amado.

En ese cuarto tenía la intimidad para charlar con amigos o acostarme con alguna novia. En esa cama y con las persianas completamente abiertas que dejaban entrar la brisa, el sol y el sabor del mar, rodeados de esos libros y de nuestra música, Laura y yo pasamos muchos días y muchas noches felices. A veces nos quedábamos allí acostados escuchando la lluvia tropical golpear contra las ventanas. Nos acompañaba un juego de sábanas que mi madre había comprado en 1962 y que aún tenemos. Esas sábanas cumplieron cuarenta y cinco años de fieles servicios hace poco.

En mi cuarto había un Ditto: un aparato a manivela que permitía reproducir textos en algunas decenas de ejemplares. Durante años diversos amigos vinieron a utilizarlo: poetas que preparaban una selección para compartir en el taller literario o militantes de grupos revolucionarios con quienes éramos solidarios. Venían compañeros del Partido Socialista de Puerto Rico, del MIR de Chile, del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) de Nicaragua. Desde el momento en que empecé a vivir en ese cuarto obtuve un privilegio inesperado: la gente que venía a trabajar en el Ditto pasaba horas conversando conmigo mientras le daba vueltas a la manivela.

Me recostaba en la cama y aprovechaba ese tiempo para sostener largas pláticas con ellos. Muchas veces me quedaba dormido acompañado por el sonido regular del rodillo que giraba. En la segunda mitad de los años setenta el Frente Sandinista empezaba a reconstruir sus fuerzas para lanzar un nuevo ataque contra la dictadura somocista en Nicaragua y varios compañeros sandinistas estaban en Cuba. A algunos los conocíamos desde hacía años. Otros fueron llegando para

prepararse o arrancados de las mazmorras somocistas por operaciones espectaculares, como la del 27 de diciembre de 1974, cuando un comando secuestró a decenas de personalidades que participaban de una fiesta aristocrática y logró la libertad de todos los presos políticos que en aquel momento tenía el régimen. Muchos sandinistas se hicieron amigos de mi madre y ella naturalmente les ofreció el uso del Ditto. Algunos de los que venían a trabajar como militantes de base, haciendo girar la manivela por horas, resultaron después importantes dirigentes de la Revolución sandinista. Nos visitó muchas veces Carlos Fonseca que era el fundador y líder del FSLN. Recuerdo las charlas con Doris Tijerino, José Benito Escobar o Daniel Ortega. Pero las conversaciones en torno a ese aparato mágico que más me marcaron fueron con Jacinto Suárez. Llegué a sentir un verdadero afecto por él, admiraba su estilo humilde y lo sentía sabio y cómplice. A veces me contaba anécdotas de la guerrilla y otras me explicaba en detalle las razones y encrucijadas de la lucha en su Nicaragua.

A través de esos compañeros fuimos acercándonos al FSLN. Escuchamos los relatos de sus victorias y de sus reveses. Compartimos sus angustias y sus esperanzas. A veces alguno no venía más y entendíamos que había partido de vuelta a su país. Muchos amigos fueron cayendo en el camino. Entre ellos el comandante José Benito Escobar que hubiera sido uno de los principales dirigentes de esa revolución. Años después, cuando ya los sandinistas habían triunfado y mi madre vivía en Nicaragua, fui con ella a visitar el último lugar donde José Benito vivió antes de morir. Era una casa muy humilde en la ciudad de Estelí. La dueña de casa nos recibió y nos mostró su vivienda. Mi madre hizo algunas fotos. Peregrinamos hasta el lugar donde nuestro amigo fue asesinado y vimos la cruz que marcaba el lugar, llena de muestras de afecto. Esa señora pagó muy caro su apoyo al FSLN: un día encontró en la puerta de su casa la cabeza de su hijo. Ese era el tipo de mensajes siniestros de la dictadura somocista.

Durante esos años fuimos testigos de la división del FSLN. Nuestros amigos quedaron en alguna de las tendencias. Nosotros éramos solidarios con todos y las cercanías las marcaba más el afecto que las opciones ideológicas. Un día apareció Jaime Wheelock en casa. Hacía muchos años que no lo veíamos. Sabíamos que se había ido a Nicaragua y que era uno de los líderes de la «Tendencia Proletaria» en el FSLN. Aquella era una visita muy importante. Era 1978 y la insurrección sandinista, que iba contagiando ciudad tras ciudad de Nicaragua, estaba siendo noticia todos los días. Jaime aprovechó esa corta visita a Cuba para ir a nuestra casa por unas horas. Se sentó a conversar en el comedor y para sentarse más cómodo puso su pistola sobre la mesa. Me impresionó verlo armado en Cuba. La división dentro del FSLN era tan fuerte que arriesgaba su vida aun en Cuba, que era retaguardia y

tierra sagrada de refugio. Luego supe que durante esa visita tuvo lugar la famosa reunión entre Fidel y los líderes sandinistas donde se logró la unidad de las tres tendencias en que se había dividido el FSLN. A partir de entonces se formó la Dirección Nacional con tres comandantes por tendencia. Entre los nueve comandantes estaban varios de los que habían sido asiduos visitantes de mi cuarto, entre ellos el propio Jaime, Humberto y Daniel Ortega.

Meses después, en julio de 1979, triunfó la Revolución sandinista que abrió una enorme ilusión en los pueblos de América Latina y en la izquierda de todo el mundo. Habían pasado veinte años desde el triunfo de la Revolución cubana y seis desde el golpe de Estado en Chile y el comienzo de la noche que cubrió a casi todo el continente. Nos parecía que empezaba otra fase de ascenso en las luchas revolucionarias de América Latina. Muy cerca de Nicaragua, en el Salvador y en Guatemala, otros compañeros combatían en luchas que quizás serían los próximos triunfos. En Chile el MIR preparaba en la zona de Neltume una guerrilla rural que debería ser la retaguardia de la creciente Resistencia a la dictadura de Pinochet. Desde mi cuarto observaba los avances y los retrocesos como si estuviera en un observatorio privilegiado. Al leer las noticias que traían los periódicos veía los rostros de mis amigos. Las dudas que me surgían las consultaba con el militante de turno que trabajaba en el Ditto. Vibraba con sus vivencias y a la vez me iba construyendo un relato global donde cada una de esas historias particulares ocupaba su lugar.

Nuestra casa seguía siendo un punto de encuentro, un cruce de caminos para compañeros provenientes de muchos lugares. Cada año venía la Brigada Venceremos con docenas de norteamericanos solidarios. Jóvenes ávidos por entender lo que pasaba en Cuba. La sala se llenaba de gente en los sillones y en el piso. Mi madre contaba su visión de Cuba y respondía muchas preguntas, mis hermanas y yo participábamos a veces. Llegaban militantes revolucionarios procedentes de numerosos países, cada uno con su historia y su destino a cuestas. Recuerdo a Carmen Castillo, la compañera de Miguel Enríquez, que había sido herida en el combate en que murió Miguel y que al salir de prisión pasó por Cuba. También nos visitaban muchos poetas y escritores: Juan Gelman, Julio Cortázar, Ernesto Cardenal, Mario Benedetti, Elizabeth Burgos, entre otros.

En ese tiempo se fue creando un grupo de jóvenes poetas cubanos en torno a mi madre. Entre ellos estaban Alex Fleites, Víctor Rodríguez, Bladimir Zamora, Arturo Arango, Norberto Codina, Antonio Castro. Generalmente llegaban en la tarde y se armaban veladas que podían ser memorables. Se discutía sobre política o arte, algunos leían su poesía, Antonio sacaba su cuatro venezolano y cantaba algunas canciones. A eso de las nueve de la noche mi madre se quedaba dormida y la charla

seguía su rumbo sin tomarla en cuenta; una hora después abría los ojos, se despedía y se iba a su cuarto. Poco a poco nos retirábamos los que estábamos cansados. Ellos podían seguir hasta muy tarde en la noche. El último apagaba la luz y cerraba la puerta antes de irse. Ese grupo de jóvenes poetas fue de lo más importante que nos pasó en Cuba. Mi madre fue para ellos una especie de hermana mayor con la que podían discutir sus obras y alguien que los ayudaba a crecer. Ellos traían a casa, con sus chistes y sus poemas, el humor y la buena onda.

En esos tiempos mi madre empezó una relación con Antonio Castro, un compañero colombiano que había vivido casi toda su vida en Venezuela y ahora estaba en Cuba. Como militante del MIR venezolano lo habían enviado con la misión de acompañar a Domingo León, un comandante que estaba parálítico por las heridas recibidas en combate. Domingo tenía una larga barba negra que escondía una bala alojada bajo el mentón. En ocasiones especiales nos dejaba tocar el plomo bajo su piel. Antonio era un hombre bajo de estatura, con unos intensos bigotes negros y una complexión fuerte. Tocaba el cuatro, un pequeño instrumento de cuerdas típico de Venezuela, cantaba, escribía poemas y tenía la clase de habilidades manuales que una vida de trabajo enseña. Vino a vivir a casa y se convirtió en una presencia permanente. Tapizó los sofás desvencijados de la sala; arregló el escritorio donde mi madre escribía a máquina; llenó con su música muchas tardes. Construyó en la terraza un cantero que llenó de plantas con las que hablaba regularmente. A veces nos cocinaba arepas venezolanas aprovechando la harina que algún amigo le traía de su tierra. Ya éramos muy viejos para asimilar un nuevo padre pero se convirtió en un amigo entrañable.

Un día Antonio empezó a traer cajas de madera que colectaba en los supermercados del barrio. Meticulosamente iba desarmando las cajas y recuperando las frágiles tablitas. Lo vimos construir un librero a partir de esos desechos, un librero que cubría toda una pared de su cuarto. Años después, cuando Antonio volvió a vivir a Venezuela, dejó en mis manos algunos encargos importantes. Debía llevarle cada mes un poco de dinero a su hijo y para eso me dejó un fondo que me permitiría hacerlo por bastante tiempo. Y debía asegurarme de entregar a su hijo aquel librero que él había construido a partir de cajas de verduras. Era la herencia que le dejaba.

En algún momento de esos años mi madre empezó a tener problemas incomprensibles: no le daban trabajo aunque le mantenían el sueldo, mucha gente le dejaba de hablar, se corrió la voz de que ella tenía algún problema. ¿Sería «agente de la CIA»? Por si acaso era mejor alejarse de la apestada. Fueron años muy duros. Yo la veía llorar en su cuarto, mascar su rabia, tratar de entender. Durante todo ese tiempo los jóvenes poetas siguieron viniendo a casa. Se arriesgaron a pesar de ese miedo paralizante que es tan nefasto en una sociedad

autoritaria. Esa actitud me hizo quererlos más aún. Los compañeros del MIR chileno, del Partido Socialista de Puerto Rico y los sandinistas también siguieron visitándonos. No se dejaron intimidar por los rumores. Fueron un sostén y un apoyo muy importante para nosotros en esas circunstancias tan duras. Pero ellos estaban respaldados por sus organizaciones mientras que esos jóvenes poetas cubanos estaban solos. Se jugaban sus carreras o quizás algo más y supieron ser fieles a lo que les decía el corazón.

Nunca supimos realmente qué se ocultaba detrás de esas sospechas que se abatieron sobre mi madre durante varios años. ¿Quizás su manera de ser y de actuar? Ella se movía siempre de acuerdo a sus convicciones y sin respetar ninguna convención. Decía en voz alta lo que pensaba. Quizás su cercanía con grupos revolucionarios de una cierta tendencia no agradaron a algún poderoso. Quizás los celos o la envidia de algunos jugó su rol. Quizás tenía algo que ver con ser extranjera (y más aún norteamericana). Quizás una combinación de todo eso y de algo más.

Lo interesante es que hay un elemento que seguramente tuvo que ver y que está relacionado con el Ditto, ese mismo aparato que tanto sirvió a nuestros amigos para reproducir sus panfletos revolucionarios o sus poemas. Durante un tiempo mi madre y Robert fueron muy amigos de una pareja de canadienses que vivía en Cuba. Un buen día los canadienses fueron acusados de ser agentes de la CIA. Todo fue muy rápido. Los cubanos les comunicaron que tenían un par de días para irse del país. En la precipitación de su partida ellos le regalaron a mis padres ese Ditto que sería tan útil a tantos. Así es que quizás el Ditto simbolizaba el contacto supuesto con el enemigo y a la vez era parte esencial de nuestro vínculo cotidiano con tantos revolucionarios. Mi madre nunca se doblegó. Unos años después los cubanos, discretamente, le pidieron disculpas por ese período negro. Ya los sandinistas habían triunfado y mi madre se fue a Nicaragua, a contribuir y vivir esos primeros años de la Revolución nicaragüense.

Otra presencia importante en casa eran «los fotógrafos». Hacia fines de los años setenta mi madre quiso aprender fotografía. El pequeño cuarto que había sido alguna vez baño de servicio fue convertido en cuarto oscuro y Ramón Martínez Grandal, un excelente fotógrafo cubano, se dio a la tarea de enseñarle a mi madre los secretos de ese arte. Hacían los químicos a la cubana, a partir de productos básicos que compraban en la farmacia o utilizando algunos productos aportados por amigos que nos visitaban desde el extranjero. Al poco tiempo la casa era el centro de una pequeña comunidad de fotógrafos amigos: Macías, Rigoberto, Grandal. Así como en los talleres literarios a los que estábamos acostumbrados se compartían los poemas y cuentos de los participantes, así se compartían las fotos en las reuniones de los

fotógrafos. El piso se cubría de las fotos de alguno y todos las mirábamos caminando entre ellas. En ese grupo también se discutía de todo: de fotografía, de política, de cultura. La presencia en casa del cuarto oscuro de mi madre hizo que esos fotógrafos estuvieran más en casa que los poetas. Ellos estaban no sólo de noche sino también de día y se integraron plenamente a la vida familiar.

En 1979, cuando triunfó la Revolución sandinista, los amigos que ahora estaban en el poder invitaron a mi madre a Nicaragua. Primero fue una visita corta para escribir un libro. Al regreso ya tenía su decisión tomada: se iba a vivir allá, quería participar en ese proceso que nacía. Se llevó a Ana que era muy chica todavía. Sarah, Ximena y yo decidimos quedarnos en Cuba y seguir allí nuestros estudios y nuestras vidas. Sarah tenía diecisiete años y se sentía plena en su vida cubana. Ya vislumbraba entrar a la Universidad. Ximena debía terminar sus estudios preuniversitarios y tenía su novio y sus amigos. Yo quería culminar mis estudios universitarios en curso y tenía mis propios planes de futuro. A la vez mi vida se iba enredando con la de Laura de manera cada vez más fuerte. Empezaba otra etapa casi sin darnos cuenta. Seríamos ahora independientes. Pero en vez de que fuéramos los jóvenes quienes se fueran de casa, era nuestra madre la que se iba.

Desde chicos siempre tuvimos que repartirnos las tareas domésticas, de modo que ese no era un problema. Laura vino a vivir a casa con nosotros. Ese año fui el adulto que debía ocuparse de Ximena ante el preuniversitario al que asistía. Ella tenía su grupo de amigos y era muy independiente pero a veces alguien tenía que hacer algún trámite como «adulto responsable». Un año después Ximena terminó sus estudios y se fue a vivir con mi madre a Nicaragua. Sarah terminó sus doce años de beca y entró a la Universidad. Por fin vino a vivir definitivamente a casa. Nos organizamos. Ahora estábamos solos en ese apartamento enorme.

Un día un joven nicaragüense, medio hermano de uno de los comandantes sandinistas, vino a estudiar a Cuba y lo recibimos con gusto. Pedro trajo a su novia Ivelisse que era puertorriqueña. La casa se empezó a convertir en territorio juvenil y espacio colectivo. Luego Pedro trajo a su amigo Claudio. Era un nicaragüense humilde y buena gente que estaba estudiando en Cuba y se integró naturalmente al grupo. El tema era compartir las tareas de la casa: limpiar, cocinar, lavar los platos. Yo era exigente en eso. Compartir las tareas era algo que no se discutía. Estaba en el orden de las cosas. Al cabo de un tiempo tuve problemas con Pedro que a esas alturas se había separado de Ivelisse. Quizás asomaba su origen más burgués, no lo sé. El tema es que no hacía su parte y terminé pidiéndole con dolor que se fuera de casa.

Quedó viviendo con nosotros Claudio y luego recibimos a Ivelisse con su nuevo compañero, Mayito, un cubano que estudiaba veterinaria. Así se iban sucediendo los habitantes de ese apartamento.

En una de las visitas de Laurette y Arnaldo a Cuba charlamos largamente sobre muchos temas. Laurette me explicaba que Marx había desconocido totalmente las características particulares del desarrollo de las sociedades precolombinas de América y que en general había tenido un pensamiento muy eurocentrado. Escuchar una crítica tan fuerte de Marx era casi inaudito para mí y sin embargo le encontraba sentido a lo que decía. Venía además de una autoridad científica y de alguien en quien confiaba totalmente.

Con Arnaldo hablamos largamente sobre América Latina y él notó que me interesaba mucho la historia del continente. Al final de ese viaje me ofreció un regalo muy especial: parte de su biblioteca personal. Pocos meses después empezaron a llegar las cajas. Laura y yo íbamos al correo y las recogíamos. Eran cajas y más cajas de libros. Casi todos eran sobre América Latina pero también había algunos de historia universal. El librero de mi cuarto, que cubría toda una pared del piso al techo, se fue llenando con ese tesoro.

Cuando años después me fui de Cuba pensé que sería por poco tiempo o al menos que podría regresar a menudo. Me llevé una maleta con ropa y poca cosa más. Le regalé a algunos buenos amigos parte de mis tesoros, entre ellos algunos restos arqueológicos que Laurette me había dado. Dejé mi cuarto lleno de cosas y recuerdos. Allí quedaron mis diarios, fotos, poemas y mi colección de libros.

Pasaron los años y no volví. La intensidad de mis actividades no me daba respiro y tampoco tenía mucho dinero. Sarah se había quedado sola en ese apartamento inmenso con Enrique que era su compañero en aquel tiempo. Imagino el vacío y el silencio. Mi madre, Ximena y Ana vivían entonces en Nicaragua y Laura y yo en Francia. Luego de algunos años Sarah también se fue a México y quedó el apartamento solo. Algunos amigos lo fueron ocupando y luego amigos de amigos.

Un día uno de mis compañeros en Francia visitó Cuba. Escribí una nota a mano indicando quien era y explicando que había vivido allí hacía algunos años. En la nota solicitaba si era posible que me enviaran algunas de mis pertenencias. Mi amigo tocó el timbre, entregó la nota y fue bien recibido. Pasó unas horas sentado en mi antiguo cuarto junto al inquilino, revisando cajas y cajas de lo que ahora era un cuarto cerrado, lleno de cosas viejas, donde se conservaban intactos tantos tesoros personales. De regreso a París me llevó un par de cajas y en ellas algún diario íntimo, muchas fotos, algunos poemas de infancia y unos pocos libros de los que Arnaldo me había enviado. Todavía los tengo.

Por 1977 un par de muchachos tuvo la idea de organizar a un grupo de jóvenes cubanos y latinoamericanos que, durante las vacaciones, fueran a trabajar unos quince días en uno de los lugares donde se estaba construyendo alguna obra emblemática de la nueva Cuba. El dinero recaudado sería entregado a alguna causa revolucionaria. Así surgió la Brigada Internacional Juvenil de la Amistad (BIJA). Me integré enseguida a ella junto a varios de mis amigos latinoamericanos. Era una idea que mezclaba el romanticismo revolucionario con la diversión y la aventura en un cóctel perfecto. A la vez recreaba en el trópico cubano el ambiente que había leído en novelas soviéticas como *Así se templó el acero*, donde Nikolai Ostrovsky relata épicamente la construcción del socialismo al principio de la era soviética.

El primer año fuimos a Moa, un lugar en el oriente de la isla donde está una de las mayores reservas de níquel del mundo. Antes de la Revolución los norteamericanos construyeron allí una planta que separaba el níquel y el cobalto del hierro. El níquel y el cobalto eran exportados y el hierro quedaba allí en grandes cantidades. Se iba depositando en una enorme laguna de oxidación que se fue llenando hasta convertirse en un paisaje lunar. Era impresionante ver esa laguna sólida que engañaba los sentidos. Parecía líquida pero la gente caminaba tranquilamente por su superficie que era de una dureza metálica y roja.

Se contaba una anécdota interesante sobre esa fábrica, no sé si cierta, pero que nosotros creíamos y que en todo caso mostraba el ambiente de los primeros años. Al triunfo de la Revolución todos los jefes de la empresa eran norteamericanos y se fueron del país seguros de que los cubanos no serían capaces de hacer andar esa compleja fábrica. Sólo quedó un ingeniero cubano. Tal vez se quedó más por afecto a esa maravilla tecnológica y por el miedo de que fuera destruida que por amor a la Revolución. El Che, que era ministro de Industrias, le encomendó a ese ingeniero hacer andar la fábrica. La tarea era muy difícil. Él no tenía los conocimientos sobre el funcionamiento global de la empresa y los antiguos dueños se habían llevado manuales y planos. Entonces buscaron a todos los antiguos obreros que allí habían trabajado y cada uno explicó lo que hacía en las diferentes circunstancias.

Fueron reconstruyendo el proceso poco a poco y finalmente hicieron andar la fábrica y no paró más.

Habían pasado varios años desde esa historia. Ahora los cubanos querían explotar mejor su riqueza mineral. Decidieron construir una gran fábrica moderna que debería permitir la separación de los tres minerales que salían mezclados de la tierra: el níquel, el hierro y el cobalto. Si se ganaba la apuesta, Cuba podría incrementar de manera importante las ganancias por ese concepto y balancear un poco su dependencia del azúcar.

Pronto la BIJA se fue haciendo realidad. Se juntaron unos 80 muchachos y muchachas. Una quinta parte éramos latinos y el resto cubanos. Llegó el verano y partimos liderados por Tirado y Panchito, los dos militantes de la UJC impulsores de esa iniciativa. Es cierto que la idea no era totalmente original. En la Unión Soviética y en otros países socialistas se había experimentado este tipo de iniciativa en el pasado, pero en Cuba era algo nuevo. La UJC apoyó esa propuesta surgida de sus bases. Ofreció el transporte y la comida y consiguió que pudiéramos alojarnos en los dormitorios de un campamento de obreros de la construcción. La idea no era tanto la rentabilidad económica como convertir la experiencia en una forma de construcción de conciencia (generosa y comprometida) entre los jóvenes. Partimos felices y desde que los buses pasaron el túnel de La Habana empezó una aventura maravillosa.

Moa era entonces una especie de nueva frontera llena de pioneros. La tierra era roja de tanto hierro y el paisaje aparecía desolado. Al lado del camino se levantaban las barracas donde dormían los obreros de la construcción que llegaban por miles desde todo el país. Vivían allí varios meses sin visitar a sus familias. Se decía que había una mujer por cada 10 hombres y que era peligroso dejar a las chicas andar solas por el pueblo. Teníamos órdenes de acompañarlas siempre. Creo que nuestras chicas realmente perturbaban a los obreros que estaban allí en abstinencia hacía bastante tiempo. Las muchachas de la Brigada eran jóvenes y bellas y andaban con esa alegría que las hace aún más atractivas.

Trabajábamos todo el día: abriendo zanjas con martillo neumático o con pico y pala o ayudando a los albañiles en cualquier tarea. Nos tocaba desde limpiar un terreno hasta poner ladrillos o pintar. En las tardes, luego de una jornada agotadora, aún teníamos energía para encender una fogata y escuchar música, para discutir de política y para amar.

Algunas historias de amor comenzaban en el ómnibus y duraban todo el viaje. Les llamábamos relaciones «de túnel a túnel» en referencia al túnel bajo la bahía de La Habana que pasábamos al salir y al volver. Otras duraban más. En la Brigada había un grupo numeroso

de chilenos. Entre ellos mi amigo Alejandro, Javier Cabieses, Noelle Pascal, Patricia Andrade, Paula Sanjinés y el Cani, entre otros. Había uruguayos como Gonzalo Serantes, Rita y Gabriela Cultelli, José Enrique Pommerenck, Abel Sicavo, Andrés y Vivian Elena. Estaba Rodrigo que era boliviano y algún argentino como Juan Pablo Vivanco. Katia era italiana. Varios de ellos habían formado el grupo Itacumbú que ensayaba en mi casa y ahora nos ofrecía sus recitales.

Trabajábamos duro. Nos parecía estar aportando en uno de los frentes en que la Revolución estaba ganando la pelea contra el subdesarrollo. En esos años había una verdadera fiebre constructiva que significó el desarrollo de grandes obras industriales y de infraestructura: fábricas de cemento y centrales termoeléctricas. Se empezaba a construir la central nuclear de Cienfuegos que luego el derrumbe de la URSS dejó trunca. Se construían hospitales modernos como el Ameijeiras en La Habana y escuelas y universidades en todas las provincias del país.

Nos pagaban un salario por nuestro trabajo pero en la BIJA habíamos decidido que nuestro trabajo sería voluntario y que donaríamos el dinero a alguna causa. Nos reuníamos y decidíamos democráticamente el destino que daríamos a ese dinero. Ese año lo dimos a los vietnamitas, el año siguiente donamos lo ganado a las Milicias de Tropas Territoriales que se estaban organizando para resistir una eventual agresión militar de Estados Unidos a Cuba, y el siguiente a los sandinistas.

La existencia de la brigada se fue conociendo y mucha gente quiso sumarse a la aventura que se repetiría el año siguiente. No era fácil seleccionar entre tantos candidatos. Se nos ocurrió que la gente se ganara el derecho mostrando durante el año su «conciencia revolucionaria». Para probarla debían trabajar voluntariamente los domingos en la construcción del Palacio de los Pioneros, en el Parque Lenin. Así es que había que trabajar gratis los fines de semana para ganarse el derecho a ir durante las vacaciones a trabajar gratis. Nunca nos faltaron aspirantes.

En junio de 1978 Laura y yo ya estábamos juntos. Cuando ella supo que en unas pocas semanas iríamos a Moa quiso ir con nosotros. El año ya estaba avanzado y ella, que no sabía de este asunto antes, no había asistido a suficientes trabajos voluntarios los fines de semana. Le dije que no podría ir. Quería ser coherente. Más aún tratándose de mi novia. Por suerte Alejandro, que era más tolerante, me mandó al diablo y le dijo a Laura que ella iría de todas formas. Así fue como ella se incorporó a la BIJA.

Una vez alguien descubrió que había un barco de cemento atracado en el pequeño puerto de Moa y que si nos enrolábamos como estibadores podíamos ganar mucho dinero. Allá fuimos. La jornada fue agotadora. Eran 12 horas seguidas metidos en las bodegas de ese enorme

barco cargando sacos de cemento que parecían pesar una tonelada. Desde dentro de la bodega del barco poníamos las bolsas de cemento en una plancha de madera que luego una grúa levantaba y ponía en el muelle. Allí otros compañeros se encargaban de transportar los sacos a los camiones.

El calor era agobiante. Algunos sacos se rompían y al poco rato trabajábamos en medio de una nube de cemento. El polvo penetraba y quemaba las heridas que se iban abriendo en nuestras espaldas maceradas por riachuelos de sudor. El ritmo era muy fuerte y con el paso de las horas el cansancio fue haciéndose abrumador, pero teníamos una energía que parecía inagotable y nadie quería darse por vencido. Cuando terminamos la jornada laboral y volvimos al campamento era tarde en la noche. Estábamos exhaustos pero felices y nos dimos un baño reparador bajo las duchas. El agua en Moa es dura y el jabón no hacía espuma ni lograba sacar el cemento que estaba metido en las heridas abiertas. Las caricias reparadoras de nuestras compañeras nos supieron a gloria.

El año siguiente la BIJA fue a Las Tunas. Una ciudad de Oriente donde se estaba construyendo una fábrica de vidrio también muy grande. Se acercaba el carnaval que en Cuba significa tres días de asueto y consumo de cerveza sin parar. Para muchos es la fiesta más importante del año. Esa vez, justo antes de que llegáramos, un obrero resbaló dentro de una de las enormes tolvas que se estaban levantando. Cayó desde muchos metros de altura y atinó a decir sus últimas palabras antes de morir: «coño,³ ¡me perdí el carnaval!».

Nos enteramos de que podíamos trabajar algunas horas vendiendo cerveza en el carnaval y allá fuimos. Todo era bueno para recaudar el dinero que donaríamos a alguna causa noble. A varios nos tocó trabajar en un puesto de venta de cerveza. Teníamos un tanque con un grifo del que salía la cerveza a granel y una colección de vasos de cartón. Empezó la fiesta. Por los parlantes se oía la música a todo dar y de repente estábamos rodeados de cientos de brazos que salían de una compacta masa vociferante que pedía cerveza a gritos. Atendíamos lo más rápido que podíamos. Al principio intentábamos contar bien el dinero y al rato, ya desbordados, simplemente buscábamos responder a la demanda de ese monstruo de cien cabezas. Alguna vez pusimos las monedas del vuelto dentro del vaso de cerveza pero la gente ni cuenta se daba.

Un mulato grande y fuerte con cara de boxeador se acercó con un balde de limpiar pisos: «¡llénamelo!».

3 Cubanismo de uso frecuente. Según la entonación puede ser simplemente una exclamación sin trascendencia, una muestra de sorpresa, rabia, admiración, miedo o alegría. En Cuba es casi una muletilla.

nuevo con el mismo pedido y le llenamos nuevamente el balde. Eso se repitió toda la noche. Cada vez su voz era más turbia y sus pasos más titubeantes. La gente tomaba de una manera inaudita. De madrugada cuando terminamos nuestro turno nos fuimos caminando entre un reguero de gente tirada por el piso. Dormían la borrachera un rato para venir a pedir otra cerveza en cuanto abrían los ojos. Ese ambiente duraba tres días. Esa experiencia me enseñó a respetar mucho cualquier trabajo que implique atender clientes en un mostrador.

Para regresar a La Habana esa vez nos tomamos el «tren rápido». Esa era una de las grandes obras de infraestructura que transformaba el país: una carretera de 8 vías que debía atravesar la isla entera pero que llegaba por el momento hasta Las Villas, un tendido de cable coaxial que debía permitir el tráfico de datos y el famoso tren rápido que se decía que hacía el trayecto Holguín-La Habana en sólo 8 horas. Así es que subimos a ese tren con la intención de llegar en poco tiempo. Pero el viaje duró en realidad 24 horas. El tren avanzaba largos trechos a paso de tortuga o paraba por razones inexplicables. Lo más increíble que nos pasó fue cuando sentimos que el tren paraba en seco en medio de un cañaveral. Los pasajeros nos asomamos curiosos y nos encontramos en medio de un océano verde. La caña de azúcar ondeaba al viento en todas direcciones hasta perderse de vista. Atónitos observamos que la locomotora desenganchaba y se iba. Allí quedamos unos cuantos vagones por un par de horas en medio de la inmensidad verde. No hubo ninguna explicación. Un rato después la locomotora volvió, enganchó los vagones y seguimos viaje. La explicación más natural que nos dimos todos era que el maquinista había ido a visitar a una novia que tenía por allí.

Cada año la Brigada preparaba la nueva expedición y cada año era una experiencia extraordinaria. Allí nos hicimos amigos entrañables. Esos veranos marcaron profundamente la vida de muchos de nosotros. Eran una mezcla perfecta de altruismo y alegría. La UJC se dio cuenta del enorme valor simbólico de esa experiencia. Luis Orlando Domínguez, el Secretario General de la Juventud Comunista que era una de las figuras políticas prominentes del país, nos homenajeó con un banquete y nos felicitó por la idea. Poco tiempo después la UJC empezó a promover que en todas las escuelas del país se impulsaran iniciativas similares. Los Comités de Base locales de la Juventud Comunista debían movilizar a los jóvenes para que fueran en el verano a hacer trabajos voluntarios. Los diarios anunciaban victoriosos que «miles y miles de jóvenes cubanos se movilizarán en el verano para colaborar voluntariamente en la construcción...».

Algunos años más tarde, en la Universidad, mi mejor amigo era Igor. Un muchacho alto y rubio de madre ucraniana y padre cubano. Éramos inseparables y nuestra amistad alimentaba numerosos chistes

sobre «el yanqui y el ruso» que siempre andaban juntos. Él era muy inteligente y nos complementábamos muy bien. Juntos estudiábamos ingeniería y juntos íbamos descubriendo algunas incoherencias del discurso político.

Nos interesaba mucho entender el tema de la discusión entre Stalin y Trotsky. Los dos personajes habían sido prácticamente eliminados del discurso oficial o eran descritos en términos muy simplistas y claramente falsos. Recuerdo cuando descubrimos alborozados el testamento político de Lenin. Saber que ese documento recién había sido develado luego del XX congreso del PCUS en 1956 (más de treinta años después de la muerte de Lenin) nos causaba asombro y nos hacía cuestionar muchísimas de las cosas que habíamos aprendido del discurso oficial.

Igor era un muchacho inquieto y revolucionario pero a quien le gustaba pensar por sí mismo. No era dogmático y tampoco alguien que se dejara llevar por consignas. Le molestaba profundamente la mediocridad y el oportunismo. Era también un autosuficiente como decíamos entonces. Aunque él decía: «autosuficientes son los que se creen los mejores sin serlo. Yo soy «suficiente» porque no es que me lo crea, sino que soy el mejor». Quizás eso le creaba algunos enemigos. No lo sé. En todo caso la historia que quiero contar lo tiene a él como protagonista.

Un día pasaron en la clase una hoja para que aquellos que iban a ir a trabajar en el verano se inscribieran. Si alguien no iba a ir debía poner la razón en una columna al lado. Tanto Igor como yo pusimos que ese año no iríamos y nos negamos a poner ninguna explicación para ello. Argumentamos que exigir una justificación implicaba que no se trataba de una actividad voluntaria y vaciaba de contenido toda la idea. «De ningún modo compañeros. La actividad es voluntaria pero hay que poner la justificación», nos respondieron ofuscados los dirigentes de la Juventud Comunista. Prácticamente nadie había marcado que iría. Tenían justificaciones de todo tipo: tías enfermas o abuelas que debían visitar. Parece que era una ofensa que pusiéramos en duda el procedimiento y la condición voluntaria.

Pasaron los días y se acercaba la Asamblea de la Conciencia Comunista. Se trataba de una reunión anual donde el colectivo era soberano para tomar medidas drásticas ante actitudes consideradas antisociales o contrarrevolucionarias. Por ejemplo, alguien que había cometido fraude podía ser expulsado de la Universidad por la asamblea y esa decisión no podía ser revocada ni siquiera por las autoridades universitarias. Recuerdo el caso de una muchacha que había hecho fraude y a quien la asamblea había castigado con la expulsión por dos años. El secretario del Partido en la Facultad estuvo allí suplicando clemencia sin tener suerte.

Convivían esas cosas: por un lado una estructura centralista y vertical con el Comandante en Jefe a la cabeza y la estructura del Partido y la Juventud que eran capaces de escuchar a la gente y de dar orientaciones que en general se cumplían; por otro lado el llamado a la toma de decisiones a nivel de la base en asambleas soberanas. Ese poder de la base podía ser sublime o terrible según quien estuviera al mando local o según quien controlara la asamblea.

A medida que pasaban las semanas, la situación se iba poniendo cada vez más tensa para nosotros. La secretaria del Comité de Base de la UJC era una oportunista que olió la posibilidad de mostrar su intransigencia y se ensañó con Igor. En pocos días ya todas las tías enfermas de los militantes de la UJC se habían curado por arte de magia y la lista de aquellos que irían a trabajar en el verano se había ampliado considerablemente. Cada mañana nos preguntaba: «¿Ya lo pensaron? ¿Van a decir por qué no van?»

Pedí una reunión y les expliqué que personalmente había sido miembro del grupo que había originado esa idea (la BIJA) y que ellos estaban convirtiendo una excelente iniciativa en una farsa. Intenté convencerlos de que puestas así las cosas toda la idea del trabajo de los jóvenes en el verano era contraproducente. No hubo caso. Me perdonaban a mí que estaba en cierta forma «protegido» por mi militancia en una organización hermana (además de que a esas alturas ya se sabía que tenía una verdadera razón de peso: viajaría al extranjero ese año). Pero Igor que era más frágil, resultaba presa fácil, carne fresca. Se acercaba la reunión y la situación se hacía más angustiosa cada día. Yo no sabía qué hacer. La noche anterior a la asamblea Igor habló conmigo. «¡Me van a joder! ¡Estoy casi al final de la carrera y me van a joder estos hijos de puta! ¿Qué hago?» No supe qué responder. Le dije que estaría con él en lo que decidiera hacer pero lo cierto es que era él quien estaba corriendo el riesgo y no yo.

En la asamblea había varios profesores. Todos estaban expectantes ante lo que pasaría. La situación se comentaba en voz baja y había corrido como reguero de pólvora por toda la Facultad. Empezó la asamblea y muchos hablaron. Intervine intentando convencer de que Igor tenía derecho a decidir libremente. Al final llegó el turno de uno de los líderes de la UJC y empezó a hablar de una manera que quedaba claro que acabaría con Igor. Entonces Igor pidió la palabra y exigió hablar. Simplemente dijo: «voy a ir este verano al trabajo voluntario». Se me derrumbó el mundo. Igor había salvado su carrera y esos hijos de puta habían asesinado la idea misma de la BIJA y habían destruido a Igor, que me miraba con la cara tensa y seria, pálido e impávido. Llegó el verano y una epidemia de dengue provocó la suspensión de los trabajos estudiantiles en el verano. Fue como si la divina providencia hubiera

actuado para que nadie tuviera que ir a trabajar. En particular ninguno de los inquisidores fue ese verano a trabajar. Pero Igor sí fue a trabajar ese verano. Él quería hacerse unos pesos y consiguió un puesto en una fábrica de calzado plástico. Fue el único.

Veinticinco años después Igor me buscó por Google y me encontró. Nos escribimos por correo electrónico. Él había estado en Angola. En los años noventa se fue de Cuba desilusionado por unas cuantas cosas parecidas a esta historia. Vive ahora en Miami con su mujer y su hija. Sus correos están cargados de bronca. Siento en ellos un fondo de odio a la Revolución cubana y a Fidel. Intenté mantener una correspondencia con él pero me fue difícil pues entre tanto habíamos divergido ideológicamente con la ayuda eficaz de la hijoputez humana.

LA CUJAE

En 1978 empecé mis estudios de ingeniería en el Instituto Superior Politécnico José Antonio Echeverría (ISPJAE). Ese instituto surgió cuando separaron las ingenierías y la arquitectura de la vieja Universidad de La Habana y se construyó en las afueras de La Habana la Ciudad Universitaria José Antonio Echeverría (la CUJAE) para albergar esas carreras.

La CUJAE era un campus moderno, formado por un conjunto de edificios alargados que se comunicaban por largos pasillos cubiertos, con bancos y macetas con plantas. En los numerosos jardines y plazas interiores abundaban los árboles, entre ellos bellos mangos y jacarandás. El campus se extendía sobre muchas hectáreas e incluía instalaciones deportivas, dormitorios y laboratorios. Cada Facultad tenía uno o más edificios. Yo estudiaba en la Facultad de Cibernética, Electrónica y Telecomunicaciones cuyo edificio era uno de los más cercanos a la entrada principal.

Laura estudiaba en la Facultad de Arquitectura. Nuestros amigos Gonzalo y Vivian lo hacían en la Facultad de Ingeniería Civil y mi hermana Sarah en la de Ingeniería Química. Las carreras relacionadas con la generación y distribución de la energía eléctrica conformaban una Facultad aparte. Frente a Arquitectura había una pequeña plaza que llamábamos «Plaza Ampère». Era un juego de palabras que hacía referencia al Amperio, unidad de medida de la corriente eléctrica que se define como un coulomb por segundo. En un acto típico del humor cubano se decía que por allí pasaba «un culón por segundo».

A unos 200 metros se elevaba majestuoso un ingenio azucarero que marcaba la zona con todo el movimiento propio de una fábrica de ese tipo. Cuando uno iba llegando a la CUJAE era recibido por decenas de árboles de mango que bordeaban la carretera. En cierta época del año esos árboles estaban cargados de las frutas maduras con sus amarillos rojizos destellando al sol. La ubicación de la CUJAE, un tanto alejada del centro de la ciudad, obligaba a tomar un ómnibus que a veces esperábamos por mucho tiempo. Durante los años que viví en Cuba el transporte siempre fue un problema. Era común que las muchachas hicieran dedo y muchas conseguían aventones. Nosotros quedábamos esperan-

do mientras las veíamos alejarse en el auto que las había recogido. Era necesario salir muy temprano de casa para no llegar tarde a clases.

Cuando entré al ISPJAE los cubanos sufrían aún de la falta de profesores calificados. La construcción de un cuerpo académico es un proceso que lleva mucho tiempo. Se decía que al principio de la Revolución habían quedado pocos profesores universitarios y que durante un tiempo los estudiantes más avanzados habían tenido que asegurar los cursos de los más jóvenes. Cuando yo ingresé la situación era bien diferente, pero muchos profesores eran aún muy jóvenes o se estaban formando todavía. Los cubanos daban soluciones muy inteligentes a sus problemas y pensaban a largo plazo, cosa que aún hoy es difícil de encontrar en América Latina. Habían enviado al extranjero a muchos profesores a formarse en las más diversas ramas. Para estudiar matemáticas o física los enviaban a la URSS o a Hungría y para formarse en temas más técnicos buscaban países occidentales. Casi todos regresaban al concluir sus estudios: había esa energía tan especial que se crea en los lugares donde se está construyendo un proyecto colectivo.

Los cinco que fueron a especializarse en microelectrónica a Canadá volvieron con sus maestrías más o menos al mismo tiempo que yo empezaba mis estudios universitarios. Llegaron llenos de energía y crearon el Centro de Investigaciones en Microelectrónica donde experimentaban con el diseño y construcción de los primeros circuitos integrados. Escuché que construyeron una Unidad Aritmética y Lógica (ALU) de 4 bits. Eso era algo muy avanzado para la época en el contexto de nuestro continente.

Cuando estaba en los primeros años de la carrera me hice ayudante de laboratorio de física y entré en un mundo fascinante. Los profesores estaban experimentando con la holografía. El haz de luz recorría la habitación rebotando en espejos y pasando por diversas lentes. En el medio de ese laberinto aparecía como por arte de magia el holograma. Era impresionante ver un cerebro aparecer flotando en el medio de la nada. Me impactó especialmente el holograma de un tablero de ajedrez. Me movía y podía ocultar la torre con la dama: tan real era la tridimensionalidad.

También a nivel universitario se aplicaba el principio de la combinación del estudio con el trabajo. Cada año trabajábamos un tiempo. Al principio un mes y progresivamente más hasta llegar a un par de meses en el último año de la carrera. Los primeros años hacíamos trabajos muy básicos. Se consideraba que un ingeniero o un arquitecto debían vivir la experiencia de hacer con sus propias manos el trabajo de aquellos a quienes algún día quizás dirigirían. Así es como Laura, que estudiaba arquitectura, trabajó como ayudante de albañil en sus primeros años y a medida que avanzó en sus estudios fue dibujante o

ayudante de arquitecto. Yo trabajé los primeros años en la línea de producción de una fábrica de radios. En el último año me tocó trabajar en el Laboratorio Central de Telecomunicaciones que era el lugar donde el Ministerio de Comunicaciones experimentaba las nuevas tecnologías que estaba incorporando.

Los cursos no se caracterizaban por ser muy profundos pues los profesores eran a veces muy jóvenes. Pero la formación globalmente no era mala. Pude verificarlo cuando me presenté en París unos años después para inscribirme en un posgrado en robótica. Yo apenas balbuceaba algunas palabras de francés y estaba nervioso cuando fui a la entrevista a que sometían a cada candidato. Éramos 120 de los cuales iban a seleccionar unos 30. Entré al cuarto y me encontré con cuatro profesores franceses. Uno de ellos empezó a mirar mis calificaciones y el plan de estudios que, debidamente legalizados, llevé conmigo desde Cuba. Sonrió y me dijo: «veo que usted obtuvo 5 sobre 5 en Materialismo Dialéctico y 3 sobre 5 en Teoría de Circuitos». Intenté explicarle en mi francés rudimentario que en Cuba estudiábamos marxismo como una asignatura más. Que era una asignatura obligatoria. Luego de algunas preguntas más del tipo «¿por qué quiere estudiar robótica?» me aceptaron y me dijeron que podía empezar pero que no sabían si había acuerdo de equivalencia entre Cuba y Francia por lo cual tenían dudas sobre la inscripción formal. Me recomendaron seguir los estudios con normalidad mientras esperaba la respuesta oficial. Si al final de año había reválida me darían el título y, si no, algo habría aprendido de todas formas. Acepté con gusto y eso hice. Por suerte hacia el final del año lectivo llegó la respuesta positiva de la administración respecto a la reválida y pude tener el diploma que luego me abrió el camino en el que he estado ya más de veinte años. En la fiesta de fin de clases, entre copas de vino, una de las profesoras que había estado en esa entrevista inicial me confesó que conmigo habían hecho una apuesta. Querían ver qué pasaba con ese «cubano».

Cuando me gradué en Cuba estaba entre los mejores expedientes de mi promoción. Unos tres años después empecé a estudiar ese posgrado en Francia y me encontré que era parte del grupo de los 3 ó 4 alumnos más atrasados de la clase junto a un tunecino, un argelino y un vietnamita. Sin dudas tenía el problema del idioma, pero lo más notorio era una formación mucho más pobre en matemáticas. Lo pude comprobar casi a diario: los franceses habían aprendido en el liceo a pensar de otra forma. La enseñanza de las matemáticas se basaba en demostraciones y generalizaban mucho más los conceptos. Luego en Uruguay, país de tradicional influencia francesa en la educación, verifiqué que mis estudiantes uruguayos de ingeniería también me superaban en ese aspecto.

En términos generales, en Cuba los fundamentos teóricos eran más débiles que los que recibían los estudiantes franceses o uruguayos. Pero eso estaba compensado por otros aspectos de nuestra educación. Había un importante componente práctico, aun con medios escasos, que los cubanos introducían en clase. Ello incluía un acercamiento al diseño y a la experimentación y numerosos laboratorios. El principio de la combinación del estudio y el trabajo, que era casi un dogma, ayudaba mucho a crear habilidades y a hacer madurar al estudiante. Había también el aspecto más holístico o integrador que introducían las asignaturas sociales que toda carrera tenía en Cuba.

Pero había algo aún más general: la noción de que podíamos hacer lo que nos propusiéramos, sin complejos. Eso era cierto a nivel de sociedad pero también en tanto personas. Ese estado de ánimo lo permeaba todo. Cuando los cubanos se lanzaban a construir sus propias computadoras o enviaban a decenas de profesores a hacer sus doctorados estaban enviando una señal muy fuerte hacia adentro también. Había una voluntad nacional de avanzar y una estrategia para hacerlo y nosotros sentíamos esa energía colectiva.

En los años setenta la Revolución ya estaba consolidada. Ahora el tema era construir en serio la nueva Cuba, su economía, su sociedad, y por tanto pensar más a largo plazo. Los cubanos definieron algunos sectores estratégicos donde invertirían sistemáticamente por años buscando posicionarse a un nivel de excelencia. Uno de esos sectores fue el de la biotecnología y la medicina. Crearon varios centros de investigación bien dotados, formaron recursos humanos, trabajaron seriamente por años y años. Y hoy son efectivamente una potencia en medicina y en biotecnologías. Exportan medicamentos, dan servicios médicos a buena parte del mundo y han logrado un importante desarrollo en ese campo.

También la electrónica había sido definida como un sector estratégico. Se había establecido una especie de división internacional del trabajo entre los países socialistas, que abarcaban en esa época a casi un tercio de la población mundial. Cuba exportaba azúcar a Europa del Este. Pero no quería seguir siendo simplemente un exportador de productos primarios y se empezaba a preparar para producir circuitos integrados y algunos aparatos electrónicos para exportar a todo el campo socialista. Mientras yo estudiaba en el ISPJAE junto a muchos futuros ingenieros de ese sector, en la provincia de Pinar del Río se construía una fábrica de circuitos integrados. Allí se pretendía producir los circuitos integrados de la serie 74XX (que en la época eran muy populares) para abastecer a buena parte del mundo socialista.

Los cubanos tuvieron menos suerte en la electrónica que en la medicina. En los años ochenta el campo socialista se hundió en una crisis terminal y luego el socialismo fue barrido de todos los países de Eu-

ropa, incluyendo a la URSS que desapareció como tal. Con ello dejó de existir, entre muchas cosas, el mercado común socialista y proyectos como el de la fábrica de circuitos integrados de Pinar del Río. Creo que nunca funcionó realmente y muchos de mis compañeros de estudios trabajaron luego en empresas cubanas que importaban piezas y armaban computadoras en Cuba. Pero en aquellos años, mientras estudiábamos, teníamos esa ilusión muy fuerte de que en nosotros estaba formándose el conjunto de ingenieros que trabajarían en ese sector estratégico. Y más allá de que no se logró el desarrollo que se había planificado para el sector, los ingenieros formados en esa época desarrollaron otras áreas como la de los equipamientos médicos.

En Cuba existe el Servicio Militar Obligatorio y todo ciudadano varón debe hacerlo. Pero «ir al servicio», que duraba dos años, cortaba los estudios de los jóvenes. De modo que aquellos que demostraban ser buenos estudiantes podían ir a la Universidad en vez de hacer el servicio militar. Durante los estudios universitarios hacían el entrenamiento militar y terminaban su carrera universitaria como oficiales de la reserva. Así es que mis compañeros cubanos tenían un día por semana de clases con asignaturas específicamente relacionadas con temas militares y un período de entrenamiento intensivo a fin de año que duraba algunas semanas. Todos nos graduábamos con el título de ingeniero en telecomunicaciones pero ellos culminaban además como oficiales de comunicaciones del ejército.

Las mujeres y los extranjeros estábamos exentos de esa formación. Eso nos dejaba tiempo libre pero también nos mostraba que a pesar de vivir allí y sentirnos cubanos, no lo éramos. No ser cubanos nos daba ciertos privilegios, el más notorio era la libertad de viajar al extranjero. Por otro lado no podíamos recibir entrenamiento militar como cualquier cubano (y la situación de tensión con Estados Unidos por momentos nos hacía pensar que no tener ese entrenamiento era un problema), ni enrolarnos en una misión internacionalista como tantos de nuestros amigos cubanos. Tampoco podíamos militar en el Partido.

Había unos cuantos estudiantes extranjeros en el ISPJAE. La mayoría eran jóvenes provenientes de «países hermanos» (aquellos donde había triunfado recientemente una revolución o que se habían independizado) o provenientes de países que estaban todavía luchando por su libertad y que Cuba apoyaba con becas. En mi grupo había cuatro palestinos con quienes conversábamos largas horas sobre su lucha. Eran militantes del Fatah, el FPLP y el FDLP, distintos grupos que luchaban contra la ocupación de Palestina. Había una muchacha de Sudáfrica. El ANC luchaba aún por el fin del Apartheid y Mandela estaba en la cárcel desde hacía muchos años. Había varios estudiantes angolanos, vietnamitas y un muchacho de Laos que nos impactaba con su hermosa caligrafía.

Mi amigo Chernov venía de Guinea Bissau y su familia era polígama: tenía un padre, cinco madres y un montón de hermanos. Me contaba detalles sobre el funcionamiento del tipo de sociedad donde él había vivido casi toda su vida y que para mí era totalmente extraña. Un día me contó una situación que se dio en su familia: dos de las madres tenían algún problema entre ellas y no se llevaban bien. Para resolver el asunto su padre embarazó a ambas y al nacer intercambió a los bebés. Según Chernov eso resolvió el problema.

Varios profesores me dejaron una profunda impresión. Albín Salas había estudiado en Hungría y trabajaba en procesamiento de señales. Se interesaba entonces por el teletexto que recién empezaba a implementarse de manera comercial en algunos países. Él me dirigió el trabajo final que fue el estudio de un módem. La transmisión de datos empezaba a popularizarse y alcanzar velocidades de transmisión de 2400 baudios en una línea telefónica era algo que causaba orgullo. Las cosas que hoy son comunes parecían inauditas entonces.

Marante era un mítico profesor que sabía mucho sobre antenas. Tenía la oficina en el último piso de la Facultad. En su mesa de trabajo había un cráneo que tenía escrito en la frente «fui lo que eres, soy lo que serás». Marante no era muy riguroso en sus clases pero desbordaba de sabiduría práctica que nos transmitía con generosidad y buen humor. Llenaba el pizarrón con las ecuaciones de Maxwell y luego nos decía: «Muchachos, esas ecuaciones son fantásticas para conquistar una muchacha en la guagua. Ustedes abren la libreta en esa página y están asegurados» y luego pasaba a explicarnos cómo bajar esas complicadas ecuaciones a tierra y construir prácticamente las antenas.

Ese estilo era simpático pero a veces me molestaba. Una vez nos había solicitado un trabajo que preparé con mucho cuidado. Lo llevé a su oficina para discutirlo tal como él lo había exigido en clase. Cuando llegué me dijo sin siquiera mirarlo «déjalo sobre la mesa, estás aprobado» y me invitó a juntarme al resto de los muchachos que allí estaban, jugando *ping-pong* y tomando cerveza. Así era Marante.

Años después el gobierno norteamericano instaló la Radio Martí y la TV Martí como parte de su acción propagandística contra la Revolución. Invirtieron mucho para lograr que esos medios llegaran cotidianamente a todos los hogares cubanos. Instalaron las antenas transmisoras en el límite de las aguas jurisdiccionales cubanas, en barcos o globos. Se decía que Marante era uno de los expertos que elaboró las contramedidas cubanas que han neutralizado por años a TV Martí convirtiendo toda la empresa en un enorme gasto de dinero que no puede cumplir su objetivo inmediato. Nosotros admirábamos la proeza técnica de esa victoria en la guerra constante que nos enfrentaba con los yanquis.

Popi era un personaje singular. Un mulato atlético que había ido

a estudiar una maestría en metrología en Gran Bretaña a fines de los años setenta. Mientras estaba allí descubrió los microprocesadores que apenas empezaban a aparecer entonces. Popi se dio cuenta de su potencial y se puso a estudiarlos a pesar de que no era ese su destino original. Cuando volvió a Cuba venía convencido de que por allí pasaba el futuro de la computación y propuso dictar un curso sobre microprocesadores en el ISPJAE. Como parte del esfuerzo por desarrollar la electrónica, los cubanos habían decidido en los años setenta construir computadoras en Cuba y a pesar del bloqueo se las arreglaron para llevar a Cuba una PDP11, la popular computadora de Digital. Esa máquina fue «fusilada» como se decía entonces. La copiaron detalle a detalle y empezó la producción en serie de lo que se llamó «la primera computadora cubana». La llamaron CID-201-B, era una copia fiel de la PDP11. Esa máquina estaba construida con la tecnología de la época, previa a la aparición de los microprocesadores.

Cuando Popi regresó con su propuesta del uso de los microprocesadores rompió esquemas y quizás amenazó la posición de algunos. Los microprocesadores iban a revolucionar la tecnología que estaba en el corazón de las CID-201-B y en cierta forma su aparición significaba el fin de ese tipo de máquinas. Lo cierto es que no fue bien vista esa idea que cambiaba completamente el rumbo trazado en la computación. Popi no se achicó. ¿No lo dejaban dictar un curso curricular? pues dictaría un curso extracurricular, aun sin créditos, para el que quisiera ir. Puso unos carteles anunciando el curso que se dictaría en horarios imposibles: muy temprano en la mañana o los fines de semana. Y los cursos se empezaron a llenar de gente.

Yo asistí a uno de ellos. Se basaba en el microprocesador 8080 de Intel. Recuerdo una frase de Popi que me llamó la atención. Decía que en la implementación de un sistema, el *hardware* y el *software* conforman una contradicción dialéctica. Usando esa metáfora de inspiración marxista explicaba cómo en ciertas soluciones es más importante un aspecto y en otras el otro. Por esos cursos fueron pasando cientos de personas. Y los años le dieron la razón a Popi. Los microprocesadores efectivamente reemplazaron a los componentes discretos en todo el mundo y cambiaron la historia de la computación. Popi se convirtió en la referencia nacional en el tema.

En sus clases de diseño lógico usaba todo el tiempo ejemplos sacados del ambiente deportivo. Debíamos por ejemplo diseñar un tablero que mostrara los resultados del básquetbol, del vóley, del boxeo. Cada deporte tenía reglas diferentes y generaba un nuevo ejercicio, por lo demás divertido. Para la prueba final nos dijo que iba a permitir el uso de materiales durante la prueba, que pondría tres ejercicios y que le daría la nota máxima a aquel que resolviera correctamente al menos uno de los ejercicios.

Habíamos formado un excelente grupo de estudio con Igor Paklin y algunos amigos que a veces se sumaban a nosotros. Entre ellos Carlos, un amigo guatemalteco. Igor y yo teníamos excelentes notas, pero Carlos tenía algunas dificultades. Nuestro método de estudio para los exámenes incluía una revisión completa de la materia y luego hacíamos varios exámenes. En general los inventábamos nosotros mismos. Terminábamos en una sesión el día anterior al examen. Cada uno le ponía al otro un examen y lo resolvíamos individualmente. Luego de terminado el tiempo asignado a la solución discutíamos los resultados. Esa noche nos relajábamos y muchas veces nos íbamos al cine.

Así llegó el día del examen de la asignatura de Popi con su modo singular de calificación. Antes de empezar señaló a unos 4 ó 5 compañeros. Entre ellos a Igor y a mí. De un modo bastante arbitrario nos dijo que podíamos irnos, que teníamos la nota máxima. Nos levantamos sorprendidos y nos fuimos felices. Al resto del grupo le puso el examen. Resultó que uno de los ejercicios era un tablero para algún deporte que no había sido nunca solicitado en clase pero que nosotros habíamos incluido en nuestros «exámenes finales de estudio» el día anterior. Como estaba permitido el uso de materiales Carlitos simplemente transcribió el ejercicio que tenía en su libreta y se sacó la nota máxima: había resuelto un ejercicio completo.

En general los profesores eran más convencionales que Popi. La amplia mayoría eran docentes muy serios y que hacían su trabajo con calidad. Había por supuesto también malos profesores. Recuerdo a un profesor de Materialismo Dialéctico que dictaba teóricos ante un auditorio. Leía directamente y con voz monocorde unas fichas donde tenía escrita la clase. Pronto alguien descubrió que lo que estaba en las fichas era la transcripción textual de un manual soviético. La gente se compró el manual y aquellos que no se quedaban dormidos iban leyendo a la vez que el profesor. Se fue formando un murmullo en voz baja. Un día el profesor paró y el coro siguió un par de palabras. Cuando el profesor continuó su lectura y repitió las mismas palabras estalló una carcajada general y quedó totalmente en ridículo.

La carrera incluía Materialismo Histórico, Materialismo Dialéctico, Economía Política y un par de cursos más sobre la historia del movimiento revolucionario internacional. Algunos profesores de estos ramos sociales hacían la clase más interesante e intentaban generar debates sobre diversos temas. Una vez la profesora planteó que el capitalismo «era incapaz de llevar adelante la revolución científico técnica con éxito». La idea básica era que el capitalismo desarrollaría esa revolución con criterios de lucro y por tanto ajenos al bien común y que ello eventualmente llevaría al mundo a la guerra y al desastre. Levanté la mano y pregunté «¿cómo se explica entonces el avance que tienen

Japón y los Estados Unidos en la electrónica si el capitalismo no puede llevar adelante con éxito la revolución científico técnica?». Se generó un gran debate. Mi pregunta, provocadora, buscaba justamente eso. No faltó alguno que señalara que esa pregunta mostraba mi «diversionismo ideológico». Pero la verdad es que en esos tiempos la militancia en el MIR y mi interés personal me habían llevado a estudiar bastante a los clásicos y era capaz de sostener una discusión de esas. Terminé citado a la oficina de la profesora para discutir el tema con ella y con el responsable de la cátedra, en buenos términos.

El bloqueo al que estaba sometida Cuba afectaba fuertemente la disponibilidad de libros y revistas. Los profesores que iban a estudiar al extranjero traían los mejores libros que encontraban. Una selección de esos libros eran «fusilados», es decir copiados y reproducidos por las «Ediciones Revolucionarias» sin pagar derechos de autor. Así estudié por ejemplo con el clásico *Microelectronics* de Millman y Taub. Los libros «fusilados» podían tener ediciones de decenas de miles de ejemplares. No sé qué pensarían Millman y los otros autores pero suponía que estarían orgullosos de saber que sus libros eran usados por tantos jóvenes. Luego supe una anécdota que sucedió con ese profesor en Uruguay. La Universidad de la República invitó a ese mismo Millman a visitarlos y el gran profesor estuvo algunas semanas trabajando con ellos. Antes de irse le preguntaron qué le había parecido el Uruguay y respondió entre otras cosas que el país «le parecía demasiado socialista».

Buena parte de los libros eran soviéticos. La mayoría eran de la editorial MIR (que quiere decir paz en ruso) y que se dedicaba a publicar en idiomas extranjeros obras académicas de autores soviéticos. Muchos eran excelentes libros, pero en general se diferenciaban de los norteamericanos en que tenían un estilo mucho más árido y aburrido, con un lenguaje plano y muchas veces una pésima traducción. Los libros de la editorial MIR eran muy baratos y fueron muy usados no sólo en Cuba. A lo largo de los años los he encontrado en librerías de París, Montevideo y Buenos Aires y siguen siendo muy apreciados aún hoy.

Los soviéticos, como los norteamericanos o los franceses, eran celosos de su contribución nacional a la historia de los descubrimientos científicos. Parece que cada uno de esos «países centrales» ha ido construyendo un discurso «patriótico» un tanto imperial en ese aspecto. El tema se convirtió en una parte ridícula de las escaramuzas de la guerra fría. Casi cada una de las leyes clásicas de la física y la electricidad tenía un nombre occidental y un nombre ruso en honor a los «descubridores» a quienes cada parte otorgaba la paternidad.

Los soviéticos sostenían que la radio había sido inventada por Popov antes de que Marconi presentara su propio desarrollo. Argumentaban que Popov demostró primero la transmisión de radio ante los za-

res, pero que ellos no le dieron gran importancia. Decían que Marconi propuso su patente más tarde y logró comercializar el invento, lo que permitió su verdadera generalización. Creo que los rusos tenían razón, al menos es lo que dice Wikipedia, pero el tema en aquellos tiempos se había convertido en un absurdo «problema de principios». Una vez un profesor dijo en nuestra clase: «cuando Popov inventó la radio...» y una voz respondió desde el fondo del salón: «sintonizó la BBC de Londres». La carcajada fue general.

El régimen de estudios era de tiempo completo. A veces las clases empezaban a las 7 u 8 de la mañana y podíamos tener actividades todo el día. No estaba permitido estudiar y trabajar a la vez. La idea era que uno debía concentrarse exclusivamente en el estudio. Aducir razones económicas para trabajar no era aceptable como justificación. Si un estudiante tenía dificultades económicas que le hacían difícil estudiar se le daba una beca de 30 pesos por mes que era una cifra importante. La mayoría de los cubanos ganaba menos de 200 pesos mensuales. Además, esos estudiantes «becados» tenían derecho a un carné que les permitía alimentarse en el comedor universitario y eventualmente les daban una cama en alguno de los dormitorios del campus. De modo que nadie dejaba de estudiar tiempo completo por razones económicas.

La mayoría de los habitantes de los dormitorios eran estudiantes extranjeros. Recuerdo a Minh, uno de los mejores amigos de Laura, que era vietnamita y cuya historia es bien representativa de esos tiempos. Varios de sus hermanos combatieron en la guerra. Minh tuvo el privilegio de poder dedicarse a estudiar. Era brillante y el gobierno vietnamita permitía en cada familia que un hijo no fuera a la guerra. Contaba con orgullo que recibió de manos del mismísimo Ho Chi Minh una canasta de regalos por ser uno de los mejores estudiantes del país. Cuando culminó sus estudios secundarios tuvo la oportunidad de ir a formarse al extranjero. Quería estudiar matemáticas y escogió en consecuencia Hungría, que era vista dentro del campo socialista como el mejor lugar en esa área. Se esmeró para aprender el húngaro que es uno de los idiomas más difíciles que existen en el mundo y se preparó mentalmente para ir a vivir a Hungría. Pero llegado el momento el Partido Comunista de Vietnam decidió que él no iría a ese país por el riesgo de «contaminación ideológica» que implicaba. ¡De modo arbitrario decidieron mandarlo a Cuba a estudiar arquitectura! Y allí estaba, siempre de buen humor y con su brillantez a cuestas. Era una excelente persona y un gran amigo de mi compañera a quien ayudaba muchas veces a colarse en el comedor estudiantil que estaba reservado para los becados.

Han pasado muchos años y el mundo ha cambiado tanto que lo que para nosotros era natural o lógico parece ahora irreal. Unas cuantas certezas de entonces hoy parecen absurdas, mucha gente cambió su modo de pensar y el contexto general es tan distinto que uno se pregunta a veces si aquello no fue más que un sueño. Transmitir de alguna forma esas vivencias a nuestros hijos me parece esencial. Escribir estos recuerdos es un intento, contarlos cada día es otro. Y mientras tanto, no dejo de pensar en lo que sucedió. ¿Será posible explicarlo?

Yo crecí en ese ambiente. Desde chico me interesó el mundo. Observaba mucho y preguntaba más. Más tarde me dediqué a leer con avidez todo lo que me caía en las manos y fui desarrollando la habilidad de memorizar gran cantidad de hechos y datos. Poco a poco aprendí a analizar esa información. La educación que recibí fue privilegiada en ese sentido. Por un lado la comunicación cotidiana y profunda con mi madre, mis padres y sus numerosos amigos. Por otro, a partir de los nueve años la presencia constante de Fidel. Sus discursos eran verdaderas clases magistrales en las que iba desarrollando las ideas paso a paso y mostrando las causas de los problemas. Nunca bajaba el nivel ni explicaba una idea con trucos simplistas. Puede ser que a veces estuviera equivocado, pero contenía una lógica muy sólida y que permitía poner las cosas en perspectiva. Esa lógica la íbamos internalizando. Uno podía escuchar sus discursos y entender las medidas económicas que se estaban tomando, discutir los errores que la Revolución había cometido en tal o cual tema, imaginar el futuro. Había una distancia enorme entre los discursos de Fidel, inteligentes y originales, y los de la mayoría de los otros dirigentes. Había algunas excepciones como el Che, o Armando Hart, a veces. El calificativo popular para esos otros discursos sin sustancia original era lapidario: «¡qué teque, chico!». Con eso querían decir que se trataba de un discurso dogmático y aburrido.

Más tarde, ya en la Universidad, aparecieron los cursos de teoría marxista en la educación formal, basados en manuales soviéticos áridos. Pero a esa altura algunas lecturas previas y mi propio interés me permitían separar la paja del trigo. Desde los doce o trece años empecé a leer a los clásicos revolucionarios. Los que el discurso oficial acepta-

ba, como Marx, Engels, Lenin, el Che o Giap. Y también otros menos clásicos como «las cartas de la cárcel» de George Jackson o la autobiografía de Malcolm X. La vinculación con los revolucionarios latinoamericanos que nos frecuentaban me puso en contacto con otros autores que estaban ausentes de la biblioteca oficial, como Mao o Trotsky. Yo tenía el privilegio de estar en contacto con todos esos personajes que pasaban por casa. Discutía mano a mano con los protagonistas que estaban haciendo la historia de aquellos años: con los sandinistas sobre Nicaragua, con los miristas sobre Chile, con Manuel Sadosky sobre temas científicos, con Laurette Séjourné sobre historia o arqueología, con Cortázar, Gelman, Benedetti y tantos otros escritores sobre temas culturales.

Más tarde la vinculación con el MIR chileno me permitió acercarme a una visión más compleja de la realidad. Lo hacía desde un «espacio protegido» pues me sentía militante de un grupo respetado y reconocido como parte de la lucha general. Así pude acercarme a visiones mucho más sofisticadas que las que la «línea oficial» ofrecía.

Una parte esencial de mi formación fueron las largas conversaciones que tenía con mi madre. Charlábamos de todo y largamente. Logramos desarrollar entre nosotros un altísimo nivel de confianza y complicidad. Aún hoy leo regularmente sus diarios y es como una continuación de nuestras conversaciones de entonces. Siguen destilando su especial capacidad para relacionar los temas más generales con la vida cotidiana, es capaz de vincular una receta de cocina con las noticias de una guerra que estalla en algún lugar del mundo. En aquellos años crecíamos juntos intelectualmente. Ella iba desarrollando su pensamiento, nutrido por su propia experiencia, el feminismo y otras corrientes que se desarrollaban en los Estados Unidos. Yo por mi parte iba construyendo mi propia visión de las cosas a medida que maduraba.

Poco a poco las ideas esquemáticas que tenía de chico se fueron diluyendo en un pensamiento más complejo y el lenguaje se fue enriqueciendo. Muchos años después releí el diario que escribí en la beca cuando tenía doce años. Me dio vergüenza de mí mismo: más que un diario era un racimo de consignas. La sensibilidad estaba allí pero oculta bajo un montón de retórica.

Más tarde, cuando me junté con Laura, tuve la suerte de intimar con su padre. Pablo es un hombre de pensamiento propio y profundo que contribuyó a ampliar mi horizonte intelectual de manera muy importante. Él me acercó de manera más clara al pensamiento universitario latinoamericano, que fue cuna de tanto.

A lo largo de esos años pasaron algunas cosas que marcaron de manera definitiva mi formación política y fueron moldeando mi visión del mundo. La guerra de Vietnam se extendió a toda la península indo-

china hacia fines de los años sesenta, incluyendo a Laos y Camboya. La organización de los Khmer Rojos lideró la resistencia anti yanqui en Camboya y naturalmente formaba parte del campo que considerábamos hermano. La ecuación era simple: los enemigos de nuestros enemigos eran nuestros amigos. A mediados de los años setenta los Estados Unidos fueron derrotados y expulsados de la península indochina. Empezó la reconstrucción y a la vez el intento por edificar una sociedad socialista en Vietnam, en Kampuchea (que era el nuevo nombre de Camboya) y en Laos. Desde lejos las diferencias históricas y las especificidades culturales nos parecían detalles importantes pero secundarios. Nunca imaginamos que un «país hermano que estaba construyendo el socialismo» se diferenciara tanto de lo que veíamos en Cuba. De modo que cuando descubrimos la verdad sobre el nuevo régimen de los Khmer Rojos quedamos anonadados.

Mis fuentes de información en esos tiempos eran el periódico *Granma* que era la voz oficial de la Revolución cubana y la radio Voz de las Américas que era la voz oficial de los Estados Unidos. Había aprendido a leer y escuchar entre líneas. Las técnicas de ambos resultaban bastante burdas. La Voz de las Américas nos bombardeaba con un discurso desconectado de la realidad local, lo que le restaba a la poca credibilidad que ya tenía por ser la voz del enemigo, pero escuchándola uno podía pescar alguna noticia que no estaba en la prensa local. Cuando una noticia aparecía en ambas fuentes le daba más crédito. El *Granma* se dedicaba al «teque» en sus páginas editoriales. A la vez reproducía casi textualmente los cables de las agencias internacionales de noticias en su página internacional. La forma en que controlaba la información era más bien por la técnica del «todo o nada» y por la importancia relativa que daba a las noticias. Las que iban de acuerdo al discurso oficial se magnificaban y las otras se minimizaban o no existían. De modo que cualquier acción del movimiento revolucionario en algún lugar del mundo era una noticia importante y los problemas y dificultades del «movimiento» se minimizaban o eran «propaganda enemiga». El resultado era una imagen distorsionada en al menos tres sentidos. Teníamos la impresión de que el mundo bullía en una erupción revolucionaria y que estábamos casi a las puertas del triunfo en muchos lugares. La imagen de los Estados Unidos estaba totalmente deformada: sólo conocíamos las noticias de la violencia, la droga, el racismo y la represión y muy poca información sobre sus logros y virtudes. Por último, se nos daba una imagen bastante homogénea del campo socialista y de los movimientos de liberación nacional. Siendo nuestros aliados estaba mal visto criticarlos en demasía. Sabíamos que la URSS y China estaban enfrentadas y que había diferencias entre cubanos y soviéticos. Pero

no teníamos acceso a la riqueza y la complejidad de las diferencias y rara vez se discutía sobre ello.

Lo cierto es que todo eso sucedía en un período muy particular de la historia del mundo. En los años setenta hubo grandes derrotas, en particular con la extensión de las dictaduras en América Latina, pero también victorias muy significativas del «movimiento»: Vietnam derrotó definitivamente a los Estados Unidos en 1975, junto a Laos y Camboya. En 1974 triunfó la Revolución de los Claveles en Portugal y poco después triunfaron los movimientos independentistas en Guinea Bissau, Cabo Verde, Mozambique y Angola. En 1979 el pueblo de Zimbabue derrotaba al régimen racista de Rhodesia y ello ya mostraba el futuro fin del Apartheid en Sudáfrica. En 1979 triunfaba también la Revolución en Nicaragua y se aceleraba el proceso en El Salvador. Era relativamente sencillo sentir que la historia avanzaba en el sentido de la independencia, la libertad y el socialismo. Análisis más profundos hubieran permitido observar otras dinámicas, tanto las internas que estaban ya minando al campo socialista, como las globales que iban creando las condiciones para las décadas siguientes marcadas por la globalización y el neoliberalismo. Pero la propaganda y la educación política amplificaban algunos aspectos y minimizaban otros.

Todo eso contrastaba con la tradicional franqueza de Fidel sobre tantas cosas. Recuerdo una concentración en que la gente gritaba sin parar el tradicional «¡Cuba sí, yanquis no!». Entonces lo escuché explicar que el enemigo era el gobierno norteamericano y no su pueblo. Hizo hincapié en los muchos valores del pueblo norteamericano. Nos dijo que «si el pueblo de Estados Unidos supiera realmente lo que su gobierno nos hace, ese gobierno no duraría ni cinco minutos». A la vez no había crítico más mordaz que Fidel sobre los problemas de la Revolución cubana. Era capaz de analizar con lujo de detalles y destruir completamente algo que hasta poco tiempo antes era política oficial. Se fue convirtiendo en el crítico más serio de la propia Revolución y eso está quizá en la base de su enorme longevidad política. Por suerte recibíamos a la vez ambos mensajes.

Tuve mi primer choque real con la distorsión informativa a la que éramos sometidos cuando los vietnamitas invadieron Kampuchea. Hasta poco antes escuchábamos en la Voz de las Américas cosas horribles sobre el régimen de los Khmer Rojos pero las desechábamos de inmediato y calificábamos todo aquello de «propaganda imperialista». La prensa oficial hablaba de los «hermanos kampucheanos». Teníamos la convicción de que toda «nuestra gente» estaba movida por los mismos valores humanistas que vibraban en lo que hacíamos. Por otro lado los camboyanos acababan de vencer a los yanquis junto a vietnamitas y laosianos y eran héroes de la lucha antiimperialista. De repente en

1979 nos despertamos con la noticia de que Vietnam había invadido Kampuchea y de la noche a la mañana el diario *Granma* empezó a publicar las atrocidades del régimen de Pol Pot. Resultaba que se trataba de uno de los mayores criminales de la historia. ¡El responsable de la muerte de más de un millón de personas! Las cosas que contaba el diario eran simplemente increíbles: usar lentes era indicativo de ser intelectual y llevaba casi seguramente a la muerte, se vaciaron las ciudades en un par de días para forzar una absurda vuelta al campo, las escuelas fueron convertidas en centros de tortura y asesinato masivo. Yo simplemente no entendía cómo se podía pasar de la negación total y absoluta a un conocimiento tan detallado del asunto. ¡Hasta pocos días antes refutábamos esa misma información como propaganda enemiga y ahora resulta que todo eso era tan cierto que justificaba la invasión armada por parte de los vietnamitas!

Recuerdo el asunto de Kampuchea como mi despertar al tema de la censura y de la manipulación de la información. Poco después le pregunté a un compañero vietnamita por qué no habían dicho al mundo lo que pasaba tan cerca de sus fronteras desde antes, ¿por qué habían callado tanto tiempo? Me respondió con la voz tranquila de una sabiduría milenaria que ellos sólo podían enfrentarse a un enemigo a la vez. Poco después China empezó la guerra contra Vietnam en represalia por la intervención de Vietnam contra los Khmer Rojos y entendí el sentido de sus palabras. ¡Vietnam había guerreado casi sin interrupción contra Japón, Francia, Estados Unidos y casi sin tiempo para recuperarse se enfrentaba a Kampuchea y luego a China! Pero nosotros estábamos a miles de kilómetros de distancia. No podía entender de ningún modo nuestro silencio: el silencio de Cuba. Ese choque tuvo una gran virtud. Fue el gran detonante de mis dudas y me abrió los ojos.

Hubo otras inconsistencias que empecé a observar y a guardar en mis alforjas. Algunos amigos o conocidos volvían de sus estudios en la URSS o en algún país socialista de Europa. Contaban historias de todo tipo. Me causaba especial impresión los cuentos de racismo o de egoísmo en países donde por varias generaciones se estaba construyendo la «nueva sociedad» a la que aspirábamos. Parecía que las agendas no eran las mismas en todas las «construcciones del socialismo» que estaban en marcha. La importancia que se le daba en Cuba a la salud o al humanismo parecía no ser algo común en todos los países socialistas.

Agregué otras fuentes de información buscando entender mejor. Fue entonces cuando empecé a recibir la edición mexicana de *Le Monde Diplomatique*. Me la enviaba mi suegro por correo. Allí tenía yo una visión más analítica y compleja y también más crítica. Desde entonces leo cada mes esa revista. Unos años después, cuando empecé a vivir en Francia, imaginé que por fin tendría acceso a la información de manera

más libre. Leí con avidez diarios como *Le Monde*, *Liberation* y *El País* de Madrid. Pero pronto descubrí mentiras y manipulaciones también en esos medios supuestamente objetivos. Eran mucho más sutiles que en Cuba pero era posible ver con claridad también sus mentiras. Conocía América Latina y Cuba y podía detectar fácilmente las manipulaciones. En esos medios la sutileza hacía mucho más difícil separar la paja del trigo. Terminé por no comprar ningún diario e intentar seguir la información por fuentes múltiples y usando la capacidad de análisis que desarrollé durante los años cubanos.

Ya mencioné que en algún momento de nuestra vida en Cuba mi madre cayó en desgracia. Fue un proceso paulatino y no explicitado pero que en algún momento se convirtió en algo claro y brutal. Empezó a tener cada vez menos trabajo y finalmente no tuvo ninguna tarea. Seguían pagándole puntualmente su salario pero no tenía nada que hacer oficialmente. Mi madre se replegó a trabajar en casa y trató de entender qué pasaba. Preguntó y preguntó pero nadie fue capaz de dar una explicación. Los amigos empezaron a desaparecer. Acercarse a nosotros se había convertido en un riesgo. Mi madre era una especie de apesada. Fuimos descubriendo con dolor a aquellos conocidos que preferían desviar la mirada. Iban quedando sólo los buenos amigos, los que venían a casa de todas formas. Por suerte no eran pocos. Todos sabíamos que arriesgaban algo al seguir visitándonos aunque ese algo fuera difuso. Mis recuerdos de esa época no son detallados. Tenía un sentimiento muy fuerte de angustia. Me molestaba no entender qué pasaba. Quería saber al menos cuál era la acusación o el problema. Y estaba también la bronca, una rabia profunda que se iba desarrollando en mí. Amaba enormemente a mi madre y me dolía mucho que la lastimaran así. Además estaba absolutamente seguro de ella y de su lealtad a la Revolución. Cualquier acusación no podía ser más que basada en mentiras. Fantaseaba pensando que mi madre moría y que yo aprovechaba el entierro para denunciar en un discurso feroz toda esa injusticia. El público callaba avergonzado.

En ese tiempo me acerqué mucho a mi madre. La veía llorar a veces en su cuarto y la abrazaba. Conversábamos. Intentaba acompañarla y ser su sostén. Me era muy difícil entender qué pasaba. Aún hoy no tengo más que hipótesis. Pero estaba siempre con ella. En un momento le propuse que nos fuéramos de Cuba. Le dije que en otra parte del mundo podríamos empezar una vida nueva «¡Que se vayan al carajo! ¡Ellos se lo pierden!». No soportaba verla sufrir de ese modo. Mi madre me respondió que no se iría sin antes aclarar su situación. Me explicó que eso sería interpretado como una huida y de alguna forma como el reconocimiento de su culpabilidad y que ella no lo haría. Mi admiración por ella creció aún más. Mi madre se mantuvo firme y finalmente

los cubanos reconocieron su error, pero el asunto duró varios años que fueron muy difíciles y nos marcaron profundamente.

Durante los años de ostracismo de mi madre seguimos vinculados a la Revolución a pesar de esa especie de exilio interior. La gente que siguió viniendo, muy especialmente los poetas jóvenes que casi vivían en casa, demostraba que las cosas eran más complejas. Ellos eran la prueba de que había gente entera y coherente, que era posible seguir siendo fiel a sí mismo aun en medio de esa locura.

Creo que el contacto con los compañeros latinoamericanos fue uno de los elementos que nos salvó. Los sandinistas nicaragüenses, el MIR chileno, el Partido Socialista de Puerto Rico. Esos grupos tenían un pensamiento independiente y no compartían necesariamente todo lo que Cuba decía. Eran fuente de diversidad en las ideas y en las actitudes. Muchos de esos compañeros tuvieron, además, el valor y la fuerza de mantenerse al lado nuestro. Cuando pienso en esto no puedo dejar de recordar la actitud digna del FSLN cuando en 1989 tuvo lugar el proceso contra el general Ochoa. Como parte del proceso, Cuba le retiró todos los honores al general Ochoa y exigió lo mismo de los países hermanos. Nicaragua rechazó retirarle los títulos honoríficos que ellos le habían otorgado. Fue un gesto de dignidad en medio de ese oprobio.

Me cuesta trabajo hablar de «juicio» para calificar esa especie de linchamiento mediático que terminó con el fusilamiento de Ochoa y otros tres compañeros acusados de tráfico de drogas y traición a la Revolución. Los cuatro eran militantes importantes de la Revolución y le habían dedicado toda su vida. El coronel Tony de la Guardia estuvo involucrado en innumerables acciones clandestinas de apoyo a movimientos revolucionarios hermanos (en Chile, Venezuela y Nicaragua, entre otros lugares) y el general Ochoa dirigió las misiones militares cubanas en Etiopía y Nicaragua y ganó la guerra en Angola al frente de decenas de miles de combatientes internacionalistas cubanos. Su acción fue importante para lograr la independencia de Namibia y el comienzo del fin del Apartheid en Sudáfrica. A mediados de 1989 ellos dos y sus ayudantes fueron acusados de tráfico de drogas y sometidos a un «juicio» que terminó en su fusilamiento. Pasarán muchos años antes de que se sepa la verdad precisa sobre este tema pero no puedo aceptar las explicaciones que hasta hoy nos han dado.

Lo cierto es que todos ellos eran parte del conjunto de compañeros que tenían la difícil tarea de defender la Revolución en condiciones extremas. Tony de la Guardia dirigía un grupo que se encargaba de conseguir cosas que el bloqueo económico impedía importar. Para cumplir su misión tenía una gran autonomía y acceso a todos los medios imaginables. Su gente traficaba a través del estrecho de la Florida en pequeñas lanchas, se movía en varios países a través de empresas pantalla y

tenía contactos con traficantes de diversa índole. Debían cumplir una tarea importante y para ello utilizaban medios ilegales. Por esa vía durante años consiguieron todo aquello que se les pidió: equipos médicos, divisas extranjeras, tecnología diversa. En algún momento entraron en contacto con la mafia del narcotráfico y por ello se les acusó de haber puesto a la Revolución en peligro. Ochoa por su parte fue acusado de traficar con marfil, piedras preciosas y maderas valiosas mientras dirigía las tropas cubanas en Angola. Le habían dado la misión de ganar una guerra y no tenía los medios para ello. Enfrentaba en Angola, a enorme distancia de sus bases, al ejército sudafricano, que tenía armamento más moderno. Necesitaba construir una pista de aterrizaje en la selva. Lo hizo como pudo, eventualmente traficando para conseguir el dinero necesario, y dirigió en el terreno las tropas hasta ganar esa guerra. Fue recibido como un héroe por ello. Se le acusó también de entrar en contacto con narcotraficantes junto con de la Guardia. Para mí quedó siempre claro que ambos desarrollaron esas tareas al servicio de la Revolución: de la Guardia para conseguir cosas que el bloqueo impedía obtener, Ochoa para ganar la guerra en Angola.

La Revolución nos envió muchas veces el mensaje de que «el fin justifica los medios». Allí estaba toda la gesta armada de los años cincuenta y luego los innumerables compañeros que sacrificaron todo por la Revolución (no sólo la vida sino también la familia, los amigos y tantas cosas). Es cierto que siempre se nos enseñó también que había una delgada línea que separaba «el bien del mal». Había todo un discurso moral que consideraba inaceptable abusar de niños o secuestrar personas inocentes. Se diferenciaba netamente al terrorismo, claramente rechazado, del tipo de acciones armadas propias de una guerra de liberación. Era posible sentir que los cubanos no compartían ciertas modalidades de grupos guerrilleros a quienes apoyaban en términos generales. Pero no siempre era fácil entender dónde estaba esa línea divisoria y uno podía suponer que en el fragor del combate se perdieran las referencias. Eso es lo que sentí que les había pasado a esos compañeros. No actuaron por ambición personal ni con la intención de dañar a la Revolución. En todo caso se equivocaron. Parte del juicio que se transmitió en TV me pareció quizás una de las únicas oportunidades en las que se expresaba sinceridad. Fue cuando Ochoa, frente a decenas de generales, les señaló que él quizás se había equivocado pero que lo había hecho por la Revolución y que todos allí sabían cómo él vivía.

Hay otro aspecto muy turbador en todo el asunto. Era muy difícil creer que las actividades de Ochoa o de la Guardia fueran ignoradas por otros altos mandos de la Revolución, e incluso por Fidel y Raúl. Pero una vez que cayeron en desgracia, parecía que nadie estuviera al tanto. Allí estaban todos los generales cubanos reunidos en un Tri-

bunal de Honor y Ochoa frente a ellos. Unánimemente lo condenaron, pero ¿cuántos de los allí reunidos habían actuado de forma similar o al menos estaban al tanto de esos asuntos? ¡Si al menos la votación hubiera sido dividida, si al menos uno de los miembros del Consejo de Estado hubiera votado contra el fusilamiento! Pero no. Todos se callaron y de alguna forma se sumaron a ese coro unánime que sonaba falso.

Se corría el rumor de que los Estados Unidos habían descubierto esos negocios con la droga y utilizarían ese pretexto para lanzar quizás una invasión militar. Castigar muy duramente a estas personas lanzaba un mensaje al mundo que quería decir «este es un asunto de algunos descarriados y por ello han sido castigados». Puede ser que se tratara de una jugada maestra de Fidel para «salvar a la Revolución» pero a mí me dejó un sabor muy amargo. La convicción profunda de que en realidad esos compañeros fueron sacrificados de manera deliberada, de que la sinceridad estaba ausente y de que era profundamente injusto tratar de esa manera a compañeros que habían dedicado toda su vida a esa misma Revolución.

Cuando triunfaron en Nicaragua los sandinistas pasaron de ser un grupo guerrillero, como tantos que pululaban en América Latina, a estar en el poder. Muchos de los sandinistas habían pasado horas y horas en nuestra casa charlando, usando el Ditto en mi cuarto, soñando con el triunfo y preparándolo. Esa gente ahora había triunfado. Nicaragua se convirtió en el segundo «territorio libre de América». Entonces Ernesto Cardenal invitó a mi madre a Nicaragua. Por ese tiempo los cubanos hablaron con ella y «le pidieron disculpas por ese malentendido». Nunca logré saber bien quién habló con ella, ni qué argumento dio para explicar lo sucedido; mi madre fue siempre muy discreta en esto. Pocos meses después se fue a vivir a Nicaragua junto a Ana. De alguna forma lograba salir por la puerta grande de la horrible situación en que estaba. Pero lo hacía embarcándose en un «frente» aún más caliente y peligroso, ahora en la primera línea de la lucha. Esa experiencia me quedó grabada a fuego y dejé de creer en la pureza de nuestra causa o de sus actores como años antes había dejado de creer en la verdad absoluta de nuestros mensajes. Las cosas eran mucho más complejas y mucho más turbias.

La situación con mi madre pudo derivar en un odio visceral a la Revolución pero en mi caso no fue así. Puse todo ese asunto a cuenta de una realidad compleja. Busqué la forma de entender esa clase de horrores como parte de los procesos humanos y seguí sintiéndome revolucionario. Pero me propuse no ser jamás cómplice de ese tipo de injusticias ni de ese tipo de actitudes.

Esa y otras experiencias me enseñaron que siendo las revoluciones obra de los humanos necesariamente estaban contaminadas por todas

las porquerías que nos habitan: los celos, los arribismos, los oportunismos, la mala fe. Mi experiencia en Cuba me había mostrado que en los procesos revolucionarios aflora lo mejor del ser humano: la generosidad, la solidaridad, un sentimiento de sueño compartido. Y que ello convive con todos los males ya conocidos que siguen subsistiendo. En el contexto revolucionario, donde las masas adquieren un poder enorme y muchas veces incontrolable, las pasiones humanas pueden desbordarse y lo hacen con frecuencia. Una asamblea tiene un poder soberano, a veces mayor aún que el del Partido, y puede cometer injusticias atroces. Un personaje también puede tener un enorme poder aprovechando la ausencia de controles sociales eficaces. Estas cosas pasan en todas las sociedades, pero en la vorágine de la Revolución cobran una fuerza muy grande y la fragilidad humana las convierte a veces en peligros mortales para sus participantes y para la esencia misma de la Revolución.

Cada medida revolucionaria implicaba necesariamente un cierto número de afectados. Cuando se repartió la tierra hubo cientos de miles de beneficiarios felices y también miles de propietarios expropiados. Cuando se decidió que nadie podía tener más que una casa en la ciudad y una en el campo, muchos se beneficiaron con una vivienda expropiada pero otros mascaron la bronca de ver que se les arrebatara algo que quizás había sido el fruto de una vida de trabajo. A eso hay que sumar las campañas ideológicas que impulsó el imperio a través de sus radios, la Iglesia a través de sus curas y la «radio bamba», esa capacidad de transmitir un mensaje de boca a oído, con su conocida eficacia. Se corrieron mil rumores: que se enviaría a los niños a la Unión Soviética, que los rusos desembarcaban con sus dientes afilados, sedientos de sangre... Mucha gente partió al exilio. En pocos años los cubanos se convirtieron en una de las comunidades más importantes en la zona de la Florida, Estados Unidos.

Mientras tanto, la Revolución seguía su camino profundizando cada vez más su carácter. La gente construía realmente una sociedad nueva y aquellos que se iban eran vistos como pusilánimes o como enemigos. Era una guerra. Durante los primeros ocho años de la Revolución, hubo acciones militares en las sierras del Escambray y de Pinar del Río. Hubo ataques terroristas desde lanchas rápidas que salían de la Florida o con atentados monstruosos como el que voló un avión de Cubana en pleno vuelo con 72 personas a bordo en 1976. El bloqueo económico era una realidad que se sentía en los más mínimos detalles de la vida cotidiana. En ese contexto fue desarrollándose la Revolución. Estaba condicionada a la vez por sus aspiraciones libertarias y por la realidad de esa guerra. Con el imperio más poderoso de la tierra atacándola por todos los frentes. Quizás estas circunstancias no expliquen todo pero en todo caso son condicionantes importantes.

A lo largo de toda la historia de la Revolución cubana el tema de la emigración siempre ha estado en el centro de la escena. La insularidad de Cuba ha sido a la vez marca de aislamiento y herramienta de defensa. A medida que se fue radicalizando la situación y el enfrentamiento con los Estados Unidos se hizo más fuerte, las medidas defensivas se fueron haciendo más presentes. Entre ellas siempre jugó un rol central la intención de controlar las fronteras y en general toda forma de comunicación con el extranjero. La relación de los cubanos con su otra mitad, la que estaba afuera, varió a medida que pasaban los años. Al principio se estableció una especie de barrera psicológica. Los que se fueron eran traidores y no se debía hablar con ellos. Toda comunicación era algo mal visto. Hay que saber que cada familia estaba fracturada. Siempre había un tío, un hermano, un hijo o una abuela que «se había ido p'al norte». Pero esos eran «gusanos» según el nuevo léxico, y muchos rechazaban incluso escribirles una carta. Pasaron muchos años de separación. Mucho sufrimiento se acumuló. Sólo algunos tuvieron el coraje o la fuerza de amor para mantener la comunicación con esa otra parte de ellos mismos.

En los años setenta la ruptura era total. La guerra interna había terminado como tal pero cada cierto tiempo alguna lancha rápida infiltraba un comando que hacía algún atentado o era atrapado en alta mar. El bloqueo económico era muy fuerte, escaseaba todo y nunca faltaba alguna carta de un familiar de Miami mostrando el lujo y la abundancia. La consigna era mantenerse firmes y dignos. «Construir el mundo nuevo a pesar de ellos.» La idea era que deberíamos soportar algunos años pero la historia avanzaba a nuestro favor y al final ganaríamos. No había más que ver las victorias de Vietnam, Guinea Bissau, Mozambique y Angola, la Revolución sandinista, la notoria mejoría cotidiana de nuestras vidas en Cuba.

Los productos de primera necesidad estaban garantizados y poco a poco iba avanzando la «frontera del lujo». Algún producto antes inexistente aparecía al principio en pequeñas cantidades y era repartido a aquellos compañeros que la asamblea del centro de trabajo seleccionaba como los mejores o más necesitados. Poco después llegaban a las tiendas productos suficientes y entonces ese artículo «se liberaba», es decir que ya todos podían comprarlo. Recuerdo cuando aparecieron los relojes de pulsera. Fui con mi padre a verlos en las vitrinas de una tienda. Un año después serían ya algo banal pero entonces todavía parecían un producto raro y codiciado. Lo mismo pasó con los televisores y las radios portátiles y con productos casi imprescindibles en el calor cubano como las heladeras y los ventiladores.

Nosotros teníamos un gran privilegio. Habíamos escogido vivir como cubanos, teníamos la misma libreta de racionamiento, íbamos a las

mismas escuelas, pero no sufríamos todas las limitaciones de los cubanos. Podíamos viajar para visitar a nuestras familias y apreciar la realidad del mundo exterior con nuestros propios ojos. Podíamos comparar las dos realidades por nosotros mismos.

Bajo la capa de dureza que se había construido, se ocultaba por supuesto la naturaleza humana con sus pequeñeces y sus complejidades. Una vez fui a Nueva York y un amigo me pidió un favor. Sus padres se habían ido hacía años a Estados Unidos y él no respondía sus cartas. Cuando supo que iba a Nueva York me entregó una nota para su madre y me pidió que la buscara. Eso hice. Fuimos Robert y yo a verla. Me parecía que hacía una obra grande ¿quizás llevaba un mensaje de amor? La mujer vivía en un apartamento humilde en Brooklyn. Me recibió muy emocionada junto a un pariente. Leyó para sí la carta de su hijo. Era quizás la primera carta en muchos años. Nosotros esperábamos en silencio sentados en su pequeña sala. En esa carta mi amigo le pedía que le comprara un reloj Rolex de oro que yo debía llevar a Cuba. La mujer y el hombre se miraron y casi sin darse cuenta de nuestra presencia empezaron a imaginar qué hacer. No pusieron en duda la necesidad de responder positivamente al pedido. Deberían pedir dinero prestado a varios parientes pero lo harían a como diera lugar. Unos días después me entregaron ese reloj que llevé puesto cuando volví a Cuba. La señora me suplicó que le diera a su hijo un mensaje extraño. Debía explicarle que si aprendía inglés ella le enviaría un colchón de regalo. Los años de aislamiento mutuo crearon percepciones absurdamente distorsionadas sobre el otro. La pequeñez humana hizo lo suyo. Ese amigo no respondía las cartas de su madre y ahora le pedía un Rolex de oro y esa señora obsesionada con que su hijo aprendiera inglés le mostraba desde lejos un colchón como señuelo. Cada vez que volvíamos a Cuba, los amigos y conocidos esperaban que les trajéramos algún presente «del otro lado», podía ser un bolígrafo o una tontería cualquiera. Siempre veníamos cargados de muchos regalitos de ese tipo.

Una extraña combinación de circunstancias iba desarrollando en muchos cubanos de la isla un cierto orgullo chovinista por su participación en esa Revolución y a la vez una especie de obsesión con algunos bienes materiales que no tenían al alcance de la mano. Un pantalón vaquero o un reloj de marca, un par de tenis o un bolígrafo, cualquier objeto de ese tipo adquiriría un valor desmesurado. A la vez el aislamiento del mundo exterior y la vida «protegida» por un Estado paternalista iban generando una incapacidad profunda para entender ciertas cosas. Un cubano medio suponía que «afuera» era prácticamente gratis obtener muchos bienes materiales y estimaba natural que quien saliera les trajera esas «bobadas» de regalo. Y si por alguna razón

un cubano salía del país y visitaba París, México o Panamá, tenía grandes dificultades para moverse por su cuenta en el transporte público o entender el concepto de tarjeta de crédito, que no existía en Cuba y que a esas alturas era ya parte de la vida cotidiana en esos países.

Había razones objetivas que dificultaban los viajes de los cubanos al extranjero, por ejemplo que la moneda cubana no fuera convertible debido al bloqueo. Pero por encima de esa dificultad real el gobierno cubano desarrolló la convicción de que el control del tráfico migratorio era un elemento importante en la defensa de la Revolución misma y creo que eso explica realmente las dificultades de los cubanos para salir y entrar libremente a su país. El común de los mortales tenía grandes dificultades para viajar. Se salvaban de esa situación los extranjeros como nosotros o cualquier cubano (funcionario o no) que viajara por razones oficiales. Para los demás había siempre alguna «razón» para dificultar la obtención del permiso de salida: estar en edad de cumplir el servicio militar, ser miembro de algún ministerio que potencialmente diera acceso a secretos de Estado, etcétera. Eso fue generando una situación muy difícil. Los cubanos no podían salir a su antojo y cada uno de ellos tenía una parte de su familia «afuera» que intentaba comunicarse con ellos, no siempre con suerte. Mi posición de privilegio que me permitía saltarme esas circunstancias me daba la posibilidad de mirar las cosas desde otra perspectiva. Siempre pensé que esas limitaciones a los viajes eran un grave error no sólo por razones humanitarias sino también ideológicas. En el contexto de enfrentamiento con el imperialismo me parecía aceptable la limitación de ciertas libertades pero ésta me parecía contraproducente. Con el paso del tiempo entendí que las otras limitaciones también, incluyendo las limitaciones a la libertad de prensa o de organización de partidos políticos.

Al cabo de algunos años la economía impuso la necesidad de desarrollar el turismo. Una de las mayores reservas de turistas potenciales eran los cubanos del extranjero que ardían por visitar a sus familias y podrían llevar no solo las necesarias divisas sino también muchos bienes que escaseaban. Así fue como los «gusanos» se convirtieron en «mariposas». El sentido del humor de los cubanos siempre fue mordaz y certero. Aquellos que se habían ido y que fueron vilipendiados en su momento ahora se tomaban la revancha. Bajaban del avión vestidos con sus ropas impecables. Brillaban con una blancura imaculada. Traían dos o tres relojes de pulsera en el brazo y cinco sombreros de ala ancha uno sobre el otro sobre sus cabezas orgullosas. A cada familiar o amigo le traían algún regalo y mostraban con su sola presencia la diferencia material entre vivir en Cuba o en Miami. No importaba si muchos de ellos trabajaban como brutos para economizar lo necesario o se endeudaban por muchos meses o años. Lo importante era llegar a Cuba de visita cargados de «cosas».

La situación económica de la isla progresaba notoriamente pero no podía competir con la sociedad de consumo norteamericana. No sólo por la enorme diferencia entre la potencia económica de los Estados Unidos y de Cuba. También porque la economía socialista tenía efectivamente prioridades distintas como la salud, la educación, la cultura o el deporte y se preocupaba mucho menos por desarrollar la sociedad de consumo. Además Cuba se había lanzado a fines de los años setenta en varias operaciones internacionalistas (las expediciones armadas en Etiopía y Angola, el apoyo a la revolución sandinista en Nicaragua y al proceso revolucionario en Granada) que drenaban recursos materiales y tenían un alto costo en vidas y sacrificios humanos.

Así llegamos a 1980 cuando el «Mariel» marcó a cientos de miles de cubanos. Los Estados Unidos mantuvieron por años una política explícita para aumentar la tensión dentro de Cuba. Esa política incluía el embargo comercial, el apoyo a grupos terroristas, la propaganda radial y televisiva y también la política migratoria. Si un cubano quería irse a Estados Unidos a vivir legalmente debía hacer una serie de trámites ante la Oficina de Intereses de los Estados Unidos. Un cubano que gestionaba esos permisos quedaba «marcado» por parte de los cubanos. Se perdía en él la «confianza política» y eso podía implicar la pérdida de su trabajo y un cierto ostracismo social. A pesar de eso, esa persona iba a la Oficina de Intereses que hacía las veces de embajada de los Estados Unidos en Cuba y allí en general le negaban la visa. Sin embargo si esa persona se iba en balsa, secuestraba un avión o huía por cualquier método ilegal, era recibido con los brazos abiertos en los Estados Unidos y en menos de un año tenía la ansiada residencia permanente, la «green card». Era una estrategia finamente montada que generaba tensiones dentro de Cuba y una pésima imagen fuera de ella.

Un día un grupo de cubanos entró por la fuerza en la embajada del Perú y para ello mató al policía que hacía guardia en la puerta. Cuba exigió la devolución de los intrusos y ante la negativa del gobierno peruano Fidel tomó una decisión drástica. Apareció en TV explicando todo este asunto y señalando que el gobierno cubano no estaba dispuesto a poner en riesgo la vida de sus soldados para proteger las embajadas o las costas de países que estaban claramente incitando a realizar este tipo de cosas. Anunció que en consecuencia a partir del día siguiente la embajada del Perú quedaría sin guardia y el que quisiera podía ir a refugiarse allí. En pocas horas había varios miles de cubanos en los jardines atiborrados de esa sede diplomática. A la vez Fidel señaló que se trataba de una lucha ideológica y llamó a manifestarse frente a la embajada. Cientos de miles marchamos en apoyo a la Revolución y frente a la embajada desbordante de refugiados. Pasaron los días y la situación se hacía cada vez más tensa. Fidel dio entonces otro paso. Anunció que tampoco se ocuparían de frenar el ingreso ilegal a los

Estados Unidos. Cualquier persona podía ir a Cuba en barco y recoger a quien quisiera. Con ese fin se autorizaba la llegada de barcos desde Estados Unidos al puerto del Mariel. Aquello desató una especie de histeria colectiva que yo nunca había visto. Más de 125.000 cubanos salieron por el Mariel en pocas semanas. La gente que se iba era muy variada: aquellos que esperaban hacía mucho tiempo la forma de irse de Cuba y otros que no se lo habían propuesto nunca antes pero que ante la posibilidad decidieron probar suerte. El gobierno cubano incluso abrió las cárceles y dejó ir a muchos delincuentes. La consigna era «¡que se vaya la escoria!».

Todo eso sucedía en medio de una fuerte campaña ideológica. La idea era dejar irse al que quisiera y demostrar que el que se quedaba lo hacía porque quería hacerlo, porque escogía voluntariamente la Revolución con su dosis de sacrificio y de belleza. Al final el proceso saldría fortalecido. Se irían aquellos que de todas formas no tenía caso mantener a la fuerza en Cuba. Se podía suponer que disminuirían las tensiones materiales como consecuencia inmediata. Los Estados Unidos se asustaron ante la ola migratoria que parecía imparable y se vieron obligados a negociar. Al final llegaron a un acuerdo por el cual otorgarían 20.000 visas legales por año a cubanos que las solicitaran en la Oficina de Intereses en La Habana a cambio de volver al control migratorio por parte de Cuba.

Hay procesos de ese tipo que se salen de control. El líder lanza la campaña, el Partido la empuja y luego el proceso sigue su propio curso que no siempre es previsible y que muchas veces mezcla la ideología con las mayores bajezas humanas. Se sucedían las marchas patrióticas y revolucionarias y los gritos de «que se vaya la escoria». En esas circunstancias se descubrieron muchos oportunistas. Había gente que se ocultaba bajo un disfraz de revolucionario ortodoxo y duro y que ahora aprovechaba esa circunstancia inesperada y anunciaba que se iba del país. En cuanto se conocía la noticia la gente se agolpaba frente a su casa y organizaba allí un «acto de repudio»: una manifestación de furia. Podían permanecer allí por horas o por días gritándole su odio y su desprecio, tirando huevos a las ventanas cerradas, escribiendo consignas denigrantes en las paredes. La persona quedaba allí encerrada y atemorizada, sin poder salir, sin comida y muchas veces sin luz y sin agua. En un edificio vecino al nuestro se desarrollaba uno de esos actos de repudio. Vimos por el balcón a algunas decenas de personas que se agolpaban y gritaban y al cabo de algunos días pudimos ver a los policías abriéndose paso entre la gente y protegiendo a los que se iban mientras subían a los autos policiales para acompañarlos al puerto del Mariel donde se tomarían alguna lancha rumbo a Estados Unidos. En algunos casos los actos de repudio se explicaban por la bronca que

generaban esos oportunistas que hasta pocos días antes habían sido quizás los más intransigentes. Otras veces era simplemente expresión de una intolerancia que se iba extendiendo. A los pocos días el asunto había tomando un cariz claramente peligroso. «Las masas» estaban desatadas y sin control. El Partido hacía esfuerzos pero no era capaz de orientar la situación. Se fue desdibujando el contenido ideológico a favor de la oportunidad de saldar viejas cuentas que más de alguno tenía con cualquiera de ellos. Se hablaba incluso de 4 ó 5 víctimas mortales, linchados por la gente.

Se supo de militantes del Partido que fueron en ayuda de gente aterrada y encerrada en sus casas. Se comentaba que Blas Roca, miembro del Buró Político, había ido en ayuda de un vecino bajo la andanada de insultos de los manifestantes. Me tocó ser testigo de un espectáculo terrible en la CUJAE. Alguien descubrió a un profesor que recogía sus cosas para irse. La voz se corrió de inmediato y en poco tiempo había varios cientos de personas vociferando en torno a ese muchacho: un joven de rasgos asiáticos. Yo me acerqué a ver aquello y sentí el horror. El profesor estaba en el centro de un círculo de 8 ó 10 militantes del Partido que a duras penas lo protegían recibiendo ellos mismos escupitajos y golpes. A su alrededor se agolpaba una turba que rugía al son de consignas y cantos aberrantes. Le exigieron que dejara los cuadernos y libros de texto que llevaba: «¡no tienes derecho a manchar con tus manos sucias ese material!». Le exigieron que agitara sus brazos como un pájaro. Eso era una forma metafórica de decirle «maricón» que a la sazón era una ofensa denigrante. Lo vi agitar sus brazos cabizbajo, totalmente destruido. Le querían pegar. El asunto podía convertirse en un linchamiento de consecuencias trágicas. Un dirigente del Partido se subió en los hombros de otro compañero y trató de calmar a la gente. Con las manos alrededor de la boca haciendo un cono gritaba, intentando que lo escuchara aquella masa vociferante. Luego de un rato pudo por fin hacerse escuchar y con gran inteligencia logró un milagro que creo que le salvó la vida a ese profesor. Dijo algo así: «¡Compañeros! ¡No le demos argumentos al enemigo! ¡Vamos a demostrar que no somos como ellos! Vamos a hacer dos filas y este traidor va a caminar entre ellas y se va a ir y todos podrán decirle lo que quieran pero nadie le tocará un pelo ¿De acuerdo?». La gente aceptó la propuesta y se formaron dos filas de varios cientos de personas. Vi caminar a ese muchacho empujado recibiendo insultos y escupitajos. Así se iba despidiendo del que había sido su lugar de trabajo, escoltado por un par de militantes que lo acompañaban y lo protegían. El hombre salvó su vida física pero debe haber quedado marcado para siempre.

Yo estaba anonadado. Escribí algo intentando explicar que todo aquello estaba mal y pedí que lo pusieran en el mural a fin de que todos

podieran leerlo. El responsable de la Juventud Comunista que se ocupaba del mural lo leyó y me dijo que si yo quería él lo ponía pero que me aconsejaba no firmarlo. Así lo hice. Pusieron el escrito en el mural sin mi firma. No tenía el coraje de exponerme a la furia de las masas.

¿Podremos superar algún día la contradicción entre los fines y los medios? ¡Tantos han alertado sobre los peligros del poder! Rosa Luxemburgo y Mijail Bakunin ya lo hicieron hace tiempo. Parece que cambiar las estructuras exige ineludiblemente concentrar un enorme poder y que éste lleva en sus entrañas el peligro mayor para alcanzar los fines mismos que están en la base de todo el esfuerzo libertario. En esta contradicción está quizás el reto mayor para aprender de este ciclo que marcó el siglo XX.

El golpe de estado en Chile fue un trauma brutal. La dictadura asesinó o hizo desaparecer a miles de chilenos y decenas de miles pasaron por las cárceles. Un movimiento popular poderoso, que inspiró a tantos, fue desarticulado y prácticamente destruido. Las esperanzas de millones en el continente y en el mundo, que parecían una ola poderosa e imparable, se reventaron contra un muro formado por las bayonetas y la brutalidad de un ejército que traía a la memoria el fascismo.

Recuerdo el efecto que produjo en Cuba. Un silencio abrumador nos invadía mientras mirábamos en la TV las imágenes increíbles de los aviones bombardeando el Palacio de la Moneda. En la Plaza de la Revolución de La Habana cientos de miles de cubanos escuchamos en silencio a Fidel relatando el último combate del presidente Allende. Lo describió como un héroe: peleando con la AK47 que le había regalado el Che, en medio del Palacio de la Moneda en llamas y defendiendo al gobierno constitucional ante la traición de los generales asesinos.

El último discurso de Allende, que se transmitió por radio poco antes de morir, es de una fuerza y una dignidad que aún me eriza cuando lo escucho. Termina con unas palabras que se repitieron como ecos en los corazones de millones de personas en todo el mundo: «Trabajadores de mi patria. Tengo fe en Chile y en su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo en que la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor. ¡Viva Chile! ¡Viva el Pueblo! ¡Vivan los Trabajadores! Estas son mis últimas palabras y tengo la certeza de que, por lo menos, será una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición».

Chile fue la esperanza rota de toda una generación. Allí se estaba experimentando una transformación social profunda que pretendía al mismo tiempo mantener los mayores espacios de libertad y aun acrecentarlos. La Unidad Popular (UP) había llegado al gobierno por medios electorales y mantenido las libertades de prensa y de reunión así como la pluralidad de partidos políticos y las elecciones libres. Hasta ese momento una cosa así parecía imposible.

Cuba era la avanzada de la revolución en el continente pero estaba consciente de las limitaciones inducidas por su propia historia. Veía con esperanza el experimento chileno. ¿Sería posible hacer la revolución manteniendo ese grado de libertad? ¿Sería posible cambiar en serio la sociedad sin que las clases dominantes destruyeran la esperanza? El pueblo cubano dudaba. Su historia le había enseñado otra cosa. Dudaba, pero sinceramente esperaba que el experimento chileno fuera exitoso y a ello apostó con todas sus fuerzas.

Fidel visitó Chile y recorrió el país por muchos días. Dio discursos, escuchó, aprendió y cuando volvió nos contó emocionado lo que había visto. Nos habló, por ejemplo, del fenómeno de la teología de la liberación que luego sería tan importante en Nicaragua, El Salvador y otros países de América Latina. Hasta ese momento la Revolución cubana había mirado con profunda desconfianza cualquier cosa que tuviera un cariz religioso. La Iglesia católica cubana se puso decididamente del lado de la contrarrevolución en Cuba y la frase «la religión es el opio de los pueblos» se había convertido casi en un dogma para nosotros. A partir de la visita de Fidel a Chile empezamos a darnos cuenta de que también había gente que llegaba a la revolución desde sus convicciones cristianas y que merecían nuestro respeto. Nos contó emocionado que por fin veía a otro pueblo de América tomando su destino en sus propias manos. Que por fin teníamos otros compañeros en nuestro viaje.

Los cubanos aportaron todo lo que tenían y más. Donamos parte de nuestra ración de azúcar. A Chile fueron desde azúcar hasta profesionales y armas. Se dio todo el apoyo que se pudo dar. La guardia personal de Allende estaba formada por militantes del MIR de Chile, del Partido Socialista Chileno y por unos cuantos cubanos. Se decía que el coronel Tony de la Guardia estuvo allí al lado de Allende el 11 de septiembre defendiendo su vida junto a varios cubanos.

Por su lado los Estados Unidos consideraban que el proceso chileno era un gran peligro. Ahora que se han publicado las conversaciones secretas de Nixon y Kissinger, lo que era una convicción se ha convertido en certeza. América Latina tenía millones de pobres y de hambrientos en países con tradición republicana y donde la educación generalizada permitía la propagación de la esperanza. Cuba había mostrado que se podía intentar un proyecto independiente y que era posible incluso soñar con tocar el cielo con las manos. En todos los países del continente habían surgido movimientos revolucionarios que intentaban hacer la revolución. Casi toda la intelectualidad latinoamericana era parte de ese movimiento. Entre los mártires de ese tiempo abundan los poetas y escritores, los curas, miles de jóvenes. Muchos intentos armados habían fracasado. Quizás el mayor fracaso simbólico era la muerte del Che en Bolivia pero el ánimo no decaía y cada mes parecía traer una nueva sor-

presa. Parecía que el continente entero estaba pronto para la revolución. En ese contexto Chile mostraba un camino nuevo. ¿Sería posible?

Una de las movidas magistrales del imperio, no sé si consciente, fue polarizar la situación hasta empujar a Cuba a los brazos de la URSS y con ello alejarla un poco de la realidad local latinoamericana. La alianza con la Unión Soviética le permitió a la Revolución cubana resistir al imperio y sobrevivir. De allá vinieron armas, alimentos, técnicos, petróleo y protección. A la vez esa alianza repercutió al interior del proceso cubano fortaleciendo a los sectores que se inspiraban más fuertemente en la experiencia comunista soviética en detrimento de los sectores más renovadores y creativos. Aquellos que con su triunfo habían mostrado precisamente que otro socialismo era posible. Con el tiempo, el proceso cubano a la vez que se defendía se fue osificando. Logró sobrevivir incluso con muchas de sus características originales pero se fue metiendo en el contexto de la guerra fría y alejándose de la posibilidad de reproducirse. Amplios sectores de la población latinoamericana veían a la Revolución cubana con la admiración y el orgullo de sentir que uno de los suyos había logrado empezar a caminar por sí mismo. Que era capaz de enfrentarse a los poderosos yanquis. Que lograba reales progresos en temas como educación y salud. Pero el camino que Cuba podía ofrecer, con sus características originales y latinoamericanas, se desdibujaba poco a poco. Se iba contaminando por elementos que ya empezaban a mostrar sus límites en Europa del Este.

Los discursos críticos del Che eran como gritos desesperados que señalaban esa situación. Él se dio cuenta de esa disyuntiva crucial y lideró una corriente de pensamiento y acción que promovía otra forma de construir el socialismo en Cuba y en el mundo. Fue así que propuso dar prioridad a los estímulos simbólicos, a la generosidad y a la igualdad más que a los estímulos materiales para hacer funcionar la economía. Se daba cuenta de que utilizar mecanismos económicos capitalistas para construir la economía iba minando las bases mismas de la Revolución. El Che también era consciente de la necesidad de derrotar al imperio a escala global para poder triunfar realmente a escala local. En ese empeño se lo llevó la muerte en 1967 practicando la coherencia que lo caracterizaba. Dentro de Cuba las tendencias que podríamos llamar guevaristas fueron perdiendo fuerza y pocos años después Cuba se alineó mucho más claramente con la URSS tanto en la escena internacional como en temas de política económica. Los revolucionarios cubanos estaban conscientes de los riesgos y no tomaban esas decisiones a la ligera, pero iban siendo empujados por las circunstancias. Creo que toda la historia de la Revolución cubana puede ser leída en esa clave: los avances y retrocesos de esas tendencias internas bajo la dirección táctica de Fidel que a lo largo del tiempo se mantuvo en el centro. Unas

veces apoyaba unas ideas y otras veces otras, según la correlación de fuerzas interna e internacional. La enorme capacidad táctica de Fidel, su liderazgo y el hecho de mantenerse con vida, fueron algunos de los factores que permitieron el verdadero milagro de que la Revolución cubana siguiera allí por tantos años a sólo 90 millas del imperio.

A pesar de esas discusiones y en cierta forma participando de ellas, miles de jóvenes en todo el continente empezaron a soñar con los ojos abiertos y se lanzaron de lleno al torbellino. En Cuba se iban viendo los primeros resultados tangibles de la revolución: la alfabetización y el florecimiento de la cultura, la mejora de la salud pública, un genuino intento de desarrollo autocentrado. En cada país aparecieron grupos revolucionarios inspirados por Cuba que intentaron hacer sus propias revoluciones. A principios de los años sesenta la mayoría de esos grupos eran guerrilleros y casi todos fueron derrotados militarmente. Muchos de los mejores jóvenes, de los más creativos y generosos de esas generaciones murieron en esos intentos y su gesta fue marcando un camino que otros muchachos seguirían. La idea de la revolución avanzaba e iba tomando formas diferentes en cada país según sus tradiciones propias. El proceso de la Unidad Popular en Chile en 1971 representaba una nueva aproximación. Si funcionaba abriría nuevos caminos a la revolución social que necesitaba América Latina. Por primera vez se abría la posibilidad de lograr la transformación revolucionaria a partir de un gobierno electo democráticamente y no a partir de un poder arrebatado a punta de fusil. Todos teníamos puestos los ojos en ese experimento. El imperio sintió el peligro y actuó con decisión. La contrarrevolución chilena fue nacional pero tuvo un apoyo fundamental del gobierno de los Estados Unidos. Pinochet fue un hijo del imperio como lo fueron Somoza en Nicaragua, Trujillo en República Dominicana, Videla en Argentina, el Goyo Álvarez en Uruguay y la larga lista de dictadores que marcaron al continente en esos años.

Dentro de la izquierda chilena hubo divisiones y reproches. El Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), que era la versión local de esas tendencias que creían en la lucha armada como forma central para la toma del poder, había dado un apoyo crítico al gobierno de la Unidad Popular. No creía en la posibilidad de verdaderas transformaciones profundas sin la reacción violenta de los poderosos. De todas formas entendió la fuerza del proceso que comenzaba y suspendió sus acciones armadas. Ofreció algunos de sus mejores militantes para asegurar la protección personal del presidente Allende y se volcó a la organización social. Se mantuvo fuera de la Unidad Popular pero apoyando el proceso desde la izquierda. El MIR creció enormemente al calor del ambiente pre revolucionario que se vivía en el Chile de Allende. Su política era promover la radicalización del proceso y aprovechar las

circunstancias para organizarse con vistas al enfrentamiento que ineluctablemente llegaría. Algunos criticaron esa postura. Le asignaron incluso responsabilidad en la desestabilización del proceso con sus consignas radicales y la movilización que impulsó entre los pobres del campo y la ciudad. El MIR fue sin dudas el polo radical del proceso chileno, pero creo que más allá de las diferencias fue una parte importante del mismo. Se estableció entre el MIR y el Presidente Allende una relación de respeto mutuo. Las consignas «¡Crear, crear poder popular!» o «¡pueblo, conciencia, fusil, MIR, MIR!», resonaban en manifestaciones multitudinarias que agitaban banderas rojinegras como las que antes habían sido agitadas por el Movimiento 26 de Julio en Cuba y antes aun por los anarcosindicalistas en la guerra civil de España.

Miguel Enríquez, que era el Secretario General del MIR, crecía como figura política nacional, lleno de energía y brillantez. Miles se sumaron al MIR. Las tomas de tierras en el campo hicieron avanzar la reforma agraria. Las tomas de terrenos en las ciudades convirtieron poblaciones miserables en centros de efervescencia política donde la gente empezaba a construir su futuro sin esperar. Mi madre visitó Chile y quedó impactada por el ambiente que respiró. Trajo fotos e historias. Recuerdo una foto suya: aparece radiante, en la población «Nueva La Habana» entre casuchas miserables donde se respiran los vientos de la revolución social. Unos meses después llegó el golpe de Estado.

La derrota de la Unidad Popular en Chile fue también, un poco, una derrota nuestra. La derrota de todos los revolucionarios del continente incluyendo a los cubanos. Luego del golpe fue la desbandada. Muchos se refugiaron en las embajadas. Cuba abrió sus puertas y miles de chilenos empezaron a llegar. Llegaban junto a compañeros de otros países de América Latina, muchos de los cuales se habían refugiado previamente en Chile huyendo de los golpes de Estado en sus respectivos países.

Un manto de silencio se posó sobre Chile. Donde hubo gritos y risas ahora planeaba la muerte. Las noticias que llegaban eran terribles. De muchos no se sabía nada. De otros apenas informaciones fragmentarias. El Estadio nacional se convirtió en campo de prisioneros. Allí asesinaron a Víctor Jara, el cantante insignia de ese proceso. Se decía que antes de matarlo le habían destrozado los dedos de las manos. ¿Quién sabe si eso fue literalmente cierto pero simbólicamente no había duda posible. Buena parte de la dirección de los partidos de la Unidad Popular se exilió. Cientos de dirigentes partieron a México, Suecia, Alemania, la Unión Soviética, Cuba y Venezuela, entre otros destinos.

Entonces el MIR creció aún más: en un gesto terrible declaró que no se asilaba. Recordó que había predicho la reacción del enemigo y señalado la necesidad de preparar la Resistencia Popular a la reacción

y que no había sido escuchado. Señaló que no había sido parte del gobierno pero que sus militantes se quedarían a combatir junto al pueblo. Los versos de Ricardo Ruz resonaban como gritos de coherencia revolucionaria:

*Aquí estoy... aquí me quedo...
con mi lucha y con mi pueblo,
con mis muertos y mis camaradas...
pues mi lucha es nuestra lucha
y no estoy solo,
ni tengo miedo...*

Ricardo Ruz moriría combatiendo en 1979. La dirección del MIR no se asiló. Empezando por Miguel Enríquez que se fue convirtiendo con el paso de los meses en una figura mítica a la cabeza de la Resistencia desde la clandestinidad. Esa decisión tuvo un enorme valor moral, pero un costo que fue quizás uno de los ingredientes más importantes de la derrota. Cada mes iban cayendo compañeros: Bautista Van Showen, el Coño Molina, Sergio Pérez, Lumi Videla. Eran combates heroicos pero imposibles. Tres o cuatro compañeros resistían en una casa a cientos de soldados. Así iban cayendo los jóvenes más abnegados y más coherentes de su generación.

Años después un compañero cubano me contó una historia singular. En los meses previos al golpe, Cuba había enviado armas a Chile para apoyar al gobierno popular ante una eventual insurrección de la reacción. El gobierno de la UP no quería que se las dieran al MIR al que consideraban incontrolable. Miguel entendió y no las reclamó. Muchas de esas armas fueron entregadas a los comunistas, a los socialistas y a otros partidos de la UP. El día del golpe dos miembros de la dirección del MIR visitaron la embajada de Cuba. Ya se combatía en las calles así es que fueron a pedir armas. Luego de una espera angustiante se fueron con las manos vacías.

Más tarde vino el terror y el asilo de muchos. La mayoría de las armas que los cubanos habían entregado quedaban escondidas bajo tierra. Eran vendidas a algún coleccionista o regaladas mientras se asilaban los que supuestamente iban a utilizarlas. Miguel se dedicó entonces a recuperar esas armas. Una por una las iba consiguiendo desde la clandestinidad. Anotaba los números de serie y cada cierto tiempo enviaba a Fidel una carta con la lista de aquellas que ya estaban en su poder.

Miguel murió combatiendo el 5 de Octubre del 74. Ese fue un golpe demoledor para la Resistencia en Chile y para la esperanza de todos los que en el mundo mirábamos con simpatía ese proceso. Con él murió la figura que podía unificar y liderar la Resistencia chilena. Luego en

1976 varios de los máximos dirigentes del MIR, entre ellos Pascal Allende y Nelson Gutiérrez, también salieron del país luego de escapar de un combate en el que murió Dagoberto Pérez.

En Cuba, México, Venezuela, Holanda, Suecia, Francia y otros países solidarios los militantes que salían de Chile se fueron reagrupando. En Cuba un grupo de jóvenes chilenos y latinoamericanos habíamos empezado a militar en la juventud del MIR en 1977. La gesta chilena nos había marcado a todos. La actitud heroica de Miguel y de sus compañeros nos parecía un ejemplo de coherencia revolucionaria. Los escritos teóricos del MIR nos parecían sofisticados y nos atraían especialmente. La retórica me recordaba la de los documentos bolcheviques de la Revolución rusa pero reflejaba la realidad contemporánea. Me parecía que el MIR era uno de los grupos latinoamericanos que había llegado más lejos en la combinación de un análisis profundo y claro con la acción decidida y valiente. Nuestra tarea era la solidaridad con la lucha en «el frente», es decir en Chile. Apoyábamos a los compañeros que recién llegaban, muchas veces en condiciones deplorables. Algunos venían de la cárcel y otros escapando a la represión.

Después de que finalmente una parte de la máxima dirección del MIR saliera de Chile en 1976 empezó un proceso de reagrupamiento. En 1978 se reunió el Comité Central en la clandestinidad y en el exilio y preparó el llamado «Plan 78» pensado como una especie de contraofensiva. Ese plan incluía muchos aspectos: grupos guerrilleros que se instalarían en algunas regiones rurales de Chile, grupos de guerrilla urbana que empezarían a actuar en las ciudades, nuevas formas de organización para enfrentar la represión que era a la vez brutal y muy profesional. Para llevar a cabo ese plan se contaba con la voluntad de cientos de militantes que estaban en el exilio y que serían llamados a volver a Chile de forma clandestina. Era el llamado Plan Retorno.

Lo miro ahora retrospectivamente y me resulta difícil entender cómo esos compañeros que muchas veces habían sufrido ya la cárcel y la tortura eran capaces de embarcarse de nuevo en un viaje de esa naturaleza. Sólo se puede explicar por esa energía tremenda que de tan presente casi podía tocarse con las manos. El ejemplo de Miguel y de tantos otros. La esperanza de que esta vez se pudiera cambiar la historia. Que esta vez sería diferente. Se juntaban la coherencia, la disciplina y una dosis de locura en un cóctel explosivo.

Los cubanos ofrecieron su más absoluto apoyo. Cientos de compañeros llegaban a Cuba desde sus países de exilio legal. Se entrenaban por meses y partían por sinuosos caminos hacia su puesto en Chile. Se montó una estructura discreta que recibía a la gente, la seleccionaba, la formaba y se encargaba luego de encaminarla al frente. Algún día se deberá escribir la historia de ese aspecto de la Resistencia Chilena, con

sus errores y sus aciertos. Espero que los que lo hagan logren transmitir la energía y la belleza de esa entrega generosa.

Yo era entonces muy joven y apenas me daba cuenta del significado profundo de algunos gestos. Sin preguntar mucho percibíamos lo que sucedía. Éramos partícipes de esa danza de sombras. Hacía años que Cuba participaba en acciones de apoyo internacionalista. Allí se habían entrenado los combatientes que fueron al Congo y a Bolivia con el Che. Los que fueron a Venezuela, Nicaragua y el Salvador. Cuba apoyó los movimientos revolucionarios en casi todos los países de América Latina. Incluso había enviado contingentes importantes a combatir en Etiopía y luego en Angola. Cuando eso sucedía eran miles los cubanos movilizados y todos participábamos de un secreto conocido por millones. Veíamos cómo de repente empezaban a faltar los hombres y nadie preguntaba lo obvio. Hasta que un día Fidel anunciaba la presencia de tropas cubanas en Angola combatiendo al lado del Movimiento Popular para la Liberación de Angola (MPLA) de Agostinho Neto.

Las «misiones internacionalistas» eran parte del orden natural de las cosas y participar en ellas se había convertido en un privilegio al que muchos aspirábamos. Se decía que ser internacionalista era «alcanzar el escalón más alto al que puede acceder un revolucionario». Así es que al Plan Retorno del MIR, que vivíamos más de cerca, lo apoyábamos con todas nuestras fuerzas y soñábamos con ir nosotros también. Soñábamos con poder participar como nuestros padres y hacerlo mejor, si era posible. Para muchos jóvenes de mi generación en Cuba no había discusión sobre ese tema. Cada acción de nuestras vidas era parte de una secreta preparación para el futuro viaje a nuestro puesto de combate.

Un día los compañeros del MIR me convocaron a una entrevista y me preguntaron si quería partir al frente. Hacía mucho que esperaba una conversación de ese tipo y naturalmente dije que sí. Me preguntaron si prefería la guerrilla urbana o la rural. Preferí la urbana que sabía más peligrosa pero suponía menos exigente físicamente. Creía conocer mis debilidades. Salí de esa entrevista emocionado. No había de contento en mis dieciocho años. Imaginé cómo serían los detalles y soñé despierto por muchos días. Mantuve aquello en secreto pero fui preparándome y seleccionando lo poco que llevaría conmigo. Un día caminando frente al mar, de un azul intenso, le dije a mi flaquita que partiría algún día quizás no muy lejano. Le propuse que si eso ocurría cada uno siguiera su camino en la vida. Le pedí que fuera feliz y que no me esperara. Nos besamos en el pasto de la quinta avenida. Nos besamos con la pasión intensa de esas circunstancias.

Pasó el tiempo. Otros amigos de mi edad estaban también a la espera. Era el año 1978. Empecé a estudiar mi carrera universitaria. Por

fin una noche me llamaron por teléfono: «Pasamos por ti en una hora». Recogí corriendo algunas cosas y las metí en un bolso que ya tenía medio preparado. Me llevé un pedazo de tejido que me había dado mi hermana Ana como recuerdo, y alguna ropa. Escribí una carta rápidamente para Laura. Me despedía definitivamente y le deseaba que fuera feliz. Le decía que la había amado mucho. Me despedí de mi madre, de Sarah, de Ximena y de Ana. Las abracé muy fuerte pensando que pasaría mucho tiempo antes de verlas nuevamente. No me pasaba por la mente que podía morir pero de alguna forma eso estaba entre las posibilidades reales. Estaba emocionado, nervioso, contento y tembloroso. Laura llegó esa noche a casa cuando ya me había ido.

Un auto me recogió. Otros compañeros estaban allí también con sus bolsos preparados. Dimos algunas vueltas. El auto paró un rato cerca de un edificio de micro brigadas donde luego supe que vivía un miembro de la dirección del MIR. El compañero que manejaba el auto bajó y nos dijo que esperaríamos. Pasó un buen rato. Después volvió y nos comunicó que había una contraorden. No sería esa vez. Nos dejó en la casa de los Cabieses con el bolso hecho y la adrenalina a mil. Ya nos avisarían. Volví a casa.

Allí estaban Laura, mi madre, Sarah, Ximena y Ana. Habían llorado abrazadas. Se habían preguntado cómo eso cambiaría ahora nuestras vidas. Quizás estarían sorprendidas de que esas reuniones a las que iba y que parecían juegos de muchachos se habían convertido de repente en algo real y tal vez terrible. Las abracé. Dejé mi bolso medio preparado y seguí mi vida. Cualquier día me llamarían de nuevo. Debía estar alerta.

Otros compañeros dejaron inmediatamente de estudiar ¿Para qué hacerlo si en pocos días o quizás semanas los convocarían? Yo decidí seguir estudiando hasta el último minuto. Me dije que no perdería mi carrera universitaria por algo que podía cambiar de rumbo intempestivamente como ya había sucedido una vez. Por suerte hice eso. Cada semana llamaba a los compañeros y preguntaba y cada vez me decían que estuviera atento pues pronto me llamarían. Que me quedara tranquilo. Que había algunos asuntos que ajustar. Finalmente un día me informaron que se había decidido otra cosa: Nosotros éramos muy jóvenes y debíamos estudiar las carreras que estábamos haciendo. En el futuro la revolución necesitaría técnicos. Nuestra tarea era terminar la carrera y hacerla bien. ¿Quién tomó esa decisión? Nunca lo supe pero cambió mi vida y la de mis compañeros.

Años después, caminando por La Habana, mi madre y yo recordamos ese momento. Le pregunté si ella había intercedido para evitar mi partida y lo negó enfáticamente. Me dijo que nunca lo hubiera hecho, pero que si me hubiera ido y me hubieran matado nunca le habría perdonado eso al MIR.

Veinticinco años después leí un libro sobre la guerrilla de Neltume. Fue el intento más importante que hizo el MIR en esos años para implantar la guerrilla rural en Chile. Los compañeros trabajaron durante más de un año en condiciones muy duras preparando refugios subterráneos y explorando la zona entre la nieve del sur de Chile. La represión los descubrió y muchos murieron. Algunos cayeron combatiendo con los pies congelados. La guerrilla fue aniquilada con su comandante Paine a la cabeza. Mientras leía ese libro que describía el heroísmo y el horror de esa experiencia imaginaba qué hubiera pasado si me hubiera tocado a mí estar allí. Era una posibilidad como otra. Le presté el libro a un amigo que había compartido conmigo la misma historia. Él tampoco pudo dormir luego de leerlo. Pensaba como yo en su propia historia. Recordamos juntos aquellos años y le pregunté si tenía alguna idea de quién había tomado esa decisión de dejarnos estudiando en Cuba. Me contó que sus padres habían hablado con el Coño Villabela, un dirigente del MIR que era tan cercano a él como había sido para mí Jaime Wheelock. Él recuerda una llamada telefónica de Villabela para decirle que estudiara, que esa era su tarea. La llamada era la despedida del Coño cuando su viaje a Chile como tantos otros en ese Plan 78. Luego se fue y asumió la dirección militar del MIR en el interior. Murió combatiendo en Santiago en 1983.

Leyendo ese libro sobre Neltume recordé una conversación que tuve años después con «el Toro», uno de los pocos sobrevivientes de aquella gesta. Estábamos en un comedor universitario en París. Él había escapado del desastre. Perseguido por la represión que le pisaba los talones logró salir a la Argentina. El Toro hacía honor a su nombre: era fuerte y macizo y su sonrisa era amplia y generosa. Hablamos largo. Por alguna razón me había tomado cariño. Él trataba de analizar qué había pasado y compartía conmigo sus reflexiones. Yo lo escuchaba con la atención con la que se escucha a los hermanos mayores. Cuando el MIR desapareció a fines de los ochenta el Toro empezó a colaborar con los compañeros del Movimiento Revolucionario Tupac Amaru (MRTA) del Perú y cayó preso en ese país. ¡Qué grado de altruismo implica el internacionalismo!. Implica la entrega total a una causa que no puede ser egoísta. Es como hacer realidad esa idea de que «nada de lo que es humano te es ajeno». El Toro es uno de esos y allá está hace ya muchos años, en una cárcel peruana a 4.000 metros de altura resistiendo la soledad y el olvido.

Muchos compañeros fueron parte del Plan Retorno que se extendió por un par de años. Yo fui un testigo privilegiado de esa gesta. Estaba en el MIR pero no me iba de inmediato. Cumplía tareas de apoyo y veía de cerca el proceso. Había veces que partían ambos miembros de una pareja y se planteaba qué hacer con los niños. Fue en ese contexto que surgió el llamado «proyecto hogares». El MIR designó a algunos compa-

ñeros para que se quedaran allí haciéndose cargo de decenas de niños cuyos padres volvían a Chile a combatir.

Los cubanos cedieron para ello un edificio completo en Alamar. Muy cerca de allí había otro edificio lleno de compañeros del MIR que era conocido como «el edificio de los chilenos». Allí vivían los veteranos Pérez Vargas con la única hija que les quedaba viva. Sus otros 5 hijos habían sido asesinados o desaparecidos por la dictadura. Allí estaban las viudas de Ricardo Ruz y del Troscó Fuentes y las familias de tantos otros compañeros. También vivía allí un hombre cojo y bueno llamado el Toto que se ocupaba de los pequeños Santucho (la dictadura argentina había matado a buena parte de esa familia). En ese edificio vivía la familia Cabieses. Paca, la hija mayor, andaba con un argentino llamado Juan Pablo. La pareja me parecía perfecta: los dos eran hermosos y jóvenes y parecían siempre felices. No me llevaban muchos años pero a mí me parecían muy adultos. La otra hija de los Cabieses, la Mini, me parecía bella pero inalcanzable. Sentía que era de otra generación y sin embargo me llevaba apenas un par de años.

El «edificio de los chilenos» tenía a las víctimas de la represión pasada. ¿El segundo edificio tenía a los niños de las futuras víctimas? En ese momento eran aún los hijos de los combatientes que partían al frente.

Yo siempre tuve un cariño especial por los niños y muchas veces fui a ocuparme un poco de esos pequeños. Los llevábamos a pasear. A veces simplemente conversaba con ellos como un hermano grande. Quizás recordaba mi propia situación algunos años antes en aquel campamento de Santa María del Mar cuando no sabía si volvería a ver a mis padres algún día. Los padres de esos niños partieron convencidos de que cumplían con su deber de revolucionarios. Es difícil imaginar el desgarró brutal que vivieron. Recordaba algo de lo que yo había sentido cuando me tocó separarme de los míos para ir a Cuba, pero la situación era muy diferente. En nuestro caso creo que no existía realmente la posibilidad de la muerte de mis padres aunque durante los meses en que estuvimos solos, esperando, imaginaba que esa era una posibilidad real. En todo caso el objetivo era juntarnos cuanto antes en Cuba. En el caso de ellos se trataba de dejar a los niños para ir a luchar quién sabe por cuánto tiempo y con altas chances de morir en el intento. Algunos no resistieron y renunciaron, pero muchos partieron y volvieron a Chile y no pocos murieron combatiendo o atrapados en las garras de una represión eficaz y sanguinaria. El efecto de aquellas decisiones en esos niños, víctimas inocentes de esas circunstancias, debe seguir hasta hoy. Me imagino que algunos de ellos, ya adultos, tendrán algún día la fuerza de escribir sobre eso. En aquel momento éramos todos parte de una misma danza. Algunos partían y otros quedaban. Los niños sufrían más que nadie.

Treinta años después las cosas se ven de otro modo. Los muertos, los desgarros, los sacrificios, todo se lee a través del prisma de la historia. Si hubiéramos ganado, la sociedad reconocería en nuestros muertos a sus héroes. Y uno piensa no sólo en nuestros muertos sino también en los del enemigo. Algunos de ellos simples soldados rasos. Si hubiéramos ganado los sacrificios habrían sido evidentemente útiles, pero perdimos y la derrota se llevó también con ella la utilidad del sacrificio, ¿o no? Es difícil contestar a esa pregunta. Por cada victoria lograda en la larga historia de las luchas populares, ¿Cuántas derrotas tenemos? Y sin esas derrotas ¿las victorias hubieran sido posibles? La noción misma de derrota o de victoria es escurridiza. Es difícil pensar en términos de procesos y no de fines aunque quizás sea la única manera válida de hacerlo. Creo que lo que importa más es el proceso. Esta es una historia que no ha terminado. Es una historia que sigue, que sigue. Y para que pueda seguir el olvido es terrible. ¿Por qué será que tan pocos sobrevivientes se lanzan a escribir?

Muchos años después de estos sucesos le comenté estas ideas a un amigo entrañable que era miembro de la dirección del MIR en aquellos años. Me contó de una imagen que llevaba grabada en su memoria. En un balcón del edificio del «proyecto hogares» una niñita pequeña llorando, sostenida por algún adulto, sus manitas agitándose en el aire húmedo y salado de Alamar. Su madre está abajo subiendo al auto que la llevaría definitivamente a su destino. Le hace adiós con la mano a su hija pequeña. La hija grita «¡Mamita, Mamita, no te vayas! ¡Mamita, te van a matar!» La madre llora y en un esfuerzo sobrehumano sube al auto y desaparece. ¿Es posible imaginar ese sacrificio? Cientos de compañeros hacían cosas similares. Cada uno daba todo de sí con una generosidad total. La niñita sabía claramente lo que pasaría. ¿La madre no?

Mi decisión de no dejar los estudios hasta el último momento me salvó de perder un semestre o quizás un año de la carrera. Otros amigos no hicieron lo mismo. Dejaron de estudiar pensando que la partida era inminente y alguno de ellos nunca terminó sus estudios. Varios fueron convocados y empezaron a entrenarse. Poco después la insurrección nicaragüense estalló y miles de latinoamericanos fueron allí a combatir como habían ido en los años treinta las Brigadas Internacionales desde el mundo entero a pelear contra el fascismo en España.

El MIR decidió enviar a Nicaragua a un grupo de esos combatientes que se estaba entrenando en Cuba. Y allá fueron mis amigos y participaron en esa guerra de todo un pueblo que terminó por derribar la tiranía somocista. Yo entre tanto estudiaba con ahínco y los envidiaba en cierta forma. Nuestras vidas iban tomando caminos diferentes. Me esmeraba. Quería ser útil y a eso dedicaba mis mayores fuerzas. Cada uno tenía su tarea. Así llamaba yo al destino en ese tiempo.

Una de las piezas importantes del proyecto revolucionario del MIR era la llamada Radio Liberación. En esa empresa me tocó trabajar. Junto a otros compañeros nos dedicamos a diseñar y construir los pequeños módulos que serían utilizados para interferir las radios comerciales y de ese modo transmitir mensajes de esperanza y de rebeldía. La idea era construir cientos de pequeños emisores de baja potencia, enseñar a los compañeros a operarlos y distribuirlos por todo Chile. Los transmisores funcionaban en la banda de VHF.⁴ Uno debía localizar la antena de la radio comercial que en general estaba ubicada en algún lugar alto y emitía con alta potencia. El operativo consistía en interferir la emisión aprovechando que en cierta zona uno lograba llegar a las casas circundantes con una potencia localmente mayor que la emitida por la antena comercial. El efecto era que en los receptores aparecía nítidamente nuestra proclama tapando totalmente la radio comercial.

Otro método un poco más arriesgado era interferir el enlace entre el estudio y la antena emisora. De ese modo usábamos toda la potencia de la emisora comercial para sacar al aire nuestro mensaje. Pero ese método exigía un estudio operativo del terreno e implicaba un peligro mayor. En todos los casos era necesaria una planificación minuciosa de la operación, la interferencia debía ser muy corta y luego era preciso huir del lugar a tiempo. El enemigo tenía métodos para localizar el lugar de la emisión de modo que había un riesgo en todo el asunto.

Me dediqué con pasión a ese proyecto. Estudié temas de antenas, de propagación de ondas, de amplificadores de radiofrecuencia. Ayudé a diseñar y a construir equipos. Escribí manuales técnicos y operativos. Una de las tareas que me tocó fue formar a los futuros combatientes en el montaje y operación de esos transmisores. Les daba cursos intensivos. Llegando a Chile y ya insertados en su zona de operaciones los compañeros debían tener la capacidad para lanzar sus proclamas al viento sin necesidad de un técnico especializado. Esas fueron de mis primeras experiencias en enseñanza. Había que imaginar cómo transmitir esos conceptos a gente que no tenía ninguna formación técnica aunque enormes ganas de aprender.

En julio de 1983 me gradué como ingeniero en telecomunicaciones. Entonces el movimiento me pidió ir a vivir a Francia a trabajar en la retaguardia. En ese país trabajaría en tareas de apoyo técnico y desde allí debería ir a Chile en misiones puntuales. Entonces le pregunté a la flaca si quería ir conmigo y decidió acompañarme. Hacía unos cinco

4 Banda de frecuencias electromagnéticas que van de 30 a 300 MHz. En una parte de esta banda (88 a 108 Mhz) funcionan las radios comerciales que usan la frecuencia modulada (FM). También en esta banda funcionaban muchos enlaces de radio para comunicar los estudios de radio a las antenas transmisoras.

años desde aquella noche en que habíamos empezado a salir juntos y unos tres que vivíamos en pareja. No habíamos pensado en casarnos. No lo considerábamos algo importante o siquiera posible, pero cuando hablamos seriamente de irnos juntos a vivir a Francia, Laura me propuso casarnos. Me dijo que sería más sencillo para que sus abuelas comprendieran nuestra mudanza de país.

Nos casamos un sábado de mañana en Alamar. Lo hicimos rodeados de amigos y ante una jueza muy simpática que se permitió un chiste: una vez finalizada la parte formal en la que ambos debimos prometernos apoyo mutuo, compartir las tareas domésticas y ocuparnos por igual de nuestros hijos, según el Código de Familia que algunos años antes había discutido junto a todo el pueblo cubano, me entregó el acta de matrimonio mientras me decía: «tome, acá tiene la propiedad». Luego de eso nos fuimos a la playa junto a varios amigos y esa noche cenamos en un restaurante con algunos familiares y amigos. Mi madre había venido desde Nicaragua y el padre de Laura desde México. Yo partí el lunes siguiente y un par de meses después la flaca se encontró conmigo en París.

Así es como en esa danza de sombras que era el Plan Retorno a mí me tocó ir a Francia. Asumí mi puesto con disciplina y emoción. En París vivíamos en una casa de la organización. Pasaba todo el tiempo trabajando y tenía un contacto casi nulo con la sociedad francesa. Vivía con la mente puesta en América Latina. De alguna forma siempre mantuve en mi cabeza la idea del «retorno». ¿Retorno a qué? Retorno a América Latina. A ese continente que ya sentía como mío. A ese mundo tan diverso pero a la vez con tanto en común. Una vez en Cuba una compañera me había preguntado lo obvio: ¿cómo me entregaba a esa lucha tan completamente sin haber siquiera pisado nunca el suelo de Chile? La respuesta a esa pregunta no era sencilla. Lo cierto es que en mi mente toda América Latina era una sola cosa. Un territorio continuo que iba desde el Río Grande hasta la Patagonia. Era un concepto que sentía pero que no podía ilustrar con imágenes recordadas, ni con olores sentidos, ni con pequeñas o grandes historias personales vividas en los rincones de sus ciudades o de sus campos. No las tenía. Llenaba esos territorios con construcciones mentales. Y los amigos eran los que me iba haciendo en esos trajines y no los que cada uno va haciendo a lo largo de la infancia mientras juega en el barrio o en la escuela.

A partir de 1983 nos instalamos en Francia y durante varios años me dediqué de lleno a la militancia en el MIR. Fui a Chile unas cuantas veces para colaborar humildemente en la empresa colectiva de derrotar a Pinochet y su dictadura. En cada pequeña tarea siempre tenía presentes, como testigos de mi compromiso, a esos compañeros que vi pasar por Cuba rumbo a Chile. Sentía que me estaban mirando esos

que habían dejado incluso a sus hijos para partir al frente. Una vez interferimos la emisión de una radio que transmitía desde arriba del cerro San Cristóbal en Santiago. Alrededor de la enorme antena había familias que hacían picnics con sus niños. Nos acercamos todo lo que pudimos y estuvimos allí unos minutos mientras duró el procedimiento. Luego bajamos lo más rápido que pudimos el cerro en una citroneta esperando que no cerraran la única salida del parque. Alguien deberá escribir la historia de Radio Liberación. El heroísmo de los compañeros que la hicieron realmente posible. Varios de ellos murieron en esa tarea. Nosotros no éramos más que un apoyo.

Han pasado los años. El MIR fue derrotado aunque su accionar constante que mantenía viva la llama de la rebeldía colaboró en la derrota de la dictadura de Pinochet. Cientos de compañeros murieron en esa gesta y quiero creer que su entrega generosa será reconocida. Espero que los jóvenes intenten descifrar sus sueños, aprender de ellos, seguirlos. La derrota fue amarga y aquel MIR dejó de existir. Había sido un producto de su tiempo y con él murió.

Los que habíamos sido parte de aquella historia nos reciclamos como pudimos para seguir viviendo. Casi todos mis amigos de entonces han mantenido las mismas ideas y una coherencia en sus vidas que me llena de orgullo. Pero era difícil aprender a andar solo cuando ya no existía ni la organización ni el proyecto que había sido el centro de nuestra existencia por tantos años. A todos nos costó trabajo reencaminar nuestras vidas. Por suerte yo tenía a Laura a mi lado que me mantenía conectado a la realidad cotidiana. Ella era un nexo con el resto de la vida. Con su apoyo decidí estudiar de nuevo. Hice un doctorado y mi vida tomó el camino universitario y con ello se abrió otro capítulo en mi existencia.

Laura y yo vivimos muchos años en Francia. Allí crecimos, tuvimos nuestros hijos, estudiamos. Pero siempre seguimos vinculados a América Latina. Siempre estábamos pensando en «volver». Yo tenía esa idea fija: el retorno, el retorno. Los amigos franceses me preguntaban si estaba loco. ¿Retornar a qué? En todos esos años no compramos un mueble. Pensábamos que no teníamos raíces allí. Hasta que once años más tarde, finalmente nos fuimos a vivir a Uruguay. Entonces empezamos a descubrir el arraigo. Ya Francia era parte de nuestra vida y de nuestra historia. Y luego la nostalgia nos hizo quererla más. Y poco a poco le dimos otro significado a la palabra volver.

Un día de 1994 por fin «volvimos». Pensamos en Cuba como posible destino pero ya no había nadie de nuestras familias allí. Pensamos en México donde entonces ya vivían Sarah y Ximena. Luego de pensarlo decidimos irnos al Uruguay. Allí estaba toda la familia de Laura y allí me ofreció la Universidad de la República un cargo de profesor. Empe-

cé a trabajar con ganas. Quería aportar a la construcción de un destino diferente para nuestros pueblos desde América Latina. Para mí todo tenía una gran continuidad, desde los años en Cuba hasta las opciones actuales. Uruguay me lo permitió. Un hilo de Ariadne iba tejiendo mi vida y cada cosa estaba en su lugar. En mi fuero interno sentía que estaba continuando el camino de siempre.

En 2003 visité Cuba de nuevo. Fue un reencuentro muy intenso al que llegué con un poco de miedo. Luego de veinte años fuera temía encontrar algo muy distinto de lo que mantenía en mis recuerdos. Muchas cosas pasaron en esos años. Cuba luchaba por sobrevivir económicamente y para ello iba cediendo terreno en cuanto a muchas de las ideas iniciales que caracterizaron su Revolución. Se abría al capital privado extranjero, admitía la propiedad privada en los pequeños negocios nacionales, proliferaba el turismo con su secuela de prostitución y exclusión social. De vez en cuando Fidel daba un discurso y explicaba las razones. La gente entendía y las dificultades económicas convencían a los recalcitrantes. Yo seguía las noticias desde lejos y las comentaba con los compañeros. Durante años viví en París y a pesar de mantener la austeridad de la vida militante, me sentía privilegiado al no estar sufriendo las dificultades de la vida cotidiana en Cuba. Eso me inhibía de criticar lo que los cubanos hacían para sobrevivir. Al mismo tiempo la naturaleza de mis actividades durante los años ochenta me mantuvo aislado de una parte del mundo real. Cuando el MIR fue derrotado me reincorporé a la vida «normal» y entonces me sorprendí a mí mismo al no saber usar una tarjeta de crédito a pesar de vivir en la Francia de fines de los años ochenta. De modo que mi percepción de lo que pasaba en Cuba estaba afectada por mi propia experiencia de esos tiempos. Me parecía que Cuba estaba procesando, bajo la dirección de Fidel, su transición al capitalismo. Un capitalismo de corte socialdemócrata, en el que se intentaba salvar algunas de las conquistas más simbólicas de la Revolución, pero un capitalismo al fin. Respetaba profundamente a los cubanos y a sus líderes y había aprendido a intentar ver las cosas con perspectiva histórica, de modo que esa convicción la asumía simplemente como la consecuencia de la historia tal como se dio y no como el resultado de errores o traiciones. Cuba estaba sola en una fase de reflujo generalizado de la revolución en el mundo y esa era la forma en que podía sobrevivir y salvar al menos algo de sus conquistas.

En 1989 el general Ochoa, Tony de la Guardia y dos de sus ayudantes habían sido fusilados en un juicio que me pareció una verdadera farsa. Ochoa y de la Guardia simbolizaban de alguna forma a los re-

volucionarios cubanos que durante treinta años habían combatido en las misiones internacionalistas que caracterizaron la política exterior cubana hasta entonces. Su muerte de alguna forma simbolizó para mí el fin de la Revolución. La madre se comía a sus propios hijos y lo hacía con un estilo macabro, un *show* mediático detrás del cual sin dudas estaba Fidel.

La Unión Soviética dejó de existir y Cuba entró en el llamado Período Especial en Tiempos de Paz, una economía de guerra ideada para aguantar la nueva situación. Durante esos años se mantuvieron algunos de los logros más característicos de la Revolución (el acceso generalizado a la salud y la educación, por ejemplo) pero a costa de una penuria que hizo añorar los años ochenta que pasaron a simbolizar la abundancia. En los setenta cuando alguien hablaba de «antes» se refería a «antes de la Revolución». En los noventa se refería a «antes del período especial».

Yo seguí sintiéndome cubano, vibrando y sufriendo por Cuba, recordando. Pero en mi interior se iba desarrollando un miedo a volver. Por un lado tenía fuertes críticas y como «cubano» sentía que tenía el derecho de hacerlas. Por otro lado había vivido todos esos años afuera, no había sufrido las privaciones y los sacrificios de los que se quedaron y sentía que ello me quitaba cierto derecho moral a la crítica.

Cuando a principios de los años noventa decidimos volver a vivir en América Latina, Laura y yo discutimos si volver a Cuba. Nos atraía mucho, allí habíamos vivido buena parte de nuestros mejores años. Pero sentíamos que todo había cambiado mucho. Había cambiado Cuba y también nosotros. Recuerdo que pensé: «si nos vamos a vivir ahora, en pocos meses estoy preso». Finalmente decidimos ir a vivir al Uruguay donde la familia de Laura había vuelto a reunirse luego del exilio. Mi familia seguía dispersa por el mundo. Cuando llegué a Montevideo me sorprendió su extraordinaria similitud con La Habana: la disposición de sus barrios, la rambla costanera y un cierto aire general. Sigo sorprendiéndome cada vez que subo a un ómnibus y veo los retratos del Che o Fidel con que los choferes adornan a veces su interior; en otros países de América se verían imágenes de artistas famosos o de Jesús.

Pasaron los años y mi trabajo en la Universidad me puso en contacto con colegas cubanos. Me propusieron varias veces ir a Cuba, pero ese miedo a chocar con la realidad me atenazaba. Por fin en 2003 acepté.

El vuelo desde México es corto pero desde que subí al avión me pareció estar adentrándome en un túnel del tiempo. A mi lado estaba sentada una joven cubana que volvía en ese vuelo. Empezamos a charlar y me contó que en su centro de trabajo la habían seleccionado como «trabajadora ejemplar» y junto a otras habían recibido como premio una visita de 15 días a México. Me contó de sus hijos y me dijo

que vivía en Moa. Yo no podía creer, era como si alguien hubiera preparado un cóctel de recuerdos para recibirme. Pronto apareció la isla en mi ventanilla. A partir de allí todo fue una vorágine difícil de explicar. Los sentimientos de temor ante lo «desconocido» se fueron diluyendo en una mezcla de emoción y alegría. Fue como un choque emocional, recuperando trozos de memoria en un ambiente que en muchos aspectos me recordaba al de veinte años atrás. Un calor interior me empezó a invadir ya desde el avión, cuando vi la isla y sentí esa sensación de llegar a casa que hace tanto había perdido de vista.

Pasamos sobre Pinar del Río y pude reconocer el Valle de Viñales con sus mogotes y su verdor. Un *flash* me trajo a la mente una breve estadía en el hotel de Soroa donde compartimos unos días Laura y yo con Ivelisse y Pedro. Reconocí ese campo cubano cubierto de cultivos y represas pequeñas y de vez en cuando alguna «escuela en el campo» con su estructura de siempre. Cerré los ojos y pensé en Puerto Rico, donde había estado pocos meses antes. Una frase me zumbaba en los oídos: «Cuba y Puerto Rico son de un pájaro las dos alas». El azul turquesa del mar que rodea a las dos islas es el mismo pero el interior del territorio era muy diferente. Desde el aire veía en Puerto Rico un continuo ondular cubierto de espesa vegetación y terrenos inexplorados. Ellos importan todos sus alimentos de los Estados Unidos y tienen allí empresas petroquímicas. En Cuba daba la impresión de que no había un milímetro de tierra sin aprovechar.

El aeropuerto fue el primer impacto. No era el viejo aeropuerto que me vio salir sino uno moderno, de vidrio y metal, con escaleras mecánicas y la arquitectura de un *shopping center*. Me trataron muy bien, ni siquiera me revisaron en la aduana. Al salir noté poca presencia policial y un ambiente de calma. Un amigo me recogió y entonces empezó un recorrido por la memoria. Tomamos una autopista moderna y en buen estado que une el aeropuerto con la CUJAE. Pasamos por barrios de microbrigadas que han permanecido allí, iguales todos estos años, casi sin mantenimiento. Pasábamos por barrios pobres pero bastante limpios. Se veía poca gente en la calle de un domingo de tarde. Me embargó un sentimiento de melancolía. Empezaba a reconocer rincones y ambientes. Se respiraba un sentimiento de humildad con dignidad, como antaño. Las calles casi sin propaganda comercial pero de vez en cuando algún cartel con consignas políticas. Me quedé mirando uno enorme que gritaba «¡Esta es una revolución de ideas!».

Un día visité la CUJAE. Reconocí inmediatamente los edificios. Esa arquitectura que me sigue sorprendiendo por su excelente concepción. Con amplios espacios para charlar bajo árboles frondosos que dan sombra y crean rincones acogedores. Los espacios verdes estaban muy bien cuidados. Los jardines tenían el césped cortadito. Por todos lados

había gente limpiando y cuidando los jardines. En los pasillos se veía gente sacando telarañas del techo y barriendo las hojas. En los banquitos del «paso de los vientos» o de «la plaza Ampère» me encontré con grupos de muchachos muy jóvenes que estudiaban o conversaban en voz baja. Reconocí los murales de las paredes y los mismos jacarandás de flores violetas cuyas altas ramas llegaban a la ventanilla de mi sala de clases. Visité los salones. Me iba sumergiéndome en un océano de memorias. Pasé por lugares donde había esperado a la flaca y compartido con ella nuestro almuerzo. Lugares donde discutí o donde amé. Lugares donde estudié y aprendí.

Junto a la limpieza, el silencio y la vida joven, encontré también la vetustez y la degradación de los edificios: ventanas rotas, balcones desvencijados. Y rejas por todos lados. Rejas que no existían en nuestra época. Una herencia del Período Especial de los años noventa cuando la crisis hizo aumentar la criminalidad y el robo a niveles desconocidos hasta entonces. Me dijeron los amigos que el robo había vuelto a disminuir y la poca presencia policial en las calles parecía indicarlo. Pero no sólo quedaron las rejas. También se quebró el tabú y el robo se convirtió en una presencia difusa.

Busqué a algún profesor mío de esos años. Encontré a Carmen Moliner que era la Decana en mi época. Profesora de telecomunicaciones y redes, tenía su escritorio en un espacio muy humilde compartido con 5 ó 6 personas más. Se acordaba de mí («¡qué trabajo me dabas chico!, faltabas más que lo permitido a clases y siempre tenía que autorizarte...»). Estuvimos hablando un rato. Luego busqué a Albín Salas pero estaba dando clases. Busqué a Marante pero estaba en Colombia por unos meses. Entraba a salones vacíos y medio oscuros, con olor a viejo y a encierro. Sobre las mesas veía equipos bastante antiguos y aparentemente con poco uso. No había ambiente de trabajo académico. Más bien parecía que el trabajo se concentraba mucho en dar clases y poco en investigar o en crear. Sentía una sensación de vetustez y de tristeza.

Un profesor me reconoció. Era Oscar, el de radiorreceptores y televisión. «Coño Randall, ¿eres tú?». Estuvimos hablando un rato con él y con otros que estaban en esa habitación. Al poco rato estaba contándoles el funcionamiento de una Universidad hija de la Reforma de Córdoba, como es la Universidad de la República en Uruguay. Les explicaba cómo funcionaba una Universidad con cogobierno y autonomía, efectivamente dirigida por sus estudiantes, docentes y egresados. Me miraban con los ojos grandes preguntándose cómo era posible que una cosa así funcionara, soñando quizás. Sorprendidos por el sistema de créditos y el currículo flexible o por el ingreso irrestricto de todo aquel que quiera hacerlo. En Cuba el ingreso a la Universidad sigue estando limitado por

un cupo. Les conté de la fuerza educativa de la democracia universitaria y les aseguré que a pesar de los tiempos que implica es posible para una institución como la nuestra funcionar, crecer y desarrollarse. Sentí una mezcla de gratitud y de pena, de emoción y de tristeza.

Pedí permiso para sentarme en una computadora y conectarme a mi cuenta en Uruguay pero fue imposible. Sólo estaba permitido el *e-mail* y la navegación en Internet pero no conectarse directamente a una computadora lejana. La manía de controlar todo limitaba la comunicación por esa vía. ¡La falta de confianza en la gente es como una hidra que va destruyendo tanto potencial!

¿Cómo no pensar en la importancia constructora de futuro del cogobierno universitario? ¿Cómo no valorar la fuerza que le da a la democracia y el potencial para el futuro del país? ¿Cómo no soñar con una Universidad cogobernada en Cuba? Sueños, sueños... y sin embargo ese es tal vez el único tipo de solución de continuidad para la Revolución. Era interesante notar las contradicciones. ¡Sentir que a la Universidad uruguaya le falta tanto de lo que en Cuba hace años que se hace y a la cubana tanto de lo que en Uruguay es moneda corriente! Mi cabeza bullía con todos estos pensamientos. Me senté frente al edificio de Arquitectura como si volviera a esperar a mi flaquita a la salida de clases. Miré de nuevo los rincones que recorrimos juntos, las plantas exuberantes que nos arroparon, la cafetería donde alguna vez comimos.

Esa tarde caminé por la calle 23. Entré al edificio del Ministerio de Educación Superior y pregunté por Popi. Le di mi nombre a la portera, una negra de edad infinita. Me dijo que esperara. Un oficial del ejército que también esperaba empezó a conversar conmigo. Me preguntó de dónde venía. Quería conocer mis impresiones sobre Cuba. De repente se abrió el ascensor y allí estaba Popi. Lo sentí igual que hace veinticinco años cuando nos daba clases de microprocesadores a las 6 de la mañana. «¡Coño, Randall!!» y abría los brazos para abrazarme. «¡Ven, chico!». Me hizo dejar una identificación en portería. Me dio una tarjeta de visitante y subimos a su oficina. Había ascendido mucho. Ahora era asesor del Ministro de Educación Superior. Estuvimos charlando una media hora. Me hizo muchas preguntas sobre nuestra Universidad y sobre mi vida, intercambiamos direcciones. El ministro lo esperaba para una reunión en el cuarto contiguo. Fue solo una media hora que sentí como un duchazo de frescor y de energía.

Caminé por la calle 23 hasta el Habana Libre y Coppelia. Había grupos de personas en las paradas de bus o en los parques. La estatua del Quijote me sorprendió aunque seguía en el lugar de siempre. La memoria me hizo una pirueta y no la esperaba. Me volvió a gustar mucho, como en mi vida anterior. Me pregunté si la realidad está allí o la vamos construyendo cada vez. Caminé por el barrio del Vedado. Las casas en

ese barrio se alternan: muchas están desvencijadas, penden de hilos invisibles que las mantienen en pie por milagro y de repente aparece alguna que está arreglada y recién pintada. Las calles están limpias, los parques cuidados, el pasto cortado y hay gente que pinta los bancos de las plazas. Me explican que han decidido reparar buena parte de los edificios altos de La Habana, que en general se caen a pedazos. Los años y años sin mantenimiento y el empujón final del Período Especial han dejado la ciudad en ruinas. Las casas y edificios están despintados y descascarados. El salitre se ha comido las rejas. Las instalaciones eléctricas funcionan de manera inexplicable, o al menos es lo que uno piensa mientras sube en un ascensor o se pregunta en una puerta si un botón del intercomunicador está realmente transmitiendo el mensaje o se lo está tragando para siempre...

En medio de esa imagen de degradación general, aparecen signos de rehabilitación. Luego de varios años de crisis muy profunda (entre 1990 y 1994) y algunos de recuperación lenta, la economía crece. Y han decidido empezar algunos programas como reparar y pintar todas las escuelas y los hospitales. Mientras camino voy notando esas cosas y sin cesar pienso en el resto de nuestro continente. ¿Cómo se reacciona a una crisis de esa magnitud? Es allí donde uno ve una continuidad con los años de mi juventud. Es claro que la educación y la salud están siempre entre las prioridades. Sigue flotando esa sensación de que ante cada circunstancia «alguien» toma una serie de decisiones generales en base a ciertas prioridades claras. No se reparan por años las viviendas y cuando hay dinero se atienden primero todas las escuelas y todos los hospitales. ¿Quién toma la decisión? Será Fidel, o el Partido o será quizás el Poder Popular y sus asambleas en los barrios... quién sabe. Ya estaba desacostumbrado a esas frases que comienzan con «se ha decidido que...». Esas frases con las que la gente me explica lo que pasa.

Me sorprende la presencia poderosa de la propiedad privada. Cuando vivía en Cuba era raro ver un negocio de alguna empresa extranjera y los empresarios privados cubanos estaban limitados a un sector de los campesinos, los taxistas y un puñado de artesanos (cerrajeros, carpinteros, etcétera). Ahora las principales calles de la ciudad están inundadas por puestos de venta de todo tipo: sándwiches y tortas, mariquitas, hamburguesas, refrescos, helados, pizzas. Hay casas de cambio, venta de libros usados y de artesanías, peluquerías, tiendas de comestibles, de ropa...

Veo a la gente tranquila, demasiado quizás. No se ven casi policías pero la gente me parece un poco triste, quizás cansada o resignada o simplemente meditabunda. La alegría de nuestra época, los ojos llenos de futuro y de vida que recuerdo, el baile y la música en el cuerpo cotidiano, eso falta o al menos yo no lo percibo. Pero sigue existiendo esa

capacidad del cubano para comunicarse, su apertura y generosidad. Uno siente que los valores profundos de la Revolución siguen vivos en la gente. Las paradas de bus están repletas, a veces hay largas filas. Los autos paran en las esquinas o en los semáforos, muchas manos piden aventón y la mitad de los autos recogen a uno, a dos, a tres personas, «¿va por 25?, ¿me lleva por favor?» y la puerta se abre. En algunos lugares inspectores de tránsito paran a los autos estatales para que lleven gente que espera el ómnibus.

Entro a nuestro edificio, me asomo al *parking*. El ascensor sigue funcionando no sé por qué milagro. La degradación también llegó acá, como a todos los lugares y rincones de este mundo. Me bajo en el piso cuatro. Plantas y puertas y rejas y candados y llaves múltiples. Timbre y silencio, silencio, silencio. Subo al 10 y toco, me abre Ambrosio. Digo mi nombre y aparece la sonrisa y el abrazo. Pasé con ellos varias horas, hablando de tantas cosas, de nuestra América y de Cuba, de la vida, del Período Especial, de sus hijos, de mi familia... Nos prometemos vernos de nuevo. Un rato agradable y cálido. Ellos siguen con la Revolución pero una frase me deja pensando: «finalmente estamos destinados a ser determinados por los Estados Unidos, si somos colonia porque somos colonia, y si somos independientes nuestra política se determina en oposición a...». Hablamos de la eventualidad de una guerra de agresión, de la reacción ante esos miedos...

Pasamos lista a los vecinos y constatamos que salvo en nuestro apartamento, en todos los demás siguen viviendo las mismas personas. Una extraña sensación de inmovilidad me invade.

Me encuentro con Roberto en su apartamento del segundo piso. Hablamos de la familia, del mundo e ineluctablemente de Cuba. Allí está de nuevo mi viejo tutor, haciendo un análisis de estos años. Comentando cómo el fin de una época fue también la ruptura de la urna de cristal y un respiro ideológico. Me dice que el 60% de la gente se revuelve más o menos con las diferentes opciones que la economía da ahora: la posibilidad de trabajar por cuenta propia en pequeños restaurantes o en la venta callejera, los taxis, la pequeña agricultura, la renta de cuartos. Otros trabajan en empresas mixtas que ahora pululan o en el turismo donde una propina de repente equivale a un mes de salario estándar. Pero hay un porcentaje importante que la pasa muy mal. Me recomienda leer la revista *Temas*, un espacio donde discuten estos asuntos los intelectuales cubanos. Allí se escribe sobre economía, política, ideología. Ahora se puede hablar abiertamente de corrupción, de marginalidad, de racismo. Buena parte de las cadenas que ataban el pensamiento se han quebrado. La crisis ha traído en sus alforjas un florecimiento de la reflexión. Hablamos de qué pasará después de Fidel, es una conversación que reaparece siempre, y una extraña tranquilidad me sorprende en la gente cuando hablamos de eso.

Pido para visitar nuestro viejo apartamento del noveno piso y allá vamos. Ahora vive una señora que alquila cuartos a los turistas. Lo tiene muy lindo y totalmente arreglado. Nos invita a pasar. Ya sabía de mi existencia, en la cuadra se ha corrido la noticia y de alguna forma me esperaba. Me ofrece el cafecito cubano, intenso y amistoso, que no falta nunca aunque sea un misterio cómo. Estar acá es como un sueño. Miro por las ventanas de la terraza y contemplo el malecón, la antigua embajada de Vietnam donde alguna vez intenté aprender vietnamita. Desde esta misma ventana contemplaba yo las largas cabelleras de las muchachas vietnamitas que poblaban mis fantasías infantiles. Me viene a la mente una foto abrazado con Robert en esta terraza. Infructuosamente busco el cantero que Antonio construyó en una de sus esquinas. No han cambiado las ventanas de madera entre la sala y la terraza, es casi lo único que permanece. Han desaparecido los afiches que poblaban esas paredes y los muebles que acogieron tantas veladas. Han tirado una pared que abre más espacio entre el comedor y la terraza. Todo está cuidado y pintado. La ciudad parece destruida por fuera y acogedora por dentro.

Hablamos un rato. Hay gente molesta con los gestos internaciona- listas de Fidel que juzgan exagerados en las condiciones de penuria en que viven. Pero la molestia se mezcla con una especie de orgullo. Me hablan de la escuela donde 5.000 estudiantes de Latinoamérica estudian medicina. Es un regalo que quiere hacer Cuba a sus hermanos. Esos 5.000 estudiantes están becados, no sólo reciben la formación de médicos sino que son alojados y alimentados gratuitamente. En los hospitales los grupos de estudiantes son ahora tan numerosos que es difícil atenderlos. Las policlínicas barriales o los hospitales atienden a la población con menos médicos pues se han enviado varios miles a Venezuela. Cuando mencionan el nombre de ese país aparece en todos la esperanza de tener por fin un aliado firme en la región, otro proceso que haga avanzar la utopía. ¿Se justifica el esfuerzo? Me dicen que esta gente cuando se gradúe volverá a sus países y quizás se olvide de Cuba, «tal vez van a dedicarse simplemente a ganar dinero».

La gente critica estas cosas con cierta vergüenza, como si estuviera mal criticar un gesto altruista. ¡A lo largo de todos estos años tanta energía se destinó a apoyar Angola, Etiopía, Argelia, Nicaragua, Salvador, Chile y tantos otros! ¡Tanta energía y tantas vidas! Este pueblo se ha educado en el internacionalismo, lo ha sentido y ha entregado lo poco que tenía. Ahora buena parte del sueño se ha difuminado. Aquellos a quienes ayudaron, muchas veces resultaron ser otra cosa o traicionaron o fueron derrotados o simplemente desaparecieron sin gloria. ¿Vale la pena seguir entregando y entregando mientras acá las cosas están siempre en el límite? Es una pregunta recurrente.

Visito a Maza. El viejo me recibe en su humilde apartamento. Tiene casi ochenta y siete años y me dice con orgullo que sigue presidiendo el CDR, desde hace cuarenta y uno. Una foto de Fidel adorna la pared descascarada. Me muestra un TV que trona en su living. Los vecinos se lo regalaron cuando cumplió cuarenta años al frente del Comité. Se le ve igual pero sin su Helena, que murió hace años. Ahora parece infinitamente solo. Su memoria no solo trae los nombres de todos los miembros de nuestra familia sino también mil detalles. Me habla convencido de los tiempos que corren y de su certeza en el futuro y recuerda con añoranza aquellos que compartimos, más combativos, más colectivos... Aparecen sus nietos, una pionerita chiquita y un muchacho de unos diecisiete años... Repite a cada rato su alegría, el viejo me enternece...

Camino por El Vedado, voy explorando mi pasado. Veo a la gente jugando al dominó en las esquinas, a las muchachas y muchachos sentados en los muros, a las señoras hablando en las puertas de las casas. Siguen viviendo con la puerta abierta, a pesar de las rejas que el Período Especial puso en todas partes. Veo grupos de niños en uniforme. Los árboles que me impresionaron de chico, esos cuyo tronco está formado por centenares de ramas que bajan como raíces y forman un intrincado laberinto, con copas frondosas y cargadas de pájaros, siguen allí, en cualquier calle, haciendo sombra y acompañando al caminante. Te enojas con los baches y desniveles, con las calles rotas y con los charcos, pero los árboles te acarician y te calman. Son una belleza. Su sombra da intimidad y solidez a las calles rotas. Entre árbol y árbol las señoras del barrio siguen barriendo. No logro ubicarme en ese espacio de nuevo. Algo muy grande ha cambiado en mí. No logro imaginarme en este mundo y a la vez me veo, natural e integrado, en viejas imágenes de aquellos años. ¡Las cosas parecen tan simples y tan rotas y tan suaves y tan fuertes! Sigo caminando sin rumbo ¿Cuánto le debo a este país y a esta gente? ¿Quién sería de haber seguido acá? ¿Qué caminos va formando la vida de cada uno y cuáles los de todos? ¿Cómo construir un proyecto de mundo mejor? Siento que esto que veo es lo que somos nosotros aunque no lo sepamos, de alguna forma... Mi recorrido se va convirtiendo en un continuo de emociones, de contradicciones, de vida. En algún momento siento que no podría vivir acá, que sería incapaz de soportar que alguien pretendiera controlar mi vida, limitarme la información, decidir por mí... Un rato después me doy cuenta de que soy uno más, me siento como antes, soportando con naturalidad las cosas que al «yo de afuera» le parecen absurdas y disfrutando intensamente de las que al «yo de afuera» le parecen utopías imposibles y sin embargo en este país simplemente existen.

Una noche me reuno con un grupo de viejos amigos. La conversación tenía que derivar a uno de los temas de esos días: la reforma

educativa, que estaba en boca de todo el mundo. El Período Especial trajo muchas secuelas, no solo materiales e ideológicas. La penuria y las dificultades redundaron en una generación de gente menos preparada, los muchachos aprendían o no. Los maestros quizás no podían ir a la escuela, no había ni transporte ni medios. La prioridad era la supervivencia. Una cantidad de maestros y profesores se fue del país, otros migraron al turismo o a otras ocupaciones que permitían vivir mejor. Hace un tiempo, y ante la mejoría económica que significa quizás el comienzo de una nueva etapa, Fidel propuso lanzar una reforma educativa con la pretensión de atrapar el tiempo perdido y dar un gran salto adelante. Este tema me parece un condensado de la Revolución cubana, con sus ideas genuinamente humanistas y su enorme voluntarismo que a veces tiene consecuencias inesperadas. Varias acciones conforman esta reforma: rehabilitación edilicia de todas las escuelas. Construcción de salones de clase para que ningún grupo de primaria tenga más de 20 alumnos y ningún grupo de secundaria más de quince. Un aparato de TV en cada aula y un canal educativo que transmite todo el día. Profesores del más alto nivel preparando y dictando las clases por televisión (por ejemplo mi amigo Roberto). Muchas ideas de estas parecen muy buenas, solo que no tienen maestros y profesores para atender esta situación. La solución son los llamados maestros emergentes: muchachos que terminando la secundaria básica reciben una formación de seis meses y van como maestros de un grupo de 20 niños en primaria. Estos maestros serán los que acompañarán al grupo durante la primaria completa. Muchas clases teóricas serán vistas en grupo en la TV, pero otras son responsabilidad del maestro. Mientras enseñan a los niños deben aprender el complejo oficio del magisterio. Un maestro experimentado los apadrina, cuando existe. Estos muchachos de quince o dieciséis años son el producto del Período Especial y muchas veces ellos mismos no saben casi nada.

Los amigos me cuentan innumerables anécdotas. La maestra de la hija de un amigo, por ejemplo, le pide que separe las palabras en «siladas» o le anota en la libreta «sigue haci» para felicitarla. Hay otros aspectos de esta reforma: en secundaria un solo profesor para todas las asignaturas. Esto sí me parece descabellado, ¿cómo puede alguien enseñar a la vez matemáticas y literatura con un nivel decoroso? Han decidido eliminar las becas en secundaria y hacerlas obligatorias en el preuniversitario, de modo que todos los que vayan a la Universidad deben pasar tres años en la escuela al campo, entre los quince y los diecisiete años. Muchos no quieren, pero solo hay un preuniversitario en la ciudad, y es para casos justificados por enfermedad. Por otro lado los institutos de formación de técnicos medios están en la ciudad y no son internados. Como consecuencia muchos prefieren seguir una carrera

de técnico medio que seguir el camino que los llevaría a la Universidad. El resultado es impredecible y pienso que inesperado: los mejores expedientes no siguen una carrera universitaria sino una carrera de técnico medio (mecánico, tornero, electricista, albañil...). Los más tenaces esperan luego seguir la carrera universitaria en horario nocturno.

Como corresponde a esta Revolución rica en arabescos no faltan los adornos: las aulas con PC y TV están también en medio del campo, aunque a veces hay un solo alumno (parece que hay 25 escuelas en estas condiciones). Un amigo me habla con orgullo sobre los paneles solares para garantizar la mítica pareja TV y PC en esos lugares.

En muchos lugares converso sobre este tema, algunos opinan que es la única forma de salir de la situación y que ya en el pasado esa solución funcionó, y yo recuerdo al Destacamento Pedagógico al que pertenecí y a mis maestros de dieciséis años en las becas cuando nosotros teníamos trece o catorce. Recuerdo los enamoramientos cruzados, las clases, los esfuerzos por mantener la disciplina. Me digo a mí mismo que al final no salí tan mal. Pero ¿cuántas veces puede funcionar un impulso de este tipo? ¿Cuánto cuesta en términos humanos? ¿Cuánto influye el momento y el ambiente?.

Otro día salgo con Martín, un sociólogo y amigo entrañable de tantos años. Recordaba una conversación en París en 1993 y su calmada certeza de que Cuba saldría adelante. El mundo que habíamos soñado se caía a pedazos, lo imposible había sucedido y por arte de magia aún quedaba en pie la Revolución cubana. El PBI había caído un 35%. Todo el comercio del país se había desplomado. Las industrias no podían producir por falta de materias primas o por el uso de tecnologías discontinuadas (pensadas para una economía integrada con el resto del mundo socialista). Nosotros desde París habíamos asistido al fin de unos cuantos sueños: la Revolución sandinista hundiéndose en un pantano impensable, el mundo socialista que parecía invencible... Las imágenes manipuladas cuando la guerra del golfo o la caída de Ceausescu en Rumania nos habían convencido de que era mejor apagar el televisor definitivamente. La esperanza de que las derrotas de las dictaduras en nuestro continente dieran lugar a un avance de la Revolución se había diluido en procesos pactados de transición posdictadura o en acuerdos de paz para salvar lo posible. Una especie de fuerza inercial, de convicción profunda, casi mística, seguía moviéndome por el carril de siempre y la aprehensión sobre Cuba estaba como atragantada en el gaznate. Entonces apareció Martín en París, tranquilo, seguro. Nos contaba historias increíbles de penuria: él montado en una bicicleta, mendigando un medicamento de iglesia en iglesia ante una enfermedad respiratoria, o su labor mixta de investigador social y criador de conejos en el jardín de su casa para asegurarse la comida... y acto

seguido nos explicaba cómo iban a salir de esa situación, con método y perseverancia, con voluntad. Aquella conversación me impactó mucho. La confianza es quizás uno de los atributos que Fidel le dio a esta gente. Eso es tal vez imprescindible para llegar a donde han llegado. Quién sabe...

Allí estaba Martín ahora; sonriente como siempre, dándome un abrazo. Montamos en su auto medio destartado y partimos rumbo a La Habana Vieja. Nuestra conversación retomó casi en el mismo punto en donde la habíamos dejado en París, solo que ahora habían pasado diez años y buena parte de lo que aquella vez nos había explicado estaba ahora ante nuestros ojos: un país que sobrevivió a la crisis y se estaba levantando, una Revolución que perdió mucho pero intentó preservar algunas cosas esenciales, un cambio profundo en la reflexión, liberada de ciertas ataduras y sólidamente anudada a otras.

Atravesamos el barrio de Centro Habana, uno de los más críticos del país. Las casas están en pie por milagro, en las calles pululan los muchachos y los niños, en las puertas abiertas de las casas hay mecedoras con viejos, y señoras que hablan a los gritos en las esquinas. Este barrio parece un condensado de pobreza material. La gente vive en condiciones de hacinamiento tremendas, con un calor sofocante. Las casas degradadas se caen de vez en cuando y aplastan a más de uno. Fue acá donde en 1993 explotó la cólera popular y la gente se lanzó a la calle. Por un momento todo pudo bascular. Aparecieron algunos grupos de choque con la intención de dar algún palo, pero Fidel tuvo la sabiduría de frenar aquello y a las pocas horas apareció él mismo a hablar con la gente que ya no podía más. Pocos días después se anunciaron las famosas 14 medidas que significaron el inicio de un alivio: permitir tener dólares, aceptar el trabajo por cuenta propia, abrir los mercados campesinos, entre otras.

Toda la franja de unos 400 metros desde el mar hacia adentro concentra buena parte de los beneficios del turismo y de la «nueva economía». Miramar y Marianao parecen barrios de otro país: las casas están arregladas, desde la calle se ven los jardines perfectos. Se escucha un silencio acogedor mientras el auto se desplaza por 5.^a Avenida. Las sedes de empresas mixtas o de embajadas han sustituido el bullicio que llenaba aquellas casonas donde jugábamos cuando albergaban nuestras becas. Luego siguen otros barrios que parecen ya de otro planeta. Allí está el Polo Científico con sus edificios dedicados a laboratorios y los barrios donde viven los trabajadores de esos centros. El Vedado sigue siendo el de siempre, lleno de casonas que funcionan como sedes de ministerios, institutos u organismos del Estado o del Partido. Con esos árboles que dan sombra a toda la calle y sus raíces que han destruido totalmente las aceras, con su vida nocturna, hoteles, tiendas

y gente en los cines o teatros. Luego Centro Habana, que ahora atravesamos, es como un botón de muestra del pasado reciente, una especie de «museo del Período Especial» y quizás imagen de lo que puede ser algún barrio más alejado de la costa.

Al rato llegamos a La Habana Vieja. Dejamos el auto y empezamos a caminar. La impresión que me produjo fue muy fuerte. Ya no se trata de dos o tres cuadras remozadas para el turista. Ahora son manzanas y manzanas, varios kilómetros totalmente reconstruidos. Las calles han recuperado su empedrado original, las fachadas remozadas mantienen el estilo de la colonia. Por todos lados hay plazas, restaurantes o bares ambientados en la época, galerías de arte, museos, hoteles que respiran el siglo XVI o XVII. Uno ve arte por todos lados: murales, esculturas, calles que son museos vivientes. Eusebio Leal, el historiador de la ciudad que ya en mi época daba charlas eruditas y transmitía su amor por La Habana, ha dirigido una obra realmente digna de elogio. Los fondos fueron otorgados originalmente por la UNESCO pero ahora se ha creado una empresa que funciona en la zona y que tiene todo tipo de servicios para el turista (principalmente tiendas y hoteles). El dinero que esa empresa gana es invertido en continuar con el proyecto de modo que en los bordes del barrio se ve cómo va avanzando la mancha de la reconstrucción.

Los habitantes de La Habana Vieja hace años vivían en las mismas condiciones terribles en las que ahora sobreviven los que acabo de ver en Centro Habana. Ellos ahora habitan en medio de un museo gigantesco, muchos trabajan en diversos aspectos del proyecto. Los ancianos tienen sus casas para reunirse y los niños sus escuelas dentro de los museos que son diseñados con salones pensados para ese fin. Esos mismos niños ahora respiran el silencio del museo y aprenden cotidianamente a vivir rodeados de arte. En las plazas mucha gente vende artesanías o libros viejos o se gana la vida como guía, chofer o trabajando en hoteles y boliches. Hay muchos artistas, pintores, escultores, arquitectos, ingenieros, sociólogos que dedican sus días a participar de esta gran obra. Y todo el proceso tiene un nivel de autonomía que impresiona. Mientras recorremos el barrio charlo con Martín sobre esta experiencia. Aparece como un posible modelo de desarrollo autosostenido, autónomo, integrador, que quizás se empiece a reproducir en varios lugares del país y otros barrios de la ciudad. Me dice que se va a empezar próximamente un plan similar en torno al paseo del Prado y la franja del malecón hasta el Vedado.

Llamé por teléfono a Adela que era una de las mejores amigas de Laura. Ellas estudiaron juntas arquitectura. Su compañero, Juan, estudiaba también ingeniería. Durante nuestros años en la CUJAE muchas veces salimos juntos los cuatro. Ella era de una familia de tradi-

ción revolucionaria. Sus padres, tíos y abuelos participaron en la lucha revolucionaria y luego fueron siempre militantes. Habíamos pasado todos estos años sin noticias y quería volver a contactarme con ellos. Adela me reconoció inmediatamente desde el otro lado del teléfono. Se emocionó al oír mi voz y me preguntó por Laura. Cuando le pregunté por su compañero cambió la voz y me dijo «Ay Goyo, ¿no sabes la que hemos pasado! Juan está preso». Yo no podía creer. Le dije que iba a verla de inmediato. Llegué a un apartamento muy lindo en el Vedado. Allí estaba la misma mujer, flaquísima como antaño. Me recibió en la sala con su hijo y la novia del hijo. El muchacho sabía de nosotros. Ellos le habían contado. Existíamos para él a pesar de nuestros veinte años de ausencia que eran toda su vida.

Adela me contó su historia. A lo largo de esos años estuvieron en varios países trabajando y desde hacía un tiempo estaban de nuevo en Cuba. Juan era militante del Partido y dirigente de una empresa. Había aceptado coimas. En algún momento el Partido decidió hacer una gran campaña contra la corrupción y como correspondía a la tradición cubana castigó con especial dureza a los dirigentes. Juan había sido condenado a seis años de cárcel de los cuales ya llevaba uno cumplido en condiciones muy duras. Estaba junto a otros presos comunes en dormitorios colectivos, trabajando en el campo y con comida escasa y pésima. Adela casi lloraba cuando me contaba que Juan pesaba sólo 50 kilos y que no era justo que estuviera allí. Estaba entre asesinos arriesgando la vida cada día. «Ahora está enfermo y lo tienen internado en el Hospital Fajardo, acá cerca», me dijo.

Yo escuchaba en silencio con una extraña mezcla de sentimientos. Tenía lástima por mi amigo y a la vez una rara satisfacción de que en Cuba siguieran castigando la corrupción aunque viniera de un miembro de las «clases dominantes» y con más rigor aún si se trataba de un militante del Partido. Cuando le pregunté con la mayor delicadeza que pude por qué Juan había aceptado coimas me respondió que yo no podía entender cómo estaba aquello ahora. «¡Ay Goyo!, ¡esto ha cambiado mucho!, hoy no es posible vivir sin hacer alguna ilegalidad».

Poco después Adela se excusó. Le había preparado comida a Juan y se la iba a llevar al hospital. Debía ausentarse por un rato pero me podía quedar en casa con el muchacho y su novia. Nos quedamos solos. El hijo era un típico joven de hoy. De los que uno podría encontrar en cualquier rincón del mundo. Era alto y de aspecto rebelde, de unos veinte años, pelo largo y pantalón de mezclilla. Cuando le pregunté por la situación en Cuba rápidamente mostró su desilusión con todo lo que olera a Revolución. Él quería libertad, tenía bronca de que su padre estuviera en la cárcel y no encontraba prácticamente nada positivo en la Revolución cubana. Le pregunté qué hacía en la vida. Me respon-

dió con naturalidad que estudiaba música en el Instituto Superior de Arte. Le propuse que me hiciera escuchar sus creaciones y se le iluminó el rostro. Llamó por teléfono a su mejor amigo y en pocos minutos estábamos los cuatro en un cuarto al fondo del apartamento. Una computadora con un programa de edición musical era el eje de una especie de estudio. Había fotos de artistas y discos por todos lados. Entonces me deleitaron con un concierto privado. Los dos muchachos tocaban la guitarra e iban desgranando sus últimas creaciones. Era música rock con una letra muy política, que gritaba sed de libertad y un claro rechazo al régimen. Me sorprendieron diciéndome que había boliches donde tocaban su música. Lugares donde las bandas jóvenes y alternativas como ellos daban recitales. Comenté que en mi época no lo hubieran permitido. Me hicieron escuchar las canciones de «su nuevo CD» y les pregunté a qué se referían. Yo estaba seguro de que eso no podrían editarlo en Cuba. «¿Por qué?», me preguntaron con cierta sorpresa y me explicaron que era difícil de editar pero no por temas de censura ideológica sino porque las editoriales estaban concentradas en lo comercial y no se interesaban por la música con contenido. «Les interesa sólo el dinero. Sólo editan músicaailable o que se venda». Me parecía escuchar los comentarios de un creador rebelde en cualquier sociedad del mundo capitalista. Les pregunté cuáles eran sus músicos favoritos y mencionaron a Joan Manuel Serrat. Sentí una profunda identificación espiritual con esos muchachos. Sentía que si yo fuera joven hoy quizás sería naturalmente uno de ellos. Precisamente por sentirme revolucionario cubano...

El tiempo había pasado y Adela volvía a casa. La escuché acercarse por el largo pasillo. Me comentó que Juan se había puesto muy contento de saber de nosotros y me entregó una notita que escribió en su cama de hospital. Enseguida me dio indicaciones para cuando saliera de la casa. Ella había invitado al soldado que escoltaba a Juan en el hospital. «No se va a escapar. Ven a tomarte un cafecito a casa», le dijo. El soldado estaba ahora en la sala y ella prefería que no notara mi acento extranjero. Me despedí de todos en el cuarto-estudio, salí y saludé al soldado sin abrir la boca. Cuando entré al ascensor estaba un poco mareado por esa dosis concentrada de realidad cubana. Salí a la calle, bajo el sol radiante del Caribe, abrí la nota que Juan me había mandado. Las palabras manuscritas eran suaves y pulcras. Me decía que le había dado una gran alegría tener noticias nuestras y saber que seguimos «siendo los mismos» y que esperaba encontrarnos algún día en mejores circunstancias. El último párrafo de esa corta nota que dejaba asomar una extraña mezcla de amargura y de optimismo decía: «me encantaría explicarte muchas cosas del país que debes saber personalmente. No te dejes engañar. Aquello que tú y yo quisimos pintar

de un lindo color en los setenta lo han hecho imposible, nos lo han pintado de gris y no tiene remedio por un buen tiempo».

Una noche un taxi me lleva y atravesamos Centro Habana, el Vedado, Marianao. Son las 2 de la mañana, grupos de personas pasean, conversan, la noche es agitada y viva. Lo comento con el taxista y me señala que es viernes de noche y se trata de la vida nocturna natural. Voy pensando en esta gente, todos tienen de alguna forma marcada la huella de esta historia. Algunos son hoy muy críticos de la Revolución, o se han desencantado o incluso son claramente opositores. Y sin embargo veo en ellos una extraña continuidad, son hijos de la Revolución, moldeados por ella. De una forma natural en los cubanos de hoy la generosidad, la solidaridad y el altruismo siguen siendo parte de su ser. Me siento profundamente identificado con ellos. Veo en ellos reflejado el yo de cuando era joven. Siento que la Revolución no está muerta y que podría salvarse y renovarse si se pudiera confiar en esta generación. Darle alas, dejarlos volar. ¡Hay tantas cosas en las cuales Cuba se ha adelantado a nuestra América y al mundo! Lo siento a menudo. En la atención prioritaria a la salud y la educación con sentido generoso. En el trazarse objetivos como país y perseguirlos con perseverancia y creatividad. En intentar pensarse. En formar las bases académicas, científicas y técnicas para construir su futuro. En la combinación del estudio y el trabajo y la actividad manual e intelectual. En tantas cosas. ¡Pero hay también otras tantas cosas en las cuales el resto del continente puede aportar a Cuba! La síntesis deberá llegar algún día.

Durante esa visita a Cuba un torbellino de sentimientos rompió las fronteras de las vidas que he vivido. Ese viaje fue quizás un retorno al origen, un reencuentro conmigo mismo, un viaje en el tiempo. Cuba me atrapó y me dio vuelta como una cáscara de naranja. Llegué tembloroso, casi con miedo por el reencuentro y salí caminando erguido, fresco, feliz. No sé explicar aún qué pasó ni cómo. ¡Hay tantas cosas en esa isla que no son como quisiera, tantas que me hacen dudar de todo y tantas que me reconcilian con ella! Siento que detrás de todas las preguntas hay una voz que me dice que allí estoy yo, que sigo siendo eso. Cuando los oigo hablar me reconozco, me identifico, nos quiero.

Cuando me iba de regreso a Uruguay, mientras el avión sobrevolaba la pequeña isla que increíblemente sigue allí, cuando miraba por la ventanilla y trataba de identificar algún rincón de mis recuerdos, me di cuenta de que Cuba me había conquistado de nuevo o simplemente descubrí que nunca había salido de allí.

Se terminó de imprimir en el mes de mayo de 2010 en Gráfica Don Bosco,
Agraciada 3086, Montevideo, Uruguay. Depósito Legal Nº 352 828
Comisión del Papel. Edición amparada al Decreto 218/96

Estar allí entonces

Recuerdos de Cuba 1969-1983

«Han pasado muchos años y el mundo ha cambiado tanto que lo que para nosotros era natural o lógico parece ahora irreal. Unas cuantas certezas de entonces hoy parecen absurdas, mucha gente cambió su modo de pensar y el contexto general es tan distinto que uno se pregunta a veces si aquello no fue más que un sueño. Trasmitir de alguna forma esas vivencias a nuestros hijos me parece esencial. Escribir estos recuerdos es un intento, contarlos cada día es otro. Y mientras tanto, no dejo de pensar en lo que sucedió.»

Gregory Randall tenía ocho años cuando llegó a Cuba, en 1969. Vivió allí los años fundamentales de su formación: parte de su infancia y toda su adolescencia. «Estoy orgulloso de ser un hijo de la Revolución cubana», afirma. Como miembro del grupo de extranjeros residentes en la isla tomó contacto con buena parte de la intelectualidad de izquierda latinoamericana y con varias figuras clave del movimiento revolucionario del continente.

Hijo de la poeta norteamericana Margaret Randall pasó sus primeros años en el medio intelectual de México, de donde sus padres debieron huir meses después de la masacre de Tlatelolco de octubre de 1968 y creció rodeado de gente dedicada a convertir en realidad el sueño de una sociedad más humana y fraterna.

En 1983 abandonó Cuba para colaborar con la resistencia a la dictadura chilena. Volvería veinte años después, cuando el mundo ya había vivido la caída del socialismo europeo y las transformaciones que le sucedieron.

En este libro, mezcla de autobiografía y crónica testimonial, Randall cuenta su formación como hijo de una generación radical de los años sesenta, recorre los años cubanos donde vivió experiencias solidarias y generosas en un proceso de construcción del socialismo y donde vio también ejemplos de burocratización y vaciamiento de viejas consignas.

Lo hace de manera honesta y con un acendrado sentimiento de lealtad, sin renunciar a una visión crítica, porque sabe que comprender ese proceso es imprescindible no solo para entender su propia vida sino el futuro de los valores esenciales en los que sigue creyendo.



Gregory Randall (Nueva York, 1960). Ha vivido extensos periodos de su vida en México, en Cuba —donde se casó con la uruguaya Laura Carlevaro— y en Francia donde nacieron sus tres hijos. Desde hace dieciséis años reside en Uruguay.

En Cuba se graduó como ingeniero en telecomunicaciones y en Francia se doctoró en informática aplicada. Actualmente es profesor titular en la Facultad de Ingeniería, Prorector de Investigación y Presidente de la Comisión Coordinadora del Interior de la Universidad de la República.